





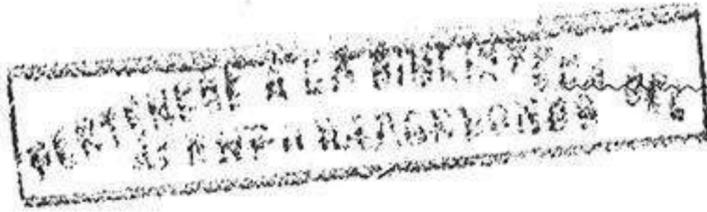
AÑO VI

NÚM. LXII

LA ESPAÑA MODERNA

---

REVISTA DE ESPAÑA



Director propietario: J. LÁZARO

---

FEBRERO 1894

---

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIAL

*San Bernardo, 92.—Teléf. 3.074*

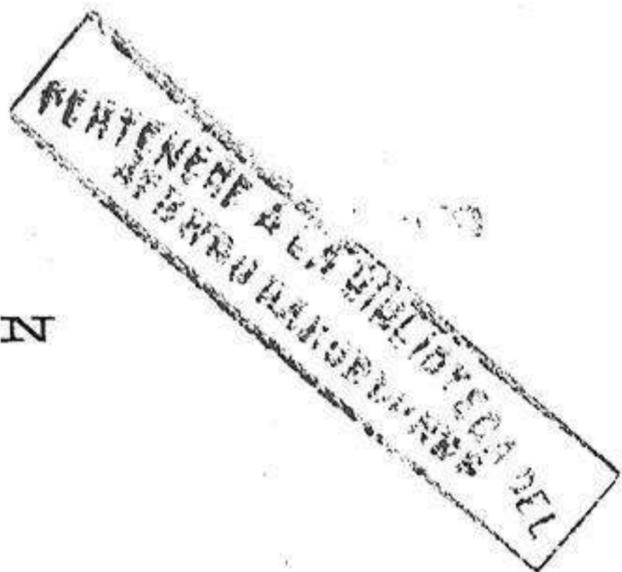
*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

# ADÁN Y EVA

DOÑA MILAGROS

CONTINUACIÓN

VI



El golpe de la pérdida de su madre influyó de modo muy diverso en cada una de mis hijas. Las que yo creí que se afligirían más (verbigracia, Tula, tan semejante á Ilduara, tan identificada con ella), fueron las que, por el contrario, conservaron bastante sangre fría; Tula, eso sí, se manifestó dispuesta desde el primer instante á empuñar las riendas del poder doméstico, á gobernarnos á todos, recogiendo la autoridad que corresponde á su derecho de primogenitura.

Tampoco en Rosa—pagado el tributo de lágrimas que las mujeres no regatean á casos mucho menos lastimosos,—duró la pena: los arreglitos, los fúnebres perifollos del luto la distrajeron, y no tardaron en volver á sus mejillas los sonrosados colores, y á sus ojos el radiante brillo, y á sus labios la sonrisa.

En Constanza no sé si he dicho que nada hacía mella, ó por lo menos nada se exteriorizaba: era imposible saber cuándo á aquella criatura la producían satisfacción los sucesos, ni cuándo no: tan extremada era su indiferencia, su pasividad, su apatía de linfática. Lloraba sin alterar la expresión del rostro, y sus lágrimas ni conseguían enrojecerla siquiera los párpados. Agua pura.

Las que dieron señales de pena grande y profunda fueron Clara, Argos... y Feíta. Eran estas tres, cada cual á su modo, mujeres de viva sensibilidad, y Argos sobre todo, propendía á exaltarse y á tomar las cosas de un modo arrebatado y vehemente; en casa la llamábamos *centella*, y recordábamos algunas rarezas y anomalías de su infancia y de su primera juventud, que denotaban un "alma montada sobre alambres eléctricos," según frase de Moragas. En

la ocasión de la muerte de Ilduara revelóse este ser característico de Argos con caracteres muy alarmantes.

Ha de saberse que á la hora y media escasa del fallecimiento de mi pobre compañera, presentóse doña Milagros, vestida de lana negra, con los ojos húmedos, el rostro expresando piedad, el aliento congojoso y la voz timbrada de emoción; y en palabras cariñosas y casi humildes, me explicó que venía, como siempre, á servir de algo; que tenía reconcomio y pesadumbre inmensa por haber ocasionado involuntariamente la catástrofe, y juraba y perjuraba que, si nosotros no le habíamos cobrado aborrecimiento, ella estaba allí invariable, á nuestra disposición con vida, alma y voluntad. Tula recibió á la comandanta tiesa como un palo; pero mis otras hijas se la echaron en brazos sollozando y gimiendo, y los chiquillos, que la querían por lo mucho que les mimaba, también la besaron, tristonos y calladitos, como suelen estar los inocentes ante la muerte.

Al acercarse la señora á Argos y verla color de cera, callada, agitada por un temblorcillo, con los ojos secos y contraída la boca, hizome una señal afectuosa y significativa, y, llevándome al hueco de una ventana, secreteó:

—Es presiso que esta chica yore.

—Sí, señora...—contesté—pero ¿qué le hago si no llora? Y vaya si alivia el llanto—añadí, enjugándome los párpados.

—Pue é que si no yora la chiquiya, verá usted lo que pasa. Vamo á tené lanse. Quedándose así cortá, ar momento meno pensao, verá usted: un sopitipando, ó un mal del corasón. Déjeme usted á mí... Capás soy de haser yorar á un guijarro.

Los mil tristes quehaceres que acarrea la pérdida de un ser querido me hicieron olvidar la cuestión del llanto de mi hija. Doña Milagros bullía, trajinaba, activa, infatigable, presente doquiera, arreglándolo todo, dando cien vueltas en un minuto y evitándonos mil rozamientos, de esos que son tan dolorosos cuando, por decirlo así, está el espíritu en carne viva. Ni aquel día, ni en la mañana siguiente, pudo lograrse que asomase á los ojos de Argos esa lluvia bienhechora, indispensable para que el dolor no se derrame interiormente y nos sofoque. Recursos ingeniosos se emplearon para conseguir que Argos llorase; mas no dieron resultado. La recordamos palabras de su madre; trajimos á sus hermanitas y se las pusimos en brazos, diciéndola que aquellas huérfanas reclamaban amor y protección; administramos medicamentos; fué inútil, y al cumplirse las veinticuatro horas del falleci-

miento de Ilda, realizáronse las profecías de doña Milagros. Vino el anunciado *sopitipando*, la convulsión, con sus arrechuchos delirantes, sus contorsiones frenéticas, sus chillidos, sus ímpetus suicidas de batir la frente contra los hierros de la cama ó la madera de los muebles. Argos se dislocaba, se descoyuntaba, formando su cuerpo arco vibrador, como espinazo de culebra; entre cuatro personas no la podíamos sujetar: tal fuerza desarrollaba bajo el influjo del aura epileptiforme. El acceso fué determinado por la vista de la mortaja ó hábito que traían para vestir á su madre. Apenas logramos sosegar á la muchacha á puras dosis de éter y bromuro; ó, por mejor decir, así que gastó la pobrecilla todo su repuesto de fuerza y se aplanó, empezó á preocuparnos la idea de lo que sucedería cuando se cerrase la caja y Argos comprendiese que sacaban el cadáver, y resonasen en la calle los piporros y los fagotes del entierro, y en la escalera los pasos de los que bajasen el ataúd. En aquella vivienda de cartón, ¿cómo ocultarle á la infeliz niña la salida del cuerpo?

Al acercarse el momento solemne y triste en que alguien desciende por última vez las escaleras de su casa, donde quedan los que le amaron, los que vivieron á su lado, para mudarse á la eterna soledad del nicho, doña Milagros penetró en la salita en que recibíamos el duelo. Estaba ésta, según la costumbre, menos que á media luz, es decir, casi á obscuras. Mis hijas mayores, desaliñadas, despeinadas, con pañuelos de seda negra, permanecían fijas en el sofá, contestando por medio de monosílabos, ó sólo de suspiros, á los saludos de las amigas. Estas suspiraban también al tomar asiento, como si se hallasen cansadas ó muy doloridas. Luego se entablaba tímidamente, en voz baja, algún diálogo soso. “Hace frío, ¿eh?,”— “Sí, lo noto yo también.”— “Y mire V., es raro; aún puede decirse que no llegó Noviembre.”— “Pues tiene V. razón: enfriaron muchísimo las tardes.”— “Ya no pesa el gabán de paño.”— Etc., etc.— Mientras palabreaban, el pensamiento estaba allá, en la otra sala, la que caía á la marina, donde las del duelo sabían que se encontraba el cadáver, y de donde iban á sacarlo muy pronto. Con disimulo miraban todas para Argos, deseando y temiendo á la vez la dramática escena que cortaría el denso aburrimiento de tan fastidiosas horas. Me han dicho después (porque yo en tales momentos no estaba para observaciones) que Argos era una perfecta y hermosísima imagen del extravío mental. Me aseguró doña Milagros que sólo se la podía comparar á una Dolorosa, pero una Dolorosa que, en vez de derramar lágrimas, se encontrase á punto de per-

der la razón. Sus desencajadas facciones parecían esculpidas en fino marfil; sus inmensos ojazos negros miraban con persistencia á un punto del espacio, y el mirar destellaba sombrío fuego, como si lo que veía Argos fuese alguna aparición horrenda. El lienzo de *Doña Juana la Loca*, de Pradilla, puede dar idea del semblante y expresión de mi hija en tal momento. Las señoras del duelo cuchicheaban, conviniendo en hablar más alto y hacer ruido para que no se oyesen martillazos, pasos ni salida de los restos. A cada sordo rumor que venía de fuera, estremeciase Argos con hondo escalofrío, y sus pupilas giraban, volviendo después á la fijeza propia de la insania.

Aun cuando ningún ruido sospechoso delató la llegada de los mozos que debían bajar la caja, Argos, como si les olfatease, de pronto se enderezó, y sin pronunciar palabra, rígida, tan pálida como la difunta, estiró el brazo y el dedo señalando á la puerta, mientras dilataba sus pupilas el espanto de una visión. Era una actitud admirable, digna de una gran trágica. Su dilatada nariz parecía aspirar horror; su abiertos labios se movían, pero su garganta no formaba sonidos; su redondo pecho subía y bajaba, cual si se viese pasar á través de él la ola de la aflicción inconsolable.

Fué entonces cuando doña Milagros realizó uno de los hechos que debieran eternizar su nombre. Repito que penetró disparada en la sala; con vigoroso empuje cogió á Argos por la cintura; y bañándole la cara de llanto y cubriéndosela de besos, la dijo sencillamente:

—Hija, ven.

A la vez que lo decía, la empujó al aposento donde Ilda, amortajada con hábito de los Dolores, yacía en la caja aún abierta, entre cuatro cirios, y sobre una especie de estrado de madera, pues no teníamos cama imperial. Amigos, conocidos, carpinteros, empleados de los carros fúnebres, criados y vecinos curiosos; toda esa gente que se mete, con razón ó sólo porque sí, en las casas donde hay un difunto, miraba atónita á doña Milagros y le abría calle; tras su paso se oía reprimido murmullo de curiosidad. Cruzó impetuosamente la señora, arrastrando, mejor que conduciendo, á mi hija; y sin transición, con calculada brutalidad, la impulsó de suerte que fuese á caer de bruces sobre el cadáver, gritando al mismo tiempo:

—Hija, despídete de tu madre... Se la yevan... Dale un beso, hija, que ya no la ves más sino en el sielo.

Argos se abrazó al ataúd, exhalando un delirante chillido. Vi que juntaba su cara á la de la muerta, y que jadeaba, con ese anhelo es-

pecial del llanto, en que parece sacudirse y retemblar el espinazo y el cuerpo todo; y en efecto, pasado aquel minuto desgarrador, apenas alzó el rostro la muchacha, observamos que corría de sus ojos abundante raudal de lágrimas, que deslizándose hilo á hilo por las mejillas, las refrescaba, las coloreaba, regaba su viva flor. Con la misma energía de antes, doña Milagros tomó á Argos casi en vilo, y la trasladó á su dormitorio; y obligándola á detenerse ante un Cristo antiguo de talla, resguardado por un doselillo de damasco rojo,—una de las pocas reliquias que nos quedaban de nuestro esplendor solariego,—exclamó en voz persuasiva y pesando sobre los hombros de la muchacha para que se arrodillase:

—¡Yora ahí, hija de mi corasón!.. ¡Ese lo consuela toó; yora, yora! Dijome después el doctor Moragas que doña Milagros era el mismo demonio; que con la gracia pudo haber matado á mi hija, ó trastornarle la razón; que había noventa y nueve probabilidades y media de que así sucediese, pero que casualmente la otra media fué la que se presentó, y á esa chiripa debíamos la salvación de Argos.

La cual, desde la tremenda experiencia, quedó totalmente variada. El carácter hosco y huraño de su pena, la vaguedad de la mirada y el espanto de la expresión, habían desaparecido, cediendo el paso á un abatimiento apacible, á una especie de tristeza mansa; de allí á poco, tomó forma de religiosidad exaltadísima, como veremos. Diríase que no cabía en mi hija término medio, pues de la desesperación y el frenesí saltó á una conformidad glacial, lo mismo que si la muerte de su madre y todas las demás cosas de la tierra la fuesen indiferentes, y sólo la importase la nueva dirección de su espíritu. De esta evolución de mi Argos y de sus consecuencias, he de hablar más largamente; por ahora debo pasar á otro asunto, á otro dolor filial muy vivo. Grande, increíble fué la metamorfosis de Argos con motivo de la muerte de su madre; pero ¿qué vale en comparación de la que sufrió el empecatado diablillo de Feita?

Es de advertir que ya no era tal diablillo: quizá el nacimiento de las gemelas; acaso la crisis de la pubertad, habían sosegado y amansado su carácter, que más que bullicioso debe llamarse explosivo. He dicho que los deberes de ama seca los cumplía Feita admirablemente: dormía al lado de Media ó Remedios, que era su crío, y á la cual, con mucho biberón y exquisito cuidado, iba sacando á flote. A pesar de lo embelesada que andaba Fe en estos maternales deberes, que la volvían loca de orgullo y júbilo, al morir Ilduara comprendí que la niña se convertía en mujer, y que el duende inquieto, se aplomaba definitivamente, dando indicios de

una índole reflexiva y grave, que yo no hubiese sospechado nunca. Ella fué, en los primeros días que siguieron á la desgracia, mi verdadero paño de lágrimas, mi ángel consolador. Al encontrarme callado y abatido, sentado en la galería, con los ojos fijos en el mar; al verme comer silenciosamente y alzarme de la mesa suspirando, la niña salía detrás de mí, y acurrucándose á mi lado, fijaba en los míos sus ojos verdes, pestañudos y chiquitos, espiando mis movimientos, por si se me ocurría pedir alguna cosa. A mi menor indicación, ya la tenía saltando:

—Papaíño, ¿qué quiere? Papaíño... ¿traigo el bastón y el gabán? ¿va á salir? Papaíño... ¿enciendo el quinqué, que ya anochece? ¿El periódico? ¿Quiere ver á la gatita, papaíño? La voy á traer aquí... verá qué mona, cómo gorjea.

Al disfrutar de estos cuidados y compañía, me fijé en la muchacha y estudié con sorpresa su extraño carácter. Lo primero que en ella se notaba era una mezcla de mucho desenfado, travesura y *marimachismo*, con una ternura de corazón sorprendente. Además, podía afirmarse que Fe era precocísima, y hacía y decía cosas admirables en sus años. Estaba dotada de una segunda vista ó instinto de adivinar lo que en realidad no podía saber, é iba derecha siempre al enigma y á la contradicción, para resolverlos con arreglo á una lógica irrefragable. Hay mil ideas y juicios hechos, que por la fuerza del hábito nos parecen muy sencillos á los grandes, pero que son verdaderos contrasentidos, y á una razón virgen y fresca como la de mi Feíta se aparecen en todo su ilogismo, excitando la insaciable curiosidad discutidora, origen quizás de la ciencia humana.

¡Ah! Si Feíta hubiese nacido de un matrimonio ansioso de sucesión, de esos que tienen tiempo para contarle las risas y las gracias al primogénito, no hay duda que pasaría plaza de criatura asombrosa, de niña fenómeno. Pero donde hay muchos hijos, crecen inobservados. Siendo mi Feíta muy pequeña, tuvo unos asomos de raquitis, que combatimos con baños de algas marinas; pero su notable desarrollo frontal, la agudeza de su discurso y la viveza de su comprensión, fueron suficientes para que Moragas, cada vez que venía á vernos, la llamase “mona sabia”, encargando mucho cuidado con la chiquilla, que era “un haz de nervios al servicio de unos lóbulos cerebrales”. No se crea que por eso presentaba Feíta el tipo de la chicuela meditabunda y triste, abrumada por su temprano desarrollo. Al contrario. Corregida ya la propensión á la raquitis, su cuerpo, aunque delgado, iba poniéndose derecho; sus

ojos húmedos y sus labios rosados rebosaban vida; su color era tri-gueño y sano, y sólo la excesiva delicadeza de sus faccioncitas y cierta pobreza de los tejidos revelaban la lucha entre la materia que se desarrolla y un meollo, ó, por mejor decir, un espíritu que todo lo quiere para sí.

Cuando se peleaba con sus hermanas, cuando todo lo volvía patas arriba, cuando nos daban ganas de atarla para que no nos volviese locos, Feíta era un bichejo, un tití enredador, cuya graciosa insensatez ya divierte, ya fatiga; pero al hablar conmigo á solas, quieta, seria, advertíase en ella inclinación á ponerse en lo justo, á observar lo real y á conocerlo todo y juzgarlo todo con un sentido exacto, original y radical, que bien podían admirar en mozuela tan tierna. Añádase una inteligencia sorprendente y una asombrosa memoria, por lo cual la encargué, además de la cría de Media, de repasar las lecciones á Froilancito, el único varón de mi estirpe, que cursaba el bachilleratoy en quien fundábamos nuestras esperanzas. A poco de imponerla esta tarea de repasar, es decir, de tener el libro delante y ver si su hermano se sabía la lección, Fe mostró tendencia á preguntarlo todo: parecía el Catecismo. Cuando Moragas venía á casa, la primer persona que le salía al encuentro era la chiquilla.

— Explíqueme, Moragas... ¿qué significa eso de *angina gangrenosa*? ¿Es lo mismo que *garrotillo*? Ayer lo he visto en un periódico... ¿Qué es eso de *bacillus*, que dijo V. anteayer? ¿Es un bichito? Dibújeme en un papel ese bichito. ¿Será así... como las pulgas... ó más pequeño? ¿Eh? ¿Y cuándo me enseña V. un microscopio?

Moragas solía contestar:

— ¡Ea, ya está el diantre de la mona sabia ésta empeñada en que le haga una mono-grafía! Te haré una mico-grafía, bien; pero condición: que te vienes á vivir conmigo, y ya no te suelto hasta que aprendas medicina. ¡Se ha fastidiado el caballero Hipócrates! ¿Seré V., D. Benicio? Pues no vale reir, porque el arrapiezo puede con eso y con mucho más. Ese cabezón admite todo lo que echen dentro. Mientras da biberón á su hermana, no crea V. que la descansa la mollera á la chiquilla.

— Las mujeres — contestaba yo — mejor están dando biberón que discurriendo. No la haga V. caso, señor de Moragas. V. la mima demasiado, y ella se cree alguien. Que le repase las lecciones á su hermanito... bueno; pero si veo que se mete en honduras y echa terminachos y quiere saber lo que no la importa... la daré una azotaina.

—Déjela V....—decía Moragas, atrayéndola á sí con benevolencia humorística.—Cuando digo que la voy á dejar en herencia mi gabinete, mis libros y mis instrumentos...

Claro está que lo que yo estimaba en Feita no eran sus listezas ni sus curiosidades, reprobables en una muchacha, sino su cariñosa previsión mujeril. Las fuentes del sentimiento estaban tan intactas y brotaban tan copiosas en el alma de Feita, que á pesar de la dramática pena de Argos, creo que la persona que más lloró la muerte de su madre fué la traviesa criatura. Ya dejó indicado que poseía una viveza tan extraordinaria, que parecía montada al aire, siéndola punto menos que imposible estarse quieta y lo que se llama *formal* dos minutos. Movida como por impulso febril, necesitaba dar vueltas entre los dedos á alguna cosa, enrollar flechitas de papel, imitar el birimbao con los dedos en el labio inferior, pegar saltos de carnero, pintar monos ó barcos en el libro y en la pared, pegar cromos en los vidrios, sentarse en posturas raras, tocar á todo, abrir cuanto encontrase delante, y, si algo la ponía nerviosa, arrancarse los botones y hasta los corchetes y cintas de la ropa que llevaba. El síntoma en que noté que nuestra desgracia labraba en su corazoncito hondo surco, fué que se paró lo mismo que si en cada pie la hubiesen colgado una bala de diez libras de peso; que cesó de atar sillas en hilera para que formasen el tiro de la Ferrrocarrilana, y de capear á sus hermanas con un pedazo de coco encarnado, y de ponerlas banderillas de papel: que por extraordinario, sus indómitos pelos aparecieron lisos, y sus faldas sujetas á la cintura, y sus trastos en orden. Cuando nos sentamos á la mesa para esa primer comida de familia tan triste, en que se mira, sin poder tragar bocado, hacia un sitio vacío, díjome de repente Fe:

—Papá, ¿dónde estará mamá ahora?

—En el cielo, hija mía—contesté, mientras las lágrimas me enturbiaban la vista y se me atravesaba el pan en el garguero.

—Y di, papá. Los que se matan á sí mismos, ¿van al cielo también?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque...—la niña bajó la voz y acercó su silla.—Porque ma-maíta, en mi opinión, se ha suicidado.

—Calla, mocosa... ¡Suéltale á ese diablo un azote que la deje en carne viva!...—exclamó Tula levantándose airada. Pero yo impuse silencio, y Feita siguió, revelando convencimiento profundo:

—No lo dudes, papá. No es la materialidad de que mamá se pegase un tiro. Pero se suicidó, ¡verás cómo!, enfadándose, rabiando,

desobedeciendo al señor de Moragas. Ahí tienes tú cómo se suicidó. Porque hay muchas maneras de hacer las cosas... ¿no te parece, papá?

No contesté, y la niña, adivinando que me entristecía aquello, se quedó también callada, bajando los ojos, de los cuales se desprendió límpida gota.

## VII



Volviendo á los terribles instantes en que perdí á Ilduara, diré que arrostro las burlas de mi siglo,—que pone en solfa el amor entre cónyuges ya viejos, cuando la antorcha amorosa lanzó su destello último,—y declaro que me quedé sumido en melancolía profunda. No sabía yo mismo el lugar que ocupaba en mi existencia la compañera de tantos años. Ella regía casa y hacienda, y si bien las regía con poca suavidad, no por eso ha de negarse que su firmeza y su vigilancia eran sanas y útiles. Podríase comparar á mi Ilduara con un corsé emballenado y recio, que si oprime, sostiene. Pero aparte de este que no sé si llame dolor egoísta, el dulce y natural imperio de la costumbre me hacía sufrir á cada instante al ver el sitio frontero de la mesa ocupado por Tula, y al hallarme de noche solo en un lecho que me parecía de nieve. Perderían el tiempo y el pecado los maliciosos: mis soledades de viudo eran espiritualísimas: ningún estímulo vil me acuciaba: procedía mi nostalgia de un sentimiento puro y elevado, compuesto de lo mejor de mí mismo, barajado con otros sentimientos prosaicos, de conveniencia, de rutina afectuosa si se quiere, pero hondamente arraigados, indestructibles.

El encontrarme tan solo, tan alicaído, tan desquiciado moral y materialmente, me aproximó á doña Milagros. Libre de la preocupación de que el trato con la comandanta pudiese ocasionar celos desvarios, me entregué sin escrúpulo al consuelo de oír y ver á una señora que tan especial afecto nos demostraba, y más aún que á mí, á mis hijos, y particularmente á las gemelillas, de las cuales puede decirse que no se apartaba casi. Mi amorosa lástima hacia los huérfanitos vestidos de luto que veía á mi alrededor; mis inquietudes por su porvenir; mi prurito de que fuesen di-

chosos, se convirtió en apasionada gratitud hacia doña Milagros, que obraba el prodigio de reanimar nuestra casa, siendo el único rayo de sol que entraba en mi hogar velado por tétricos crespones.

En aquellos días de dolor, nostalgia y prueba, además de la pareja de ángeles que me dejó mi compañera como recuerdo vivo de sus últimos instantes, vino á aposentarse en mi casa otro ser impecable é inocente. Describiré su físico, con toda la prolijidad que merece belleza tan divina. Tenía esta lindísima criatura el cabello abundoso, rubio, de un matiz de oro cendrado, formando tirabuzones y caprichosas sortijillas alrededor de la frente, la cual era tersa, lisa y blanca como el alabastro más puro. Rodeaba sus ojos azules, tan grandes que parecían mayores que la boca, una selva de curvas y negrísimas pestañas. Miraba con serena dulzura, algo atónita. Su naricilla era perfecta, redondeada y con meseta en la punta como las de las esculturas clásicas; bajo la nariz, un hoyo suave anunciaba las carnosidades y curvaturas de la imperceptible boquita, rehenchida como dos mitades de guinda, roja lo mismo que coral; y entre ella brillaban los dientes blancos, menudos y tan parejos, que su igualdad causaba asombro. No era menos sorprendente la pureza del contorno de sus mejillas, ni el arrebol siempre igual, limpio y delicadamente difumado que las coloreaba. También las orejitas, la garganta y los brazos se hacían notar por su forma, así como las manos, que generalmente tenía extendidas, en actitud cariñosa de acoger ó implorar.

Con ser tan acabada la hermosura de la niña, debo mayores elogios á su dulce genio, á su índole apacible y encantadora. Mientras mis gemelas alborotaban y echaban abajo la casa á berridos, ya porque el ama no se desabrochaba pronto, ya porque no las paseaban ó no las acunaban en el momento crítico en que las daba la gana, esta otra reciénvenida se pasaba horas y más horas en calma absoluta, en perfecto estado de reposo, siempre con sus ojazos azules abiertos de par en par y sus manos gordezuelas extendidas. Jamás se oyó decir de ella que hubiese reclamado destempladamente el necesario sustento, ni que cometiese ningún desafuero en pañales ó camisa. Su limpieza y pulcritud rayaban en maravillosas, y á Pura y á Mizucha solíamos decirles, cuando comían con los dedos ó se pringaban de sopa los hocicos:

—Mira la Nené, que no se baba y no es una puerca marrana como tú.

Y cuando había que cambiarlas el vestido ó quitarlas unos pantalones húmedos:

—La Nené nunca hace *chis* en la ropa. Es una monada ver lo aseadísima que se conserva. No rompe los vestidos ni los zapatos andando arrastra por la habitación.

En efecto, la Nené, pues con este nombre habíamos bautizado familiarmente á la huéspeda, guardaría intacto y fresquísimo su traje de raso rosa con encajes negros, si mis hijas, sobándola y abrazándola y desnudándola y vistiéndola otra vez, no la ajasen sus trapitos de cristianar. Por lo cual se determinó que convenía hacerla una bata de percal sencilla, para diario, que se encargaron de cortar mis hijas pequeñas, y salió como de tales manos, con cada candil que daba miedo. También se creyó que se la debía resguardar la ropita interior, y en lugar de la enagua y pantalones de deshilado muy tieso, con puntillas ordinarias, se la hizo una camisa de lienzo, y un refajo de franela, á causa del frío.

Lo más meritorio de Nené, entre tantas buenas propiedades y ejemplares virtudes, era la sobriedad. Las tentativas de mis hijas de hacerla comer fruta, probar una cucharada de dulce ó deglutir un sorbo de vino, resultaron completamente frustradas. No la engolosinaban ni los caramelos: se dejaba embadurnar los carrillitos; pero en cuanto á abrir la boca para chuparlos... ni por asomos. En cambio dormía como una marmota. Indistintamente echaba su siesta en el sofá, sobre una mesa, reclinada en una butaca, debajo ó dentro de una cama, en las posturas más incómodas, cabeza abajo, patas arriba, desabrigada ó sin abrigo. Para hacerla conciliar el sueño, y que sus párpados recubriesen sus ojos lentamente, bastaba con tirar de un alambrito que tenía entre los dos omóplatos...

Sí... Nené era una muñeca, ya que ha llegado la hora de decirlo. Una muñeca artística, lujosa, parlante, de un coste elevadísimo, con cara, manos y pies de porcelana-bizcocho, con peluca de verdadero pelo, traída de París directamente al bazar más elegante y surtido de Marineda. Su precio había asustado á todo el mundo, menos á doña Milagros, que se paró embelesada ante el escaparate donde aquel hermosísimo simulacro de infancia se exhibía. Y con las manos juntas, la lengua seca por el ardor del deseo, los ojos encandilados, exclamó á gritos:

—¡Ay Jesús, María y José! Si paese un chiquiyo é veras.

Era de oír cómo contaba la buena señora sus reflexiones y cálculos en presencia de Nené, las vueltas que dió á la idea de adquirirla para tener luego el gustazo de figurarse que era una niña que le había nacido, y á la cual sería preciso vestir, adornar y componer lo mismo que á una criatura verdadera. Pero treinta y siete duros

que el ladrón del tendero pedía por la muñeca, son una suma capaz de asustar á la persona más hambrienta de sucesión. La comandanta batallaba entre sus ansias maternas y su prudencia económica. Como lo mismito le pasaba á toda la gente marinedina, ganosa de poseer aquel magnífico juguete y retraída por la *salsa*, sucedió que el dueño del bazar, cansado de ver á la muñeca eternizarse en el escaparate, discurrió rifarla con cédulas de á real. ¡Gran negocio! Todo Marineda compró papeletas de la rifa; doña Milagros adquirió ella sola por valor de dos duros, no sin consultar los números con un San Antonio que tenía á la cabecera, y que, según la señora, era muy perito en esto de acertar los que saldrían gananciosos en los sorteos de la lotería. Y en efecto, San Antonio acertó de medio á medio, pues la muñeca vino á parar á casa de la comandanta.

No necesito pintar el regocijo de la agraciada. ¡Y mis niños! Creí que se volverían locos. Las más pequeñas no cesaban de bajar al piso de la comandanta para ver qué le sucedía á la niñita nueva. De tal modo se cebaron en admirarla, manosearla y acariciarla; y tal idolatría les entró por ella; y con tal ansia se desvivían por acompañarla á todas horas, que la generosa doña Milagros, en uno de sus arranques, nos envió la Nené, regalándosela en propiedad á mis hijos, á condición de que la cuidasen mucho y la gozasen por turno, sin peleas.

Aquella atención me conmovió. Entre mis defectos y malas propiedades para vivir en la sociedad actual, tuve yo la de un agradecimiento casi enfermizo. Cualquier favor que se me hiciese lo estimaba de suerte que en vez de causarme satisfacción me producía una especie de dolor; con tal urgencia anhelaba pagar, cumplir, restituir el préstamo. Procediendo de doña Milagros, me enterneció más cualquier rasgo de bondad. ¡Espontáneo y gracioso obsequio!

¡Ay! Bien necesitaba consuelos mi espíritu; bien necesitaba algún halago; bien necesitaba la solicitud de Feíta y el fundente corazón de la comandanta, para olvidar nuevas angustias que comenzaban á asediarme, y de las cuales quiero decir algo, porque si son del orden inferior y humilde, en mi existencia pesaron de tal modo, que las sentí atirantar mi cuello como lo atirantaría una piedra de molino.

Es el caso que aquel año, en que tan bien se presentó la cosecha de niñas de carne y hueso y de niñas de porcelana-biscocho, anduvo rematadamente mal la del centeno en la montaña, y no mucho mejor la del trigo en la llanura: y el gobierno, que sin duda tuvo soplo,

recargó un poquito más la contribución territorial, ejemplo que siguió el municipio en la de consumos; y en el reparto, que se hizo con arreglo á las órdenes del cacique comarcano, me echaron á mí, pobre hombre sin mangoneo ni influencia, todo el peso de la cuota. Para mayor dolor, cuando la simiente de la cosecha nueva empezaba á germinar, descargó un airado pedrisco, y la mayoría de los caseros vino á pedirme prórroga, llorando amargamente, diciendo que de fijo yo no me proponía acabar con ellos ni echarlos á pedir limosna por las carreteras. Uno de ellos, anciano ya, me conmovió profundamente.

Llamábase el tío Farruco de Cornide, y era de mis mejores y más antiguos arrendatarios montañeses. Casero de mi padre había sido el suyo, y de padres á hijos se sucedían en el lugar. Cuando el tío Farruco acudía á pagar su renta, reuníanse mis niños en la antesala para verle, pues venía muy majo y bien portado, con su ropa de las fiestas: chaqueta y calzones de rizo azul, botonería de filigrana de plata, camisa blanquísima de lienzo del país, pañuelo de seda carmesí atado bajo la montera de terciopelo, y rebasando del pañuelo los mechones de plata de sus canas.

Acompañábale siempre alguno de sus hijos ó yernos, portadores de ancha cesta donde se amontonaban, cubiertos por niveo aunque grueso trapo, el pago en especie y los rústicos obsequios de aquellas gentes sencillas. La renta en especie consistía en tres pares de lucios y amarillentos capones, con las enjundias clavadas por medio de una pluma á las rollizas zancas, y en varias orzas de manteca; los regalos, en huevos, quesos de tetilla, una olla de miel, dos ó tres tortas con pedacitos de azúcar sembrados por cima. Estas provisiones hacían que la llegada del tío Farruco, que ocurría generalmente hacia Navidades, fuese una especie de solemnidad para la familia, prestando á nuestra mesa, por espacio de algunos días, sana abundancia. Esta vez, después de la muerte de mi esposa, nos afligió á todos la venida del arrendatario. Al darme el pésame con labriegas razones, al pobre viejo se le llenaron los ojos de agua, acordándose de su propia viudez y de su difunta, "una loba para el trabajo, señor". Y cuando decía esto vi en su cara atezada, de firmes líneas, como bronceada por el sol y el aire, una expresión de dolor verdadero. Después, sin transición, pasó á las cuestiones prácticas, y en solapadas frases me dió á entender que era preciso tener influencia y mezclarse en elecciones, como hacía mi cuñado Garroso, pues si no las contribuciones se lo comían á uno.

—En otro tiempo, señor—dijo el viejo en su dialecto, sacudiendo

la cabeza melancólicamente—bastábale á un hombre ser honrado y trabajar para comer pan: los holgazanes y perdularios eran quienes se morían de hambre; los que echábamos mano al azadón y al arado teníamos el pote seguro. Hoy día ya no sucede así. De poco sirve que uno se mate á trabajar y se reviente labrando la tierra. No trabajamos para nosotros, señor mi amo, créame, que es como el Evangelio: trabajamos para los pillastres de los recaudadores y para el maldito chupón gobierno, con perdón de V., que los envía á sacarnos el jugo. Los que se meten en tracamundanas políticas, esos aún van saliendo avante...; pero los moros de paz, que callamos y apretamos los puños, pagamos por todos, y estamos ya que no sabemos si vale más vivir ó morir de vez.

Y el viejo, después de sonarse con un gran pañuelo de hierbas, volviéndose hacia la pared por cortesía, añadió:

—Señor mi amo, ya sabe si el tío Farruco de Cornide, en toda la vida que lleva de ser su casero, le ha pedido nunca espera ni rebaja. Pues señor, hoy se la tengo que pedir, y si me la niega, se acabó el tío Farruco y la casa del tío Farruco. Siquiera hasta allá por Julio ó Agosto no puedo pagar, señor, á no ser que lo vaya á pedir prestado y me envuelva en réditos, que aún es mejor para un hombre echarse al río con una piedra al pescuezo, bien gorda. Si así vamos, señor amo, y las contribuciones no amainan, y si ahora no me da un poco de espera, yo, que, lavado sea Dios, nunca me avergoncé delante de nadie, porque, bendito Asús, he sabido trabajar, andaré á pedir limosna.

—Andaremos todos, tío Farruco—respondí haciendo grandes esfuerzos por ocultar mi angustia.—Vaya tranquilo... y en Julio, si puede...

—En Julio, señor mi amo, pierda cuidado... ¡Mas que no comiese pan todo el invierno!

Había traído el viejo, á falta de las moneditas, su acostumbrado cestón, y lo destapó humildemente, dando á entender que hacía cuanto estaba en su mano, dada la penuria de los tiempos. Vi asomar las patas amarillas de los capones, que se me figuraron bastante menos orondos que de costumbre; diríase que la brujería del fisco chupaba la enjundia de aquellas suculentas aves, como si ellas fuesen á modo de esquema ó representación del contribuyente. Hasta los huevos me parecieron desmedrados, la manteca rancia, los quesos chicos y duros, sin aquella suave morbidez de otras veces, que, unida á su forma ubérrima, los convertía en adecuada imagen de la agricultura fecunda, maternal, nutriz de las naciones.

¡Bien sabe El que todo lo sabe la falta que me hacía el dinerete que solía traer el viejo, y el que por fuerza hube de perdonar, atendida la miseria de la añada, á otros caseros más necesitados aún! Entre el parto, el bautizo, la enfermedad y entierro de Ilduara, las incumbencias de la testamentaría y otros mil agujerillos más, me vi con el agua al cuello antes de que llegase la primavera. Y la conciencia me obliga á que declare dos cosas, para honra y buen crédito de dos personas: primera, que mi nunca bastante llorada Ilduara dejó una reservita, una pequeña alcancía, caso portentoso, pues no sé cómo pudo ahorrar un céntimo con las infinitas y apremiantes atenciones que por todas partes nos rodeaban; segunda, que Moragas, cuando le supliqué que fijase sus honorarios de comadrón y médico, me miró con una expresión que no olvidaré nunca, y contestó en tono guasón, pero dejando transparentar una piedad inmensa:

—¿Que qué me debe V.? El médico es quien debía pagarle á V. algo, porque le engañó, y en vez de una boquita para mamar, le trajo dos nada menos... Pero en fin, si se empeña V. en mandarme cuartos, mándeme los que guste, en la inteligencia de que cuantos menos sean, más contento he de quedar.

Inverosímil parecerá este desprendimiento: los médicos pasan plaza de ávidos y codiciosos, y se refieren cosas espantables sobre sus cuentas. Yo creo que en esta profesión hay de todo, y si la pasta archibuena de Moragas no abunda, tampoco serán regla general esas atrocidades de un galeno que pide por un parto miles y miles de pesos, y de otro que tasa á peso de oro la operación que sólo él sabe ejecutar con maestría.

Volviendo á mis apuros, diré que, á pesar de las economías de Ilduara y del noble desasimiento de Moragas, me hallé tan ahogado al acercarse la primavera, que acepté con júbilo la proposición que me hizo bajo cuerda mi cuñado Garroso, de comprarme ciertas pensiones que le redondeaban un partidillo de renta á él. Mi difunta esposa siempre se había opuesto á esta venta, más bien por la tirria que profesaba al cuñado, que por apego á las pensiones. Yo en cambio me avine sin gran dificultad á deshacerme de ellas: al fin una pensión no es *tierra*, no son *bienes*. He sido educado en el culto de la tierra; la tierra la consideré sagrada. Parecíame que debía dejarme cortar una mano antes que vender un pedazo de tierra: así entendía mis deberes de propietario rural, juzgándome obligado á guardar y transmitir á mis hijos la herencia de mis antepasados, chica ó grande. ¡Quién me dijera que con estos prin-

cipios...! En fin, ello es que entonces enajené las pensiones y pude respirar y cubrir necesidades urgentes.

Por aquellos días Baltasar Sobrado, dueño de la casa donde habitábamos, me pasó aviso de que le era imposible seguir dejándome el piso en el precio convenido, y subiéndome un duro al mes. No son un caudal doce duros al año; pero para una familia tan numerosa y un presupuesto tan exiguo, no hay gasto pequeño, y con doce duros se calza á seis criaturas. Llamé á capítulo á mis dos hijas mayores, y las consulté si convendría tomar una casa más barata, aunque careciese de vista al mar y se encontrase situada en punto no tan céntrico; pero convinimos en que una mudanza cuesta bastante más de doce duros, y que se debía aguantar aquella exigencia intempestiva y vejatoria. Con secreta alegría permanecí bajo el mismo techo que cobijaba á doña Milagros.

En vida de Ilduara no me incumbían estos detalles; me enteraba de ellos de noche, á obscuras, en la intimidad del tálamo (pues de día nunca se está solo en casa de familia tan numerosa). Allí marido y mujer nos hacíamos confianzas sobre el estado económico y las crisis pecuniarias (que eran el pan nuestro de cada día), y nos comunicábamos nuestras inquietudes respecto á probables subidas del aceite, faltas de peso en la carne ó sisas de la fámula... No puedo explicarme la razón por qué me era imposible hablar de todo esto con mis hijas. Parecíame que la paternidad me imponía el deber de no afligirlas con cuestiones de dinero, y de darlas, como el ave á su pollada, la pitanza y el nido, sin que tuviesen una hora de preocupación por tales miserias.—Al absolutismo de Ilduara había sustituido una oligarquía que dificultaba mucho el gobierno. Todas mis hijas querían mandar; ninguna se sujetaba á la autoridad de Tula, y si ella disponía una cosa, era lo suficiente para que no se ejecutase ó se hiciese enteramente al revés. Tula por su acritud y su falta de prestigio; Clara por su prudencia y poca afición á luchar; Argos por lo que la abstraía la devoción; Rosa por su frivolidad; Constanza por su insignificancia, no se prestaban á regir aquel estado diminuto; y las únicas personas á quienes yo enteraba de la marcha de los asuntos domésticos, fueron — ya lo supondrás, lector — doña Milagros y Feíta. A la comandanta la hablaba de las grandes líneas de mi situación, del miedo al porvenir, de la inquietud de verme viejo, morirme el día menos pensado, y dejar á once mujeres — algunas de ellas niñas — sin amparo, casi sin recursos, sin elementos para sostener su posición social. Con Feíta solía conferenciar, sobre menudencias terribles, la cuenta apremiante,

el mueble desvencijado ó la prenda de ropa que necesitaba sustitución.

Recuerdo que una tarde lluviosa, encontrándonos sentados alrededor de la tibia camilla,—mientras Feíta daba vueltas á un serón de paja del verano y lo forraba con un retal de merino negro, para sacar un sombrero de invierno de riguroso luto, y doña Milagros arrullaba y entretenía á Media, agitando un sonajero para divertirla y meciéndola después para que conciliase el sueño,—á propósito del sombrero aprovechado se suscitó la conversación de lo caras que cuestan las mujeres, de lo imponente de la partida de trapos y moños, por modesta y sencillamente que se vista.

—Es lo que yo le digo á papá—exclamó Feíta con viveza y energía suma, escupiendo el cabo de hilo que la estorbaba entre los labios.—No hay mayor desgracia que reunirse tantas Marías como aquí nos hemos reunido. Si en vez de mujeres fuésemos hombres, saldríamos adelante, ¡vaya si saldríamos! Pero esto es un gallinero, No entiendo qué será de nosotras, porque realmente no servimos más que de estorbo.

—Hija... estorbo precisamente, no—observó doña Milagros dando palmaditas en las nalgas á Media, arbitrio muy eficaz para que los rorros concilien el sueño.—Si os quedáis para vestir santos, no digo... pero... encontrando maríos buenos, como el mío ó como tu padre...

—Sí señora... Esos maridos buenos se encargan á París y vienen del Printemps ya preparaditos y atados con cintas de color—exclamó la chicuela.—¡Anda! ¡Bonitos están los tiempos para maridos!

—¿Qué sabes tú, pispajo?

—¡Vaya si sé! ¿Soy alguna tonta? No parece sino que aquí llueven maridos. ¡Eso quisieran mis hermanas!

—¡Calla, trasto! Si te oyen...

—¡Qué han de oír! Tula, por no perder la costumbre, está regañando á la criada; Clara durmiendo la siesta, porque es más comoda! se ha propuesto ver lo que dura una chica bien cuidada... Rosa... colgada de la ventana, á ver no se qué, los charcos, porque diluvia; y Argos... en la plática del Padre Incienso. Constanza... papando moscas, por variar... y las otras... Las otras no entienden aún.

Reímonos, y la chiquilla, engreída, prosiguió:

—Ya ven: Tula me parece á mí que está madurita; además, por casarse, se casaría con el perro de San Roque... Pues el perrito no parece... Clara ya no cumple los veintiséis... Pues tampoco pasa

un alma por la calle. Rosa es bien guapa... La miran muchos... la dicen tonterías... pero todo jarabe de pico. Argos... ¡A esa, no siendo que la hagan el amor los monaguillos...!

—Hija mía—dije interviniendo con tono de severidad que exhorta—una señorita, si no encuentra marido, no tiene por qué apurarse; como que probablemente se ahorra mil penas y sinsabores... En su casa está muy bien. Tú no entiendes de eso.

—Entiendo—afirmó con aplomo.—En su casa, la señorita se aburre. En su casa se pone hecha un alacrán, papaiño. Si Tula rabia tanto por cualquier cosa, es que está pirrada por casarse. Que aparezca el novio, y verás una paloma. ¡Pues Rosa! ¡Pues Argos!

—¿Argos dise? ¡Hijita del arma!—intervino doña Milagros, que ya había dormido en su regazo á la nena.—¡Anda! Si parese que está tu hermana elevá al quinto sielo! ¡Si es una santiya! ¡Si eya confesar, eya comulgar, eya resar tó el día y toa la noche, eya metía en aquel saco de estameña de hábito del Carmen! ¡Si edifica, mujé, edifica!

—Bueno, bueno, pues es... es porque... precisamente... quiero decir... En fin, que por lo mismo... y aunque á Vds. les parezca así... una cosa rara, de tantísimo comerse los santos...

La chiquilla se confundía y embrollaba, no sabiendo cómo expresar la idea. Al fin, retorciendo un alambre, añadió:

—Tula, y Rosa, y Argos, y todas, pero todas, lo que esperan y lo que piden es casaca, papá... ¿No podrías tú hacer algo para que encuentren marido? Y V., doña Milagros, que es tan amiga nuestra, ¿no podría ayudarnos? Allá en su tierra de V. probablemente los maridos abundarán más que aquí... V., ¿cómo hizo para casarse?

—¡Miren el cascabeliyo este, y qué cosas pregunta!—exclamaba doña Milagros perdida de risa, tocándome familiarmente en un hombro y empujándome: confianza que me supo tan bien, que me alentó á abrir mi corazón.

—¡Ay, amiga mía! Este cascabel no va muy descaminado. Hay algo de razón en los desatinos que hilvana... Mentiría si dijese que no cavilo en lo del establecimiento de las niñas... ¡Qué harán cuando yo falte! ¡Qué va á ser de ellas, con pocos intereses, sin guía ni dirección, sin nadie que las quiera y las aconseje, porque mi hermana nos odia y su marido nos vería gustoso ir descalzos! ¡Qué destino espera á estas chiquitas, las que Dios me envía tan tarde, cuando ya no puedo esperar fundadamente que las veré con uso de razón!

Al oirme decir esto, la comandanta fijó en mí los flecheros ojos, se puso seria y vi que sustituía á la risa un enternecimiento evi-

dente y el gesto del que va á decir algo que hace tiempo le hormiguea en el corazón. Cogióme la mano; me la apretó tiernamente; y mientras yo, trémulo, no me atrevía ni á devolver el amistoso halago, murmuró en el tono con que una santa se ofrecería á rezar por un devoto:

—Misté, don Benisio... no apurarse... Dios aprieta... pero no ahorca. Usté es mu bueno... y yo le tengo... vamo... una ley, que aunque fuéramos hermanos de padre y madre! Pues usté... siempre y cuando quiera dejar amparás á las pequeñiyas... á éstas... á este par de pendientes de perla engarsaos en oro... me las da, y me hase usté felis... tan felis como si me regalase un miyón! Yo no he tené chicos... allá yo me entiendo: ; no los he tené... y si la Virgen me encomendase estas presiosidaes... loca, vamo, loca me pongo de enserrar... Usté me da las rosiyas de pitimini; yo las hago de mamá; parentela no hay que gruña por herencias; una tía tengo ricachona, y lo suyo pa mí es... y lo mío pa las reinas mellisas, y á usté le quean toavía nueve... ¡nueve chavalas!... que me parese bastante. ¡Se contesta... hombre... se contesta! ¡No digo nada que ofenda! Y lo digo como si hablase á Dios.

El calorcillo de la mano; el magnetismo de los ojos; lo afectuoso de los conceptos; la generosidad de la proposición, todo me conmovió de suerte que tuve hartito que hacer en reprimir las lágrimas. Tartamudeando, articulé unas gracias confusas. Doña Milagros me apretó la mano más fuerte, metiéndome en la piel sus torneados dedos, como si sellase un pacto.

—Es que no va de guasa... hablo formal... formal!... No pueo yo vivir sin las gatiyas... Si me trasláan ó se va usté... no quiero pensá la que me espera. Cojo yo cariño á too; á un gato, á una escoba... pero á éstas... no es cariño, que es chiflaura... ¡Es un delirio, una enfermedad!

Oyóse en esto la voz de Tula, que llamaba á gritos á Feíta para reclamar no sé qué objeto que no parecía por ninguna parte. Y al quedarnos enteramente solos, la comandanta, llegándose á mi oído y hablando tan de cerca que sentí en mis mejillas el divino calor de su aliento, balbució:

—Si á veces se me mete en el arma que no las parió su mujer de usté, Dió la haya perdonao. ¡Qué iba á parirlas eya! ¡A fe de Milagro, que me han salío á mí de la entraña!

## VIII

Prestábame doña Milagros diariamente el gran servicio de acompañar á mis hijas á que tomasen el aire por sitios retirados, — paseos largos, como se dice en Marineda; — á la estación, á las afueras, á todos los lugares no vedados por el rigor del luto. Conviene advertir que las muchachas llevaban el de su madre con exagerada puntualidad. Salían hechas unas tapadas de la época de Felipe IV, con vestidos de lana escurridos y sin adornos, y larguísimos mantos de beatilla con tupido velo de crespón, que, por delante, les llegaba casi hasta los pies, dejando entrever en confuso esbozo las facciones. Verdad que bajo aquella apretada celosía se adivinaban rostros espolvoreados de arroz, cabelleras bien peinadas y artísticamente rizadas, moños de construcción arquitectónica, formas turgentes delineadas por la estrecha cárcel del faldellín, piececitos calzados con esmero y manos cuidadosamente enguantadas. Diré más: tanto recato y tenebroso misterio realzaban mucho los atractivos juveniles, y parecían las enlutadas un enjambre de negras mariposas. La identidad del vestido y del tocado multiplicaba el efecto de la hermosura, bien como en los escaparates fascina más un objeto repetido ó presentado en gran cantidad. Empezó entonces á correr por Marineda la fama de que eran muy bellas mis hijas: lo cual si pudo afirmarse de Rosa y Argos, no tanto de Clara, y de Tula y Constanza mucho menos; mas ya se sabe que donde hay varias hermanas, una nota dominante de belleza ó fealdad se aplica en general á todas.

Comenzaban á estar de moda las de Neira; á disfrutar de ese favor del público que en provincia dura tan corto tiempo, pasando en seguida la gente á cansarse de las muchachas lindas, como se cansa de las actrices y de las celebridades. Lo cierto es que, desde el luto, se hicieron populares mis niñas, y muchos de esos officiosos que nunca faltan, me llamaron la atención acerca de si convenía al buen nombre y crédito de tan guapas chiquillas dejarlas autorizar por doña Milagros. Mauro Pareja, alias el Abad, me dijo con aparente candor en la Sociedad de Amigos:

—Ya veo á sus preciosas hijas. Las encuentro por ahí... por los

andurriales. Siempre con la comandanta de Otumba, ¿eh? ¿Es pariente de Vds. la comandanta de Otumba? A quien echo de menos es á Argos... Esa se quedará en San Agustín, admirando al Padre Incienso, que es el predicador y el confesor de la crema. El otro día oí que Díaz del Alimón le comparó al Padre Ravignan y luego al Padre Jacinto... Sospecho que Díaz del Alimón no ha leído ni al uno ni al otro.

No era yo tan lerdo que no entendiese la ironía de la preguntita acerca del parentesco de doña Milagros. ¡Parentesco! ¡Oh mundo que te pagas de formalidades externas y del mecanismo del azar! ¡Mis parientes! Una hermana que me había despojado, un hermano político que afilaba las uñas para no perder hilacha de lo que yo soltase... Nuestros parientes son los que nos aman, los que nos auxilian, los que nos dan calor de afecto... Y con ira reconcentrada respondí al Abad:

—En efecto, soy pariente próximo de doña Milagros.

Ya no podía sufrir la guerra de mordaces reticencias y obscuras calumnias, la cobarde cruzada contra la señora de Llanes. Nadie acababa nunca de decir en qué consistían las maldades de ésta. Yo que la veía á todas horas, yo que era su amigo, me creí en el deber de sacar la cara por ella, y á una insinuación más procaz que otras, respondí proclamando á la comandanta de Otumba la mejor señora del mundo.

Mi arranque caballeresco dió que reir. Y cuando me vieron atufado, furioso, recogieron velas de un modo significativo. Comprendí, en sus medias palabritas, que me creían loco de amor por doña Milagros. La hipótesis no me ofendía, pero me sacaba de quicio, porque podía manchar aquella honra limpia como un espejo, pese á canallas malsines.

Confieso que, después de la gresca, pasé dos ó tres días muy malos. ¡Yo, casto y limpio; yo, enemigo de infringir la ley, acusado de tan ilícitos tratos, de tan impuros propósitos! Estudiaba con anhelo la cara del comandante Llanes, á ver si revelaba enojo; miraba ansiosamente á doña Milagros, por si fruncía el ceño ó se le nublaban las pupilas; observaba á mis hijas, por si maliciaban algo. Nada alarmante noté. Las chiquillas conservaban su misma actitud de siempre respecto á la comandanta: Tula, hostil, bufadora como gato montés; las demás, cariñosas; algunas, apasionadas, porque al fin la comandanta las complacía y halagaba como jamás lo hiciera su madre. Comencé á tranquilizarme, diciéndome á mí mismo:

—Ven acá, infeliz. ¿Piensas tú enfrenar las lenguas? Más fácil te sería atar las hojas de los árboles. ¿Cómo has de evitar que digan todo género de absurdos? Y es que ni siquiera los dicen, tonto. ¿No lo ves? Cuando quieres precisar, poner el dedo en la llaga, nadie da cuerpo y nombre á la calumnia: ¡frases vagas, indicaciones traidoras, reticencias embozadas, que no resisten al enérgico empuje de tu honrada conciencia! Ese run-run insidioso, en cuanto se le acosa de cerca, se desvanece. Es cobarde porque es infame. Combatirlo es pretender atravesar con una espada un fantasma de niebla: la espada pasa al través, y el fantasma como si tal cosa. No; no incurras en la niñería de lidiar con nubes. Desprecia esas calumnias, ellas caerán de suyo. Si te alborotas, sólo conseguirás arrojar una mancha verdadera sobre la reputación de la angelical señora. La murmuración no encontraba asidero: lo buscará en ti, y entonces sí que se cebarán en ella sin miramiento alguno. Lo que hoy no pasa de broma, tomará carácter serio, y la desgraciada caerá bajo el peso de una grave acusación, que llegando tal vez á oídos de su marido, estorbará y dificultará para siempre vuestra amistad. ¡Lenguas viperinas! ¡Sociedad inicua, mundo malo, malo, malo! ¡Qué felices son los que no tienen que hárselas contigo! ¡Qué dichosos eran los frailes, y al mismo tiempo qué sabios! ¡Venturoso estado el suyo! ¡Por qué se habrá acabado la costumbre de retirarse á los conventos!

El resultado de todo fué que sentí hacia la comandanta un delicado respeto unido á inexplicable ternura. Sus palabras me embelaban; su gracia y monería en hablar me tenían cautivo, y me hubiese pasado veinte años oyéndola el ceceo y los dichitos salados y graciosos. Cualquiera tontería contada por ella adquiriría el mérito de la sandunga. Escuchándola llegué á creer que cuanto le sucediese á aquella mujer merecía la pena de referirse, y que á cada paso la ocurrían cosas chuscas, reideras y donosas, que no nos pasaban á los demás. Como todas las personas de individualidad muy acentuada y típica, doña Milagros parecía crear vida alrededor de sí; diríase que la trama de la existencia diaria, tan pálida, vulgar y monótona, para ella estaba entretejida de hilos de color y de pajuetas de oro. En mi casa hacía sol cuando entraba doña Milagros.

Estaba entonces la señora en temporada humorística, pues todos los días tenía algo que contar del asistente, á quien por sus torpezas apodaba *Gedeón*. Las gracias de Gedeón eran inagotable tema de risa. Subía doña Milagros agitada y abanicándose con un periódico; dejábase caer en el primer asiento que encontraba á mano, y

emprendía el relato de las gedeonadas. Gedeón había servido en el mismo *asafate* el chocolate de ella y las botas *embetunás* de su marido; Gedeón había cepillado un traje de lana á pintitas, y persuadido de que cada pinta era una mancha, medio había deshecho la tela; Gedeón había colgado el cuadrito de San Antonio cabeza abajo; Gedeón, con las abrazaderas de las cortinas de la sala, había adornado la mesa.—“Hoy ese mardito me hiso pedasos la compotera buena, sin más que cogerla así, entre el purgar y el dedo indise... Yo le dije: Mira, Gedeón, borrico de mi arma, que te aviso que pá otra ves que derrames el dulce por el piso, te hago lamer el suelo con la boca... hasta que no quée rastro... ¡Ay Jesú, D. Benisio! Los asistentes aquí son muy rudos. No se puede con eyos., De pronto la veíamos echar á correr sobresaltada:—“¿Qué pasa?,” “Ná; que hay que colar un caldo, y tengo miedo que ese Gedeón me lo cuele por un calsetín.,”—Las chapucerías de Gedeón se habían hecho proverbiales. El pobrecillo era un quinto montañés, á quien el comandante había escogido para asistente mediante no sé qué recomendaciones que no podía desairar; pero tan cansada estaba doña Milagros de sus fechorías, que había intimado al señor de Llanes la orden de desenterrar un mozo listo, limpio y útil, “una cosa desente.,”

Aquella temporada noté pocas ganas de salir, y cierta repugnancia á la Sociedad de Amigos y hasta al tresillo. ¿Sería que estaba casi seguro de encontrarme siempre allí dos ó tres prójimos dispuestos á hincar el diente ponzoñoso en la honra de doña Milagros? Lo cierto es que prefería quedarme en casa. Transcurrido el primer mes del luto, habíamos armado una tertulia. Era de toda la confianza imaginable y posible: mis niñas cosían ó bordaban, revolvían figurines, consultaban catálogos del Printemps, comentaban noticias de amoríos, bodas, teatros y fiestas, y doña Milagros elaboraba una constelación, ó sea un cubrecama de gancho en que entraba la friolera de trescientas y no sé cuántas estrellas. Oíase fuera el ruido de la lluvia y del viento, y junto á la lámpara diálogos de este jaez:

—¿Cuánto cuesta ese vestido de *armure* negra, con adorno de azabache?

—Sesenta francos... doce duros.

—¡Ay, Jesús, qué baratito! Chicas, si es de balde. Aquí, entre forros, corchetes, aceros, una cosa y otra, subiría doble. Yo me voy á encargar la corbata con encaje... porque también es una ganga. ¿Qué querrá decir esto de *bonito paf*?

—Es un puf... ¿no lo veis? Un puf... ¡Ay! este catálogo está lleno de disparates.

—Enséñame las muestras, Rosa... ¿Cuál te gusta á ti?

—¿A mí? La verde y oro... La azul *gendarme*... La fresa, ¡sobre todo la fresa!

Quien llevaba la batuta en lo concerniente á trapos y moños, era Rosa. Podría afirmarse de ella que ni existía ni respiraba sino para emperejilarse. Lo exiguo de nuestra bolsa no permitía á Rosa desarrollar su vocación; pero cada cual hace lo que puede, y dentro del límite que por fuerza tenían sus gustos, Rosa hacía prodigios. Ingeniábase para variar de adornos sin comprar ninguno nuevo; volvía del revés los trajes; les añadía perendengues, volantes aprovechados; la pasamanería que guarnecía la falda subía al cuerpo, y á la falda bajaba el fleco de las hombreras, repartido en golpes... Veía en un escaparate algo nuevo y caro; suspiraba, daba cien vueltas en redor del vidrio... y en casa, con vejeces, imitaba al punto la novedad. Siempre estaba refrescando sombreros, improvisando cinturones, forrando manguitos ó planchando encajes. Su lectura predilecta consistía en figurines; su encanto eran las crónicas de sociedad y los ecos de salón. ¡Pobrecilla! El mundo que se forjaba no estaba á su alcance.

Algunas noches venía á pasar un rato con nosotros el casero, Baltasar Sobrado, persona muy bien acogida de mis hijas, porque les traía siempre noticias frescas, chismes picantes, sazonados con la sal y pimienta de su experiencia del mundo. Sobrado había sido militar y casado con una rica, de la cual estaba viudo hacía cinco años; había corrido mundo y tratado gentes, y no carecía de despejo y facilidad para la conversación. Se le sabía una aventura añeja con cierta cigarrera muy hermosa, Amparo, por mote *la Tribuna*. De esta historia había recuerdos vivos; un niño, hoy un muchacho tipógrafo, socialista, que se hacía llamar el *compañero Sobrado*. A Baltasar le escocía fuerte todo esto, y no aludía jamás á sus mocedades.

¿Vendría á mi casa atraído por la belleza de alguna de mis hijas? Esta idea se me pasó por la cabeza, pero no tardé en desecharla, porque la sustituyó otra muy cruel. El verdadero imán para el opulento viudo era doña Milagros.

Recordé la afirmación de Ilduara, que aseguraba haber visto á Sobrado siguiendo por las calles á la andaluza. Me fijé en ciertas disimuladas atenciones, en ciertas galanterías que, con bastante cautela, tributaba Sobrado á la señora. No presumo de observador

ni me paso de malicioso; pero hay cosas que sólo no las ve el que no quiere verlas, y el ya antiguo pleito entablado con toda la ciudad de Marineda sobre la virtud de doña Milagros, me abrió el ojo y me despabiló el entendimiento en semejante coyuntura. "Ahora se averiguará—pensé—si tienen razón los que zapatean á esta mujer ejemplar, modelo de esposas y de madres... es decir, de madres no, porque la naturaleza no ha querido que llegue á serlo; pero ¿qué le falta para la maternidad? Lo material y fisiológico: moralmente, ¡qué madre más sublime!... Ya no dirán que es buena porque nadie la asedia: aquí tenemos el escollo. Sobrado no es viejo, está muy bien de figura, viste con primor, su trato es agradable, y reúne una circunstancia de gran peso en esta sociedad corrompida: dinero, posición; es socio de la casa Sobrado y Compañía; es de las personas más consideradas de Marineda... Ahora, ahora voy á cerciorarme de que esta mujer no es de frágil cristal, sino de oro purísimo... ¡Ah! Yo velo, seductor, calavera infame y disimulado... Te juro que no ha de escapárseme la más leve de tus artimañas. En caso de necesidad, prevendré á la bendita á quien tratas de corromper... ¡Ojo, Sobrado! Estoy aquí."

Me puse alerta y atisbé. Ninguno de los artificios del rancio burlador de cigarreras se me escapaba. Llevaba cuenta de las medias palabritas, de las blandas insinuaciones, de las miradas de reojo, de las maniobras para colocarse al lado de la andaluza y poder hablarla en secreto.

Sin duda el galopo de Sobrado, no atreviéndose á intentar el asalto á domicilio, por miedo al comandantazo Llanes, se había deslizado en mi casa y elegídola como aguas neutrales, digámoslo así. A mí probablemente me tenía por un memo, un alma de Dios, á quien le pasan las cosas por delante de los ojos sin que se entere; y á mis hijas, por unas vanidosuelas tontas, pagadas de su hermosura, y persuadidas de que todo el que se aproximase á ellas caía vencido. Como que fingía cortejar á Rosa; pero yo veía la hilaza. Sí la veía. ¡Ah! Aunque sencillo, no tan bobo, caballero Sobrado.

Lo pescaba todo, todo: el mirar de borrego moribundo, las tentativas para juntar sillas desviadas, las capciosas preguntas, las intenciones audaces, furtivas, cuya insolencia me arrebatava á la cabeza la sangre...

Un día vi más. Por cierto que estuve á punto de echar á rodar los miramientos. Necesitando doña Milagros retirarse de la tertulia más temprano que de costumbre, Sobrado, mientras la señora recogía la labor, recordó que tenía también una ocupación urgen-

tísima y se ofreció á acompañar á la andaluza y darla el brazo por la escalera. En efecto, bajaron de bracete, y quedé más muerto que vivo, presa de tan fiera inquietud, que no sé cómo no salí corriendo detrás de ellos, para impedir que la noble sencillez de doña Milagros la hiciese víctima de alguna infame asechanza. Sin embargo, no hallé pretexto; hube de tascar el freno; la noche que pasé fué de las más negras de mi vida: se me figuraba que era mi deber proteger á doña Milagros, arrebatársela de las uñas del lobo; y me acusaba por no haberla hablado francamente, advirtiéndola del riesgo que corría su honor.

Tanta zozobra y amargura se transformaron en una alegría inmensa, loca. Porque ignoro lo que pudo suceder entre el casero y la inquilina, pero es lo cierto que él no volvió á presentarse en la tertulia, ni doña Milagros á mentarle sin decir: "Ese marracho... ese pedaso e monigote, que me quería dar la casa de balde...". Y no pudo çaberme la menor duda de que, en aquella empresa, don Baltasar había ido por lana para salir trasquilado. Lo que más me demostró el fracaso del tenorio burgués, es que desde entonces se dedicó á sacarle á doña Milagros el pellejo á tiras en la Sociedad de Amigos, dejando aparte el pérfido sistema de las reticencias, que sin manchar empañan y sin herir desfloran, y pasando á afirmaciones concretas, directas, fundadas ¡qué horror! en mí, en mí mismo.

Lo supe por una indiscreción de Primo Cova, y me retraje enteramente del Círculo, consagrándome á nuestra dulce tertulia nocturna, cada vez más deliciosa para mí. Si me encontrase con Sobrado, temería no poder contenerme. Sí; no lo duden Vds.: me desataría, yo que soy la quintaesencia de la paz. Pero confiesen que hay acciones capaces de sacar de sus casillas al mismísimo Job.

## IX

Lo que me aguaba la fiesta de la tertulia era la resistencia de Argos á presentarse en ella. Verdad que no asistía casi á ninguno de los actos de la vida familiar. Nada: mi hija se había "dado á la mística". Ya dije cómo empezó á indicarse esta evolución de su apasionado espíritu, á vista del cadáver de su madre, cuando doña Mila-

gros la empujó, la lanzó al frío beso de la muerte. Sólo que la crisis se graduaba, y ahora tenía su devoción un carácter de vehemencia que rayaba en insano frenesí. Si puede la devoción calificarse de manía, maniática estaba Argos.

Levantábase tempranito, antes de que amaneciese, y en ayunas salía á no perder las primeras misas. Dijérase que cuanto más tempranas, á hora más intempestiva é incómoda, mejor le sabían, cual si el valor de esta práctica piadosa consistiese en realizarla antes que los barrenderos terminasen su modesta faena. Era el templo predilecto de mi hija una antigua iglesia conventual, hoy entregada á los Jesuítas, tan madrugadores en celebrar como solícitos en atender al culto. Despachadas las misas, confesiones y comuniones, siempre había alguna función que entretuviese á Argos hasta las diez; más tarde no, porque, en el fervor de su vida austera, mi hija repugnaba ver y ser vista de gente. La mañana la dedicaba á bordar, pues estaba haciendo un manto muy repicado para un San José. Por la tarde, manifiesto: á velar al Santísimo. De noche se recogía á su cuarto, donde suponemos que leía ó meditaba.

Lo seguro es que no podíamos reducirla á tomar parte en nuestros inocentes y honestos solaces. Diríase que en ellos olfateaba insidias del demonio. También era arduo conseguir que acompañase á sus hermanas á los paseos, con ser éstos tan retirados y solitarios; y rara vez podíamos lograr que, con velo tupidísimo y saco de estameña, se uniese á la familia para tomar un poco el aire y hacer el ejercicio que reclama la salud. Yo insistía en que saliese, porque Moragas, al observar á Argos, solía decirme:

—Esa señorita le está buscando tres pies al gato... Mucho cuidado, señor de Neira. Su hija de V. está provocando una congestión en el alma...

No era para notado sin inquietud el que la extremosa Argos, lejos de hallar en su nueva existencia mansedumbre y paz, humildad, sumisión y agrado, frutos naturales del amor divino, diríase que contraía una excitación malsana y alarmante. No podía yo echar la culpa á la devoción, porque Clara, otra hija mía, á quien siempre se le había notado afición á la iglesia, solía volver de ella como volvemos de los sitios adonde vamos por nuestro gusto, con cara satisfecha, plácida sonrisa, humor inmejorable, y una voluntad, por decirlo así, baqueteada, suavizada, amoldada á las contrariedades, que tomaba luego con más paciencia y resignación. Argos, en cambio, traía de sus madrugonas, ó una acometividad impaciente, un prurito de censurar cuanto hacíamos y decíamos, por encon-

trarlo profanísimo y pecaminoso, ó una tétrica reserva que la aislaba de nuestro afecto. Si la señal del provecho que hacen al alma las devociones es el estado moral de esa alma misma, Argos empeoraba con sus rezos.

Hubo semana en que casi no la vimos, de tal modo la embelesaba una novena muy solemne, en la cual debía cantar, en unión de otras varias señoritas de Marineda que ensayaban los *Gozos*. No recuerdo si dije que Argos poseía voz de contralto: siempre la tuvimos por hermosa y extensa, pero á las pocas lecciones del organista y de una profesora que por devoción dirigía el coro, resultó admirable. No soy inteligente; pero la voz de mi hija, apenas educada, me pareció en efecto un prodigio; al entonar los primeros compases del *Ave María* de Gounod, vibraban en su acento toda la pasión y toda la arrebatada sensibilidad de su carácter: era una voz profunda, timbrada, sonora, pastosa, que llegaba al corazón. Hablóse mucho de esta voz en Marineda, y la iglesia se llenó de curiosos. Recuerdo que un día me dijo Feíta misteriosamente:

—Papá... ¿Sabe lo que hice hoy? Estuve haciendo rabiarse á *Argos divina* más de una hora. ¡Se puso conmigo hecha un escorpión! ¡Si viese! La dije que desde que anda vestida de mamarracho con un hábito tan feo, y confesándose hasta de que respira, ha echado un genio peor que el de antes. Y que no hace nada en todo el santo día, más que gorgoritos y leer libros que no entiende. Y que á mí me parece que las mujeres... vaya... y también los hombres... deben rezar una horita... bueno, aunque recen horita y media... y el resto del tiempo trabajar ó divertirse; porque ni somos frailes ni monjas. ¿No crees tú que tengo razón? ¿Es bueno eso de rezar como un molino, tacarataca, tacarataca?

—Claro que no... Las cosas necesitan un término medio.

—Eso, eso quería yo decir; que no hay cosa que no tenga su término medio. Y cuando se exageran mucho las cosas... pataplúm.

—¿Qué significa eso de pataplúm?—preguntaba yo, embobado con la labia de la chiquilla.

—Quiere decir que... vamos: ¡la mar! Porque, hasta para Dios debe de ser muy cargantito que sin intervalo le esté mareando Argos. A ella todo se le vuelve “voy á ver á Dios,”; “abur, que me espera el Santísimo Sacramento,”. ¡Vaya! Al Santísimo Sacramento no le gustará la gente machacona. Y lo que yo digo: con la compañía de Dios, parece que una chica se ha de volver más amable y más servicial y más cariñosa, ¿no?

—Claro, enemiguillo.

—Pues mi hermana, cuanto más va á la iglesia, más se avinagra y más se chifla. Hoy creí que me arañaba, porque la dije: “Arguitos, tómale á Froilán la lección de latín, que yo no puedo ahora; anda, mujer, que yo rezaré por ti el Rosario.” ¡Ay! ¡El fin del mundo! Saltó chillando que no se llamaba Argos, sino María Ramona; que eso de Argos era un mote y una profanación, y que ya me enseñaría á llamarle Argos. Luego me dijo que la lección de latín que la tomase el diablo; y como yo respondí que nombrar al diablo era pecado, agarró los zorros de sacudir las sillas y se vino detrás de mí corriendo. Si no ando lista, me zorrega. A bien que ya pagaría yo la tunda en moneda de oro.

—¡Bah!—contesté en tono conciliador.—Son bromas entre hermanos. Y al fin, ¿quién le tomó la lección al chico?

—¿Quién había de ser? Doña Fea... *mangue*... como de costumbre. Y también como de costumbre no sabía palotada el señorito. Me veo y me deseo para meterle en la cabeza los pretéritos. Pero mira, papá. Esta Argos, el día menos pensado te dará el disgusto del siglo. Pudiera suceder que se volviese loca. ¿Tú crees que eso de rezar y cantar todo el día no será una enfermedad lo mismo que otra cualquiera?

—No, hija mía. Es fervor que le ha entrado. Debemos respetar eso, porque no se trata de ninguna mala acción.

—¿Fervor, papá? Pues á mí se me figura que en lo del canto tiene su vanidad correspondiente Arguitos. Sabe que van á San Agustín muchos tontos á oirla, y cuando hay tontos es cuando florea y se despepita toda. No es oro lo que reluce, papaiño...

Sorprendente era la paciencia con que doña Milagros, tan asidua en acompañar á mis hijas á paseos y tiendas, se prestaba también á la devoción de Argos, acompañándola á la iglesia siempre que era preciso y aun asociándose con ella para rezuquear. El Rosario lo despabilaban juntas: y era interminable, la corona entera con sus misterios dolorosos ó gloriosos, seguido de una retahíla de padre nuestros, credos, salves, actos de fe, trisagios y letanías. Reuníanse asimismo para las novenas caseras, poniendo en común su tesoro de devociones especiales. Y si se ha de creer á Feíta las de doña Milagros eran de un género sumamente original.

—¡Papá... si viese qué santos tiene doña Milagros en su cuarto! Una Dolorosa que parece un acerico... Dos San Sebastianes que parecen dos pollos desplumados... Una Virgen del Carmen con miriñaque... Cuando rezan ella y Argos, se duerme y contesta medio dormida... ¿Sabe V. cómo rezaban ayer? Doña Milagros echó un pu-

ñado enorme de garbanzos sobre la mesa del comedor, y empezó á decir á voces: "¡Satanás! ¡En mí no entrarás! Porque diré mil veces: Jesú, Jesú, Jesú....," Y á cada Jesú; ¡pín! un garbanzo al cesto que tenía debajo de la mesa...

—Chiquilla, no inventes patrañas.

—Papá, es verdad; es verdad, papá—afirmaba Feíta con esa especie de angustia de los niños, que se consternan cuando no se les cree.

Otro día me trajo unos papeles encontrados en el cuarto de su hermana. Titulábanse, el uno *Ferrocarril celeste*; el otro, *Receta para confitar almas*. Eran de esas hojitas donde por medio de un simbolismo del orden más pedestre, se quieren hacer accesibles á la inteligencia y al corazón verdades altas y sublimes de nuestra religión sacrosanta. Debo anticiparme á advertir que mi hija leía cosas mejores, libros piadosos que, sin saber de dónde procedían, vi varias veces sobre su mesa; entre ellos reconocí la *Imitación*, las sagradas páginas que [santificaron á mi madre... y que sin duda Argos no entendía ó no aplicaba tan bien.

Aquellos días en que ensayó Argos el *Ave María* de Gounod, empezó á divulgarse por Marineda la noticia de que deseaba entrar en un convento. La primera vez que me lo preguntaron personas extrañas, sentí un golpe en el alma. ¿Pensaría en efecto mi hija sepultarse entre cuatro muros? ¡Monja mi Argos! ¡Monja! Enterrada en vida, separada de mí por vallas de hierro, sin esperanza de ninguna ventura terrenal, virgen, estéril, sola, muerta!

En Marineda se comentaban estos supuestos planes de monjío, que llamaban la atención, como la llamaba ya todo lo referente á Argos, su hábito, sus madrugonas, su voz, su canto, y, ¿por qué no decirlo? su pálida cara de imagen, alumbrada por los dos ardientes cirios de sus ojazos negros. En las ciudades poco populosas la vida no puede ser original; hay para ella un patrón común, y quien pretenda apartarse de ese patrón, ó ha de llevar una existencia tan obscura que nadie le vea, ó ha de resignarse á que le roan los zancajos y le zarandeen como á escobajo de uva pisada. Esto le sucedió á mi hija la devota. Dió la gente en fijarse más en ella, con su saco de anascote y su velo de merino, que en sus hermanas, las cuales, emperejilándose lo que consentía el luto, no hacían más de lo acostumbrado en muchachas de su clase y edad. Argos—envuelta en el sayal, con la mata del obscurísimo cabello apenas sujeta, pronta á desenvolverse y caer trágicamente por sus espaldas—en vez de sustraerse á la curiosidad del mundo y encontrar aquel

espiritual retiro que tanto agrada al alma contemplativa, lo que conseguía era ser blanco de todas las miradas y tema de todas las conversaciones.

¡Monja! Buen católico soy, á Dios gracias, y venero el claustro; pero nunca se me había ocurrido separarme de una hija para no verla más; tropezar con unas rejas que se interponen, negras y frías, entre su querido cuerpo y mis brazos; perderla, en suma. Sólo de pensarlo se me encogía el corazón. Si calculaba desprenderme de una hija, era para dar su mano á un hombre que la amase, que me hiciese abuelo de unos serafines que pudiese tener sobre mis rodillas; y mil veces fantaseaba yo cómo sería la casita de mis hijas casadas, qué muebles tendría, y qué butaca grande me reservarían á mí, al abuelito helado por la vejez, en un rincón muy abrigado, cerca de la ventana por donde entrase á torrentes el sol.

En la Sociedad de Amigos, en la calle Mayor, en las Filas, no me dejaban vivir. “¿Es cierto que la más bonita de sus niñas se mete monja? ¿Es verdad que ya tiene elegido el convento?,” Mauro Pareja sobre todo, revelaba en su asombro su carácter, porque nada le admira como las resoluciones extremas. Un ingenuo pasmo se pintaba en sus facciones. Parecía exclamar: “¡Quiere ser monja! ¡Es posible que haya quien intente cosas tan novelescas!,”

Por entonces Argos incurrió en nuevas extravagancias.

Estábamos en Carnaval. En Marineda hay años de gran animación carnavalesca, mientras otros transcurren lánguidos: esto depende de circunstancias imprevistas, del estado de los bolsillos, de la duración de la temporada teatral, del humor de los Presidentes de las sociedades. El año de la muerte de mi pobre Ilda tocó ser bulliciosas las Carnestolendas; sobre todo hubo muchas máscaras por la calle, á lo cual contribuyó el caer la “temporada de locura,” á fines de Marzo, y estar el tiempo sereno, despejado y magnífico. La primer comparsa la organizó la *Nautilia*, sociedad nueva y emprendedora, empeñada en eclipsar á otra más antigua y acreditada, el *Casino de Industriales*. La comparsa de la *Nautilia*, que salió el Jueves de Comadres por la tarde, representaba la entrada del Dios Momo, cuyo bando ó proclama iban repartiendo profusamente unos demonios vestidos de colorado; anunciaba Momo que traía en sus baules alegría y felicidad para los *pollos*, noviazgos para las niñas, melancólicas reminiscencias para las viejas, y que se marcharía dejando en pos chascos y desengaños á montones. Los que iban á esperarle cantaban versos alusivos, y regresaban luego escoltando la dorada carroza donde se repantigaba el dios, lucio,

risueño, repartiendo á diestro y siniestro saludos con la mano enguantada de blanco, que metía á veces en un saquito de raso azul para arrojar confites á las señoritas que descollaban entre el gentío. Como la tarde era primaveral, la temperatura deliciosa y el espectáculo alegre, entretenido y gratis, despobláronse las casas de Marinada: todo el mundo se dirigió hacia los arrabales para admirar la lucida comparsa.

Mis hijas resolvieron no salir aquella tarde, porque precisamente el barullo carnavalesco invadía los lugares por donde ellas solían pasear; y la incomparable doña Milagros también decidió quedarse haciéndoles compañía. Se convino en entretener la tarde con arreglos de trajes de las pequeñas y con sacar, de una manteleta vieja de la señora, un abrigo de luto para la muñeca Nené, que, en opinión de Purita, lo necesitaba muchísimo. Reunióse en nuestra sala la tertulia, mientras yo, desde la galería abierta, recreaba la vista con el airoso balanceo de las embarcaciones y el azul espléndido del mar en calma, que parecía una placa de empavonado acero. Reinaba tal soledad aquel día en la población, que se oía claramente sobre las losas del muelle el ruido de los zuecos de algún marinero que pasaba, ó la risa de un niño, resonando límpida y argentina en la pureza de la atmósfera; por momentos venía una bocanada de música, la de la comparsa, que iba acercándose á la ciudad.

Al principiar la sesión, Argos tomó dedal y aguja como las demás; pero parecía azorada. Dos ó tres veces la vi acercarse á la vidriera, y mirar hacia el sitio donde la comparsa debía de encontrarse entonces, como si los efluvios primaverales que llenaban el aire y los ecos lejanos de la algazara la excitasen é irritasen profundamente. Esta vaga desazón duró hasta que la música de la comparsa, aproximándose, se dejó oír interrumpida aún, pero más clara y distinta. Entonces, Argos, saliendo precipitadamente de la sala, regresó al cabo de dos minutos con el manto puesto. Como no tenía que hacer ningún preparativo de tocador, sus salidas eran así, súbitas, instantáneas; algo de fuga, la correría del que se siente perseguido.

—¿A dónde vas, chica?—preguntaron las costureras.

—Iré á la iglesia, de seguro—respondió por ella doña Milagros.

—No... ¡lo que es ahora no voy á la iglesia!...—contestó sombría y enfáticamente la devota.

—¿Pues á dónde, hija, á dónde?—interrogó sorprendida la andaluza.

—A ver á mamá—declaró, Argos, tomando el rumbo de la puerta.

Pero ya doña Milagros y Clara se habían levantado, interponiéndose é impidiéndole salir.

—¿Estás loca? ¿Ar Campo Santo soliya? Esa gracia no te la permito yo y papá tampoco. Escuche, señó Neira: sola se quiere ir por ese camino del sementerio, que es un presipisio, y donde hase poco le dieron á una mujer de puñalás. ¡Dios nos asista! Tú tiene el bicho en la cabeza.

—Dice bien doña Milagros. De ningún modo consiento que vayas, y mucho menos sola. Dentro de hora y media es noche cerrada; te expones, además te... criticarían. Deja eso, hija... por Dios.

—Pues venga conmigo, papá, si quiere. Venga. Porque yo, sola ó acompañada, hoy he de visitar á mamá, que está en el nicho, mientras todo el mundo ríe y se divierte.

El ruego me cayó encima como un lienzo de muralla que me dejase aplastado. ¡Qué idea tan lúgubre, tan antipática, tan fea! ¿A qué, vamos á ver, á qué tenía yo de ir,—cuando precisamente me encontraba tranquilo, dulcemente conmovido por la vista del mar y la hermosura de la tarde,— á abrir heridas y cultivar dolores? ¡Ilduara mía: tú, que á última hora calumniaste tu existencia; desde el cielo, que espero que en él estás, bien ves los móviles que entonces inspiraron mi conducta. Mientras viviste, traté de hacerte dichosa: cumplí siempre tus deseos; te guardé fidelidad, y hoy que todo lo sabes, sabrás que no falté á mi deber. Si de algo te sirviesen las visitas á tu nicho, las prodigaría; pero ¿qué alivio puede prestarte el que me abisme en la aflicción, y además coja un reuma con la humedad del cementerio?

Algo así objeté á Argos para que renunciase á su antojo sentimental. Me contestó unas boberías: “Su mamá estaba muy solita. La gente de fiesta, y ella allí, abandonada, sin más compañía que los gusanos del sepulcro! Ella oía que su madre la llamaba; sí, oía su voz.” Repliqué que para ser cristiano y rezarles á los difuntos, á lo sumo bastaba con ir á la iglesia. Pero la muchacha se obstinaba en su deseo: despreciando mis ruegos y mis órdenes, otra vez se lanzó hacia la puerta. Entonces cogí el sombrero y la seguí; y doña Milagros, no menos diligente, se echó el manto y se reunió con nosotros en el portal. Después supe que Mizucha y Purita, alborotadas, con el instinto de imitación propio de su edad, querían también ir al cementerio, como si fuese cosa muy recreativa; y porque Feíta quiso convencerlas, rompieron á llorar y tomaron un *cabrito* que no se les quitó en toda la tarde.

¡Qué tétrico es el camino del cementerio de Marineda! Lo limitan

terrenos baldíos, pardos peñascales, y el mar inmenso que se estrella con zumbido lúgubre y perenne contra la brava costa. A cada revuelta se ve surgir la alta mole del Faro, cuya luz, ya se entorna, ya rebrilla fulgente. Y cuando se cruza la verja, vense tres patios llenos de nichos, donde brotan hierbecillas amarillentas y pálidas; tres patios como de cárcel, sin un sauce, sin un ciprés, sin esa vegetación que poetiza la muerte... La uniformidad desolada de las lápidas blancas y negras, y el viento del mar que azota el rostro y seca las lágrimas...

No me atreví á penetrar en el recinto. Parecíame como si no hubiese muerto Ilduara, y me la fuese á encontrar erguida, airada, maldiciéndonos á la comandanta y á mí. ¡Peregrina aprensión! Hasta creía oír sus palabras iracundas y despreciativas: "Muy bonito... Vienes á visitarme con la verdulera... Para escándalos, este... Quitate de mi vista, panarra ¡mal marido!„ Entró Argos, apresurada, derecha, sin volver atrás la vista, como las somnámbulas. Doña Milagros y yo nos quedamos á la puerta, mirando cómo declinaba el sol y sus últimos resplandores tendían sobre el Océano unos rizos de oro y fuego, deshechos al punto. Sin decírnoslo, comprendíamos la señora y yo que era muy bonito aquello, que el espectáculo tenía algo de misteriosamente conmovedor. La andaluza había suprimido su cháchara; yo me deleitaba en callar. Un viente-cillo fresco, precursor de la noche, vino á acariciarnos. Argos prolongó la visita como un cuarto de hora. Cuando volvimos, empezaba á asomar la luna.

## X

Pasaron Carnestolendas, y el mal de mi hija arreció, hasta tal extremo, que vi llegada la hora de vencer la debilidad de mi carácter y adoptar alguna resolución, porque aquello más que á santidad trascendía á delirio. Antes de que confirmase mis recelos el médico, había yo comprendido que Argos ni era santa ni penitente, sino enferma.

Después de la visita al cementerio, sus rarezas redoblaron. Había días que se recluía en su cuartito (tenía uno para ella sola, de donde había expulsado á Rosa, bajo pretexto de que

Rosa quería espejos, floreros y otras profanidades), y nuestros ruegos para que saliese á comer eran inútiles: dejaba correr horas y horas sin probar alimento, tal vez llorando; lo encendido de sus párpados la delataba. Aquella devoción sordomuda de los primeros días; aquel bullir de la segunda época, aquel piadoso zascandileo en unión de la marquesa de Veniales, Paciencia Borreguero, Regaladita Sanz y demás fundadoras y socias del *Roperito*; aquella afición al canto, aquel continuo ensayar trinos y *fermatas*, habían cedido el puesto á fúnebre preocupación, á un lirismo que puedo llamar mortuorio. Pasábase en el cementerio muchas tardes; y era lo peor que se escabullía sola, á pesar de mis mandatos. Nunca la vimos más desaliñada, más olvidada de que era mujer, y mujer joven y hermosa. El abandono de su traje sólo podía compararse al de su peinado. Más de una semana trajo vendada la frente con trapos negros, afirmando que era por culpa de unas jaquecas horribles. La venda era angosta, y prestaba singular realce al rostro de la muchacha, en cuyos ojos ardía la fiebre. Todo esto debía asustarme. Consulté, en primer lugar, á mi amiga.

—Sí, señor—exclamó la andaluza cuando la manifesté mi propósito de avisar al Doctor.—Hase usted mu bien; pero no sé que el Doctor le pueda sacar á la chica los mengues del cuerpo y el clavo del corasón donde afincao lo tiene. Los médicos piensan que tóo es resetar, que tóo es tomar el pulso y dar medicamentos contra el flato y para engordá la sangre, y yo le digo á usted que hay otras cosiyas en el arma, y que los médicos no hasen caso de eya, y son unos jumentos, hablando mal.

—Según eso, ¿V. cree que no la curará el Doctor? Doña Milagros, querida doña Milagros, dígame su opinión, porque estoy que se me puede ahogar con un pelo. V., que ve á la chiquilla á todas horas; V., que la acompaña mil veces (Dios se lo pague); V., á quien, como mujeres que son las dos, ella enterará de cosas íntimas que conmigo no ha de conferir nunca, sea franca conmigo. Siempre he tenido en V. mucha confianza; pero de algún tiempo á esta parte, la miro á V. como á un ángel bajado del cielo... Y no digo más, porque no quiero enter necerme.

La comandanta sonrió, apoyando su dedito moreno y afilado en sus labios descoloridos, tan lindos y tentadores. Era la actitud de la reflexión, en ella poco usual. Pasaba el diálogo en la sala de la señora, puesta con el aseo algo anticuado y la sencillez de mal gusto de las casas meridionales. Las paredes estaban llenas de fotografías de familia: individuos mal engestados, displicentes, vestidos

de domingo y apoyados en las estelas jónicas y en los muebles recargados de talla de la guardarropía fotográfica. Me había explicado la andaluza cien veces el parentesco, el grado de consanguinidad y la afinidad que la unían á los originales; pero yo siempre los confundía, viendo, no obstante, en tal exhibición de parentela una prueba de la respetabilidad de la señora.

—¿Ve usted?—solía decirme.—Esta es mi primiya Paula, la que casó el año pasao con este sanguango, un capitán de lanseros... Esta se ha quedao viuda la pobre: Juaniya se yama. Estos son los chicos de esta misma Juaniya. Mire el pequeñiyo, qué mono (ya sabemos que á doña Milagros le parecían una monada todos los chicos). Esta... tan farfantona... la del mantón y el pañuelo... es mi tía la ricacha, la Tomatera de Chipiona, que la disen así porque ganó su fortuna cargando tomates para mandá á toda España y á Inglaterra... Podría de dinero está... y yo no me avergonsé de ella cuando empesaba á negosiar, y así me adora y me hase mil regalos y dise que me dejará su hacienda. A mí el interé no me siega; pero ¿avergonsarme de una mujer honrá? ¡Sabe Dios cuántas condesas quisieran ser como eya! ¿Verdá, Don Benisio?

Esta charla no se repitió hoy, porque la andaluza, como dejo dicho, reflexionaba; operación penosa y difícil para quien era pura espontaneidad, instinto y arremetida franca y súbita, semejante á la del toro que por primera vez ve flotar el rojo é incitante trapo. Por fin sus ojos entornados irradiaron luz de inspiración; y echando mano de toda su diplomacia, de toda su oratoria, de toda su sabiduría, de todo cuanto en ella formaba el elemento intelectual, me embocó este que casi puede llamarse discurso:

—D. Benisio, ya sabe usted que puede pedirme la vía si la necesita: yo no quiero gastar retóricas para desir que se le apresia... Por lo mismo voy á hablarle como quien pisa huevos, y como quien mete la mano en brasas y no la quiere tostar. Cosas delicás saldrán á cuento, y si usted se me ofende á las primeras de cambio, meteré la cabeza debajo el ala, y agur.

Hice un ademán expresivo animando á la señora á que se explicase, y ella, dando tormento al abanico, aunque ni hacía calor ni estábamos en verano, prosiguió sin perder la gravedad:

—¿Usted se acuerda, santo varón, cómo empesaron los trabajos que pasamos en este pícaro mundo los hombre y las mujere?

—Doña Milagros, ¿eso qué tiene que ver?...

—Calma, cristiano, que allá voy. Todas cuantas desdichas y berrenches aguantamos, le vinieron á Adán por Eva y á Eva por

Adán, y á los Adanes por las hijas de Eva, y á las hijas de Eva por los Adanes condenaos. Siempre que vea usted una mujer ó un hombre con fatigas de muerte, no se derrita los sesos cavilando: es por la otra cara de la luna... ¿está usted? es por un Adán ó una Eva, y digasté que yo lo digo. Cuanto zafarrancho se arma por ahí; cuanto inventan los hombres, con esos discursos endemoniaos de mecánicas y de construsiones y de negocios; cuantas trifulcas arman de teatros y bailes y comersios y fábricas y diablos coronaos... todito es por la pingarrona de Eva, por eya nada más. Y cuanto nosotras no componemos y no asicalamos y no despepitamos y no ponemos tristes y no reímos a carcajá y murmuramo y chillamo, y arañamo y reñimo... y no tragamo á la gente... como le susedía á su difunta de usted, señó Neira... tóo es por el perdío de Adán, ni ma ni meno.

Oía yo sonriendo á la señora, por la sal del cielo con que echaba su relación; pero la idea no me parecía ciertamente ni muy nueva, ni muy aplicable al caso presente, ó sea al místico desvarío de mi hija Argos. Sin duda doña Milagros leyó en mis ojos, pues se apresuró á añadir:

—Yo siento no tené más labia, más esplicaeras, y sobre tóo más siensia, para haserle á usted ver claro como el agua este intríngulis del mundo, que yo ayá á mi móo lo entiendo divinamente... Porque usted ahora dise pa entre sí: “¿Y qué tiene que ver con las arrancadas de mi niña, que todas son por el lao de la iglesia, la casta de los Adanes? Presisamente la chiquiya se corre que quiere entrar monja... y en el convento Adanes no hay.” Pues velay, Don Benisio: que á las mosita y lo propio á las mujere manías, no se crea usted, tanto las altera Adán de sobra como faltón... y basta, y usted ayúeme á hilar delgadillo esta madeja.

Quedéme suspenso, sin saber qué objetar á tan incongruentes afirmaciones.

—¿De suerte...—pregunté—que V. juzga que Argos... sus males... sus caprichos...?

—Los tontos creerán que son por Dió Nuetro Señor. ¡Calumnia! Por Adán y nada más que por Adán; y si Moragas dise otra cosa, cómprele usted una gafa á Moragas.

—Pero—insistí—¿qué Adán puede ser, doña Milagros, el que me tiene trastornada á la chiquilla? Sospecho que eso no lleva camino; porque si alguno pretendiese á Argos ó Argos quisiese á alguien, Argos se compondría, Argos presumiría, Argos estaría como están las muchachas con novio.

—¡Ay qué material que es usted, Don Benisio! Pué si no hubiese

en el mundo más enreos que los que están á la vista de la gente y los noviasgos á son de trompeta... Mil veces se enrea el corasón, y no lo sabe más que el corasón mismo: por fuera, nada: gayo tapao.

Me resonaron dentro estas palabras que con vivacidad acentuó la andaluza.

—Su niña de usté es una mosa que tiene en aquella cabesiya un volcán. Tóo le entra por arrechucho, y se pinta eya á sí misma que siente la cosa más aún de lo que la siente. Por la mañana dise pá sí: “María Ramona, hoy tocan á yorar y á besá el suelo.” Y se la caen los lagrimone como aveyanas, y capás es de lavá el suelo con yanto. Pues como diga: “Hoy tocan á cantá...”, más canta que un rui señor: vos como la suya, que tanto yegue al alma, en mi vida la he oído. Si la da la tema por está de rodiyas, de rodiyas aguanta horas y horas sobre la piedra, sin quejarse, aunque luego se caiga desvanesía de dolor. Si se la pone en el periquito vestir el saco de estameña, el saco suyo ha de ser el más gordo y más bronco y más feo; y dé usté grasia á Dió que no se la ocurra arrastrar tisú, porque lo arrastraría del más vistoso, aunque la costase darse al diablo.

—¡Doña Milagros!— pronuncié, saltando en la silla.

—Perdone...—murmuró la señora, confusa, con tan hechicera mansedumbre que me desarmó al punto.—No he querío ofender... Usté me pregunta... y yo... vamos, tengo la lengua larga... No se me atufe... Diga que me perdona. ¿Así? ¿Pases?

Y para sellarlas, tomó mi diestra y la oprimió contra la parte baja del pecho izquierdo, donde noté que el corazoncito sin hiel brincaba y golpeaba la tela tirante...

—Lo que he querío desir, don Benisio, es que su niña es una pila del telégrafo. Si tuviese novio, un Adansejo en regla, como Dios manda, valdría más que no andar visitando á los difuntos... La cosa es que...

Doña Milagros vacilaba.

—Que... vamos, en el caso de su hija de usté, el Adán no puede ser... no es posible que sea... ¡Ay! se me traba la lengua, don Benisio... ¿no se va usté á enfadar?... Pues... ese Adán de Argos... si es que sale... nos saldrá... apestando á cera; eso... cabal...!

Me puse de pie. En mi cráneo, de improviso, retumbaban voces, carcajadas y burlas infames. ¡Dios justo! Por primera vez se me ocurría la idea, la absurda idea... y ya no iba pareciéndome tan absurda, á los dos segundos de haberla concebido. Recuerdo que me

eché á la cabeza las manos, para ahogar aquel estrépito diabólico. Doña Milagros comprendió con su agudeza femenil, y murmuró:

—No hay que apurarse, señó de Neira... Esto que le digo yo á usted no creo que nadie lo sospeche. Ni la misma Argos entiende lo que la está pasando; eya se cree buenamente que anda así, afligía, por sus pecaos y sus penitencias y sus étasis... y se figura que las cosa rara que la entran son ayá unas visitas de la gracia de Dios... y no hay para qué desengañarla, que los achares se la han de quitar.

—Pero... —tartamudeé— ¿por quién, doña Milagros, por quién cree V. que siente mi hija... debilidad... afición... en fin, *eso*?

—¡Eh! No tan aprisa... No he dicho *eso* presisamente; sólo que se me ha puesto aquí que alguna tontá por el estilo será la madre del cordero.

—Un nombre... ¿No se la ocurre á V. un nombre?

—Don Benisio... es delicaiyo contestar. No nombro á nadie. Usted abra el ojo, fíjese, entérese, como es el deber de tóo padre, de lo que hace su hija y á quién ve... porque también es usted demasiado confiao y blandullón, y con usted hasen su santa voluntá las niñas las veinticuatro horas del día, vamo... Así como su señora, Cristo la haya perdonao, pecaba de dómina y de regañona, usted parese hecho de merengue: con usted las chiquiyas tienen república. Yo le aconsejo que mire por Argos... y no ha de sacarme usted más, que estaría muy feo calumniar... ó salir con algún sinfundo.

No conseguí otra cosa. A mis súplicas opuso la señora un significativo, "he dicho bastante,". Para torcer la conversación, sin duda, preguntóme de pronto:

—¿Se ha enterao V. del cambio de ministerio? ¿Ha visto al nuevo Gedeón? Es decir... éste de Gedeón no tiene nada.

—Sí, se me figura que me abrió la puerta una cara desconocida.. ¿Ha encontrado V. su ideal?

—¡Ay mare! pues si estoy que no quepo en mí de goso. Le digo, Neira, que ahora sí me encuentro en la gloria. No sé dónde ha podío desenterrar Tomás semejante alhaja; pero no he visto náa como eso. Un muchacho más limpio que el oro; da ganas de comer verle: y trabajaor, no se crea usted: que hasta los suelos friega y saca lustre á los hierros del balcón. Mañoso como él so-lito: mejor guisa que ninguna cosinera: pone el arroz que se chuparía usted hasta el codo. Me tiene el fogón, que dan ganas de colgarlo al cuello por dije. No lo va usted á creer: plancha, pega botones y limpia y sacúe mi ropa.

—¡Atiza! Como una doncella.

—Que sí... Y no se crea usted por eso que es ningún mariquiyas. Es disposición que Dios le ha dao. ¡Ay! Mis pies y mis manos es la criatura. Ya le he cobrao una ley...

—Vamos, un estuche.

Quieras no quieras ( no tenía yo el menor empeño en admirar las habilidades del nuevo asistente), hubo que dejarse llevar á la cocina por unos pasillos oscuros. Entramos en la oficina de la bucólica, y vimos, de pie ante una mesa de pino blanco, á la nata, flor y espejo de los asistentes, con las mangas de la camisa arremangadas y frotando á todo frotar la hoja de unos cuchillos. El exterior del sirviente era de lo más simpático; pero yo, con cierta repulsión (afirmo que la sentí desde luego), me volví á la señora y pregunté en voz baja:

—¿Es paisano de V.?

—No, valensiano.

Entonces reparé que, en efecto, aquel hermoso tipo meridional sólo podía haberse producido en las márgenes del Turia, que llaman floridas los poetas. Si no repugna hablar de la belleza de un hombre, hablemos de la de Vicente ó *Visanté*, que á tal nombre respondía el soldado. Pálido, con la palidez sana, caliente y mármorea de las razas semi-africanas; de negros ojos, fogosos, largos y brilladores; de facciones correctas, espesa barba que azuleaba de puro sombría, dientes blanquísimos y prócer estatura, era Vicente lo que se llama un arrogante mozo. El brazo ligeramente velludo, que ostentaba su rica musculatura al fregar los cuchillos, tentaría á un escultor; y la mano, fuerte, morena, grande, pero flexible, de noble diseño, lejos de denunciar la baja extracción del fámulo, parecía decir que por sus venas corría ignorada sangre de árabes conquistadores. Al vernos, cuadróse el muchacho, como si viese al comandante en persona.

—Aquí vengo á lusir tus gracias, Visente—dijo la señora con garbosa familiaridad.—Mire usted, Neira, qué tinaja tan fregaíta. ¡Ay! En estas sartenes relusiente me gusta á mí freir los huevos, que salen abuñaolaos. ¡Caye! Si hasta el perejil me lo tiene este chico que parese un ramiyete—añadió tomando un vaso donde en agua muy clara se encrespaban ramas de perejil.—Abre ese cajón, Visente, alhajiya. Tóo en orden, tóo aseado. ¡Qué almirés! ¡Qué perol! ¡Qué encanto de chocolatera!

El autor de tantas maravillas se mantenía derecho, inmóvil, callado, y al parecer melancólico, con esa melancolía noble que lle-

van sellada en el rostro las bellas razas de Levante, que saben ejecutar con dignidad los menesteres más bajos.

Al salir de los dominios de Vicente, la señora, volviéndose hacia mí con orgullo, preguntóme:

—¿Qué me dise usted del muchacho? ¿Es ó no es prenda?

Era en la antesala; me acuerdo bien que la figura de doña Milagros se destacaba sobre una cortina de reps verde obscuro, y que sonreía, dejando ver la dentadura de nácar, ornato de su boca de adolescente que empieza á sombrear el bozo. Yo me sentía lastimado, abatido con inmenso abatimiento, como el que acaba de recibir funesta noticia, ó de asistir á un espectáculo repulsivo, ó de prestarse á algo que subleva su conciencia y su corazón; y de pronto, en medio de esta depresión moral, de esta angustia mal definida, cuya causa no me era posible inferir, ¡oh vergüenza para mis canas! ¡oh vil y despreciable condición del hombre! ¡oh barro de que somos fabricados, escoria, limo de la tierra, polvo, basura! ¡oh rastro del pecado original! una oleada de profana embriaguez me arrolló; un relámpago cruzó ante mis ojos, deslumbrándolos con el serpear de su luz siniestra; un golpe como de saeta que se clava repercutió en lo profundo de mi ser, y, despavorido, comprendí, sin que me quedase lugar á duda, qué género de sentimientos me inspiraba doña Milagros.

Luché como un atleta para que no se me conociese. Sujeté mis ojos, contuve mi lengua, crucé los brazos sobre el pecho, clavándome en el antebrazo las uñas. Abochornado, sólo quise ocultar mi flaqueza, á manera de asesino que esconde el cuerpo de su víctima. Miraba dentro de mí y me parecía ver negra sentina de maldades. ¡Cuán lejos estaba doña Milagros de sospechar el verdadero estado de mi alma en su compañía y presencia! Sentí impulsos de presentarla los carrillos diciéndola:

—Abofetéeme V., señora... Echeme como á un perro tiñoso... Lo merezco... y me servirá de consuelo el que V. lo haga.

Y en alta voz, en lugar de implorar castigo, lo que dije fué:

—Doña Milagros... me voy ya, sin que V. aclare aquel enigma.

—¿Cuál, cristiano?—y la andaluza se aproximaba.

—Entremos en la sala, entremos—murmuré turbado por la media luz del recibimiento, sofocado por el zumbido de mis arterias.—Aquí pueden oír...

—No, si es que me quiere sacar con tenasa el nombre del Adán... pierde usted el tiempo. Y adiós, amigo... Va á venir Tomás, y le va á volver loco con sus peinaos... Lárguese si no quiere aguantar el

solo... ¡Tomás tiene la sangre más gorda! Por hoy no va más: se ha dicho que no. ¡Hasta luego!

Huí. Sentíame tan rebajado, tan indigno de ejercer mi misión de padre, que salí solo á la calle, recorrí el camino de la estación, me retiré á casa, no dormí, tuve calentura, y, al día siguiente, en vez de reprender á Argos por sus exaltadas devociones, madrugué como ella y la acompañé á la iglesia de San Agustín. Ansiaba confesarme, limpiar mi conciencia y ofrecer á Dios, con mi firme propósito de la enmienda, mi arrepentimiento sincero y casi inmediato, pues lo mismo fué calmarse mi vergonzosa fiebre, que pesarme de ella y conocer cuán mal le estaba á mi edad y cuánto ofendía al cielo. Y, si no acostumbraba importunar á Dios por leves circunstancias de la vida, en la gran tribulación no se me ocurrió pedir consuelo y ayuda á nadie más que á El.

Mi hija caminaba á mi izquierda, cubierto el rostro, arrastrando sobre las baldosas de las bien empedradas calles marinedinas su blando calzado de beata. Creí notar que lejos de alegrarla mi acto de religiosidad, iba de mal talante, reconcentrada y arisca.

—¿Habrà quien confiese á estas horas?—la pregunté antes de entrar en el templo.

—¡Ya lo creo que habrá!—fué su única respuesta.

Adelanté por la nave. Algunas formas confusas se rebullían á uno y otro lado de los bancos: el templo, sin estar obscuro como una cueva, no estaba tampoco claro: era la luz incierta del amanecer. Un jesuíta alto, encorvado, de aire distinguido, salió de la sacristía dirigiéndose al confesonario. Mi hija se alzó el velo, corrió, precipitóse, y balbuceó suplicante:

—¡Padre Incienso!... ¡Padre Incienso! Estoy aquí.

El proseguía andando, deslizándose, sin mirar á la devota: pero como yo añadiese: "También deseo confesarme,,", volvióse vivamente, se fijó en mí, y exclamando: "Con mucho gusto, señor de Neira, inmediatamente,,", se introdujo en la garita de madera. Me arrodillé ante la rejilla: Argos se desvió: y, después de las fórmulas y rezos que preceden á la confesión auricular, en un arranque efusivo, sincero, espontáneo, que debió agradarte, ¡oh Dios que ves las almas!, derramé todas mis culpas en el oído y en el pecho de tu ministro.

¿Quién, si tiene la fortuna de ser católico, no adivina lo que dije y lo que me respondieron y aconsejaron? ¿A qué profanar contándolo el inefable cuchicheo, el misterioso diálogo de nuestras y conciencias, las palabras, ya severas, ya consoladoras, las viriles exhorta-

ciones, las advertencias prudentísimas, las firmes é indulgentes frases del confesor, con todo lo demás que atañe á la sabia economía del admirable Sacramento de la Penitencia? Lo que importa es que me levante sereno, aliviado, animoso, en una situación moral que sólo no envidian los que la desconocen, y que allí y sólo allí se consigue con tal plenitud y tan exquisito sabor de bienaventuranza.

—Le daré á V. ahora mismo la sagrada comunión, ¿verdad?— preguntó el jesuíta doblándose para salir del confesonario.

—¿Y yo, Padre Incienso?—susurró la voz de la mujer que aguardaba casi postrada, y en quien reconocimos á Argos.

—V. no se confiesa hoy porque no tiene para qué: se ha confesado ya dos veces en lo que va de semana—respondió el Padre.— Me acerqué solo á la barandilla del presbiterio; dejé caer la frente sobre el paño blanco; una oración sin palabras se alzó de mi regenerado espíritu... y poco después, temblando de respeto ante el misterio augusto... sentí en los labios el Pan de los ángeles.

Ahora, Satanás, puedes venir... Me he revestido de coraza, he embrazado el escudo, y he jurado que, si te presentas, te llevarás un chasco como para ti solo. *En mí no entrarás*, que diría mi tormento, mi enemiga dulcísima, doña... No la nombremos: más vale.

EMILIA PARDO BAZÁN.

(Se continuará.)

## HUMORADAS

---

Es propio del amor, si es verdadero,  
compendiar en un ser el mundo entero.

---

Este nombre de Inés, que tanto admiro,  
lo he de envolver en mi último suspiro.

---

La juventud ardiente y atrevida  
se entrega á la pasión porque no advierte  
que, siendo hijo querido de la vida,  
el amor es el padre de la muerte.

---

Fué una mujer amante,  
de un corazón tan noble como tierno  
que le hizo conocer que olvidó el Dante  
más de veinte suplicios en su *Infierno*.

---

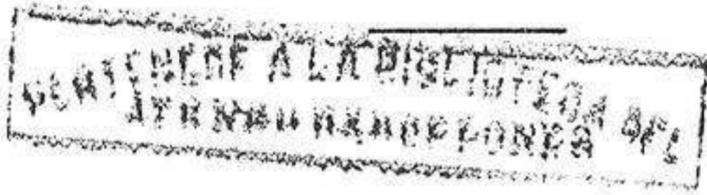
Pensaba sólo en él; mas ya es su esposa,  
y habla con él pensando en otra cosa.

---

¡Ay! La virtud de un corazón sencillo  
siempre se halla entre el yunque y el martillo.

CAMPOAMOR.

# HISTORIA CONTEMPORÁNEA



## AMORES DEL REY DON ALFONSO XII

**P**ero siendo como alma de la historia la verdad puramente acendrada, de los tiempos presentes, aunque es fácil el hallarla, es difícil el decirla; de los tiempos antiguos, fácil el decirla, difícil el hallarla. Y constando la historia de hallarla, y decirla, siempre navega el escritor con riesgo, ó por rumbos que se ignoran, ó entre escollos que se temen. Con ser la dificultad igual, la juzgo, sin embargo, por muy desemejante. Porque el escribir sucesos en la edad presente está más en el escritor que en las cosas. La de dar á la luz pública las cosas antiguas, más en las cosas mismas que en el escritor, porque se le esconden. De la edad presente, no sólo es peligrosa la censura: aun la narración desnuda y sencilla da cuidado de cómo se haya de recibir entre tantos interesados, en lo adverso de que se suprima la verdad, ó se disminuya, en lo próspero de que se engrandezca y ensanche á los que no les toca: vicios ambos que igualmente afean la historia, pues siendo moneda pública, igualmente la vicia el que la adultera con mezcla de metales supuestos, y el que la cercena del justo peso y cantidad de la ley. Y entre recelos de la ofensa y necesidad de la lisonja, pierde el escritor la constancia y serenidad de ánimo, que le pide el oficio muy semejante al de juez, que ni ha menester á la parte favorable ni la teme adversa. En la narración de las cosas muy an-

tiguas sucede á la perspicacia del ingenio lo que á los ojos del cuerpo, que con la distancia grande del tiempo no menos que del lugar, se le desvanecen las cosas, y con especies muy desmayadas y confusas le embarazan la facultad de discernir dejándole perplejo de cómo las haya de llamar» (1).

Si con grandes inconvenientes hemos luchado en nuestros estudios sobre hechos contemporáneos, son infinitamente mayores los obstáculos que hay que vencer al presente por más inmediatos los sucesos. Pero ya que su misma proximidad nos pone en contacto con los que en ellos intervinieron, y nos facilita el conocimiento de la verdad, en nosotros depende arrastrar la dificultad de decirla. Tal es nuestra resolución y decidido propósito de hacerlo, sin necesitar esforzarnos en demostrarlo para llevar el convencimiento á nuestros lectores, que pruebas creemos haber dado de no hacernos enmudecer el temor, ni la elevación de las personas censuradas.

Al venir D. Alfonso á ceñir la corona restaurada, traía ya algún tanto ocupado su corazón por la que prefería para que le acompañara á compartir tálamo y trono, á pesar de los obstáculos que ya se le oponían, muy especialmente por su madre. Quiso esta señora, en 1876, regresar á España; impuso sus condiciones:—14 de Febrero—; el Sr. Cánovas del Castillo, como presidente del Consejo de ministros, contestó algún tiempo después,—7 de Abril—; pues tuvo que acordarse la respuesta en consejo de los mismos presidido por el rey, aceptando su derecho de entrar y salir libremente de España; de que fuera su residencia en Sevilla por entonces y definitivamente; que conservara á su lado las augustas infantas, sus hijas, sin que por esto negara al rey sus derechos de jefe de la real familia para todo lo que se relacionara con el interés del Estado; que sobre la administración de su real casa y nombramiento de los empleados, no tenía que hacer el gobierno la más remota observación; que no pasaría por Madrid en

---

(1) Moret: *Anales de Navarra*.

su viaje á Sevilla hasta después que hubiera vuelto el rey del Norte, y como ya había regresado, nada importaba aquella condición que ya carecía de objeto, y añadía: «Respecto á la fecha de su vuelta, he recibido una indicación de París, que me hace creer que V. M. desea aplazar ese viaje hasta que la llamada cuestión religiosa esté de todo punto terminada.

» Semejante resolución, señora, sería digna, indudablemente, de la alta sabiduría de V. M., de su consumada experiencia y del amor que profesa á su augusto hijo y á su desventurada patria. Lejos del gobierno el pensamiento de influir en lo más mínimo en las convicciones de V. M., que V. M. puede muy bien conservar, y son dignas, dignísimas del más profundo respeto. Pero V. M., con su generosa abdicación, se puso voluntariamente aparte de estos peligrosos conflictos que más de una vez tuvo que arrostrar durante su reinado, y nada la obliga hoy á comprometer de nuevo su tranquilidad en la lucha que, con pretexto de la cuestión religiosa, mantienen los opuestos partidos españoles.

» Cualquier dicho, cualquiera expansión, cualquier acto de V. M., podría alentar más y más el ardor de uno de los partidos y despertar en otros desconfianzas que harían quizá de la vuelta de V. M. á España, por todos deseada al presente, un motivo de discordia. Si es, pues, cierta, la indicación que sobre el particular se me ha hecho, el gobierno no puede menos de felicitar á V. M., y V. M. me ha de permitir que yo la felicite además muy especial y muy afectuosamente, con toda la expresión de mi constante adhesión y lealtad.

» Señora: B. L. R. P. de V. M., su humilde súbdito, Antonio Cánovas del Castillo.—Madrid 7 de Abril de 1876.»

Dispuesto el viaje para Julio, arribó en Santander en la *Numancia*, á la que pasó el rey con su hermana la infanta doña Isabel, que habían acudido á recibir á su madre. La entrevista, de suyo cordial, sirvió de objeto á muchos comentarios, por rumores que corrieron de proyectados enlaces regios, que eran exactos. No podía ser indiferente la política,

aun cuando tanto había variado la situación del país en los ocho años de la ausencia de doña Isabel; pero para los partidarios de aquella señora, los moderados, que parece no habían escarmentado, su regreso le consideraron como el de su poder, ó, al menos, de su influencia. Ahora empieza la verdadera restauración—decían insensatos—y procuraron asediar á la reina, motivando escenas peregrinas y obligando á que se lanzara á los vientos de la publicidad el constitucionalismo del rey y el proceder de su madre. Acompañóla algunos días, acudió gustoso el joven monarca á presidir la clausura de la Exposición de ganados en el Instituto, pronunciando un bello discurso, y regresó con la infanta á la Granja, marchando doña Isabel á tomar las aguas minerales de Ontaneda.

No dejó de mostrar su deseo de permanecer en España, á lo que no se mostró propicio el gobierno.

El duque de Montpensier vino también, dispensándole los honores debidos á su rango, y otras distinciones que afirmaban la creencia, ya general, de proyectado enlace.

No podían ver con indiferencia los antiguos amigos de doña Isabel, que el autor del manifiesto de España con honra, y los que consideraron justo castigo el derrumbamiento del trono, se presentaran ante aquella señora como ministros, como consejeros responsables del rey su hijo; y extrañábales en demasía que tanto se repitiera «que las relaciones entre S. M. la reina madre y el gobierno, no pueden ser, ni más cordiales y deferentes por parte de aquella augusta señora, ni más respetuosas y consideradas por parte de los consejeros del rey Alfonso». Esto, sin embargo, no se creía.

Rápidamente visitó la reina la corte, renunciando la pompa de una recepción oficial, para tomar el desquite de ciertos sucesos en el Escorial que interesaban su afecto.

Quien más excitó la atención pública fué Montpensier, por que se hablaba de su hija doña Mercedes, designada como futura reina de España, produciendo diversas apreciaciones, y, por lo general, adverso criterio.

Todos marcharon á Sevilla, incluso quien se pretendió se retirase desde el Escorial. A su virtud, se pidió con insistencia marchase á la antigua Hispaliis el marqués de Cabra. Sobre todos estos acontecimientos, se publicaron algunos escritos anónimos, poco edificantes, que reservamos, así como la publicidad de hechos, en curiosos é importantes documentos y cartas consignados.

El rey dispuso después un viaje á las costas de Levante y Mediodía, para visitar las escuadras, se dijo, siendo el principal objeto concertar su enlace con su prima la infanta doña Mercedes, hija de los duques de Montpensier. Empezó la excursión por Cartagena, donde inauguró el muelle comercial, siguió por Valencia, á Barcelona y las Baleares, y al regresar por Alicante, Almería, Málaga, Ceuta, Cádiz y Jerez á Sevilla, descansó en esta bella ciudad pocos días, concertó con Montpensier su enlace, y no todo fueron satisfacciones para el joven monarca, á quien tanto deleitaba la presencia y compañía de su prima predilecta. No reinaba la mejor armonía en la familia real, y parecía formarse en rededor de todos pavorosa tormenta, que no bastaban á disipar las medidas previamente adoptadas con una parte del personal de la reina Isabel.

Regresó el rey con la princesa de Asturias por Granada y Córdoba, obsequiados con una gira campestre en la posesión del marqués de la Vega de Armijo, y mostróse en Madrid satisfecho de su viaje, especialmente por habersele otorgado la mano de la infanta.

---

Los amores del rey con doña Mercedes dieron animación y calor á la política. Como si D. Alfonso se propusiera molestar á los que le contrariaban en su decidida afición, persistía en su propósito de enlazarse con su prima, á la que enamoraba públicamente y distinguía en los amenos jardines de la Gran-

ja. Para ella eran todas las atenciones, el segundo sitio del pescante del breack que dirigía el monarca, el primer vals, el primer rigodón en los salones íntimos de la familia, el brazo en las excursiones campestres, la sonrisa más dulce y la frase más galana. Era una pasión manifiesta en joven de veinte años, que vencía hasta los universales consejos y las generales contrariedades que le oponían. El rey no tenía más que una frase: «La quiero; ella me quiso á mí cuando era desgraciado, y no he de abandonarla en mi fortuna.»

Altas personalidades no querían la boda, presintiendo por ella infaustos acontecimientos, creyendo algunos nada menos que, más tarde ó más temprano, podía ocasionar la caída de la dinastía, y no querían cargar con responsabilidades. Al ver la firmeza del propósito real, todo lo más que pudo conseguirse fué aplazar la fecha á Enero ó Febrero próximo, con el pretexto de ir venciendo algunas dificultades que se presentaban en el terreno diplomático. Efectivamente; Alemania, escondiendo la mano, parece que indicó por medio de Rusia la contrariedad que en el porvenir podría ofrecer para el equilibrio europeo la circunstancia de que llegaran á sentarse en los tronos de Francia y de España dos hijas del duque de Montpensier: María Isabel, hermana de la infanta Mercedes, casó con el conde de París, heredero del duque de Chambord, representante de la monarquía tradicional en Francia; Inglaterra, que tenía disponible una princesa, veía contrariada ó poco agradablemente, no recayera en ella la elección; así que, el aplazamiento conseguido hasta hacerle coincidir con la época en que precisamente había de tomar calor la política con la reapertura de las Cortes, y la probabilidad de la coalición de las oposiciones para votar la presidencia de Posada Herrera (acto político sembrado de peligros para el gobierno), hacía sospechar de ciertas resoluciones producidas por el cansancio ó el vencimiento, que vigorizaba en vez de ser destructor.

La reina Isabel, desde Sevilla, combatía los amores de su

hijo, y aumentaban cada día más su disgusto y celos por la estancia de la familia Montpensier en el real sitio; y bajo sus auspicios y con su dinero se fundó en Madrid *El Mundo político*, que se dijo era inspirado por D. Ramiro de la Puente. Periódico de ocasión, que metió algún ruido por su valentía, oponiéndose á la boda del rey con doña Mercedes.

Poca mella hacían estas y otras oposiciones en el ánimo y en la resolución del joven monarca, que continuaba en la Granja obsequiando á su prima, convirtiendo una serenata en baile familiar—25 Agosto—aun estando su hermana enferma.

Creyendo doña Isabel más eficaz su gestión cerca de su hijo, se trasladó á El Escorial, acompañándola únicamente en aquel real sitio Belda y Oñate, que la trajo de la ciudad del Guadalquivir, y el marqués de Salamanca, que quizá para mediar en lo que pudiese ocurrir, se brindó oficiosamente á desempeñar cerca de la madre del rey las funciones de gentilhomme de cámara en su calidad de grande de España. Nada pasó en los tres días primeros que pudiese inquietar á aquellos señores, que esperaban pacientemente una escena violenta entre la madre y el hijo, dada la excitación nerviosísima en que la reina estaba; pues si bien un capitán general había estado á visitar á la augusta viajera, nada podía sospecharse de esta atención, cualquiera que fueran las ideas del visitante y otros antecedentes.

Así las cosas, y cuando todo hacía creer que las disensiones de la familia se tratarían únicamente en el seno de la misma, se encuentra el mundo oficial con que la reina había pasado una circular al cuerpo diplomático, invitándole para un día y hora dadas á que la visitasen en La Granja; y como este acto se había llevado á cabo con tal secreto que ni se apercibieron de ello Oñate y Belda, se vino á deducir, que tanto la circular, como el inesperado viaje á El Escorial, eran partes de un programa anteriormente preconcebido, y cuyo autor y director de escena se escondía en las sombras del mis-

terio. Sembrada la alarma, salió inmediatamente Belda á avistarse en Castilla, por donde viajaban, con el rey y con Cánovas, para noticiarles la grave ocurrencia, añadiéndoles (pues para él ya entonces no era un secreto) que de lo que se trataba, era de protestar la reina delante del cuerpo diplomático, en su nombre y en el de su marido, autorizada por una carta de este último, contra la boda del rey con la infanta Mercedes, y de marcharse para siempre al extranjero, negando en derecho el consentimiento paterno. Una bomba que hubiese estallado debajo del tren regio, no hubiese producido más efecto que las revelaciones del marqués de Cabra, empezándose desde los primeros momentos á acordar el plan de defensa para impedir semejante escándalo. Cánovas, que en todos los incidentes de la boda venía observando una estudiada reserva, cuando pudo apreciar los actos repetidos de la reina, que demostraban la existencia de una conspiración á espaldas de los sentimientos de la madre, no pudo menos de hacerse cargo, como gobierno, de situación semejante, para evitar conflictos públicos que redundarían en demérito del rey y de la tranquilidad del país; y dado el carácter delicadísimo de la cuestión, encomendó principalmente su remedio al rey, al cual aconsejó únicamente el empleo de las poderosas armas de la seducción, del cariño, del halago y de los besos que tan irresistibles son para el corazón de una madre; quedándose él á retaguardia para hacer oír á su debido tiempo la fría razón de Estado.

Llegó el tren á El Escorial á las diez de la noche, se encerraron madre é hijo en un gabinete, y se entabló un animado diálogo de dos horas, en el que se cruzaron las siguientes frases:

LA MADRE.—¿Es decir que me abandonas, que te vas con el enemigo de tu familia, con ese infame Caín que nos ha hecho pisar la amarga tierra del extranjero?

EL HIJO.—Tienes razón, querida mamá, el tío es un pícaro, será todo lo que tú dices... ¿pero qué culpa tiene la hija?

Y de otro modo, ¿con quién me caso? ¿Con una inglesa? Pues si al casarse conmigo conservaba su religión protestante, un pueblo de tantas preocupaciones como el español, la llamaría *la Hereje*; y si abjuraba de su religión la llamarían la convertida. ¿Con una señorita española? Pues habría rivalidades de clase por el encumbramiento de su familia. ¿Con una alemana? Tendría los mismos inconvenientes que la inglesa. Y, en fin, Rusia y Francia no tienen princesas disponibles; y nada te digo de Italia, porque está demasiado reciente el reinado de Don Amadeo en nuestra patria. Además, yo te prometo que me caso con la hija, y sólo con la hija, y no con el padre; pues tengo decidido prevenirle que en cuanto la boda se haga, así como tu y papá, residís fuera de la corte, se marche él á Italia por año y medio.

Siguieron nuevas quejas de la una y nuevas satisfacciones y abrazos del otro. Lloraban los ojos maternales lágrimas que recogían los filiales labios; y habiendo necesidad de dar descanso al cuerpo rendido de emociones y de fatigas del viaje, dejó el rey á su madre, si no convencida, menos intranquila y nerviosa.

Tocó á su vez el turno á Cánovas, y supo desbaratar hábilmente el preconcebido propósito de la reina de provocar el escándalo diplomático; pero como la circular estaba ya repartida, se convino en que la significación de la llamada á los extranjeros era para presentarles á las infantitas cuando salían de su dominio y se hacía cargo de ellas su augusto hermano, como jefe de la familia.

Parado el golpe, celebróse al día siguiente en el Escorial un Consejo de ministros, al que las oposiciones daban grande importancia; pero como todo se había ya arreglado, se despacharon asuntos ordinarios y se acordó el nombramiento de Cortés Llanos para intendente de palacio, lo cual se había convenido durante el viaje á Castilla entre el rey y su primer ministro, terminándose así aquel asunto palatino que estuvo á punto de producir la caída del gabinete, por las interpre-

taciones que se dieron á la designación de aquel señor de afinidades de parentesco con Posada Herrera.

Aquella misma mañana había procurado el rey convencer á su madre consintiera en la ida de los duques de Montpensier desde la Granja al Escorial, para dar al público el espectáculo de la reconciliación de la real familia; mas no pudo conseguirlo, diciendo la reina que si iba su cuñado le arañaba. Mostró el rey fingido enojo; mandó que las tropas de la guarnición salieran á maniobrar frente á palacio, vistióse el uniforme militar, montó á caballo, y mandó por sí mismo las maniobras. Asomada la reina á la ventana, no pudo ser insensible á la marcialidad y gallardía de su hijo; y como esa señora es todo corazón, rompió en lágrimas y dijo á Don Alfonso que hiciese lo que quisiera. Fueron al Escorial la princesa Isabel, los duques de Montpensier y sus hijos, y se verificó una entrevista afectuosa.

La actitud de la reina Isabel, ó más bien aquella conspiración palaciega, se consideró obra de algunos personajes moderados, y lo fué bien en perjuicio de alguno.

Quedó pendiente si la reina marcharía á París ó á Sevilla, mostrando interés por ambos puntos, venciendo al fin la ciudad española, favorable á su salud y á sus intereses.

.....  
La jefatura y administración de la real casa de aquella señora se encomendó al marqués de Monsalud, y á su hijo la secretaría particular.

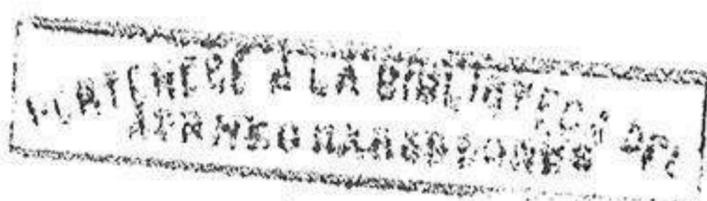
ANTONIO PIRALA.

# LOS EXPLOSIVOS

---

CONTINUACIÓN

II



**T**ratándose de explosivos, hay que ir con mucha calma, con mucha sangre fría: no aturdirse.

Pues vamos con calma, con indiferencia, con supremo desinterés científico. Prescindamos del peligro social con que nos amagan, de la muerte que encierran, y empece-mos por estudiarlos desde el punto de vista técnico, y si se quiere que la temperatura sea aún más baja, desde el punto de vista filosófico. A esta temperatura no estalla ningún ex-plosivo; como no sean los de Hartmann.

¿Qué son los explosivos científicamente considerados? ¿Obedecen, á un principio general? A un principio general obedecen, como veremos en este artículo: á un principio de Física, ó, si se quiere, de Mecánica, que en forma vulgar, *al alcance de todo el mundo* y desembarazado de fórmulas químicas, vamos á exponer en este ó en estos artículos. ¡Pues no faltaba más sino que la dinamita no tuviese á su alcance á todo el mundo!

Lo primero que notamos en los explosivos es una contra-dicción estupenda. Un contrasentido, un absurdo, un tras-torno de la lógica más elemental; ¡bueno sería que el explo-sivo no lo trastornase todo empezando por la lógica y por el sentido común! Ante nosotros tenemos, teórica é idealmente

se entiende, unos cuantos miles de kilogramos de dinamita, tranquilos, mansos y reposados.

En contacto con la masa hemos dispuesto también *un fulminante*, que es, como veremos en sucesivos artículos, otra especie de explosivo.

Y en la mano levantamos un pequeño martillo.

Con el martillo y la fuerza muscular de nuestro brazo, ¿qué podríamos hacer directamente? ¿qué trabajo podríamos realizar? Bien poca cosa: por ejemplo, meter un clavo en la pared; y ni aun eso, si encontrábamos piedra.

Pues, sin embargo, golpeamos con el martillo en el fulminante, su vibración se transmite á la dinamita, y vuelan edificios, se derrumban muros, se cubre el suelo de cuerpos destrozados, y á kilómetros de distancia llega el tremendo estampido.

¡Qué desproporción tan enorme entre el *efecto* y la *causa*!

La *causa* un martillazo: el *efecto* una explosión horrible y una formidable catástrofe. ¿Cómo es posible que una energía tan pequeña, como es la nuestra, desarrolle energías tan titánicas como las que desarrollan los explosivos?

Lo *menos* ¿cómo puede engendrar lo *más*? ¿Cómo *la nada* casi de la fuerza de un hombre, crece y se agiganta por su propia virtud, y llega á *esfuerzos* capaces de destruir ciudades y de quebrantar montañas, ni más ni menos que si se tratase de grandes conmociones geológicas?

¿No es esto contra el sentido común, que busca proporcionalidad entre los efectos y las causas?

¿No es contra la lógica que no reconoce en la consecuencia lo que no está en las premisas?

¿No es contra el célebre axioma que proclama que de la *nada* no puede brotar *nada*? Todas estas argumentaciones parecen sólidas, pero no lo son; se funden en el doble sentido de esta frase: el martillazo es *la causa* de la explosión.

¡La causa, sí! pero *causa determinante*, que no sirve más que para *hacer entrar en acción otras causas* que dormitaban,

otras energías en estado potencial, que la causa determinante hace pasar de *potencia á acto*, como dice la escolástica.

Es una cosa parecida á lo que sucede cuando en un ferrocarril un guarda-agujas, por un pequeño esfuerzo de su brazo, lanza el tren por una vía en que otro tren avanza sobre el primero. Causa *determinante*, el esfuerzo muscular del guarda-agujas. *Efecto*, el choque colosal de dos locomotoras y dos trenes. Unos cuantos *kilográmetros* representan el trabajo determinante; miles de caballos de vapor representan la energía del choque.

Pues una cosa parecida sucede en todos los explosivos, como veremos á medida que vayamos penetrando en las honduras del problema.

Una energía pequeña como *causa determinante*, como medio de descarrilamiento, como despertador de titanes que duermen, como mandato soberano para que se convierta en acto lo que en potencia estaba.

¡Ah! El explosivo representa lo más grande que existe en el universo: el triunfo de la ley espiritual sobre la ley material, de la *voluntad libre* sobre el fatalismo mecánico. Es un símbolo, una aproximación, una solución imperfecta, pero principio de solución, del más formidable de los problemas: el problema del *determinismo y la libertad*.

El explosivo, lo más horrible, es lo más grande, lo más hermoso, lo más consolador que el siglo de la ciencia pudiera haber inventado.

El explosivo, con su explosión inmensa, va pregonando por los espacios, esfuerzos sobrehumanos de la *libertad*, para afirmar su existencia ante las leyes inflexibles y brutales del mundo inorgánico.

Todos estos consuelos van dirigidos por de contado á cuantos no sean víctimas de las explosiones futuras, ó hubieren escapado de las explosiones pasadas, que para los restantes, explicaciones y consuelos están de más. Pero en fin, los vivos nos hemos de entender con los vivos.

Aun distinguiendo la causa determinante de una explosión de las energías latentes y como almacenadas del explosivo, la inteligencia no queda completamente satisfecha. Todavía se pregunta uno: ¿cuál será la naturaleza íntima, la manera de ser, la constitución interna de todas esas sustancias que, como la dinamita, la nitroglicerina, la pólvora unida al clorato de potasa, ó muchas otras de la formidable familia, ya están mansas y tranquilas, con toda la inocencia inofensiva de la inmovilidad y del silencio; ya de pronto por un choque, por un roce, por la llamarada de un fósforo, por una pequeña chispa eléctrica, son fuerza destructora, incontrastable y ensordecedor estallido?

Esto es lo que vamos á explicar con toda la claridad posible por medio de un ejemplo, que al pronto quizá se les antoje extravagante á nuestros lectores, pero que en el fondo es de absoluto rigor matemático, y que, á todos los explosivos inventados ó que se inventen, se aplica, no sólo con la pintoresca semejanza del símbolo, sino con la exactitud de la fórmula.

Presentemos, pues, el anunciado ejemplo, que de todas maneras ha de sorprender un tanto á nuestros lectores, si lectores tienen artículos que tratan de tan antipática y peligrosa materia.

Imaginemos una torre alta, muy alta; más alta que la torre de Eiffel; ó que la torre de 400 metros que proyectan los ingleses para dar envidia á sus convecinos del otro lado del Canal; ó que la mismísima torre de Babel, que con toda su fama parlanchina no habrá pasado de ser una torre de mala muerte. Una torre, pongo por caso, de 500 metros, ó, como nada nos cuesta fabricarla, de 1.000 metros de altura.

Quedemos, pues, por quedar en algo, en los 1.000 metros.

En lo alto del coloso, coloquemos una báscula ó plataforma giratoria alrededor de un eje horizontal, que corra por su centro, y supongamos que una de las dos mitades en que el eje divide á la báscula, vuela por fuera de la torre á plomo del

vacío. Supongamos que el eje es perfecto: un eje de diamante, que para lo que nos cuesta, no hay inconveniente en emplear esta durísima y preciosa sustancia en nuestro artefacto. Queremos decir con todo esto, que la báscula gira sin rozamiento alrededor de su línea media. En la parte que sobresale y vuela, pongamos una masa esférica de hierro de 500 kilogramos, y en la parte opuesta, que será la interior, coloquemos un contrapeso capaz de equilibrar la esfera de 500 kilos *casi totalmente*. Toda ella,—menos un miligramo, menos la centésima, la milésima parte de un miligramo, menos una parte, repetimos, tan pequeña como se quiera,—está equilibrada.

Es decir, que tal como hemos descrito el aparato, *la esfera* vencería al contrapeso por una diferencia verdaderamente insignificante.

Insignificante sería, pero así y todo, como las leyes de la mecánica, y, sobre todo, de esta mecánica ideal que estamos explicando, son matemáticamente exactas, vencería la esfera, giraría la plataforma, y los 500 kilogramos caerían de lo alto de la torre abajo.

¡Quinientos kilos que caen de mil metros de altura!

Sin saber mecánica, sospecha todo el mundo que la caída debiera ser formidable; y sin ofender, ni al arte, ni al esfuerzo de nuestros ilustres pelotaris, me atrevo á suponer que ninguno de ellos esperaría al pie de la torre la estupenda pelota férrea para recogerla en la laureada *cesta*.

No basta sospechar ó creer que el choque de la masa de hierro con la base sería enorme; es preciso calcularlo, y el cálculo es elemental. Los 500 kilos recorriendo los 1.000 metros, representan un trabajo mecánico de 500 multiplicados por 1.000, ó sea, de 500.000 kilográmetros, que á razón de 75 kilográmetros que tiene cada caballo de vapor, son 6.666 caballos de vapor.

Esta es *la energía* que representa, en globo calculada y sin entraren honduras científicas, la caída de la masa férrea de

lo alto de la torre. Esta *fuerza*, para emplear el lenguaje vulgar, por inexacto que sea, porque no es lo mismo fuerza que trabajo, es la que despertó por aquel *pequeñísimo desnivel de milésimas de miligramos*, entre el peso esférico y el contrapeso de la otra banda de la báscula.

Pero no precipitemos los hechos: dejemos la esfera en lo alto, sobre su plataforma, equilibrada casi, y acabemos de equilibrarla sosteniendo la parte interna de la báscula de cualquier modo: por ejemplo, con un hilo ó tirante sutilísimo.

Como la diferencia entre el peso y el contrapeso es tan pequeña, un hilo cualquiera, una seda, un verdadero hilo de araña será suficiente.

Y así tendremos 6.666 caballos de vapor, latentes, dormidos, pendientes de un *hilo de araña*, sin demostrar lo que son, lo que pueden, la enorme energía de muchas locomotoras que en sí encierran. Para que entren en acción, para que estallen, para que el gigante se acuerde de lo que es, basta una pequeñísima fuerza determinante, porque basta romper el hilo de araña, ¡y un hilo de araña se rompe con tan poco! La llama de un fósforo, el dedo de un niño, un soplo basta.

Con un soplo rompemos el tirante imaginario, y la esfera vence al contrapeso, y la báscula gira, y cae la masa, y recorre sus 1.000 metros de altura, llamada constantemente por la gravedad, y choca contra el suelo con choque espantoso de ocho ó nueve locomotoras.

¡Seis mil y más caballos de vapor pendientes de *un soplo* nuestro!

¡Fuerzas colosales, pendientes de fuerzas mínimas, de fuerzas casi nulas!

¡El mundo inorgánico, la fatalidad, esperando sumisa en el *sueño del equilibrio* el mandato, *el soplo* de la voluntad!

¡La materia sometida al pensamiento y al libre albedrío!

Por eso decía que *los explosivos*, con todos sus peligros, que son grandes; con todas sus amenazas, que son formidables; con todos los problemas que plantean, que son temero-

sos; con todos sus destrozos y horrores, son la expresión más grandiosa del predominio del mundo espiritual sobre el mundo material, y el triunfo más consolador, entre todos los triunfos de la ciencia moderna.

De todas suertes, y dejando para otros artículos el desarrollo de estas ideas, limitándonos por hoy al problema técnico, resulta que la torre de nuestro ejemplo, con su pesa de 500 kilos, *casi equilibrada*, con su báscula giratoria, su contrapeso y su tirante de hilo de araña, es un sistema en EQUILIBRIO INSTABLE.

Pues eso y no más son todos LOS EXPLOSIVOS: sistemas en equilibrio instable. Ni más, ni menos. De suerte que nuestro ejemplo es un símbolo perfecto de la dinamita, de la nitroglicerina, de la panclastina, de la modesta y venerable pólvora, de la futura fulgurita de Pictet. Es más que símbolo, es un pedazo de explosivo: un explosivo reducido á dos moléculas, de buen tamaño, eso sí, pero de dos moléculas en suma:

*La masa de hierro* es una de las moléculas.

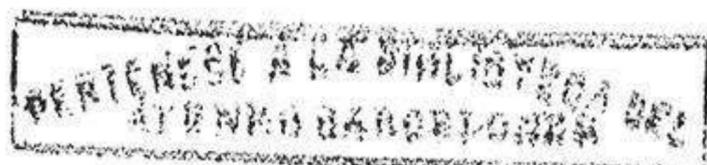
*La masa terrestre* es la otra.

Ya demostraremos esto en el próximo artículo: basta por hoy.

Que las materias explosivas hay que servir las en pequeñas dosis.

Así lo exigen de consuno, la *prudencia* del que escribe y la *paciencia* del que lee.

Quede, pues, lo restante para el próximo artículo.



José ECHEGARAY.

# TORQUEMADA EN LA CRUZ

POR

BENITO PÉREZ GALDÓS

---

**E**l dón mayor que Dios concede á los artistas es el de crear caracteres, el de producir seres humanos más verdaderos é infinitamente más duraderos que los de carne y hueso. Poder es éste que acerca al artista al Creador. Shakespeare, Cervantes, Balzac, Tolstoy han creado mujeres y hombres que tienen hoy más realidad que los personajes históricos. Muchos reyes duermen olvidados en los lechos de piedra de sus sepulcros, pero el rey Lear vive vida perdurable en la memoria de los vivientes. Sembrados están los campos de los huesos de cien valerosos caballeros, cuyos nombres han sido arrebatados por el tiempo, como las hojas secas de los árboles por los vientos de otoño; pero el nombre del caballero de la Triste figura corre de boca en boca y de gente en gente, y Papá Goriot y Eugenia Grandet vivirán la vida del arte cuando, como dice Macaulay, la llanura en que hoy se alza París esté poblada por cabañas de míseros pescadores.

Entre los escritores modernos de España quizá no haya uno solo que pueda competir con Galdós en fuerza creadora. Sus novelas contienen, no un museo, sino una verdadera población de tipos diversos, de personas reales, á las cuales nos parece haber tratado familiarmente y cuyas penas y dolores nos han hecho derramar lágrimas abundantes. Gloria, doña Perfecta, León Roch, Tormento, Fortunata, Jacinta... y todos

Los demás personajes de las novelas de Galdós, tienen vida propia, existen y nos inspiran, como si fuesen reales, repugnancia ó simpatía.

No es de los personajes de Galdós que tienen menos realidad el usurero Torquemada. Hombre de condición ruín, rudo y grosero á la manera del Pepet de la *Loca de la casa*, siente, al ponerse en contacto con almas delicadas y exquisitas, la necesidad de elevarse sobre el bajo nivel en que ha pasado su vida. El autor nos lo presenta en el momento en que, muerta doña Lupe, uno de los personajes de *Torquemada en la hoguera*, rico, pero falto de todo cariño verdadero, ve á Cruz del Aguila, descendiente de una casa destruida por los rudos golpes de la desgracia. La vista de la dama aristocrática causa una verdadera revolución en el cerebro del viejo prestamista, el cual reflexiona de este modo, al mismo tiempo que camina hacia el cementerio detrás del carro fúnebre que conduce el cadáver de doña Lupe:

«Lo que digo, no tengo política... y hay que gastar política para ponerse á la altura que corresponde. ¿Pero cómo había yo de aprender nada tocante á la buena forma, si en mi vida he tratado más que con gente ordinaria?... Esta pobre doña Lupe, que en gloria esté, también era ordinaria, ¿qué duda tiene? No la ofendo, no, ¡cuidado!, persona buenísima, con mucho talento, un ojo para los negocios que ya lo quisieran más de cuatro. Pero, diga ella lo que quiera, y no la ofendo, lo que es persona fina... ¡que te quites! Intentaba serlo, y no le salía..., ¡ñales!, no le salía. Su hipo era ser dama... y ¡que si quieres! Aunque se pusiera encima mantelitas traídas de París, resultaba tan dama como mi abuela... ¡Ah! Para damas la de esta mañana. Aquello sí que es del mismísimo cosechero. Y de nada le valió á mi amiga mirarse en tal espejo... Ya era tarde, ya era tarde para aprender... ¡Pobre señora! Como trastienda y disposición, eso sí, ¡cuidado!, yo soy el primero en reconocer... Pero finura, tono... ¡quíá! Si ella, como yo, no trataba más que con gente de poco

más ó menos. ¿Y qué es lo que oye uno al cabo del día? Burradas y porquerías. Doña Lupe, me acuerdo bien, decía *ibierno*, *áccido* y *Jacometrenzo*, palabras que, según me ha advertido Bailón, no se dicen así... No vaya á creer que la ofendo por eso... Cualquiera equivoca el discurso cuando no ha tenido principios. Yo estuve diciendo *diferiencia* hasta el año 85... Pero para eso está el fijarse, el poner oído á cómo hablan los que saben hablar... El cuento es que cuando uno es rico y lo ha sacado á pulso con su sudor, cavilando aquí, cavilando allá, está muy mal que la gente se le ría. Los ricos deben dar el ejemplo, ¡cuidado!, así de las buenas costumbres como de los buenos modos, para que ande derecha la sociedad y todo lleve el compás debido... Que sean torpes y mamarrachos los que no tienen sobre qué caerse muertos, me parece bien. Así hay equidad; eso es lo que llaman equilibrio. Pero que los acaudalados tiren coces, que los terratenientes y los que pagamos contribución seamos unos... unos asnos, eso no, no, no.»

Resultado de estas y otras profundas meditaciones, es el propósito firme que se arraiga en el ánimo de Torquemada de ir en persona á cumplir en la casa de Cruz del Aguila, cierto encargo relativo á la renovación de un pagaré que doña Lupe le había encomendado en el momento de morir.

Es el que nos ofrece esta familia de los Aguilas uno de los cuadros más interesantes trazados por la fecunda pluma del autor de *Doña Perfecta*. Pobres restos de triste naufragio, los tres hermanos, Cruz, Fidela y Rafael, sufren valerosamente las angustias todas de la miseria decente, que lucha con esfuerzo más que heroico por conservar una apariencia decorosa. Cruz es el alma de aquella desventurada familia, la encarnación de la voluntad enérgica sin desfallecimientos ni cobardías; Fidela, débil y pasiva, pliégase á la voluntad de su hermana obedeciéndola en todo con sumisión de niña tímida, y ambas se consagran á cuidar de su hermano, pobre ciego, cuyos ojos sin luz le impiden ver el abismo de miseria á cuyo

fondo llegan, en el momento de comenzar la novela, los descendientes de la noble familia de los Aguilas.

«El señorito del Aguila mereció en su tiempo, que era un tiempo no muy remoto, fama de muchacho guapo, uno de los más guapos de Madrid. Lució por su elegancia y atildada corrección en el vestir, y después de quedarse sin vista, cuando por ley de lógica parecía excusada é inútil toda presunción, sus bondadosas hermanas no querían que dejase de vestirse y acicalarse, como en los tiempos en que podía gozar de su hermosura ante el espejo. Era en ellas como un orgullo de familia el tenerle aseado y elegante, y si no hubieran podido darse este gusto entre tantas privaciones, no habrían tenido consuelo. Cruz ó Fidela le peinaban todas las mañanas con tanto esmero como para ir á un baile; le sacaban cuidadosamente la raya, procurando imitar la disposición que él solía dar á sus bonitos cabellos; le arreglaban la barba y bigote. Gozaban ambas en esta operación, conociendo cuán grata era para él la *toilette* minuciosa, como recuerdo de su alegre mocedad; y al decir ellas «¡qué bien estás!» sentían un goce que se comunicaba á él, y de él á ellas refluía, formando un goce colectivo.

»Fidela le lavaba y perfumaba las manos diariamente, cuidándole las uñas con un esmero exquisito, verdadera obra maestra de su paciencia cariñosa. Y para él, en las tinieblas de su vida, era consuelo y alegría sentir la frescura de sus manos. En general, la limpieza le compensaba hasta cierto punto de la oscuridad. ¿El agua sustituyendo á la luz? Ello podría ser un disparate científico; pero Rafael encontraba alguna semejanzas entre las propiedades de uno y otro elemento.

»Ya he dicho que era el tal una figura delicada y distinguidísima, cara hermosa, manos cinceladas, pies de mujer, de una forma intachable. La idea de que su hermano, por estar ciego y no salir á la calle, tuviese que calzar mal, sublevaba á las dos damas. La pequeñez bonita del pie de Rafael era

otro de los orgullos de raza, y antes se quitaran ellas el pan de la boca, antes arrostrarían las privaciones más crueles, que consentir en que se desluciera el pie de la familia. Por eso le habían hecho aquellas elegantísimas zapatillas de tafite, exigiendo al zapatero todos los requisitos del arte. El pobre ciego no veía sus pies tan lindamente calzados; pero se los sentía, y esto les bastaba á ellas, sintiendo al unísono con él en todos los actos de la existencia.

»No le ponían camisa limpia diariamente, porque esto no era posible en su miseria, y además no lo necesitaba, pues su ropa permanecía días y semanas en perfecta pulcritud sobre aquel cuerpo santo; pero aun no siendo preciso, le mudaban con esmero... y cuidado con ponerle siempre la misma corbata. «Hoy te pones la azul de rayas — decía con candorosa seriedad Fidela—y el anillo de la turquesa.» El contestaba que sí, y á veces manifestaba una preferencia bondadosa por otra corbata, tal vez porque así creía complacer más á sus hermanas.»

En presencia de esta desventurada familia, en el alma del avaro despiértase cierta manía de grandezas, disgústale su antiguo lenguaje y trata de afinarlo con frases hechas, recogidas con esmero en su memoria, procura adecentar su traje y vestir con cierta elegancia, y siente, en una palabra, el deseo de elevarse, el ansia de aspirar el delicado ambiente que se respira en la pobre vivienda de los Aguilas. En sus ratos de tedio y de tristeza, el usurero, en cuyo corazón vive siempre el recuerdo de su hijo Valentín, su único amor, muerto, conforme se refiere en la primera parte de la novela *Torquemada en la hoguera*, alivia sus tristezas «comunicándose con el retrato por medio de una contemplación lenta y muda, una especie de éxtasis, en que se quedaba el hombre como lelo, abiertos los ojos, y sin ganas de moverse de allí, sintiendo que el tiempo pasaba con extraordinaria parsimonia, los minutos como horas, y éstas como días bien largos. Excitado algunas veces por contrariedades, ó cuestiones con sus víctimas, se

tranquilizaba haciendo la limpieza total y minuciosa del cuadro, pasándole respetuosamente un pañuelo de seda que para el caso tenía y á ningún otro uso se destinaba; colocando con simetría los candeleros, los libros de matemáticas que había usado el niño, y que allí eran como misales, un carretoncillo y una oveja que disfrutó en su primera infancia; encendiendo todas las luces y despabilándolas con exquisito cuidado, y tendiendo sobre el bargueño, para que fuese digno mantel de tal mesa, un primoroso pañuelo grande bordado por doña Silvia. Todo esto lo hacía Torquemada con cierta gravedad, y una noche llegó á figurarse que aquello era como decir misa, pues se sorprendió con movimientos pausados de las manos y de la cabeza, que tiraban á algo sacerdotal.

Siempre que le acometía el insomnio rebelde, se vestía y calzaba, y encendido el altar, se metía en pláticas con el chico, haciéndole garatusas, recordando con fiel memoria su voz y sus dichos, y ensalzando con una especie de *hosanna* inarticulado... ¿qué dirán ustedes? Las matemáticas, las santísimas matemáticas, ciencia suprema y única religión verdad en los mundos habidos y por haber.»

Una noche estando en éxtasis ante el retrato de Valentín, le parece oír la voz del niño que le grita: «Corre á casa de los Aguilas y devuélveles á tocateja los arrastrados intereses.» Y dicho y hecho, Torquemada, el día siguiente, vestido con la ropa de acristianar se persona en la casa de los tres hermanos á fin de devolverles los réditos del susodicho pagaré, renovado por el prestamista en su conferencia con Cruz. ¡Era aquella la primera vez que perdonaba intereses!

Esta milagrosa generosidad de Torquemada establece entre el avaro y los Aguilas una estrecha amistad, cuyos lazos, con intención caritativa, anuda hábilmente Donoso, antiguo amigo de los tres hermanos, hombre excelente é incansable declamador.

«Era Donoso un hombre eminentemente calvo, de bigote militar casi blanco; las cejas muy negras, grave y ceremo-

nioso el rostro, como un emblema oficial que en sí mismo llevaba el respeto de cuantos lo miraban; lleno y bien proporcionado de cuerpo y talla, con cierta tiesura de recepción, obra de la costumbre y del trato social; vestido con acendrada pulcritud, todo muy limpio, desde el cráneo pelado que relucía como una tapadera de bruñido marfil, hasta las botas bien dadas de betún, y sin una mota del fango de las calles.

»Desde los primeros momentos cautivó á Torquemada, que no le quitaba ojo, ni perdía sílaba de cuanto dijo, admirando lo correcto de su empaque, y la fácil elegancia de sus expresiones. Aquella levita cerrada, tan bien ajustadita al cuerpo, era la pieza de ropa más de su gusto. Así, así eran galanas y *señoras* las levitas, *herméticamente cerradas*, no como la suya, del tiempo de Mariana Pineda, tan suelta y desgarrada, que no parecía, al andar con ella, sino un murciélago en el momento de levantar el vuelo. ¿Pues y aquel pantalón de rayas, con tan buena caída, sin rodilleras?... ¡y todo, Señor, todo: los cuellos tiesos, blancos como la leche, las botas de becerro, gruesas sin dejar de ser elegantes, y hasta la petaca que sacó, con cifra, para ofrecerle un cigarrillo negro, de papel pectoral engomado! Todo, Señor, todo en D. José Ruiz Donoso, delataba al caballero de estos tiempos, tal y como debían ser los caballeros, como Torquemada deseaba serlo, desde que esta idea de la caballería se le metió entre ceja y ceja.

»El estilo, ó lo que D. Francisco llamaba *la explicadera*, le cautivaba aún más que la ropa, y apenas se atrevía el hombre á dar una opinión tímida sobre las cosas diversas que allí se hablaron. Donoso y Cruz se lo decían todo, y se lo comentaban á competencia. Ambos gastaban un repertorio inagotable de frases lucidísimas, que Torquemada iba apuntando en su memoria para usarlas cuando el caso viniese. Fidela hablaba poco; en cambio el ciego metía baza en todos los asuntos, con verbosidad nerviosa, y con el donaire propio de un hombre en quien la falta de vista ha cultivado la imaginación.

»Dando mentalmente gracias á Dios por haberle deparado en el Sr. de Donoso el modelo social más de su gusto, D. Francisco se proponía imitarle fielmente en aquella transformación de su personalidad que le pedían el cuerpo y el alma; y más atento á observar que á otra cosa, no se permitía intervenir en la conversación sino para opinar como el oráculo de la tertulia. ¡Vamos, que también doña Cruz era oráculo, y decía unas cosas que ya las habría querido Séneca para sí! Torquemada soltaba gruñidos de aprobación, y aventuraba alguna frase tímida, con el encogimiento de quien á cada instante teme hacer un mal papel.

»Dicho se está que Donoso trataba al prestamista de igual á igual, sin marcar en modo alguno la inferioridad del amigo nuevo de la casa. Su cortesía era como de reglamento, un poco seca y sin incurrir en confianzas impropias de hombres tan formales. Representaba D. José unos sesenta años; pero tenía más, bastante más, muy bien llevados, eso sí, gracias á una vida arregladísima y llena de precauciones. Cuerpo y alma se equilibraban maravillosamente en aquel sujeto de intachables costumbres, de una probidad en que la maledicencia no pudo poner jamás la más mínima tacha; con la religión del método, aprendida en el culto burocrático y trasegada de la administración á todos los órdenes de la vida; de inteligencia perfectamente alineada en ese nivel medio que constituye la fuerza llamada opinión. Todo esto, con sagacidad adivinatrix, lo caló al instante Torquemada: aquel era su hombre, su tipo, lo que él debía y quería ser al encontrarse rico y merecedor de un puesto honroso en la sociedad.»

Entre la influencia que Cruz y Fidela ejercen sobre Torquemada, y los discursos enfáticos de Donoso, va el prestamista poco á poco dejándose cautivar por aquellos seres, cuya finura y discreción le atraen con fuerza cada vez más poderosa.

«Pero su mayor asombro era que en una sola noche de palique con aquellas dignísimas personas, había aprendido

más términos elegantes que en diez años de su vida anterior. Del trato con doña Lupe había sacado (en justicia debía decirlo) diferentes modos de hablar que le daban mucho juego. Por ejemplo: con ella aprendió á decir *plantear la cuestión, en igualdad de circunstancias, hasta cierto punto y á grandes rasgos*. Pero ¿qué significaba esta miseria de lenguaje, con las cosas bonitísimas que acababa de asimilarse? Ya sabía decir, *ad hoc* (pronunciaba *azoc*), *partiendo del principio, admitiendo la hipótesis, en la generalidad de los casos*, y, por último, gran conquista era aquello de llamar á todas las cosas el *elemento tal*, el *elemento cual*. Creía él que no había más elementos que el agua y el fuego, y ahora salíamos con que es muy bello decir los *elementos conservadores*, el *elemento militar*, *eclesiástico*, etc.

» Al día siguiente, todas las cosas se le antojaron distintas de como ordinariamente las veía. « Pero ¿me he vuelto yo niño?—se dijo notando en sí un gozo que le retozaba por todo el cuerpo, una como ansia de vivir ó dulce presagio de felicidades. Todas las personas de su conocimiento que aquel día vió parecieronle de una tosquedad intolerable. Algunas le daban asco. El café del Gallo y el de las Naranjas, adonde tuvo que ir en persecución de un infeliz deudor, parecieronle indecorosos. Amigos encontró que no andaban á cuatro pies por especial gracia de Dios, y los había que le apestaban. « ¡Atrás, ralea indecente! » se decía, huyendo del trato de los que fueron sus iguales, y refugiándose en su casa, donde al menos tenía la compañía de sus pensamientos, que eran unos pensamientos muy guapos, de levita y sombrero de copa, graves, sonrientes y con tufillo de agua de Colonia. »

Donoso, valiéndose de su aparatosa elocuencia, llega á plantear ante el usurero el grave problema de cambiar de estado.

—«Crea V.—dice el fogoso orador en uno de sus raptos oratorios.—Crea V. que no se puede pertenecer á las clases directoras sin tener hijos que educar, ciudadanos útiles que

ofrecer á esa misma colectividad que nos lleva en sus filas, porque los hijos son la moneda con que se paga á la nación los beneficios que de ella recibimos...

—Pero venga acá, D. José, venga acá—dijo Torquemada echándose atrás el sombrero, y tomando muy en serio la cosa. —Vamos á cuentas. *Partiendo del principio* de que á mí me dé ahora el naípe por contraer matrimonio, queda en pie la gran cuestión, la madre del cordero... ¿Con quién...?

—¡Ah!... Eso no es cuenta mía. Yo planteo la cuestión; no soy casamentero. ¿Con quién? Busque V....

—Pero D. José, venga acá. ¡A mis años...! ¿Qué mujer me va á querer á mí, con esta facha?... Digo, mi facha no es tan mala, ¡cuidado! Otras hay peores.

—Digo... si las hay peores.

—Con cincuenta y seis años que cumpliré el 21 de Septiembre, día de San Mateo... Cierto que no faltaría quien me quisiera por mi *guano*... digo, por mi capital; pero eso no me llena, ni puede llenar á ningún hombre de juicio.»

Desde este momento empieza Torquemada á revolver en su cabeza la idea del casorio, y en sus horas de desvelo, prosternado ante el altar de Valentinico, escucha de labios del prodigioso niño el peregrino deseo de querer resucitar, de querer venir al mundo otra vez, encarnado en un niño recién nacido. Del avaro se apodera desde aquel momento la idea de contraer matrimonio con una de las Aguilas. En este propósito viene á ayudarle su amigo Donoso, quien espontáneamente se encarga de hacer las veces de representante diplomático cerca de las desvalidas hermanas. En tanto, ¡qué de pensamientos y de dudas no asaltan la mente del usurero!

«Si le rechazaban, ellas se lo perdían. Por mucho que se les subiera á la cabeza el humillo de la vanidad, no dejarían de comprender que de hombres como él entran pocos en libra... ¡Y á fe que estaban los tiempos para reparillos y melindres!... *Sin ir más lejos*, véase á la monarquía transigiendo con la democracia, y echando juntos un piscolabis

en el bodegón de la política representativa. Y este ejemplo, ¿no valía? Pues allá iba otro. La aristocracia, árbol viejo y sin savia, no podía ya vivir si no lo *abonaba* (en el sentido de *estercolar*) el pueblo enriquecido. ¡Y que no había hecho flajos milagros el sudor del pueblo en aquel tercio de siglo! ¿No andaban por Madrid, arrastrados en carretelas, muchos á quienes él y todo el mundo conocieron vendiendo alubias y bacalao, ó prestando á rédito? No eran ya senadores vitalicios y consejeros del Banco muchos que allá en su niñez andaban con los codos rotos, ó que pasaron hambres por juntar para unas alpargatas? Pues bien; á ese *elemento* pertenecía él, y era un nuevo ejemplo del *sudor del pueblo fecundando*... No sabía concluir la frase.»

En estos razonamientos se condensa el pensamiento capital de la novela, pensamiento que sirve también de base á *La Loca de la casa*, con la diferencia de que es allí el misticismo el móvil que impulsa á Victoria á sacrificarse por su padre y es aquí la miseria la que obliga á la familia de los Aguilas á aceptar á Torquemada como acepta el náufrago el leño que la suerte le depara.

La segunda parte de la novela presenta con extraordinaria viveza de colorido la angustiosa situación de la familia de los Aguilas. Todos los recursos se han agotado, el mañana para los tres hermanos se les presenta bajo la forma del por-dioseño ó de la vida en el asilo donde se amontona la pobreza desvalida. Hasta llegar á este límite extremo de la miseria ha consumado la heroica familia todo género de sacrificios. En hermosas páginas los enumera y pinta Galdós.

«Levantábase Cruz del Aguila al amanecer de Dios, y comúnmente se despertaba un par de horas antes de dejar el lecho, quedándose en una especie de éxtasis económico, discurrendo sobre las dificultades del día, y sobre la manera de vencerlas ó sortearlas. Contaba una y otra vez sus escasos recursos, persiguiendo el problema insoluble de hacer de dos tres y de cuatro cinco, y á fuerza de revolver en su caldeado

cerebro las fórmulas económicas, lograba dar realidad á lo inverosímil, y hacer posible lo imposible. Con estos cálculos entremezclaba rezos modulados maquinalmente, y las sílabas de oraciones se refundían en sílabas de cuentas... Su mente volvíase de cara á la Virgen, y se encontraba con el tendero. Por fin, la voluntad poderosa ponía término al balance previo del día, todo fatigas, cálculos y súplicas á la divinidad, porque era forzoso descender al campo de batalla, á la lucha con el destino en el terreno práctico, erizado de rocas, y cortado por insondables abismos.

»Y no sólo era general en jefe en aquella descomunal guerra, si no el primero y el más bravo de los soldados. Empezaba el día, y con el día el combate; y así habían transcurrido años, sin que desmayara aquella firme voluntad. Midiendo el plazo, larguísimo ya, de su atroz sufrimiento, se maravillaba la ilustre señora de su indomable valor, y concluía por afirmar la infinita resistencia del alma humana para el padecer. El cuerpo sucumbe pronto al dolor físico, el alma intrépida no se da por vencida, y aguanta el mal en presiones increíbles.....

»Lo que Cruz determinaba, fuese lo que fuese, era como artículo de fe para los dos hermanos. Esta sumisión facilitaba el trabajo de la primogénita, que en los momentos de peligro, maniobraba libremente, sin cuidarse de la opinión inferior, pues si ella hubiera dicho un día: «no puedo más; arrojémonos los tres abrazaditos por la ventana», se habrían arrojado sin vacilar.

»El uso de sus facultades en empeños tan difíciles, repetidos un día y otro, escuela fué del natural ingenio de Cruz del Aguila, y éste se le fué sutilizando y afinando en términos, que todos los grandes talentos que han ilustrado á la humanidad en el gobierno de las naciones, eran niños de teta comparados con ella. Porque aquello era gobernar, lo demás es música: era hacer milagros, porque milagro es vivir sin recursos; milagro mayor cubrir decorosamente todas las apa-

riencias, cuando en realidad, bajo aquella costra de pobreza digna, se extendía la llaga de una indigencia lacerante, horrible, desesperada. Por todo lo cual, si en este mundo se dieran diplomas de heroísmo, y se repartieran con justicia títulos de eminencia en el gobernar, el primer título de gran ministra y el diploma de heroína, debían ser para aquella hormiga sublime.

.....

»Una de las cosas á que más difícilmente se resignaba ésta era á la necesidad de ir á la compra. Pero no había más remedio, pues la portera, que tal servicio solía prestarles, se hallaba gravemente enferma, y antes morir que fiarse para ello de alguna de las vecinas entrometidas y fisgonas. Confiar los secretos económicos de la desgraciada familia á gente tan desconsiderada, incapaz de comprender toda la grandeza de aquel martirio, habría sido venderse estúpidamente. Y antes que venderse, mejor era humillarse á bajar al mercado, hacer frente á placeras insolentes y tenderos desvergonzados, procurando no darse á conocer, ó haciéndose la ilusión de no ser conocida. Cruz se disfrazaba, envolviéndose el cuerpo en un mantón, y la cara en luengo pañuelo, y así salía, con su escaso repuesto de moneda de cobre, que cambiaba por porciones inverosímiles de carne, legumbres, pan, y algún huevo en ciertos días. Ir á la compra sin dinero, ó con menos dinero del necesario, era para la dignísima señora suplicio que se dejaba tamañitos todos los que inventó el Dante en su terrible Infierno. Tener que suplicar que se le concediese algún crédito, tener que mentir, ofreciendo para la semana próxima lo que seguramente no había de poder dar, era un esfuerzo de voluntad sólo inferior en un grado al que se necesita para estrellarse el cráneo contra la pared. Flaqueaba á veces; pero el recuerdo del pobrecito ciego, que no conocía más placer que saborear la comida, la estimulaba con aguijón terrible á seguir adelante en aquel *vía crucis*. «¡Y luego me hablan á mí de mártires—se decía, camino de la calle de Pelayo—y de

las vírgenes arrojadas á las fieras y de otras á quienes desollaban vivas. Me río yo de todo eso. Que vengan aquí á sufrir, á ganar el cielo sin ostentación de que se gana, sin bombo y platillo.» Regresaba á su casa, jadeante, el rostro como un pimiento, rendida del colosal esfuerzo, que otra vez le daba idea de la infinita resistencia de la voluntad humana. Seguían á estas amarguras las de aderezar (aquellos recortes de comida), de modo que Rafael tuviese la mejor parte, si no la totalidad, sin enterarse de que sus hermanas no lo probaban. Para que no conociese el engaño, Fidela imitaba el picoteo del tenedor, el rumor del mascar, y todo lo que pudiera dar la ilusión de que ambas comían. Cruz se había hecho ya á sobriedades inverosímiles, y si Fidela mordiscaba, por travesura y depravaciones del gusto, mil porquerías, hacíalo ella por convicción, curada ya de todos los ascos posibles.

»El partido que allí se sacaba de una patata, resultaría increíble si se narrara con toda puntualidad. Cruz, como el filósofo calderoniano, recogía las hierbas arrojadas por la otra. Huevos, ninguna de las dos los cataba tiempo hacía, y para que Rafael no lo comprendiera, la traviesa hermana menor golpeaba un cascaron sobre la huevera, imitando con admirable histrionismo el acto de comer un huevo pasado. Para sí hacían caldos inverosímiles, guisos que debieran pasar á la historia culinaria, cual modelos de la nada figurando ser algo. Ni aun á Donoso se le revelaban estos milagros de la miseria noble, por temor de que el buen señor hiciera un disparate sacrificándose por sus amigas. Tanta delicadeza en ellas era ya excesiva; pero se encontraban sin fuerzas para conllevar por más tiempo actitudes tan angustiosamente difíciles, y por las noches no podían sostener la afable rigidez de la tertulia sino con tremendas erecciones de la voluntad.»

La proposición de Torquemada es acogida por Cruz como tabla de salvación; aquello es el fin de la miseria, el camino áspero si, pero único para salir de los horrores en que ella y sus hermanos se ven sumidos. Sin embargo, la mayor de los

Aguilas no tiene fuerzas para aceptar el sacrificio ofreciéndose á aquel hombre grosero, cuya educación no logra hacer que se olvide al antiguo prestamista, y cuyo aliento trasciende á cebolla. Fidela, la delicada y débil flor de invernadero, será la que tenga que salvar á la familia. La voluntad de Cruz se impone, y *en principio*, como dice Torquemada, queda ajustada la boda.

Pero no contaban ni unos ni otros con la resistencia que había de ofrecer Rafael el ciego. A causa de su ceguera y de los cuidados de que le han rodeado siempre sus dos hermanas, no ha llegado á hacerse cargo de la horrible situación de la familia. Como no conoce más que á medias el horror del no tener, niégase á dar su venia para la celebración del matrimonio y todo lo profiere á emparentar con Torquemada, pedir limosna, buscar asilo en un hospicio, hasta el mismo suicidio.

De palpitante verdad rebosa el diálogo en que Cruz trata de vencer la resistencia del ciego.

«Rafael, me vas á hacer un favor, y no es súplica, es más bien mandato. No des ocasión á que me enfade de veras contigo. Si esta noche viene Don Francisco, espero que le tratarás con la urbanidad de siempre, y que no saldrás con alguna pitada... Porque si el buen señor tiene ciertas pretensiones, que ahora no califico, á nosotros nos corresponde agradecerlas, en ningún caso vituperarlas, cualquiera que sea la respuesta que demos á esas pretensiones... ¿Me entiendes?

—Sí—dijo Rafael inmóvil.

—Confío en que no nos pondrás en ridículo, tratando mal, en nuestra propia casa, á quien desea favorecernos, en una forma que ahora no discuto... no se trata de eso. ¿Puedo estar tranquila?

—Una cosa es la buena crianza, á la cual no faltaré nunca, y otra la dignidad, á la que tampoco puedo faltar.

—Bien.

—Así como te digo que nunca desmentiré mi buena educación ante personas extrañas, sean quienes fueren, también te

digo que jamás, jamás transigiré con ese hombre, ni consentiré que entre en nuestra familia... No tengo más que decir.

Cruz desfalleció, reconociendo en las categóricas palabras de su hermano la veta dura de la raza del Aguila, unida al irreductible orgullo de los Torre-Auñón. Aquel criterio dogmático sobre la dignidad de la familia, ella se lo había enseñado á Rafael cuando era niño, cuando ella, señorita de casa noble, opulenta, vivía rodeada de adoradores, sin que sus padres encontraran hombre alguno merecedor de su preciosa mano.

«¡Ah, hijo mío! — exclamó la dama sin disimular su pena. — Diferencias grandes hay entre tiempos y tiempos. ¿Crees que estamos en aquellos días de prosperidad... ya no te acuerdas... cuando por apartarte de relaciones que no eran muy gratas á la familia, te mandamos de agregado á la legación de Alemania? ¡Pobrecito mío! Después vino la desgracia sobre nuestras pobres cabezas, como una lluvia torrencial que todo lo arrasa... Perdimos cuanto teníamos, el orgullo inclusive. Quedaste ciego; no has visto la transformación del mundo y de los tiempos. De nuestra miseria actual y de la humillación en que vivimos, no ves la parte dolorosa. Lo más negro, lo que más llega al alma y la destroza más, no lo conoces, no puedes conocerlo. Estás todavía, por el poder de la imaginación, en aquel mundo brillante y lleno de ficciones. Y no puedo consolarme ahora de haber sido tu maestra en esas intransigencias de una dignidad tan falsa como todos los oropeles que nos rodeaban. Sí, ese viento, yo, yo misma te lo metí en la cabeza, cuando te enamoraste de la chica de Albert, hija de honrados banqueros, monísima, muy bien educada, pero que nosotros creíamos que nos traía la deshonra, porque no era noble... porque su abuelo había tenido tienda de gorras en la plaza Mayor. Y yo fui quien te quitó de la cabeza lo que llamábamos tu tontería; y en el hueco que dejaba metí mucha estopa, mucha estopa. Todavía la tienes dentro. ¡Y cuánto me pesa, cuánto, haber sido yo quien te la puso!

—Es muy distinto este caso de aquél—dijo el ciego.—Reconozco que hay tiempos de tiempos. Hoy, yo transigiría, pero dentro de ciertos límites. Humillarse un poco, pase... ¡Pero humillarse hasta la degradación vergonzosa, transigir con la villanía grosera, y todo ¿por qué? ¡Por lo material, por el vil interés...! ¡Oh, hermana querida! Eso es venderse, y yo no me vendo. ¿De qué se trata? ¿De comer un poco mejor?

—¡De vivir—dijo briosamente, echando lumbre por los ojos la noble dama—de vivir! ¿Sabes tú lo que es vivir? ¿Sabes lo que es el temor de morirnos los tres mañana, de aquella muerte que ya no se estila... porque está lleno el mundo de establecimientos benéficos... de la muerte más horrible y más inverosímil, de hambre? ¿Qué, te ríes? Somos muy dignos, Rafael, y con tanta dignidad, no creo que debemos llamar á la puerta del hospicio, y pedir por amor de Dios, un plato de judías. Esa misma dignidad nos veda acercarnos á las puertas de los cuarteles, donde reparten la bazofia sobrante del rancho de los soldados, y comer de ella para tirar un día más. Tampoco nos permite nuestro dignísimo carácter salir á la calle los tres, de noche, y alargar la mano esperando una limosna, ya que nos sea imposible pedirla con palabras... Pues bien, hijo mío, hermano mío, como no podemos hacer eso, ni tampoco aceptar otras soluciones que tú tienes por deshonorosas, ya no nos queda más que una, la de reunirnos los tres, y bien abrazaditos, pidiendo á Dios que nos perdone, arrojarnos por la ventana y estrellarnos contra el suelo... ó buscar otro género de muerte, si ésta no te parece en todo conforme con la dignidad.

»Rafael, anonadado, oyó esta fraterna sin chistar, apoyados los codos en las rodillas, y la cabeza en las palmas de las manos. Atraída por la entonada voz de Cruz, Fidela curiosaba desde la puerta, pelando una patata.

»Pasado un ratito, y cuando la primogénita, recogiendo los objetos de tocador, se congratulaba mentalmente del efecto

causado por sus palabras, el ciego irguió la cabeza con arrogancia, y se expresó así:

»Pues si nuestra miseria es tan desesperada como dices, si ya no nos queda más solución que la muerte, por mí... sea. Ahora mismo. Estoy pronto... vamos.

»Se levantó, buscando con las manos á su hermana que no se dejó coger, y desde el otro extremo de la habitación le dijo:

»Pues por mí tampoco quedará. La muerte es para mí un descanso, un alivio, un bien inmenso. Por ti no he dejado ya de vivir. Siempre creí que mi deber era sacrificarme y luchar... pero ya no más, ya no más. ¡Bendita sea la la muerte, que me lleva al descanso y á la paz de mis pobres huesos!

— ¡Bendita sea, sí! — exclamó Rafael acometido de un vértigo insano, entusiasmo suicida que no se manifestaba entonces en él por vez primera... — Fidela, ven... ¿Dónde estás?

— Aquí — dijo Cruz. — Ven, Fidela. ¿Verdad que no nos queda ya más recurso que la muerte?

La hermana menor no decía nada.

— Fidela, ven acá... Abrázame... Y tú, Cruz, abrázame también... Llevadme; vamos, los tres juntitos, abrazaditos. ¿Verdad que no tenéis miedo? ¿Verdad que no nos volveremos atrás, y que... resueltamente, como corresponde á quien pone la dignidad por encima de todo, nos quitaremos la vida?

— Yo no tiemblo... — afirmó Cruz abrazándole.

— ¡Ay, yo sí! — murmuró Fidela desvaneciéndose. Y al tocar con los brazos á su hermano, cayó en el sillón próximo y se llevó la mano á los ojos.

— Fidela, ¿temes?

— Sí... sí — replicó la señorita, trémula y desconcertada, pues había llegado á creer que aquello iba de veras; y por parte de Rafael bien de veras iba.

— No tiene el valor mío — dijo Cruz — que es todavía más grande que el tuyo.

—¡Ay, yo no puedo, yo no quiero!—declaró Fidela, llorando como una chiquilla.—¡Morir, matarse...! La muerte me aterra. Prefiero mil veces la miseria más espantosa, comer tronchos de berza... ¿Hay que pedir limosna? Mandadme á mí. Iré, antes que arrojarme por la ventana... ¡Virgen Santa, lo que dolería la cabeza al caer! No, no, no me habléis á mí de matarnos... Yo no puedo, no; yo quiero vivir.

«Actitud tan sincera y espontánea terminó la escena, apagando en Rafael el entusiasmo suicida, y dando á Cruz un apoyo admirable para llevar la cuestión al terreno para ella más conveniente.»

Pero ni la enérgica voluntad de Cruz, ni la obediente pasividad de Fidela, ni las peroratas de Donoso consiguen vencer á Rafael, quien cada vez se muestra más opuesto al enlace de su hermana y más hostil al jubilado prestamista. Ya en visperas de la boda, el ciego sale furtivamente de su casa, recorre calles, y tras larga noche de errar por el paseo de la Castellana, da por fin con su cansado cuerpo en casa de Bernardina, criada antigua de los Aguilas, que vive en uno de los arrabales de Madrid.

La odisea del ciego forma uno de los episodios más interesantes de la novela, sobre todo el encuentro de Rafael con un mendigo, trágica conjunción de dos espantosas miserias.

«Sintió sueño, y se estiraba en el banco buscando la postura menos incómoda, haciendo almohada del brazo derecho, cuando se le acercó un pobre, que arrastraba un pie como si fuera bota á medio poner, y alargaba en vez de mano, para pedir limosna, un muñón desnudo y rojo. La voz bronca del mendigo hizo estremecer á Rafael, que se incorporó diciéndole:

»Perdone, hermano. Yo soy pobre también, y si no he pedido todavía es por la falta de costumbre. Pero mañana, mañana pediré.

—¿Es V. por casualidad ciego?—dijo el otro, desesperanzado de obtener limosna.

—Para servir á V.

—Estimando.

—Si hubiera venido V. un poquito antes, habríale dado parte del pan que acabo de comerme. Pero lo que es dinero no puedo darle. No llevo sobre mí moneda alguna, ni perro grande ni chico... Soy más pobre que nadie. He venido ¡ay! muy á menos. Y V., ¿qué es?

—¿Cómo que qué soy?

—Quiero decir si es V. también ciego.

—No, gracias á Dios. No soy más que cojo; pero de los dos cabos, y manco de la derecha... La perdí dando un barreno.

—Por la voz, me parece que es V. viejo.

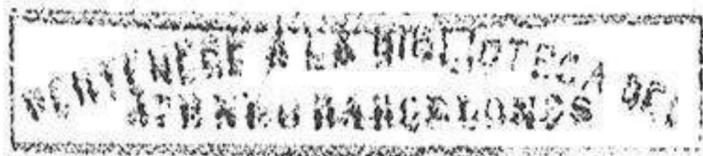
—Y V. muy parlanchín. ¡Porras! Como todos los ciegos, que echan el alma y los hígados por la pastelera lengua.

—Dispense V. que no le conteste en ese lenguaje ordinario. Soy persona decente.

—Sí, ya se ve... ¡Persona decente! Yo también lo fui. Mi padre tenía catorce pares.

—¿De qué?

—De mulas.



—¡Ah!... Creí que de bemoles... ¿Con que mulas? Pues eso no es nada en comparación de lo que tuvo el mío. Ese palacio que está frente á nosotros, si hablara, no me dejaría mentir.

—¡Porras maúras! ¿A que va á decir que es suyo el palacio?

—Digo que lo fué; la verdad...

—Mecachis, y que se lo limpiaron los usureros. Como á mí, como á mi padre, que era mayorazgo, y por tomar dinero á rédito para meterse en negocios, nos dejó más pobres que las ratas.

—¡Los malditos negocios, el compra y vende!... Y hénos aquí á los hijos pagando las culpas de la ambición de los padres. Ahora pedimos limosna, y de seguro los que nos empobrecieron pasan á nuestro lado sin darnos una triste limosna.

Pero Dios no nos desampara, ¿verdad? Donde menos se piensa salta una persona caritativa. Hay almas caritativas. Dígame V. que las hay, pues yo, la verdad, no quisiera morir de hambre por esas calles.

—¿No tiene familia?

—Mis hermanas, hombre de Dios. Pero no quiero nada con ellas.

—Ya, ¡contra!, le han desamparado, ¡porras verdes! Como á mí, lo mismo que á mí.

—¿Sus hermanas?

—No... ¡pior, pior!—dijo el otro con una voz bronca y arrastrada, que parecía extraer con gran trabajo de lo más hondo de su cuerpo.—Son mis hijas las que me pusieron en la calle!

—¡Já, já, já! ¡Sus hijas!—exclamó Rafael, acometido de violentísimas ganas de reír.—Y dígame, ¿son señoras?

—¿Señoras?—dijo el otro con todo el sarcasmo que cabe en la voz humana.—Señoras del pingajo y damas del tutili-mundi. Son...

—¿Qué?

—Púas coronadas... Agur.

»Y se fué, arrastrando la pata, echando demonios por su boca, entre gruñidos bestiales, babeándose como un perro con moquillo.

Los preparativos de la boda continúan. Torquemada, instalado ya en su caserón de la calle de Silva, atestado de cuantas gangas pudo adquirir durante su vida de usurero, se dispone á recibir en ella á su prometida Fidela y á Cruz que ha de ejercer las funciones de administradora de la familia. Llega al fin el día del casamiento; lo fuerte del sacrificio hace que la víctima se sienta enferma en el momento de pronunciar el sí terrible, lo cual no impide que Torquemada en el colmo del entusiasmo al verse ya enlazado con una dama de alto copete, festeje su boda con tales excesos gastronómicos que merced á ellos se muestra en toda su antipática grosería, torpemente

disimulada en los días precedentes al enlace. Disipada aquella excitación pasajera, el usurero llega á la meta de su felicidad al ver reunidos para siempre en su casa á su delicada esposa á Cruz, cuya voluntad había de gobernar en jefe en aquel hogar improvisado, y á Rafael, que convencido por su hermana y por Donoso y con motivo de la indisposición de Fidela entra en la casa de Torquemada, haciendo exclamar al usurero:

«¡Toda la familia reunida... el bello ideal...!»

Con esto da fin la novela, ó, mejor dicho, la segunda parte de las tres en que se divide la historia de Torquemada.

Como puede apreciarse por el extracto que hemos procurado hacer del libro de Galdós, la última novela del autor de *Gloria* viene á aumentar la larga galería de personajes reales creados por él. Cruz es un carácter perfectamente trazado; la evolución que en su alma se verifica es rigurosamente lógica, y sus acciones como sus palabras se ajustan con rigurosa exactitud á las cualidades que el novelista le atribuye. Con el mismo esmero está estudiada la familia de los Aguilas; ella presenta con negros colores las tristezas de la miseria decente, las humillaciones que impone la carencia de todo recurso, los sonrojos y la vergüenza á que se ven condenados los que luchan por conservar su dignidad, y permanecer erguidos cuando se ven arrastrados á los bajos fondos de la miseria.

*Torquemada en la cruz* es un estudio social que, con las demás novelas de Galdós, constituye la exacta pintura de la sociedad presente. Entre todos los libros escritos con objeto de presentar las costumbres modernas y los caracteres de nuestro tiempo no hay, quizá, ninguno en España que pueda competir con los del autor de *Doña Perfecta*. Quien andando los tiempos quiera conocer el nuestro, fuerza le ha de ser estudiar los libros de Galdós. Ninguna historia será entonces más útil que las *Novelas españolas contemporáneas*.

LICENCIADO PERO PÉREZ.

## EL JURADO MÉDICO Y LA CAUSA DE VARELA

---

**E**l día 15 del pasado debió celebrarse en la Audiencia de Madrid la vista del famoso proceso por homicidio de Antonia López, según reza la calificación fiscal.

Aplazada la vista por motivos no completamente depurados, la expectación puramente impresionista y teatral que producen los grandes estrenos judiciales, queda relegada á los estímulos de cartel, cuando se anuncie nuevamente la presentación del drama interrumpido.

En tanto cabe discutir si ese drama se acomoda á las exigencias de determinadas unidades, ó si es de aquellos que imponen una modificación más ó menos honda en la preceptiva del enjuiciamiento criminal.

Analicemos el drama para averiguarlo.

Personajes: José Vázquez Varela. Todo el mundo lo conoce. Salió á relucir en el drama judicial de éxito más extraordinario en nuestros tiempos. Era entonces huésped de la cárcel. Cumplía una condena de tres meses de arresto mayor, accesorias y costas, que le fué impuesta por sentencia de 11 de Junio de 1887 en causa seguida por el Juzgado del Congreso. Anteriormente, y cuando contaba diez y nueve años de edad, debutó en una causa por lesiones, que le proporcionó el primer inquilinato de dos meses y un día, desde el 26 de Octubre de 1885. No por eso las representaciones carcelarias se interrumpen, y al igual que los aires de Madrid, los de Vigo soplan

también hacia la celda. En una de aquella cárcel celular cumplió otros tres meses de arresto mayor á partir de 8 de Enero de 1890, con lo que se suman ocho meses de cárcel en dos cárceles, y tres delitos comprendidos en tres títulos diferentes del Código: lesiones, hurto y resistencia. Al empezar, Varela era estudiante. No hay que advertir que varió de aulas.

Antonia López. También tenía antecedentes. Poca cosa... Un *jabeque* en la mejilla de una compañera de burdel. El tribunal, si la procesada no se hubiera declarado en rebeldía, le hubiera aplicado el prudente arbitrio del art. 433; pero los chulos y rufianes le pondrían la tacha de no estar *pintado* el *jabeque* con *guapeza*.

La página mejor de los antecedentes de la Antonia no está escrita en papel: está escrita en una de sus entrañas principales. ¡Bien se puede afirmar que el cadáver es el proceso de una vida!

En los pulmones de la Antonia vieron los médicos tantas manchas negruzcas, que desistieron de contarlas. Constituían formas irregulares, polígonos y salpicados de finísimos puntos. Hecho el análisis histológico, resultaron ser manchas de *antrocosis*; es decir, de carbón. Ese carbón incrustado molécula á molécula en el tejido de la superficie de los pulmones, representaba en este caso lo que se podría llamar tatuaje de la *juelga*. Así proceden las atmósferas saturadas de productos de combustión con quienes las respiran.

Pepe y Antonia se encontraron, porque los caminos que seguían eran convergentes. La celebridad carcelaria de Varela halló en el lupanar lauros y prestigios. Háblase de pasiones extremosas, de rivalidades iracundas, de triunfos y postergaciones. En esta tenoriada sin pudor, en que alternan *trongas* más ó menos altivas ó ruines, quedó el campo semi-marital por la que estaba destinada á divorciarse de un modo sangriento.

Si no existiesen otros medios de prueba, el análisis psicológico de los caracteres y relaciones de los dos amantes

(sic) daría seguramente mucha luz. Puede que algo en este sentido aparezca en la vista de la causa. Si así sucede, esta investigación puede ser lo más interesante, más curioso y aun lo más antropológico de cuanto se declare y manifieste.

Además, este es el camino directo ó indirecto que sigue la opinión. La opinión, en los sucesos judiciales de mucha resonancia, acusa ó defiende, y mantiene su acusación y su defensa por encima del fallo. Esta es la verdadera acción pública, y este el eterno é invencible dualismo judicial. En tales casos, en cada proceso hay dos procesos y en cada sentencia dos sentencias, que cada tribunal las declara firmes. Si la opinión acusa, nada importa que el tribunal absuelva; si la opinión absuelve, nada importa que el tribunal castigue. Hay por esas historias y esos mundos condenados y absueltos legalmente, que no dejan de ser absueltos y condenados de opinión.

Al difundirse la noticia del suceso de la calle de Carretas, cualquier observador, ligeramente atento, repararía que en la opinión se despertaba el fallo de aquel proceso de estupenda resonancia, en que se achacó á un hijo la complicidad en la muerte de su madre, enlazándose las iniciativas, planes y coartadas de este crimen, con las poco edificantes tradiciones de nuestros establecimientos carcelarios. La opinión, al pensar así, resucitaba una figura delincuente retocándola con la sangre de un delito nuevo. La disyuntiva entre asesinato ó suicidio no fué disyuntiva más que para las gentes que antes de resolver estudian los factores del problema. La afirmativa del delito circuló y se impuso. Varela fué acusado por estar anteriormente condenado; y en esta acusación súbita y vehementemente, hay que reconocer el secreto influjo de cierta complacencia probatoria, porque de existir el delito, el delito de hoy proyectaba ciertas probabilidades en la acusación de ayer, y de este modo el fiscal de mil lenguas mantenía sus arraigadas conclusiones, y el jurado, sin elección, sin recusación y sin sorteo, reproducía su implacable veredicto.

Cabe investigar hasta qué punto y en qué derivaciones

penetra, se insinúa y hace presión un pensamiento que fulgura al contacto de una noticia, que fulgura á la vez en miles de cabezas, que se comunica con reciprocidad inusitada y que constituye de pronto un ambiente generalizado y condensado. Casi nadie, por íntegro que se suponga en la independencia de su razón y su juicio, puede alardear de mantenerse indemne de la sugestión colectiva. Esta sugestión apasiona á los unos, malicia á otros, amanaera á los más imparciales, paraliza á los prudentes, y lo único que puede hacer en contrario es reaccionar á los díscolos. Esta sugestión, apoderándose por un momento de las actividades colectivas, aunándolas en una dirección y estimulándolas poderosamente, alumbrá muchos misterios y exterioriza muchas intimidades, y con la potencia revolucionaria de sus luces llega á descubrir algunas veces lo ignorado, pero llega también al extravío de las exageradas proporciones que presta á lo real. Seguir su influjo en las derivaciones más tenues é invisibles, y seguirlo con seguridad y acierto, ni es fácil ni en modo alguno demostrable; pero suponer que afecta, por lo menos, á que destaque de primera intención, preferente y hasta imperiosamente, un lado del problema, ni es aventurado ni quimérico.

Véamoslo en las manifestaciones procesales en que por quinta vez se sentará Varela en el banquillo y en que por segunda vez destaca su personalidad en las sombras de un asunto misterioso.

Lo que se sabe del suceso de la calle de Carretas no es más que lo necesario para que en el ánimo de cualquier juez, actuante ó no actuante, se planteara la dubitativa de si el hecho se debiera atribuir á homicidio ó á suicidio. En tales casos se parten con exactitud las probabilidades, á reserva de aumentar y disminuir las cuotas, según los indicios lo aconsejen. Supongamos, para nuestro razonamiento, que el proceso empezó en el ánimo del instructor, concediendo un 50 por 100 en pro del suicidio de Antonia López y otro 50 por 100 en pro del homicidio realizado por Varela, y que inmediata-

mente se dedicase á aquilatar la exactitud de las proporciones admitidas.

Es de suponer que la cuota correspondiente al actual procesado se mantuvo en su integridad desde el primer momento. Lo imponían su notoriedad y sus antecedentes, y no era absurdo admitir capacidad reincidente en quien contaba tres reiteraciones en su hoja histórico-penal.

Lo difícil, de no existir otro medio aclaratorio, era convertir las dudas en afirmativas, ni con las primeras informaciones ni con los nuevos datos, que fueron uniéndose á los folios de la causa.

A la presunta capacidad homicida de Varela se unieron más tarde los indicios de la presunta capacidad suicida de Antonia López. Si se consideraba impulsivo el carácter del presunto matador, como impulsivo se mostraba en muchas manifestaciones el carácter de la interfecta. Si Varela deseaba romper con su querida, teniendo medios fáciles para hacerlo, su querida demostró revelársele de varios modos. Si el uno pudo hallarse en estado de sobreexcitación alcohólica, iguales motivos hubo para que lo estuviese la otra. En una palabra, que casando caracteres con caracteres, antecedentes con antecedentes y motivos con motivos, se hubiera llegado, ó á equilibrar las probabilidades, ó á admitir la hipótesis, no confirmada por los hechos, de que lo que debió ocurrir fué una provocación, una lucha, naturalmente violenta, y, como último acto, precipitar á la calle un cuerpo inerme.

De no existir en la causa otro género de afirmaciones; de traducir el fiscal ó el acusador privado todo lo que apareciera en contra de Varela, y el defensor todo lo en contra de la Antonia; de formularse las preguntas hechas al jurado, traduciendo los términos de cada tesis, podría ocurrir que hubiera tantas preguntas afirmativas y negativas en contra como en pro, que, por compensación de unas con otras, hicieran subsistir la duda originaria.

He aquí por qué en términos propiamente legales hubiera sido muy difícil enjuiciar con fundamento y resultado, y cómo por la fuerza de las cosas, tanto el proceso, como la vista de la causa, han de distinguirse por su carácter puro médico-legal; lo que me trae á la consideración de si ciertas causas merecen, por su índole, ser sometidas á la deliberación de un jurado médico.

No sé, en el curso de los tiempos, qué suerte correrá una iniciativa tan opuesta á la esencia y forma de todas las leyes procesales; lo que sé es que la realidad, con sus hechos imperiosos, continuará manifestando que hay asuntos cuyo carácter médico-legal se sobrepone á todo género de fórmulas, y que si el jurado médico no los falla, el jurado médico los decide.

Debe advertirse que la medicina legal, que cada vez tiende á convertirse en ciencia incorporable á la jurisprudencia, merece otra categoría y otros fueros que los del ordinario peritaje, porque si en ocasiones el médico no se distingue de cualquier otro perito que informa en asuntos de su oficio ó profesión, en otras se eleva sobre todos por confiársele no un detalle del proceso, sino todo el proceso, como ocurre cuando los mentalistas han de decidir sobre la responsabilidad ó irresponsabilidad de un acusado.

En el caso actual, que es de distinta índole, todo el proceso se desarrolla en torno de las conclusiones de los médicos.

La parte formal la llevan, como en todas las causas, el acusador y el defensor, pero el papel de uno y otro queda virtualmente, sino anulado, suplantado. La acusación y la defensa en esta causa serán puramente representativas. Bajo la muceta roja que distingue á los jurisconsultos, se transparentará por esta vez, hasta anularle ó confundirle el color, la muceta amarilla. El mismo lenguaje cambiará de tonos y palabras. No servirán ni los tonos generales de la elocuencia, ni los términos de rúbrica, ni siquiera los autores de manejo acostumbrado. Habrá que manejar el lenguaje de la anato-

mía, el de la fisiología y aun el de la patología. Será indispensable abrir las hojas del libro con el escalpelo y leer con el microscopio y con la lente, en caracteres en que no están escritas las Pandectas. Las pruebas de convicción serán los despojos de una autopsia; restos y partes de unas vísceras conservadas en alcohol y preparaciones histológicas. Los alegatos serán dos dictámenes médico-legales con su parte descriptiva, sus razonamientos y sus conclusiones. En una palabra, todo, absolutamente todo lo fundamental, será médico, expuesto por médicos, interpretado por médicos, mantenido por médicos.

Para persuadirse de que en esta causa están cambiados los papeles, bastará decir que José Vázquez Varela se halla actualmente procesado, porque los médicos forenses dicen «sin atenuaciones ni nebulosidades» que en el cadáver de Antonia López encuéntrase lesiones anatomo-patológicas que inducen á creer en una asfixia provocada; que esta asfixia fué producida por sofocación y que no puede tratarse de un suicidio: y José Vázquez Varela se halla actualmente defendido porque los médicos de la defensa aseguran que Antonia López falleció de muerte violenta producida por su caída desde una gran altura, y que del examen del cadáver no resultan datos que autoricen á creer que la muerte fué anterior á la caída.

¿No es verdad que esta parte principalísima del proceso no es para manoseada y fraccionada á preguntas y á respuestas, como se acostumbra en los estrados? ¿No es verdad que teniendo el médico un carácter propio no se le debe convertir en estos casos en dependiente de una personalidad que por la fuerza de las cosas resulta secundaria? ¿No es verdad, en fin, que sin menoscabo de las leyes y tradiciones, sin demérito de la toga y hasta sin alteración esencial de los modos de enjuiciamiento, podría establecerse una vista previa ante un jurado médico para dar resuelta la parte puramente médico-legal de la causa?

Llevar esta parte á la resolución del tribunal de hecho y de

derecho, en buenos términos constituye un absurdo. Trátase de un asunto puramente técnico y de una discusión inevitablemente técnica desarrollada ante un tribunal lego en sus dos categorías. Ese tribunal necesita estar informado acerca de la significación de uno de los elementos más importantes del juicio á cuya vista asiste, pero no necesita ciertamente que le informen por discusión directa sino por conclusiones traducidas á su modo de entender. A este tribunal le bastaría el veredicto de un jurado médico cuyas conclusiones despejaran en absoluto cuanto se relaciona con la parte médico-legal del proceso, en cuya vista no había para qué tratar esta cuestión sino atenerse á lo fallado. Porque además de lo irregular que parece el que se discutan ciertas cosas ante quien no está capacitado para entenderlas, son más irregulares todavía los interrogatorios pertinentes ó impertinentes á que un abogado ó un fiscal puede someter á un experto, en materia en que aquellos no se pueden considerar entendedores profesionalmente, aunque por el convencionalismo legal lo sean.

Tengo para mí que las investigaciones médico-legales practicadas con ocasión de los resultados de la autopsia del cadáver de Antonia López, constituyen una de las páginas más completas en la historia de nuestra medicina legal. Esta página no merecía ciertamente ser leída á modo de relator, ni desglosada á modo de abogado. El lugar propio para leerla y discutirla debiera ser, por su situación y amplitud, el anfiteatro grande del colegio de San Carlos, y para que no hubiera nada que desdijese, se constituiría un jurado médico compuesto de las personalidades que designasen las dos Academias, la facultad de Medicina, el colegio Médico, el cuerpo de médicos forenses y tal vez alguna otra representación en el número que proporcionalmente les correspondiera.

Constituido el jurado, después de elegir su presidente, ocuparían en mesas aparte y frente á frente, la derecha é izquierda del estrado los médicos de la acusación y los médicos defensores.

Se empezaría por leer el dictamen de la acusación, y después el contrario, y conclusa esta parte documental, empezarían los informes, según costumbre, por la acusación, concediendo la palabra nada más que á uno de los médicos forenses, y cuando terminara á uno de los de la defensa. Rectificarían ambos, se retiraría el jurado á deliberar y volvería á aparecer para dar cuenta del veredicto.

Los que desconozcan la naturaleza de los informes médico-legales, supondrán que estas vistas no tendrían animación é interés. Ni hacen falta al resultado positivo que se busca. Pero en causas como la de Varela, lo tendrían necesariamente.

Siempre hay interés y movimiento cuando las opiniones se colocan á mucha distancia y con pronunciado desnivel. El desnivel entre los dos dictámenes es jurídicamente tan acentuado como la condenación y la absolución, que, reducido á tonalidades de color, media lo que de lo blanco á lo negro. En esto se conoce precisamente el acentuado carácter médico-legal de esta causa, porque con las casi únicas pruebas de que se disponen, los unos dicen que Varela es homicida y los otros dejan entrever que Antonia es suicida. ¿Quién tiene razón? No me toca ni investigarlo ni aclararlo, sino decir, con mi tema, que este es gran asunto para un tribunal que lo entendiese.

Y que se necesita entenderlo para resolverlo no cabe duda, porque no se trata de una de esas investigaciones claras y sencillas sino de las más escrupulosas y difíciles.

No se necesita ser médico para suponer que en el cadáver de un sujeto que primeramente hubiera sido desvanecido por sofocación y después arrojado desde una gran altura, las lesiones producidas por el choque contra el suelo son más caracterizadas y visibles que las que se hayan podido producir anteriormente. Y existiendo dos clases de lesiones, la tarea de diferenciarlas, valorarlas y explicarlas exige un conocimiento regular de las disposiciones anatómicas y de la mecá-

nica de nuestro organismo: y si á esto se añaden diferencias de apreciación, no hay que decir si se necesitará capacidad, maestría y fijeza en los juzgadores.

Comparando los dos dictámenes, á cada paso se encontrarán tales diferencias, y por no marcarlas todas señalaré algunas. Dicen unos médicos que se observa un marcado enrojecimiento en las mucosas de la laringe y tráquea. Dicen otros que encontraron la laringe sin abrir, con el repliegue glossofaríngeo íntegro, sin otro cambio de color que el general cadavérico, sin erosiones, rasgaduras, ni equimosis, ni vestigios de lesión anatómica actual ó remota. Dicen los primeros que estaban íntegros el diafragma, el esternón y las costillas. Dicen los segundos que encontraron las costillas del lado izquierdo fracturadas, y aunque admiten que pudo ocurrir la fractura en el momento y por los procederes de la autopsia, hacen fijar la atención en la coincidencia de esta fractura con el gran foco hemorrágico y con la naturaleza del choque. Dicen aquéllos que observaron enfisemas característicos, y dicen éstos que no eran tan característicos, pues no los pudieron reproducir con el soplete. Dicen, en fin, que vieron las, según Tardieu, características equimosis lenticulares, y les responden con la descripción minuciosa de las manchas negruzcas y placas rojizas que se observan en los pulmones, negando á la vez el valor diagnóstico de las equimosis lenticulares para precisar la naturaleza de cierta clase de asfixia, en lo que se fijará la parte más empeñada y erudita de la controversia.

¿Es esta discusión, de la que ofrecemos nada más que insignificantes pormenores comparados con los razonamientos que los acompañan y habrán de acompañar, para desarrollarse delante de un jurado y de un tribunal sin competencia médica? ¿No fuera mejor que esta parte médico-legal se le diese fallada por un jurado médico?

Porque es de advertir que si en la vista de la causa no hay otras pruebas que las pruebas médico-legales, el jurado, sin

que se den cuenta ni los que lo componen ni los jueces, fallará en un asunto en que han dado su parecer muchas doctas Academias y muchos doctos investigadores.

La doctrina médico-legal irá acompañando á las respuestas afirmativas y negativas del veredicto, y si Varela es condenado, resolverá un tribunal lego que son características las lesiones de asfixia por sofocación, y si es absuelto, mantendrá la doctrina contraria.

A esto expone un exagerado exclusivismo en materia de enjuiciamiento criminal.

RAFAEL SALILLAS.

## EL ESTANDARTE Y EL ARCÓN DE OQUENDO

---

**O**quendo es apellido vascongado que brilla en la historia de la marina durante su mejor período; esto es, en los siglos XVI y XVII. Miguel de Oquendo, dando cima á la victoria ganada en el mar de las Azores y mitigando el desastre de «la Invencible» en la jornada de Inglaterra, con la bizarría, la experiencia, el conocimiento marinerero y la serenidad del ánimo, lo inscribió en la esfera superior donde se perpetúan los de los héroes. Como tal figuró luego el de su hijo Antonio, tan admirable en la derrota de las Dunas, en que le combatieron las escuadras de Holanda é Inglaterra en el puerto que, amiga, había ofrecido la última, como en el triunfo alcanzado sobre los navios de la primera en las costas del Brasil. Otro Miguel, en tercera generación, continuó los servicios de padre y abuelo, ofreciendo nuevos materiales para la obra escrita por Vargas Ponce, *Vida de los tres generales Oquendos*, inédita y extraviada, y en la cuarta premió el rey Carlos II tan prolongados merecimientos, concediendo título de marqués de San Millán á Miguel Carlos, capitán de mar y guerra, lo mismo que sus hermanos, primos y allegados.

Miguel de Oquendo, el tercero de los generales, sufrió la influencia de los tiempos en que el astro benéfico de España declinaba hacia el ocaso. Había construido por asiento con la corona ocho galeones y un patache, que componían la escuadra nombrada de Cantabria, á sus órdenes, y en esta

fuerza, destinada al ataque de Lisboa, se cifraban las esperanzas de compensación con que borrar el mal efecto de la campaña de Extremadura. Lista ya para dar la vela con tropas de desembarco, la sorprendió furioso temporal en el placer de Rota el 9 de Octubre de 1663, y todas las naves perecieron en tremendo siniestro, golpe mortal á la marina del Estado, que tantos y tan frecuentes los venía resistiendo.

Sin ánimo el general para soportar las reconvenciones de la opinión por la desgracia, plegó el estandarte, insignia autoritaria en la mar, retirándose á una quinta de su propiedad, en Guipúzcoa, donde, según expresión propia, lo apacible del sitio y la lección de buenos libros, «compañeros que sin enfadar deleitan y enseñan», sirvieron de lenitivo á sus cuidados. Escribió entonces *El Héroe cántabro. Vida del señor Don Antonio de Oquendo*, dedicándola á la muy noble y muy leal provincia de Guipúzcoa, diciendo con Plutarco que aunque muchas vidas de hombres ilustres sirvan sólo para la curiosidad de los lectores, hay también héroes que se deben presentar como dechado y espejo para la imitación de sus gloriosas virtudes; que aquél ofreció como tal la vida de Paulo Emilio, y él ofrecía la de su padre, que en cuarenta y ocho años en el servicio del rey, juntó el valor, prudencia y constancia de los antiguos y modernos capitanes.

Juntamente con su mujer, doña Teresa de San Millán, fundó el convento de Brígidas de Lasarte, y al morir, en 1681, hubo de dejar al cuidado de las religiosas aquel estandarte que escapó al naufragio de Rota, con otros objetos curiosos, mostrados en la Exposición Histórica del palacio de Recoletos con que se conmemoró el centenario cuarto del descubrimiento de América, por el señor marqués de Valmediano, actual poseedor.

La insignia, hermoso y raro ejemplar de las usadas en el tiempo, es cuadrangular, de damasco carmesí, formada con seis paños de cuatro metros próximamente. Alrededor tiene orla romana y fleco de seda roja y amarilla. Hacia el centro

gran escudo de las armas reales; á un lado de éste, Jesucristo crucificado entre las efigies de la Virgen María y del apóstol San Juan, y en el opuesto el patrón de España, Santiago, galopando en caballo blanco y esgrimiendo el estoque contra los moros, de los que uno yace muerto á sus pies. Las figuras están pintadas al óleo sobre el damasco y no por pincel adocenado, que no desdeñaban obras semejantes los artistas de nombre en aquellos tiempos, como acreditan ejemplos de Murillo y de Francisco Zurbarán, que pintó el estandarte del navío *El Santo Rey D. Fernando* para Felipe IV (1).

Se conservan libranzas expedidas á favor de los pintores Luis Vélez, Francisco de Soto y Gaspar de Baena, por estandartes para los Reyes Católicos; en pro de Pedro de Medina, de Sevilla, de 2.730 reales por banderas que se le encargaron para la real armada en 1673, y de 1.757 reales por dos que entregó posteriormente, conformes con la descripción encontrada entre los papeles de Pacheco, que me parece oportuno transcribir (2).

«Joven todavía Pacheco, y probablemente en casa de su mismo maestro, Francisco Herrera, el Viejo, desde 1594 para adelante pintó cinco estandartes reales, los cuatro para las flotas de Nueva España, de á treinta varas, y el postrero para la de Tierra-Firme, de cincuenta, todos de damasco carmesí.

»Pintábale cerca del asta un bizarro escudo de las armas reales, con la grandeza y majestad posible, enriquecido á oro y plata y de muy finos colores, todo á óleo. En el espacio restante, hacia el medio círculo en que remataba la seda, le pintaba el apóstol Santiago, patrón de España, como el natural ó mayor, la espada en la mano derecha, levantada, y en la izquierda una cruz, sobre un caballo blanco, corriendo, y en el suelo cabezas y brazos de moros. Demás de esto se

---

(1) D. José Gestoso y Pérez. Sevilla.

(2) Del libro de D. José M. Asensio, *Pacheco y sus obras*.

hacia una acenefa por guarnición en todo el estandarte, de más de cuarta de ancho, en proporción, con un romano de oro y plata, perfilado con negro y sombreado donde convenía; la espada y morrión, de plata; la empuñadura, riendas, tahalí, estribos y otras guarniciones y diadema del santo, de oro, y lo demás pintado á óleo, con mucho arte y buen colorido... Apreciábase la pintura en más de doscientos ducados, según la calidad y coste que tenía.»

Por tan prolija anotación se advierte que en el reinado de Felipe IV se modificó la forma ó figura de escudo de los estandartes, que anteriormente tenían redondeadas las puntas exteriores, ó hacían medio círculo como expresa Pacheco, y puede verse en el preciado símbolo de la Santa Liga, que flotó en las aguas de Lepanto, y en la Exposición Histórica también lucía, traído expresamente de la catedral de Toledo. En lo demás manteníase la costumbre piadosa de acompañar el escudo de armas, representación de la nacionalidad, con efigies sagradas del Salvador y de su Madre, abogada de los pecadores, que en las enseñas llevaron los españoles desde remotos tiempos. La nao que condujo á Inglaterra á la infanta Leonor, hermana de Alfonso *el Sabio*, así la tenía y así se mantuvo por los Reyes Católicos y sus sucesores en la casa de Austria.

D. Leonardo del Castillo, oficial de la secretaría de Estado, al describir el viaje de Felipe IV á la frontera de Francia para los desposorios y entrega de la infanta María Teresa de Austria, refiere la disposición que tenía la escuadra surta en el puerto de Pasajes, «vestida de muchas banderolas y gallardetes, y la capitana sólo con estandarte real, en que, por una parte, se miraba un Crucifijo y las imágenes de Nuestra Señora, San Juan y Santiago, y por otra, unas armas de Su Majestad.»

Así es precisamente el de Oquendo, que ofrece muestra auténtica más clara que la colección de cuadros de Juan de la Corte, existente en la galería del ministerio de Ultramar,

representando la batalla naval ganada á los holandeses en 1635 por la escuadra de D. Lope de Hoces.

Ordinariamente guarda el señor marqués de Valmediano la prenda militar de referencia, en un arcón de nogal (1) conservado con ella, que también se exhibió en la Exposición por cosa notable. En los lados está grabada la madera con poco realce, repitiendo un mismo dibujo, calcado; la tapa es lisa exteriormente y está pintada en el interior por dos manos distintas: una que señaló en el centro el monograma JHS en letra gótica, dentro de un círculo, y á los lados las figuras de la Virgen María y el Angel del Señor en el momento de la Anunciación; otra más ruda, pero experimentada en la representación de naves, que puso por encima, en una línea, tres galeras y tres naos ó galeones, navegando en demanda de los puertos bosquejados á izquierda y derecha.

Sin lugar á duda, copian estos navíos los del segundo tercio del siglo XVI, con fidelidad y maestría bastantes para dar al mueble carácter arqueológico. Indican los tipos la lentitud con que los constructores navales admitían innovaciones en sus reglas. La forma de los vasos apenas varía de la generalizada cien años antes: de la que tenían por prototipo los que realizaron el descubrimiento de América. Estos del arcón son de mayores dimensiones y tienen ya jaretas corridas en el entrepuente; pero conservan la figura curva del tajamar en las dos variantes más señaladas; el lanzamiento del castillo de proa y la elevación del de popa, adornado con colorines chillones. La transformación mayor, por adelante, está en el aparejo vélico. La *gavia* ostenta mayor cruzamen y más superficie por consiguiente; no es ya la vela volante ó de ocasión que tímidamente orientaban los marineros del siglo XV, como se prueba con la aplicación repetida en el palo de proa que constituye *el velacho*. Continúan siendo velas de desen-

---

(1) Mide 2 metros de longitud, 0,52 metros de ancho y 0,72 metros de altura.

peño los *papahigos*, acreciendo en extensión dos *bonetas* en la bonanza: también la tiene la *cebadera*. Todas las velas están cuadrículadas con cabos de refuerzo, menos la *mesana*, y teñidas de rojo las cuadrículas alternadas, resultan á la vista las cruces que distinguían á las embarcaciones tripuladas por cristianos. Obsérvase que las *maestras* mantienen asimismo una tercera escota en el centro de la relinga.

El objeto primitivo del arcón debió ser el depósito y guarda segura de papeles de interés. Vargas Ponce registró en las Provincias Vascongadas muchos semejantes, poseídos por familias de abolengo ilustre, ó por los gremios y cofradías de hombres de mar, que ordinariamente los tenían por archivo de sus constituciones, acuerdos y cuentas, en la sacristía de los santuarios de los respectivos Patronos. Uno más, de esta procedencia, parecido en las dimensiones y en el grabado de la madera presentó en la Exposición el señor marqués de Casa Torres (1).

Miguel de Oquendo, el almirante, abuelo del de referencia, dirigió al secretario del despacho de Marina una carta fechada el año de 1580, antes de emprender la jornada de las Terceras, dejándole muy recomendado el cofre de sus documentos que, juzgando por las pinturas de los navíos, pudiera ser este mismo. Allí seguirían guardando los sucesores las cédulas y cartas reales que sirvieron al segundo Miguel para escribir la vida de su padre, y que alcanzó todavía el referido Vargas Ponce, aprovechándolas y formando el índice especial guardado en la Academia de la Historia (2).

Tercer objeto perteneciente al marino, escritor y caballero de Santiago, Oquendo, presentado en la Exposición, era un reloj de sobremesa que no dejaba de llamar la atención, aunque no alcance la importancia arqueológica de los otros dos. Tiene por base caja cuadrangular, estando inscrito en la tapa

---

(1) Catálogo, sala II, núm. 11.

(2) *Cédulas de Miguel de Oquendo*, Est. 18, gr. 6, núm. 78.

superior el círculo de las horas. En el centro se eleva un ástil sostenido por arbotantes que parten de los ángulos, soportando un crucifijo, y por remate de la cruz gira una esferita, marcando los cuartos de la hora. Toda la obra es de bronce cincelado y dorado á fuego, y al abrir la tapa inferior, en que están las campanillas, se lee el nombre del autor, grabado, JEREMIAS PFAFF. AUGSPURG.

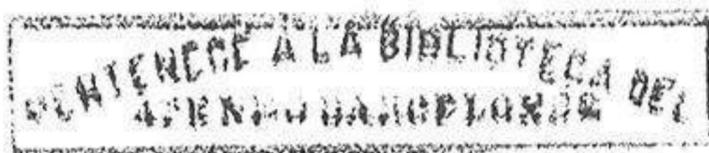
En el asiento del libro de la oficina directiva de la Exposición constaba que, recogida doña Teresa de San Millán, durante la viudez, en el convento que había fundado, por cláusula del testamento, legó á la Comunidad los objetos que habían pertenecido al almirante su esposo, que en tan buen estado se mantienen por el cuidado de las monjas.

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

## CRÓNICA INTERNACIONAL

---

El año último y el año entrante.—Dificultades y errores.—Necesidad urgente de la enmienda.—Política del gobierno francés implacable con los partidos y complaciente con las ideas socialistas.—Comité de Aduanas y conversión de la Deuda.—Estado económico de Alemania.—Voluntariedades y caprichos del emperador Guillermo.—Estado de Austria muy agravado por la situación de Serbia.—Perturbaciones en Italia.—El mundo alemán y su jefe.—Consideraciones sobre los caracteres que presenta éste.—La paz y la libertad universal.—Conclusión.



**N**o podemos entrar en el año, que comienza por estos días, sin volver el pensamiento al año que acaba. En la penumbra tenue, producida por el arrebol de triste ocaso y el rayar de alba regocijadísima, debemos pararnos un instante, para que los recuerdos de ayer nos digan las promesas contenidas en el próximo mañana. Pocos gratos recuerdos nos dejan los doce meses últimos, componentes del transcurso de un año. Como en las tragedias horacianas y aristotélicas la catástrofe solamente demandaba un día para caer sobre sus héroes y aplastarlos; males, que acaso traigan una cola de siglos, se han desarrollado en este brevísimo período de doce meses con pasmosa intensidad. Descrédito de una gran parte del patriciado gubernamental francés por las ruinas que trajo la imprevisión y el descuido en los proyectos encaminados al rompimiento del istmo de Panamá; choque

último entre Africa y España en el Riff, que á punto nos llevara de suscitar una guerra continental, abriendo el vientre de ese caballo de Troya que se llama herencia del imperio marroquí; dificultades entre la República francesa y la Gran Bretaña, muy graves, por los respectivos protectorados en el Oriente extremo sobre las regiones de Indo-China; frustración de mejora tan deseada en el mundo, como la indispensable autonomía del pueblo irlandés, á causa de un obstáculo, tan odioso de suyo, como el arqueológico veto, que á ella opusiera el privilegio de los maltrechos y malheridos lores, conjurados contra la progresiva y necesaria reforma; guerra social de Italia, donde la parte semi-griega y semi-africana del Mediodía expresa con violencias propias de su exaltado temperamento, el malestar producido por los dispendios consiguientes á una detestable política extranjera en toda la península; subida muy desmesurada y calamitosa del contingente militar en Alemania, merced á la cual subida se ha promovido una guerra sorda entre las regiones del Rhin y Prusia, muy atentatoria en verdad al principio de la unidad germánica y muy grave para el Imperio alemán; lucha cada día mayor entre un rey tan respetado fuera de su reino y un pueblo tan paciente, pero tan tenaz, como el pueblo y el rey de Dinamarca, junto á otra lucha de dos Nacionalidades y Estados, como la empeñada entre Suecia y Noruega; disminución cada día mayor del Imperio turco, pero crecimiento inquieto, como en los niños, de las nacionalidades incipientes desprendidas de su tronco, cual Serbia, inquietada por procesos políticos escandalosos y golpes de estado inútiles, cual Rumanía, cada vez más adscrita en su desarrollo al germanismo, imperante allí por su extranjera dinastía, cual Bulgaria, necesitada de pasar como su factor ignorado, á lo menos, como un factor jamás re-

conocido en Europa; grave perturbación en Austria, donde se ha tenido que despedir al indispensable Taafe, porque proponía el sufragio universal, y meter en cintura, por medio del estado de sitio, á los jóvenes subvertidos tcheques que perturban toda Bohemia, y apelar al nombre y al poder del Emperador, apelación peligrosa en los gobiernos constitucionales, para refrenar un poco las resistencias del Episcopado católico magyar á las leyes del matrimonio civil; y sumadas á todas estas calamidades las catástrofes horribles producidas por las demencias y los dementes anarquistas, quienes han dado en el error de renovar una sociedad, cuyo progreso pide medidas generales, por el aniquilamiento de sus individuos, y así, ahora con los crímenes que perpetrara un Ravachol, en varios puntos, ahora con la traidora muerte inferida por la espalda en vulgar asesinato á un ministro diplomático y á un agente administrativo en París, ahora con la bomba lanzada bajo el alazán montado por Martínez Campos, ahora con el explosivo de Vaillant en el Congreso francés, ahora con el exterminio de muchos asistentes al Teatro del Liceo que semeja un crimen de soberbia déspota, ó una plaga y estrago de la cruel y despiadada naturaleza, nos enseñan cómo todos los tiempos llevan en sus senos degeneraciones, y detritus, que se pueden sólo extirpar, en parte, con la violencia, pero que se pueden, á su vez, en otra parte, metamorfosear por la virtud del derecho y del escarmiento como se metamorfosean por las raíces de un árbol en mieles y aromas los estiércoles, pues en tales pecados y errores debemos encontrar la necesaria enmienda, procurando que no se parezcan á los doce meses transcurridos los ahora corrientes, cuyos caudales comienzan á fluir bajo tan malos auspicios, y que no se reduzca todo á la expiación del crimen y al tormento de los cri-

minales, sino que mejoremos la vida y costumbres con muchas virtudes, capaces de modificar el medio ambiente, donde tales maldades se nutren, pues de otra suerte, serán ellos los perseguidos en verdad, pero nosotros los castigados é infelices.

Y decimos esto, porque han afectado mucho los ánimos en Europa tantas medidas de rigor como se acaban de tomar en Francia contra los anarquistas, aplicándoles unas leyes excepcionales, votadas por ambos cuerpos colegisladores en esos momentos de terror, que á todos nos espantan y sobrecogen, pero que no pueden elevarse á ley normal de la vida, sobre todo, cuando corremos el peor de los riesgos, el de herir al inocente sin castigar al culpado. Las proscripciones, frecuentes en las guerras civiles romanas, durante los postreros lustros de la República, trajeron el Imperio. Tras las crueldades horribles de la nobleza con los Gracos, tras las persecuciones de Mario á los amigos de Sila y las persecuciones de Sila á los amigos de Mario, tras las guerras sociales de Catilina en el campo y en la ciudad, que tantos horrores provocaran, debía sobrevenir forzosamente aquella proscripción de los triunviros, animadas por un terror tan terrible, que muchos republicanos se dieron muerte por no recibirla, con la deshonra consiguiente, del terrible puñal de los sicarios. ¡Con cuál dureza no criticamos en su tiempo nosotros los decretos y leyes de salvación pública que dictaron tras atentados como el de la máquina infernal, dirigido á Luis Felipe, y como el de las bombas de Orsini, dirigido á Napoleón III! Los millares de hombres, sorprendidos en violaciones del hogar nocturnas, sobre su cama, y trasladados con sus manos en las espaldas al destierro y al calabozo, recuerdan las dragonadas, las expulsiones de los judíos y de los moriscos, las bárbaras medidas tantas ve-

ces reprobadas por nuestra conciencia, en que toda una colectividad pagaba las doctrinas ó las culpas de sus individuos, atrayendo compasiones que acaban por complicidades con lo peor y los peores de cada secta ó pueblo, violentamente perseguidos y castigados. Este riguroso proceder me duele á mí tanto más, cuanto que un gobierno, tan implacable con los sectarios socialistas en sus actos, adolece de complacencias con las ideas socialistas en sus programas.

Esto no merece nuestros elogios. Pero sí los merecen á las personas sensatas proyectos como el presentado sobre conversión de la deuda en Francia, cual están pidiendo, por lo contrario, censuras las comisiones, como la proteccionista nombrada por la Cámara en estos últimos tiempos. Convirtiendo el cuatro y medio por ciento en tres y medio, Francia descarga su presupuesto del gravamen de sesenta y cuatro millones anuales, y concluye casi con su déficit, mientras, nombrando la comisión de aduanas y aranceles, que ha nombrado, paraliza Francia el comercio internacional, tan indispensable al continente, como al cuerpo la sangre, como al campo la savia, y encarece los artículos de primera necesidad, tan indispensables al sustento de los jornaleros como el aire que respiran. Mala cosa una mayoría, por estos sofismas reaccionarios dominada en materias tan graves como las materias económicas. Y si á esta profesión de una falsa doctrina en sus ideales, juntamos la incertidumbre y la inexperiencia en sus procedimientos, habremos de confesar que no cumple y realiza la Cámara nueva el número de grandiosas esperanzas remitidas por todos á su carácter y á sus compromisos. Durante el debate mismo de la conversión se ha enredado en trampas puestas por los socialistas y estado á punto de acabar con el ministerio. Un hábil jefe de sectarios, Jau-

rez, presentó solapada y tímida proposición, pidiendo se consagrarse al alivio de los pequeños propietarios el ahorro destinado á enjugar el déficit. Oyó la mayoría tan engañoso reclamo y votó la proposición, aunque acababa el ministro de pedir su rechazo. Necesitóse que á la Cámara fuese Casimiro Perier, que la tribuna escalase, que hablara del propósito firme de retirarse antes que pasar por el voto definitivo de lo votado circunstancialmente, para que la Cámara se rehiciese y votase de prisa la conversión, feliz principio del arreglo de su Hacienda y de la conclusión de su déficit.

No van los asuntos económicos en Alemania tan perfectamente como van en Francia. Las Cámaras particulares de Prusia se han reunido, y el ministro de Hacienda en ellas dado noticias referentes á la situación económica muy poco satisfactorias; pues en setenta millones de marcos exceden los gastos sobre los ingresos; á seis mil millones sube la deuda, y ochocientos han aumentado los gastos públicos en diez años, de los cuales millones, cincuenta y seis tan sólo en el año que acaba de transcurrir. Si á esto se unen las dificultades políticas, debe decirse que no abundan los motivos de alegría. El viejo partido feudal se ha, en los tiempos últimos, rehecho, y sus huestes de una manera insólita contra los tratados de comercio han dirigido una campaña de combates y asaltos encarnadísimos. Con decir que hubiera sucumbido el canciller Caprivi, si los colectivistas del Parlamento no acuden en su auxilio, está patente con qué dificultades allí se tropieza y cuántos obstáculos en su camino encuentra el gobierno. Y mientras tanto, cada día el Emperador se mezcla más en todo y levanta el panimperialismo á religión política de su pueblo. Vedlo en tres ejemplos. Decretan jurados literarios competentes premio meditadoísimo á poeta de pren-

das extraordinarias, y el Emperador no lo sanciona, extendiendo sus dominios hasta el arte y la poesía, como si el arte y la poesía fueran Alsacia y Lorena. Existe un ilustre autor del más difícil entre todos los géneros históricos, de la Historia contemporánea, un autor dedicado á contar la formación del Imperio alemán moderno, Sybel, y como le haya dado en este colosal trabajo á Bismark la intervención tomada por su genio y atribuible á su mérito, hase incomodado el Emperador y no ha querido sancionar la recompensa, decretada por un tribunal competente, compuesto de maestros muy sabedores de un ramo del saber, cuya principal norma es la imparcialidad con todos, y especialmente con los poderosos, teniendo que dar á cada cual su merecido. En cambio, ha presidido en pleno teatro el aplauso á un poeta que alababa mucho los procederres violentísimos del gran Elector con los ciudadanos partidarios de su libertad local y ha subrayado todos los alardes varios de autoridad con su aprobación, y premiado la obra con una venera imperial á su autor. Un poder excesivo es el peor presente que puede ofrecerse á las criaturas en este mundo.

Tampoco está bien Austria. La sociedad llamada Osmania, da mucho que hacer á la justicia en Bohemia. Región muy eslava, ésta, se resiste á toda inteligencia con la raza germánica, numerosa en aquellos espacios de pueblos divididos, y también predominante, porque alemanes son á la postre los que allí mandan é imperan. Y la tendencia de eslavizar á Bohemia tuvo un tiempo á todas las clases, cuando se hallaban dirigidos los eslavos por verdaderos repúblicos de autoridad y de peso; pero así que pasaron á vínculo y bandera de una secta exaltada, perdieron su alto carácter y tomaron ese aspecto revolucionario que ahuyenta fuerzas, en vez de atraerlas y su-

marlas. Un homicidio perpetrado en la persona de cierto agente político; unas bombas puestas en lugares muy significados de alemanes; varias erupciones de inquietos elementos, trajeron activa pesquisición, la cual ha traído sucesivamente, por consecuencia, el proceso armado á esa sociedad, que podrá ser tan secreta, como quieran sus afiliados, pero que en público sólo sirve á la reacción germánica, como sirven á sus enemigos en política todos los exagerados y violentos. Mayor y más grave que la oposición encontrada por los factores de carácter germánico en Bohemia, es la oposición encontrada en Hungría por una ley tan indispensable como la referente al matrimonio civil. El mismo primado del clero magyar se ha puesto á la cabeza de agitación tan grande, y ha removido los espíritus con sermones dirigidos á tachar el progreso de incompatible con la Iglesia, cual si la Iglesia no lo hubiese aceptado en Francia totalmente, y con ciertas restricciones en España misma. Pero ya pasará todo esto. Lo que trae más cola, es el cometa de la mayor edad del casi niño rey de Serbia, que se halla en pugna con los partidos todos, y llama en propio auxilio á su padre. La Serbia puede arrojar el fósforo que avive las discordias entre Rusia y Austria. No está, pues, bien el Imperio.

Mala, pésima, horrible, la situación de Austria y Alemania; mas pueden volver los ojos y consolarse con sólo contemplar la situación de su aliada Italia. Suceden á las tristes perturbaciones de Sicilia, las tristísimas perturbaciones de Carrara. Y designo á estas con el superlativo de triste, no por la mayor gravedad en ellas, por la grande ignorancia en nosotros de sus causas. Todavía un jornalero palermitano puede quejarse de gravísimos dolores sociales, que parecen coetáneos de todos los tiempos y mezclados, como levadura inseparable, á la vida de su

región. Pero; qué motivo tienen jornaleros retribuidos con soldadas cuantiosas, y no declarados en huelga, para lanzarse á sublevación formidable por montañas inaccesibles y perturbar á su patria sin otro programa que las utopías comuneras y sin otro fin y objeto que la ruina universal? El continente no tiene iguales motivos de dolor y queja que tiene la isla, porque ni los latifundios, ni las exacciones, ni los consumos han tomado la gravedad presentada por todos estos elementos hoy en Sicilia. Pero, ¿qué le hemos de hacer? Una experiencia tristísima enseña, cómo no deben los gobiernos cometer el yerro gravísimo de aumentar las cargas generales allende las resistencias contributivas del pueblo y cómo no deben á su vez y por su parte los pueblos contraer la fiebre revolucionaria, porque sus males no se curan y alivian, sino que se aumentan y enconan á esta calamidad, pues, como yo he dicho muchas veces, más cara que una lista civil es una guerra civil.

No puede continuar una política que tiene los intereses internacionales en París y las alianzas diplomáticas con Berlín. Creerá fácil esta contradicción el arbitrario capricho de una corte; no puede pasar por ella el criterio colectivo de un pueblo. La política cortesana suele preparar y dar golpes de muchísima resonancia y fortuna; pero solamente la política fundada en intereses y en ideas nacionales será fecunda. Grandísimo agravio á Italia el protectorado de Túnez: no lo niego. Pero lo de Túnez fué la última perfidia del grande Maquiavelo de Alemania que se llama Bismark y la única falta del grande hombre de bien italiano que se llamó Cairoli. Los interesados en trastornar las cartas del juego europeo, consiguieron su propósito indisponiendo los dos factores capitales del progreso moderno, la Italia una y la República francesa, hasta el

extremo de inscribir ésta ¡oh dolor! al servicio de Rusia, y aquélla ¡oh dolor no menos intenso! al servicio de Alemania, es decir, de los dos Estados más reaccionarios que hay en nuestra Europa, cuando, entendidos los pueblos de Occidente, los pueblos libres, los pueblos parlamentarios, los pueblos en que impera el derecho constitucional moderno, los pueblos progresivos dispusieran por las fuerzas del ideal de toda la conciencia y de toda la opinión europea, llegando así por la persuasión á sus capitales reivindicaciones y sustituyendo esta paz armada tan asoladora con su pensamiento y con su verbo. ¡Sueños y ensueños! Pero los acaricia uno para consolarse con su magia y fantaseo de la triste realidad viva. Decía Metternich que Suiza perfumaba, como un grano de almizcle, todo nuestro continente. Y digo yo que me voy, cuando quiero respirar un poco de oxígeno, á sus ciudades, verdaderamente democráticas, puestas en las faldas de los Alpes eternos y aromadas por las esencias campestres que despiden las estrofas de Schiller y las melodías de Rossini al evocar las cumbres del monte con las aguas del lago, en que nació para ornato del planeta y honor del hombre la republicana Suiza. Y, sin embargo, como para mostrar que siguen el mal y el error en todas partes á nuestra misérrima especie, no puede no decirse que haya sido Suiza una Inmaculada Concepción entre las naciones, exenta de toda culpa. Varias de las rachas del error han pasado por sus aires y tenido en su espacio numerosos adeptos. Aquellos dogmatismos oficiales contra los católicos ortodoxos imitando la política religiosa de Bismark, y aquellos excesivos gastos de guerra produciendo un grave malestar en su tesoro, enseñan que no está el alma helvética tan preservada del error como suele su aire montañoso y puro preservarse de la epidemia. El huracán so-

cialista por allí ha pasado. Primeramente, su libertad la condena sin remedio á ofrecer al error asilo para sus innumerables congresos. En segundo lugar, sus instituciones democráticas la llevan al ejercicio, no delegado, constante y efectivo, de la soberanía por el derecho de sanción dejado en el *referendum* á las muchedumbres, que se acaba de completar con el derecho de iniciativa, también á ellos reconocido en las últimas innovaciones. ¿Cómo se ha ejercido en su primer año de vida y ejercicio este derecho tan reciente y, por su novedad, tan digno de nuestro estudio? Pues de todo hay en sus comienzos. Los liberales ginebrinos con razón se duelen de que allí, donde la libertad moderna bebió el aliento con que luego contrastara la intolerancia religiosa de los Estuardos y de los Austrias, así como infundiera un espíritu nuevo en Suiza y Holanda y Escocia y los Estados Unidos, el primer asomo de la iniciativa popular se haya mostrado en una obra de intolerancia con los judíos, eco del antisemitismo alemán, que tanto estraga los ánimos, y con tan dañoso impulso atrás nos torna en libertad y en tolerancia. También, según veo en el periódico más autorizado y más leído de toda la Confederación, en el *Diario de Ginebra*, los comuneros no han querido ser menos que los antisemitas, y han sumado las firmas necesarias, cincuenta mil, para promover declaraciones peligrosas ó dar leyes baldías acerca de tópico tan engañoso como el derecho al trabajo. Mas, como no haya posibilidad alguna de dar satisfacción á tal derecho, sino acaparando el capital y la propiedad de todos el Estado helvecio, según pasa en los ayuntamientos colectivistas rusos, ya trascurrirá tiempo antes que Suiza y su pueblo cambien por el cesarismo germánico, copia triste del antiguo latino, su libertad secular y sus derechos individuales. Más numerosos partidarios tiene, y menos

aire de utopía presenta el proyecto relativo al pago de la medical asistencia de todos los ciudadanos en sus enfermedades por el Gobierno, quien para encontrar los recursos necesarios á tamaño servicio, tendrá que monopolizar y estancar el tabaco. No acabaríamos nunca si hubiéramos de repetir los comités que se han formado y las reuniones que se han tenido para ejercer este derecho de iniciativa y validarlo en las costumbres. Lo que notamos en todos ellos, debemos decirlo con franqueza, es un tinte socialista, despertador del ciego afán por las reglamentaciones, en cuyas mallas habrán á la continua de enredarse los principios é ideales del derecho moderno. Yo desafío al más pintado y competente de los reformadores socialistas á que me compagine sus gremios de nuevo cuño y sus seguros necesitados de mil intervenciones administrativas, con el principio de los principios liberales en que nuestra legislación se anima, con la libertad del trabajo y con la igualdad de condiciones para ejercer cada cual, según su vocación y aptitudes, un oficio por su propio albedrío. Triste cosa que la libertad no sirva para disipar la niebla socialista, cuyos paños cubren el horizonte, ni para enseñar á las democracias dónde se hallan sus verdaderos intereses. Pero confiemos en el recto sentido de las poblaciones helvecias, y hagamos constar cómo el voto deliberado, consciente, reflexivo, de la Confederación toda en estos últimos tiempos, acaba de disminuir en las Cámaras nacionales su antigua numerosa representación, dando nuevos alientos á los partidos conservadores, llamados á gobernar allí donde se ha cristalizado en grandes instituciones el espíritu moderno, y se han establecido todos aquellos derechos á nuestra Humanidad por la Naturaleza concedidos, y cuyo ejercicio así honra como engrandece á los pueblos.

No me parece muy tentador el ejemplo de grande Imperio, que Germania nos presenta, para persuadir los pueblos al cambio de sus instituciones parlamentarias y constitucionales por las instituciones despóticas ó cesáreas. Vuelvo sobre los asuntos germánicos, después de haber hablado ya, por su excesiva importancia. Un Estado, constreñido por su posición al aumento diario de las fuerzas materiales, no debe causar mucha envidia en aquellos otros Estados mantenidos por su modesta libertad. Un Reichstag ó Parlamento, en el cual no han podido formarse aún grandes factores, obligado el gobierno unas veces á transacciones con los principios comuneros para vencer á los católicos, y otras veces á transacciones con los principios ultramontanos para vencer á los comuneros; hasta el punto de que complazca servilmente al grupo socialista cuando quiere aprobar el tratado de Rumanía ó España, y complazca servilmente al centro católico, hasta oírle alabar á los jesuitas en silencio y con paciencia, cuando quiere aumentar la onerosa tributación de sangre, sin alcanzar nunca el emperador sobrenatural y legendario, con sus cancilleres de hierro, no obstante sus lucidas armaduras y sus lohengrinescos cascos, el influjo alcanzado por Gladstone y su verbo y su idea sobre los Parlamentos de Inglaterra; un Reichstag así no puede presentarse ante nadie cual un alabado modelo. ¡Oh! Es para desesperar al más paciente y hacerle renegar de poderes con tanta estatura y tan poco espíritu, grandiosos de proporciones y pequeños de autoridad, muy brillantes por fuera y por dentro muy huecos: la estatua colosal del bíblico Nabucodonosor. Con decir que, no ya está imposibilitado Guillermo II de mantener la unidad interior entre los pueblos del Norte y los pueblos del Mediodía en Alemania; no ya está imposibilitado de formar un partido en el Parlamento,

que sea de gobierno y de fuerza; sino que está imposibilitado también de mantener la indispensable armonía dentro del ministerio, está dicho todo. Así ha necesitado armarse de su autoridad é intervenir en las discordias ministeriales con toda su fuerza, para que no se haya desgranado el ministerio y no se hayan ido los ministros capitales, Miguel y Caprivi, las dos columnas del Imperio, cada uno por su lado en abierto rompimiento.

El ministro de Hacienda y el canciller de Alemania, están discordes sobre materia tan grave como las relaciones que hade mantener con los agricultores el gobierno, atento el uno al ingreso mayor posible, y el otro atento á los tratados europeos. Y como quiera que los rurales renieguen de estos tratados, y el ministro de Hacienda no los haya contradicho, está patente que falta la cohesión de todo el gobierno para la observancia y cumplimiento de sus deberes y de su política. En el trascurso, pues, de los debates acerca del arancel y de las relaciones mercantiles internacionales, ha estado Caprivi en vías de mandarlo todo á paseo y presentar al emperador su dimisión irrevocable. No asombran tales disidencias á quien recuerde cómo bajo sus apariencias de poderío y majestad, el imperio representado por Guillermo II cuenta sus días por sus fracasos: fracaso del Congreso aquel socialista reunido en Berlín y fecundo tan sólo en falsas ilusiones; fracaso de la ley sobre Instrucción pública, la cual fué retirada poco después de concebida y puesta en ordenadísimo proyecto; fracaso de la triple alianza, cada día más maltrecha por las desgracias de Italia y por las inteligencias entre Rusia y Francia; fracaso de un último plan de Hacienda, en el cual, el sabio ministro, después de haber logrado ventajosos rendimientos con su ley sobre las utilidades, retrocede, como cualquier gobierno de tres al cuarto, ante las ope-

siciones, y abandona impuestos con tanta ciencia ideados y con tan grande autoridad exigidos como el impuesto sobre los vinos y sobre los tabacos. Así continúa el imperio alemán pesando como un enigma sobre nuestra Europa, y el Emperador, presentándonos la forma de un Proteo, que no puede uno esclarecer y fijar. Socialista Guillermo II, como cualquiera de los soñadores que han dado recetas para curar los males congénitos á nuestra naturaleza, y César, como cualquiera de aquellos medioevales que iban en pos del óleo santo á Roma y recibían de Roma los oriflamas de las cruzadas; viajero incansable, que así admira las gigantescas glaciales moles del Polo en los escandinavos mares, como los mármoles penthólicos dorados por el sol de la magna Grecia en los virgilianos verjeles del Paúsilipo y en las parthenópeas riberas encendidas por la púrpura de los volcanes y esmaltadas por los reverbeos de las grutas azules; general de marina y general de tierra, que, si bien únicamente ha dirigido alardes de numerosos ejércitos y escuadras, lleva colgadas sobre su áureo peto imperial con la trompa del combate la bocina del zafarrancho, al mismo tiempo que da la señal de los salmos en las tripulaciones, y pronuncia sobre las naves discursos evangélicos en guisa de puritano y de cuákero; tan pronto á las arengas tribunicias que llevan en sí aspiraciones comuneras, como á los sermones católicos; que hablan á los caballeros de las órdenes teutónicas, cual pudiera un margrave de Brandeburgo antes del grito con que despertó Lutero la revolución religiosa; desacatador del pontífice hasta injuriarle con la brusca interrupción del coloquio suyo con León XIII, por un impertinente como Herberto Bismark, ó suscitador de las ilusiones ultramontanas al punto de infundirles una esperanza como la ilusoria de ser pronto reinstalados los jesuitas en Ale-

mania; tan dispuesto á entrar en una cacería como en una regata, y á presidir la claqué de una comedia política, como á negar el premio literario de Schiller, decretado por un tribunal competente literario; con tales brusquedades y contradicciones representa el principio guerrero en Europa, como en el mazdeísmo antiguo lo representaba el dios Arsinhan, y puede precipitarnos, cuando le venga en mientes y en gusto, por un impulso cualquiera de su voluntad, en mares de sangre, donde se anegue la civilización europea. Dios lo tengo de su mano. Dios haga que comprenda cómo una guerra nos heriría por igual á todos; y puesto que, junto á voluntariedades tiránicas y á guerreros alardes y á grandes afectos reaccionarios suma principios evangélicos de primer orden, ostentando una educación religiosa del alma, recuerde cómo el Evangelio vino á predicar la paz y á dominar el mundo por los afectos de caridad, y procure dentro de sus medios llevarlo al cumplimiento de una idealidad sublime en que, sobre todo, resplandece la fraternidad universal.

EMILIO CASTELAR.

## IMPRESIONES LITERARIAS

---

**E**l acontecimiento más importante, en el orden literario, ha sido en el último mes, la solemnidad celebrada en honor del insigne poeta D. Gaspar Núñez de Arce. Sería incurrir en monótona repetición recordar los plácemes, los discursos, las poesías, los homenajes tributados al autor de *El Idilio*. Baste con decir que cuantos literatos hay en España han escrito alguna frase encomiástica en el álbum ofrecido al poeta, y cuantas personas de alguna nombradía existen en la corte han desfilado por la casa del inspirado cantor de *La Duda*.

Justo, justísimo ha sido este acto realizado por el pueblo de Madrid, y secundado por el de provincias y por respetables corporaciones extranjeras. Núñez de Arce, en sus versos ha acertado á expresar, el estado de vacilación de las conciencias, no doblándose ante la fatalidad de los hechos, sino oponiendo á la invasión creciente del egoísmo escéptico, la virilidad de un alma fuerte y de una conciencia inquebrantable. En sus composiciones del año 73, bautizadas con el expresivo título de *Gritos del combate*, como en sus últimos poemas, el autor del *Luzbel* permanece en el mismo puesto y defendido siempre por sus nobles ideas como guerrero antiguo por su doble armadura. No hay en sus cantos desfalleci-

mientos ni femeniles debilidades. Si alguna vez su acento toma el tono elegíaco, si su ánimo se indigna ante el espectáculo que ante sus ojos se ofrece, bien pronto recobra su severa serenidad *como el gladiador su escudo* y señala proféticamente, al través de las sombras del porvenir, el término de la oscura noche y el fin de la presente angustia.

Condición muy de tener en cuenta en cualquier obra artística y muy particularmente en las poéticas, es el efecto que producen en el lector. Obras hay perfectas en la forma, profundas en el fondo (los de Baudelaire, por ejemplo), que dejan en el espíritu de quien las lee, ideas tenebrosas y sentimientos dolorosos y amargos, flores hermosas cuyo perfume envenena y mata. Después de leídas nos sentimos propensos al mal, en situación parecida á la del doctor Fausto al oír los consejos de su pérfido amigo. Por el contrario, las composiciones de Núñez de Arce nos ennoblecen: salimos de su lectura más fuertes, más vigorosos, más dispuestos á luchar, y, por lo tanto, con probabilidades de vencer. No debemos al poeta solamente ratos de agradable solaz, le debemos además lágrimas que refrescan el alma, impulsos que nos guían al bien, estímulos que nos elevan sobre las mezquindades y miserias de aquí abajo.

Siendo esto así, ¿qué mucho que cuantos conocen los versos inmortales de Núñez de Arce le hayan rendido homenaje de admiración y de agradecimiento? Agradecimiento, sí, que es la verdadera poesía algo como religión, y el poeta sacerdote que nos guía hasta Dios por el camino de la belleza.

\*  
\* \*

Entre las novelas últimamente publicadas, ocupa lugar preferente la de Galdós, titulada *Torquemada en la cruz*,

de la cual se habla por separado en otro lugar de esta *Revista*. Aquí sólo diré que el último libro del autor de *Gloria* es digno de figurar en la serie de obras maestras á que Galdós llama *Novelas españolas contemporáneas*.

\*  
\* \*

En cambio, aunque muy sumariamente, algo he de decir de su última obra dramática, estrenada cuando ya estaba en prensa el presente número.

Grande como pocos, ha sido el triunfo alcanzado por Galdós la noche del estreno de su comedia, titulada *La de San Quintín*, y muy justo fué el entusiasmo del público. Galdós es una de las glorias más legítimas de la España contemporánea; sus libros han reflejado el ideal estético de una generación, ha creado multitud de caracteres que viven y vivirán la vida del arte, y ha conservado nuestros timbres literarios y dádoles nuevo lustre. Para tantos méritos, pequeña es la recompensa de aplausos y aclamaciones con que le ensalzaban la otra noche los espectadores de la Comedia y las entusiastas frases que la prensa le ha dedicado.

El gran público sentía necesidad de tributar un homenaje de admiración al insigne escritor, y aprovechó el estreno de su obra. Los éxitos que el novelista consigue son siempre poco brillantes; sus lectores, por numerosos que sean, no se comunican mutuamente el calor de la impresión recibida, y el aplauso, como no es simultáneo, no es ruidoso. En cambio, sobre la multitud que llena la sala del teatro reina no sé qué especie de fluido que junta en uno todos los sentimientos individuales, como reúne en una sola voz todas las particulares voces. El público

del teatro no es un agregado de individuos, es una entidad que tiene un solo corazón y un solo cerebro, y los elementos que constituían la noche del sábado esa entidad estaban predispuestos todos, con sobrado motivo, en favor de Galdós. A decir verdad, el entusiasmo del público no fué sólo resultado del mérito positivo de la comedia; fué más bien producto de una larga condensación. No se aplaudía solamente al autor de *La de San Quintín*, se aplaudía, además y principalmente, al escritor ilustre que ha creado á *Gloria* y á *Doña Perfecta*, y que ha aumentado nuestro tesoro literario con esas hermosas joyas que se llaman *Episodios nacionales* y *Novelas contemporáneas*.

Digo esto, porque, según mi leal entender, la última comedia de Galdós no es de aquellas que, como *El Trovador*, *Los Amantes de Teruel*, *El Tanto por ciento*, pueden en una sola noche hacer célebre á un dramaturgo. Tiene, es cierto, escenas admirables, como la última del primer acto y el principio y final del segundo, rasgos hermosos, frases felices; pero tanto en la contextura general del drama, como en el desarrollo de los caracteres, como en la lógica de los acontecimientos, falta esa perfección que da perpetuidad á la obra artística y que es el sello de las grandes producciones.

No es mi ánimo hacer aquí un análisis detenido de *La de San Quintín*. Quizá la crítica seria y razonada encuentre motivos para censurar la lentitud de la exposición, lo injustificado de la entrega que Rosario hace de las cartas reveladoras del engaño en que había vivido D. César, lo falso de los sentimientos de Víctor, que en el momento de saber la triste verdad de su origen no tiene ni una sola frase en defensa de su madre, lo innecesario del tercer acto y algún otro defecto que no sería imposible señalar sin gran esfuerzo, en lo que se refiere á la parte téc-

nica. Por mi parte, renuncio con gusto á hacer este enojoso análisis, reconociendo que, á pesar de todas estas incorrecciones de forma, hay en la comedia tanta fuerza dramática, tanta cantidad de talento, tanta verdad y tantas bellezas, que, al contemplarlas, todo lo demás se borra. Pasa con *La de San Quintín* lo que con el sol; lo vivo de su luz impide que se puedan ver sus manchas.

Una de las cosas que más nos atraen en esta última obra de Galdós es la *oportunidad* de su argumento. Como Lemaitre, poco ha en París, nuestro novelista ha llevado al teatro, bajo forma simbólica, la gran cuestión que en los presentes momentos preocupa á todos los espíritus, la cuestión social. Ni en la comedia se plantea el problema en sus verdaderos términos, ni menos se indica una solución; pero basta la presencia de él y las ideas accesorias que con aquella idea principal se relacionan, para que el público siga con verdadera ansiedad todos los episodios de la obra, procurando adivinar, bajo los personajes y formas dramáticas, el sentido oculto que en ellos ha querido encerrar el autor. El simbolo que Galdós se propone presentar está perfectamente explicado en el apólogo de «la masa»: «Hay que mezclar las clases sociales, batirlas bien, hacer de ellas un revoltijo, á fin de que salgan de la sociedad así zarandeada, nuevas formas.» Como se ve, este es el mismo pensamiento que sirve de base á *La Loca de la casa* y á *Torquemada en la cruz*. Victoria casándose con Pepet, Fidela con Torquemada, y Rosario, la duquesa de San Quintín con Víctor, no hacen otra cosa, en sentir del autor, que resolver el conflicto que existe entre las clases sociales, *crear un nuevo mundo*, como dice á guisa de epifonema el patriarca de la comedia.

Creo, como antes decía, que Galdós no está en lo

cierto, ni en la manera de plantear el problema, ni menos en el modo de resolverlo. Procuraré demostrarlo. En primer lugar, el conflicto del día no estriba en el antagonismo de clases; en rigor, las diferencias de sangre no existen actualmente; la Revolución francesa echó por tierra las barreras que separaban á los hombres en castas semejantes á las de la India. Las duquesas de nuestro tiempo no tienen inconveniente en entregar su blanca mano á cualquier nieto de un zapatero remendón con tal de que tenga dinero; los condes se casan con las hijas de las tenderas ricas, y las marquesas con los descendientes acaudalados de los que portearon fardos en los muelles. Todo esto podría testificarse ampliamente citando nombres propios. Si Galdós se propone en *La de San Quintín*, abogar por la fusión de clases, predica á convencidos. Ese amasijo de las yemas aristocráticas con la harina del pueblo es ya un hecho consumado. El problema estaba resuelto mucho antes de que el insigne novelista escribiese su comedia. Rosario arruinada, casándose con un joven perfectamente educado, aunque pobre, no es ni puede ser símbolo de la unión, ó más bien fusión de los dos términos antitéticos del problema moderno.

El conflicto de nuestros días, la cuestión social, no la constituyen la aristocracia y la plebe; la forman los ricos y los pobres, los poderosos y los desheredados, el oro y el cobre, que no se ligan ni amalgaman en la química social. La unión de estos dos inconciliables elementos está simbolizada con más verdad en *Torquemada en la cruz*, que en *La de San Quintín*. Allí la miseria aristocrática se abraza al trabajo plebeyo como náufrago á tabla de salvación; pero en la comedia, la unión de Víctor y Rosario, pobres ambos, ambos igualmente educados, no representa

ni puede representar otra cosa que el olvido, muy razonable por cierto, de una sombra de convencionalismo, la dignidad del título heredado.

Si Rosario dejase su posición para unir su suerte con un obrero de verdad, con un trabajador de manos callosas y rostro tiznado, hijo del pueblo, con la ruda educación del obrero, y ella, la heredera de magnates, de príncipes y de reyes, enlazase con sus brazos aristocráticos al desheredado, no sólo de sus padres sino de la sociedad, y fuese á compartir con el hombre rudo el pan negro del trabajador asalariado, en la caseta construida en la boca de la mina ó al lado de las ruedas de los talleres, entonces sí qué podría hablarse de nuevos mundos y de revoltijos en la masa social. Entonces el símbolo sería perfecto, como lo es en el *Ruy Blas* de Víctor Hugo el beso que la reina da al lacayo moribundo.

Pero aun siendo falso el simbolismo de la obra de Galdós y estribando tan sólo en las palabras y no en los hechos, es lo cierto que en *La de San Quintín* hay tales adivinaciones, momentos tan felices, que el objeto principal de la obra, que consiste en agradar, hacer sentir y hacer pensar, queda con creces realizado. De mí sé decir que la noche del estreno de la comedia de Galdós, ha sido una de las que más me han hecho gozar en el teatro.

\*  
\* \*

Libro que merece, á mi entender, particular mención, es *La Gran nodriza*, interesante novela escrita por D. José M. Matheu, autor de quien ya me he ocupado en este mismo lugar á propósito de otra obra suya titulada *El Santo patrono*. De la manera cómo entiende el Sr. Matheu

el arte de novelar, dan exacta idea las siguientes frases del prólogo: «La verdad y la patria antes que todo. Si comiste alguna vez en una fonda francesa, habrás reparado en lo bien compuesto que te presentan cualquier plato de fruta. Pero quita las hojas verdes, aparta los perifollos y recortaduras de papel, prueba esa fruta recordando al mismo tiempo el sabor de nuestros moscateles y brevas, de lo más exquisito que producen nuestras huertas, y dime en conciencia si no te pareció poco sabrosa, por no decir insípida. Para las carnes y la volatería, tienen otro procedimiento, que consiste en colgarlas al aire libre y dejar que se pasen un poco, porque de este modo adquieren mayor sabor y mejor gusto según su cocina. Luego las cargan de especias, picantes y demonios en salsa, y resulta sabrosísimo, según su paladar, que debe ser de hierro colado. Ambos procedimientos, aplicados por la mayoría de los autores á los manjares literarios, te explicarán el saborete particular de muchas *memorias anecdóticas*, cuentos y novelas que únicamente pueden paladear los propios galos y todas nuestras cabezas destornilladas, á hurtadillas, por supuesto, de sus padres ó de sus profesores. Por el exceso y abundancia de su pimienta, una persona de buen gusto literario los encuentra desagradables; una de sano criterio, insufribles.»

Ciertamente, el lector que busque en *La Gran Nodriza* peripecias extraordinarias, conflictos embrollados, escenas palpitantes y todo lo demás que el Sr. Matheu llama gráficamente *especias, picantes y demonios en salsa*, bien puede no cortar siquiera las hojas de la novela que sirve de asunto á estos renglones. Siguiendo la metáfora culinaria empleada por el autor, puede decirse que *La Gran Nodriza* es un manjar sabroso, sano, bien condimentado y que puede servirse en cualquiera mesa, aunque ante ella

tome asiento la más delicada y ruborosa doncella. No se crea por esto que carece de interés. Todo al contrario. De mí sé decir que la he leído de un tirón, experimentando verdadero deleite al ver cómo sin brochazos, ni pornografías, y solamente con la narración de una historia vulgar, lograba el Sr. Matheu fijar mi atención, haciéndome devorar páginas y páginas, y despertando mis simpatías y antipatías hacia los personajes diversos del libro.

Este interés verdadero que se desprende de *La Gran Nodriz*a y sujeta al lector, nace, en primer término, de la verdad de los caracteres. Palmira, su novio Rogelio, el paralítico, Cortázar, y sobre todo doña Beatriz, son figuras perfectamente imaginadas, vivas, arrancadas, como suele decirse, de la realidad. Hablan, piensan y sienten por cuenta propia, cada cual según su condición y genio, sin que nunca intervenga la varita mágica del novelista á resolver por modo milagroso el sencillo nudo de la acción.

A bien poca cosa se reduce ésta. Palmira, joven soñadora, hija de un antiguo tendero paralítico, se enamora de un vividor de mala especie que con sus reprobados actos, logra imponerse poco á poco y dominar como señor absoluto á la familia de su novia. Enferma esta última, y el médico, alma noble y de sanos principios, logra desenmascarar al aprovechado amante, devuelve la salud á Palmira y alcanza por último el amor de la joven ya restablecida, merced al influjo de la madre naturaleza. Este es, en esqueleto, por decirlo así, el sencillo argumento de la novela del Sr. Matheu. No hay en el libro ni estudios patológicos, ni análisis fatigosos de complicados neurosisismos, ni escenas repugnantes, ni nada que sonroje ni avergüence; es una novela naturalista sin las fealdades del naturalismo; el autor sabe escoger entre lo verdadero lo que es

expresivo, sin tocar jamás en lo indecoroso. Gran mérito es éste en una época en que no faltan espíritus fuertes que afirmen, y lo que es peor, practiquen la teoría de que solamente «es artístico lo inmoral».

Otra cualidad advierto en la obra del Sr. Matheu, que también es para mí sumamente simpática. Los tipos de su novela son españoles, españoles los procedimientos y castizos los sentimientos que de todo el libro se desprenden. Nada hay en *La Gran Nodriz*a que recuerde á Flaubert, ni á Goncourt, ni á Daudet, ni á Zola. El señor Matheu piensa y habla en español, y con razón puede decir en el prólogo de su libro: «La verdad y la patria antes que todo.»

Quizá pueda señalarse como defecto de su novela, un poco de lentitud en el modo de conducir la acción; acaso pudiera suprimirse, sin atentar á la integridad del relato, buen número de páginas; quizá también resulte algo recargada la figura de Rogelio y poco explicable su dictadura indiscutible en casa de Palmira; pero aun siendo éstos defectos de la obra, no son de aquéllos que destruyen el mérito positivo de una novela.

Por mi parte, de todas veras envío un sincero aplauso al Sr. Matheu, á quien no conozco ni de vista (no huelga esta declaración en tiempos en que la censura ó el elogio son resultados de la amistad ó enemistad del que critica), y en quien reconozco uno de los más acertados cultivadores de la novela contemporánea española.

\* \* \*

En *Chavala*, novela escrita por el Sr. López Valdemoro, conde de las Navas, me encanta toda la parte que

se desarrolla en la sierra de Córdoba. A cantueso, tomillo y mejorana trasciende aquel idilio que se desarrolla entre los breñales de los Angeles, junto al arroyo del Silencio y en las márgenes del Benibézar. Los amores de Rocío y José, las escenas campestres ó más bien montaraces de la primera parte del libro y luego la venganza del *Trampa-alante* y la muerte de Antonio, tienen todo el vigor y el color enérgico, y no sé si decir salvaje, propios del fondo selvático en que se desarrolla la acción y de la rudeza no suavizada por la vida un tanto afeminada de las ciudades, rudeza que es propia de los personajes que en la novela intervienen.

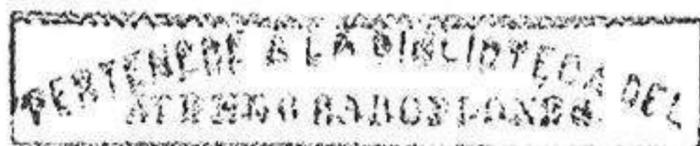
Por desgracia, después de la muerte de Antonio, la acción cambia de rumbo; Chavala pierde el encanto de que el autor había sabido rodearla para convertirse primero en doncella de la casa de Don Gabriel, después en obstinada pretendiente que rueda por las oficinas de los ministerios y audiencias, y, por último, en bailarina del Real, en cuyas tablas, haciendo piruetas y batimanes, vuelve locos á los espectadores, todo ello para conseguir influencias y relaciones, á fin de que condenen á muerte y den garrote vil al matador de su hermano, el bribón de *Trampa-alante*.

Este rencor de la joven, este ansia de venganza, serán todo lo reales que se quiera, hasta podrán ser rigurosamente verdaderos, pero son poco artísticos. Chavala se hace antipática al lector desde que la ve ofrecer hasta su honra, á fin de conseguir que ajusticien á *Trampa-alante*. El asesinato mismo sería menos odioso que ese rencor en frío que no termina sino con la muerte en público patíbulo del ser odiado.

Tampoco me parece muy ajustado á lo verdadero el malísimo concepto que el autor tiene de cuantas personas

ejercen algún cargo público, de ministro para abajo y de alguacil para arriba. Bien sé yo, y estoy por decir que lo sabemos todos, que en ministerios, oficinas y tribunales se comete más de una injusticia y desafuero, pero casi me atrevo á asegurar que tales picardías no llegan nunca á la maldad que es preciso suponer para que una porción de personas de posición elevada se pongan de acuerdo, y envíen al cadalso á un delincuente cuyo crimen ha sido castigado por dos tribunales con diez años de presidio. Quizá me equivoque; pero creo sinceramente que con influencias y con las otras artes que trata de poner en juego la Chavala, puede conseguirse rebajar la pena que merece un reo; pero creo también que ni con todos los encantos de Venus Citerea, ni con todas las piruetas de la más afamada y ágil bailarina, se consigue ver realizada la monstruosidad pretendida por la vengativa Chavala.

Con todos estos lunares, la novela escrita por el señor conde de las Navas se lee con verdadero deleite, tanto por lo vivo y pintoresco de su estilo, cuanto por lo bien trazado de algunos cuadros, tales como el idilio de los Angeles, la tragedia del puentecillo de la Arpechinera, la cacería de Jaralera y los bastidores del teatro Real. Todas estas descripciones están vividas, como ahora se dice, y revelan en el autor de *Chavala* envidiable imaginación, observación cuidadosa y gran fuerza poética, cualidad esta última que suele brillar por su ausencia en la mayor parte de las novelas al uso.



\* \*

Pocos libros tan curiosos como el titulado *Interpretación del Quijote*, escrito por un autor que se oculta bajo

el significativo pseudónimo de *Polinous*. Mucho se han despuntado clarísimos ingenios rebuscando en el *Ingenioso hidalgo* el oculto sentido que, según cavilosos escritores, quiso encerrar Cervantes en su obra inmortal; pero entre todos estos investigadores, ninguno ha llevado más allá que Polinous el afán por desentrañar la verdad del *Quijote*. No fueron más sutiles los Santos Padres en la exégesis de la Biblia, ni calaron tan hondo en los libros sagrados Fray Luis de León ni el P. Scío, que el nuevo intérprete de Cervantes en la historia del caballero de la Triste figura.

No hay para convencerse de lo dicho, sino abrir el libro por su primera página, y allí se verá de qué asombrosa manera explica el agudo Polinous la etimología de la palabra Quijote. Como muestra del tono general de la obra y de la sutileza de su autor, copiaré la curiosísima explicación de la susodicha etimología: «Imaginemos que un padre cariñoso desfigura á su hijo hermosísimo, para sustraerle á la crueldad de sus contrarios, que le rapa el ondulante cabello, descompone el delicado rostro, arquea las piernas, antes erguidas, y cubre con un traje de payaso la blancura de la piel y la elegancia de la forma... ¡Qué hijote!, exclamará entre dolorido y satisfecho al verle en salvo á tanta costa. Así debió de exclamar Cervantes, el siempre jovialísimo autor, cuando contempló al hijo de su maravillosa fantasía trocado en caricatura, pero libre de la muerte.»

Por este retazo puede colegirse lo que será toda la tela. Cervantes coloca la acción en la *Mancha*, porque, en efecto, todos venimos al mundo con la *mancha* de la ignorancia, que sólo se borra con la ilustración, y no con el bautismo; los duelos y quebrantos de que se mantenía el andante caballero, son las privaciones á que condena el mundo á los hombres de genio; el ama y la sobrina, son

los símbolos vivos de aquellos tiempos en que dominaban los curas. Cuando Cervantes dice que Don Quijote *era amigo de la caza*, quiere dar á entender que indaga y razona, y al añadir que es gran madrugador, «está indicando que el genio busca el día y aun se anticipa al alba, á los tiempos». No hay una razón, ni una aventura, ni un nombre del *Quijote* que no respondan á la secreta idea que, al decir de Polinous, tenía Cervantes de escribir una invectiva contra los libros sagrados y sus derivaciones, defendiendo al mismo tiempo la libertad, la igualdad y la fraternidad, ni más ni menos que cualquier diputado de la Convención.

Es verdaderamente entretenido, aunque un poco mareante, seguir á Polinous en su trabajo de desentrañar, palabra por palabra, el sentido del *Quijote*. El ventero que arma caballero á Don Quijote, no es más que la representación del editor, por esto es padrino y amo de la *venta*; el libro en que el posadero asentaba la paja y cebada que daba á los arrieros, es la imagen de las oraciones inconscientes (paja y cebada) con que se nutría el entorpecido entendimiento del público; la Tolosa, una de las mozas del mesón, que ciñe la espada al hidalgo manchego, es la *literatura religiosa*, ó, más bien, la *Historia Sagrada*; y al llamarla hija de un remendón de Toledo, se alude al primado de España; la otra moza, llamada la Molinera, representa la literatura profana, «que cuando no tiene ideales muele á más moler por sacar harina, escribiendo á salga lo que saliere». El vizcaíno es el representante de la tradición y el defensor de los privilegios señoriales y frailunos, y la herida que con su espada causa á Don Quijote llevándole la mitad de la oreja, significa que Cervantes no podía resistir el habla desquiciada y las disparatadas razones de los paladines del error. Los cabreros á

quienes Don Quijote endereza el discurso sobre la edad de oro, «son las cinco razas: la mongólica, la semítica, la negra, la cobriza y la malaya, y están á la redonda de los pieles ó en la ancha faz de la tierra, oyendo á la raza aria que encarna en Don Quijote».

Sería el cuento de nunca acabar seguir refiriendo las ingeniosísimas explicaciones con que Polinous va interpretando las palabras de Cervantes. Lea, quien tenga la razón firme, las 527 páginas de que se compone la primera parte, única publicada hasta ahora, de la *Interpretación del Quijote*, y de seguro encontrará mucho de que maravillarse. Por mi parte declaro que si Cervantes tuvo los recónditos propósitos que le atribuye Polinous y escribió tan confuso jeroglífico, no intentó, como todo el mundo ha creído hasta ahora, dar al traste con los libros de caballerías, sino volver rematadamente locos á los lectores.

Justo es decir también que el autor de la *Interpretación* escribe el castellano con verdadera maestría.



Un drama en verso titulado *El Rayo de luna* y una tragedia en prosa que lleva por nombre *Galerio*, componen un tomo publicado ha poco por D. Abdón de Paz. En el drama, según declaración expresa del autor, se trata de resolver el problema del adulterio de un modo cristiano. Sin embargo, el famoso nudo gordiano se rompe por un tiro que casualmente mata á la adúltera y por el suicidio del adúltero. La solución cristiana del problema no se ve.

La tragedia *Galerio*, como elegantemente la llama su autor *melpoménica flor de sueños innovadores*, pinta los

---

revueltos tiempos de la Tetrarquía romana y las terribles persecuciones de los cristianos. La tragedia termina con la muerte de Galerio y con el suicidio de Diocleciano. En ambas composiciones hay algunas escenas interesantes bien imaginadas; pero á decir verdad, no creo que ninguno de los dos dramas tenga grandes condiciones escénicas. De todos modos, el público del teatro, á cuyo juicio se propone someterlos el autor, dictará su inapelable fallo.

FRANCISCO F. VILLEGAS.

## REVISTA CRÍTICA

---

**P**or error tipográfico, debido á mi ausencia (1), se anunció en el número anterior de esta *Revista* que yo me proponía hacer en sus columnas la crítica de todas las publicaciones que fueran apareciendo. Nunca ha sido mi intención otra que la de hablar meramente de los trabajos de erudición española, y de los que sobre asuntos de literatura ó historia de España salgan á luz en el extranjero. Este campo es más vasto de lo que parece, y puede agotar por sí solo las fuerzas de cualquier trabajador, sin necesidad de hacer híbrida mezcla de lo antiguo y lo moderno. Cada cual debe seguir su propia vocación, si quiere hacer algo de provecho; y á mí todas mis aficiones y estudios y hasta el oficio que desempeño me alejan de la literatura militante, no porque caiga yo en la ridícula pedantería de desdeñarla, ni porque como lector deje de interesarme en ella, ni menos por recelo de suscitar enemistades ó malquerencias, pues soy de los que opinan que todo puede decirse culta y cortésmente y sin ofender á nadie; sino porque conociendo, amando y sintiendo yo (aun dentro de mi pequeñez) mucho mejor la historia que la vida actual, parece que debo seguir esta natural tendencia de mi espíritu y perseverar en la dirección que desde el principio tomé,

---

(1) No fué ésta la única errata que por la misma causa se deslizó en nuestro estudio sobre *Quadrado y sus obras*. Pág. 82, lin. 17, dice *perjuro*, léase *por juro*. Pág. 86, lin. 9, sobra una coma entre *espiritualista y cristiano*.

abandonando esas otras vías más amenas y floridas á los críticos, no muchos, pero sí brillantes é ingeniosísimos algunos, que España posee actualmente. Así resultará mejor dividido el trabajo y podrá ser más útil. Así lo practican y han practicado siempre críticos ilustres de todos tiempos y naciones, sin excluir á los mismos franceses, contemporáneos nuestros, á quienes tan ciegamente se sigue y adora en España. ¿Quién vió nunca estudio de Taine ó de Renán sobre la última novela de M. Daudet ó la última comedia de M. Sardou? Hablar hoy de un sermón, y mañana de una zarzuela, y al otro día de un libro de filología oriental, no puede ser á la postre más que una disipación de espíritu á la cual no hay temperamento bastante robusto que resista. De la realidad actual debe el erudito tomar aquella parte necesaria para vivir en ella y no resultar quimérico ó trasnochado; pero si se deja envolver por el torbellino de tanta pasión efímera que hoy alza ídolos y mañana los abate, perderá todas las ventajas que le daba el sereno estudio de lo pasado, sin adelantar por eso mucho en la inteligencia de lo presente. La vida humana es demasiado corta para abarcar ni aun una pequeñísima porción de ciencia, y harto hace el que trabaja sin descanso en aquello para que se considera menos inepto.

Por otro lado, la literatura amena, poesía lírica, y, sobre todo, novela y teatro, tiene hoy en España, como en todas partes, público más ó menos numeroso, más ó menos educado, que la lea, la estime y hasta la compre; y tiene inteligentes juzgadores que, al día siguiente de la aparición del libro ó del estreno de la obra dramática, aquilaten en papeles periódicos de mucha circulación sus peculiares bellezas ó defectos, pongan de manifiesto las cualidades buenas ó malas de su autor, é informen al público de los resortes de su mecanismo y de su técnica. No diré que sea oro todo lo que reluce ni que la pícara propensión humana de zaherir y denigrar al prójimo no sea muchas veces la salsa de tales críticas para la mayor parte de los lectores vulgares y poco cuidadosos de los altos

fines del arte; pero ni todos los críticos son así, ni otros que alguna vez resbalan en esto, dejan de repararlo con prendas y condiciones muy estimables que impiden confundirlos con la clase, harto extendida, de barateros de la república de las letras. Hoy en España la crítica de las obras contemporáneas se ejercita, si no con entera imparcialidad y medida (muy difíciles de conseguir en tal crítica por la índole misma de su asunto), á lo menos con elevación de pensamiento estético, con mucho caudal de erudición extranjera, y, sobre todo, con ingenio, brillantez y novedad. Para probar que está en buenas manos, y que en ellas debe quedar, sin que nadie, y menos yo, intente la competencia, baste traer á la memoria los nombres de L. Alas, tan rico de felices intuiciones, tan original y agudo en su pensar, tan varia y profundamente versado en la cultura de nuestros tiempos; de Federico Balart, cuyas decisiones, fortalecidas por sólida educación clásica, son la fórmula más alta del sentido común, expresada del modo más pulcro y diáfano; de la señora Pardo Bazán, cuyo vivo y gracioso *dilettantismo* é ingeniosa curiosidad siempre despierta son capaces de amenizar el asunto más árido é interesar al espíritu menos literario; de Ixart, en fin, que es, en cierto sentido, el más *modernista* de todos, espíritu sutil y refinadísimo. Y adviértase que menciono tan sólo estos cuatro nombres, no porque deje de haber en España y en América otros varios críticos dignos de todo aplauso y estimación, sino por ser los más conocidos del público, y los que de un modo menos intermitente, y aun podríamos decir «á diario», llevan el alta y baja de nuestra producción contemporánea. Y he de añadir que omito con todo designio á los que en el momento actual no ejercen este género de crítica, entre los cuales hay uno que es para mí y para muchos el primer nombre de la literatura española moderna, y el que todos debemos, en primer término, reconocer y acatar como maestro.

Con él pensé yo en tiempos publicar una Revista Crítica que fuese como fiel espejo de nuestro movimiento literario

así en lo ameno como en lo erudito. Deslucidos hubieran quedado los rasgos de mi pluma al lado de los de la suya incomparable, pero en cambio el pabellón de su nombre glorioso hubiera protegido esta pesada mercancía de erudición, única parte que yo podía aportar al flete de nuestra nave. Aquella Revista no llegó á nacer por dificultades editoriales y sobra de ocupaciones del uno y del otro : hoy me presento solo, con todas las desventajas de tal, y obligado á circunscribir mi labor á aquello en que me reconozco menos incompetente.

Pero, con todo eso, creo prestar algún servicio á los estudiosos, dando somera cuenta, ya de lo mucho que fuera de España se publica sobre nuestras antiguas cosas, y que siempre conviene tener á la vista, ora para agradecerlo, ora para aprovecharlo, ora para rectificarlo; ya de los trabajos, más numerosos de lo que el vulgo sospecha, con que la erudición española, deficiente sin duda en los métodos, contrariada por mil circunstancias adversas, descaminada á veces por el aislamiento y la soledad en que trabaja, procura, y no sin fruto, dar nueva luz al estudio de nuestro pasado. Los que tal hacen, sea cualquiera su mérito, apenas suelen encontrar otra recompensa de sus afanes y dispendios (pues sabido es que estos libros no se venden, y lo que es todavía más doloroso, ni aun regalados se leen) que alguna insulsa gacetilla que dé cuenta del hecho de su publicación, ó alguna nota brutalmente desdeñosa en las columnas de tal ó cual revista extranjera. ¿Qué maravilla que muchos no perseveren, que se rindan al desaliento y la fatiga, ó que en vez de adelantar y enmendarse se endurezcan en sus vicios de pensamiento, exacerbados por una crítica agria y pedantesca que sustituye la advertencia fecunda con la detracción malévolá y apasionada?

Yo de mí sé decir que, siguiendo el consejo y el ejemplo del gran Leibnitz, en todo libro que cae en mis manos busco primeramente lo que puede serme útil y no lo que puedo reprender. Pero el fin de la común enseñanza que hoy me obliga á

tomar la pluma de crítico, al ver que otros más hábiles y doctos no lo hacen, también me obligará á reprobarme, aunque con toda la caridad y modestia que yo pueda y sepa, lo que encuentre malo ó dañoso, sobre todo cuando venga escudado por el prestigio de un nombre ilustre que pueda acrecentar el daño. Pero nunca recaerá mi censura sino en lo meramente científico, dejando á salvo todo género de intenciones, y sin traspasar para nada, ni siquiera con alusión indiscreta que muchos creen lícita ó indiferente, el campo inviolable de la personalidad ajena. Yo quisiera hablar de los libros sin conocer á sus autores, sin saber nada de su género de vida, sin importarme un ardite de sus ocupaciones extrañas á la pura ciencia. Por amor á lo brillante, anecdótico y pintoresco, se ha ido introduciendo en nuestra crítica una familiaridad de mal gusto que importa ir corrigiendo en beneficio del decoro literario y aun social.

Resuelto á escribir de esta manera, es claro que no he de provocar ni aceptar polémica alguna. Por lo mismo que disto tanto de tenerme por infalible en nada, no doy tal importancia á mis opiniones que me crea obligado á sostenerlas contra todo el mundo, ni haga el menor esfuerzo para imponérselas á nadie. Mis razones responderán por mí, y si no responden, tanto peor para mí que las escribo. Yo doy á luz mis pensamientos, no los ajenos: si entre los míos hay algo útil, tome cada cual lo que le aproveche, y rechace lo demás. Estoy dispuesto á rectificar errores materiales, errores de hecho, pero si cada libro de los que voy á analizar me costase, además de un artículo de exposición, dos ó tres de polémica con su autor ó con otro cualquiera que quisiese tomar cartas en el asunto, sería cuento de nunca acabar: con un solo libro habría para un año, y perderían estas crónicas el único interés y la única utilidad que pueden tener, es decir, la de ser un inventario de los trabajos de erudición que vayan saliendo.

Nadie imagine, por eso, que me comprometo á hablar de todos, porque esto raya en lo imposible. Muchos se ocultarán

de fijo á mi diligencia, á pesar del auxilio de buenos amigos con que en varias partes de Europa cuento. ¿Pero quién puede conocer ni la existencia siquiera de todos los artículos de revista, tesis doctorales, monografías y programas universitarios que sobre temas más ó menos enlazados con nuestra historia, literatura y filosofía se publican al cabo del año, en Alemania solamente? Aun de lo publicado en España sabe todo aficionado la dificultad con que se lucha para haberlo á las manos. Sólo una mitad escasa de nuestros trabajos de erudición se imprime en Madrid: los restantes salen á luz en los puntos más diversos de la Península, y muchas veces ni siquiera se ponen á la venta, ni es posible obtenerlos más que por inmediato envío de sus autores. Respecto de Portugal y la América Española (que también pienso incluir en estas reseñas), suben de punto las dificultades.

No quiere esto decir, sin embargo, que la omisión de un libro en esta Revista sea prueba infalible de que yo no le conozco. Habrá omisiones intencionadas: desde ahora lo anuncio. Lo que es rematadamente malo é inútil no debe ocupar tiempo y papel, cuando por la oscuridad en que ha nacido tampoco puede extraviar el juicio de nadie ni ejercer ningún género de mala influencia. Criticar tales libros es dar á sus autores notoriedad inmerecida, y defraudar á los buenos escritores del espacio que se debe conceder al examen de sus lucubraciones. Todavía la crítica de un poetastro desatinado ó de un mal novelista, puede resultar amena y chistosa, si tiene gracia y entendimiento el que la hace; pero ¿qué género de deleite ni de enseñanza puede tener para nadie, ni qué otro efecto puede producir que el de intolerable hastío, la prolija censura de un libro de ciencia ó de erudición necio y disparatado, en que el autor empieza por ignorar la materia sobre la cual temerariamente discurre? Y no sólo los libros absurdos, sino los que nada nuevo enseñan, los que no arguyen en su autor ningún género de investigación propia ni el conocimiento siquiera de los métodos críticos, los libros que

en gran número (y no en España solamente) se compaginan á costa de otros libros, repitiendo en mejor ó peor estilo vulgaridades olvidadas de puro sabidas ó errores mil veces refutados, deben ser excluidos á carga cerrada, fuera de algún rarísimo caso en que, por razones especiales de pública utilidad, sea forzoso sacarlos á la vergüenza. Los que han de leer estas crónicas saben bien á qué atenerse, y no han de extrañar, por ejemplo, que un modesto folleto en que se consigne cualquier dato nuevo é importante sobre nuestra historia civil, religiosa, artística ó literaria, ocupe más nuestra atención que la mayor parte de las indigestas compilaciones que con honda tristeza vemos salir anualmente de nuestros centros de enseñanza con título y pretensiones de historias generales de España, ó de nuestro derecho ó de nuestra literatura: libros que á pesar de su bulto son como si no existiesen, y, por decirlo así, mera apariencia y simulacro de libros. Fuera de casos muy excepcionales, nuestra crítica, respecto de tales engendros, será negativa pero silenciosa, porque á nada conduce dar malas noticias á quien no se halla en estado de aprovecharlas, y por otra parte hay males cuyo remedio no pende de la voluntad de ningún crítico, porque tienen raíces más hondas que la ignorancia y el mal gusto.

Tampoco me propongo empuñar la palmeta de dómine, ni usurpar sus funciones á la benemérita y mal pagada clase de maestros de escuela, dando á nadie lecciones de gramática y otras materias de instrucción primaria. Este género de crítica no me entretiene, y por otro lado florece en España con tal abundancia, que no vale la pena de multiplicar la semilla. Lo que principalmente llamará mi atención será la materia misma de que los libros traten, y sólo en muy secundario término su estilo y lenguaje. De desear sería que todos los eruditos y hombres de ciencia escribiesen bien y reuniesen todas las perfecciones literarias, como sería muy de desear para cualquiera reunir todas aquellas habilidades de que se preciaba uno de los sofistas griegos (creo que era Hipías de Elea), el cual no

solamente sabía todas las artes y ciencias y tocaba todos los instrumentos músicos, sino que además poseía á fondo todos los oficios é industrias liberales y mecánicas necesarias para la vida humana, de suerte que él mismo se calzaba, vestía y preparaba su comida con toda pulcritud y aliño. Pero no todos podemos ser como Hipías, y lo cierto es que hay y ha habido siempre grandes hombres de ciencia y grandes eruditos que han escrito pésimamente, y que no pueden ser presentados como modelos de sintaxis á la tierna juventud que dirige sus pasos al templo de Minerva. ¿Pero no sería necedad insigne juzgar y condenar con este criterio ramplón un libro que puede estar lleno de investigaciones y descubrimientos, los cuales su autor, preocupado de las cosas y no de las palabras, ha expuesto lisa y llanamente en los términos en que ha podido? ¿Deja el P. Flórez de ser el príncipe de la crítica histórica en España por haber escrito con tanta pesadez y desaliño como escribió? ¿Pierden mucho las *Disertaciones* de Muratori por no estar escritas en lengua digna de Maquiavelo, ni la *Historia literaria* de los benedictinos franceses porque su estilo no sea comparable con el de Voltaire? Tratemos con formalidad las cosas graves, y quédense en su propia y natural esfera la gramática y la retórica, cosas excelentes en sí y muy respetables, pero que distan mucho de ser ni las únicas ni las principales en el mundo.

Y ahora, sin más preámbulos, entremos en materia.

---

La Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, institución poco conocida de la mayor parte de los españoles, á pesar de los muy positivos servicios que ha prestado á la cultura nacional ya en las Memorias que ha dado á luz, ya en la Revista que con alguna intermitencia publica, cele-

bró sesión en los primeros días del presente año para dar posesión de su plaza de número al antiguo y benemérito catedrático de Matemáticas en uno de los Institutos de esta corte, D. Acisclo Fernández Vallín y Bustillo, muy conocido por obras elementales de su asignatura que han sido de las más divulgadas en nuestras aulas, y por servicios científicos de más importancia, especialmente por la parte activa que tomó en el arreglo y publicación de la *Teoría trascendental de las cantidades imaginarias*, obra póstuma del malogrado pensador D. José María Rey y Heredia, y uno de los rarísimos ensayos de filosofía matemática que entre nosotros han aparecido.

El Sr. Vallín, en vez de ceñirse á los habituales límites de un discurso académico, ha preferido, con gran ventaja de sus lectores y de la común enseñanza, componer un extenso libro, no menos que de 311 páginas en 4.º grande, cuajado de apéndices y notas en letra menudísima, y consagrado á dilucidar tema tan importante como el de *La Cultura científica española en el siglo XVI*.

Aunque nuestra Academia, como todas sus similares en Europa, dedica principalmente sus tareas al cultivo de la ciencia pura, no por eso ha descuidado la parte histórica, y á su iniciativa se debe, por ejemplo, la monumental publicación de los *Libros del Saber de Astronomía* del Rey D. Alfonso el Sabio. En las recepciones y juntas públicas, para las cuales los temas históricos parecen más adecuados por su índole popular y amena que los puramente técnicos é inaccesibles al profano, no son pocos los académicos que han procurado ilustrar los fastos de tal ó cual rama de la ciencia nacional. Entre otros recuerdo el discurso del Sr. Márquez sobre los progresos de la astronomía náutica y de la cosmografía en España, el del Sr. Pérez Arcas sobre los zoólogos españoles anteriores á nuestro siglo, y el que con espíritu harto pesimista pero con su habitual y enérgica elocuencia pronunció el Sr. Echegaray sobre las vicisitudes de la ciencia Matemá-

tica en nuestra patria, mitigando en alguna parte el rigor de sus conclusiones el famoso ingeniero D. Lucio del Valle, encargado de contestarle.

El Sr. Vallín no se ha limitado á hacer la historia de una rama particular de aquellas ciencias que pertenecen al instituto de la Academia, sino que en conjunto las abarca todas, y aun por incidencia, especialmente en los copiosos apéndices, reúne noticias sobre otras ramas del saber y aun sobre la amena literatura, aspirando con todo ello á formar un cuadro general del gran siglo en que el espíritu español demostró mayor brío y pujanza.

Por nuestra parte hubiéramos preferido que el trabajo del nuevo académico abarcase menor número de cosas y las tratase con mayor detenimiento. Una monografía, por ejemplo, sobre el estudio de las matemáticas puras, ó de sus aplicaciones, ó de las ciencias físicas en el siglo XVI, nos hubiera enseñado más que un discurso tan vasto, que forzosamente tiene que ser en gran parte compilación y resumen de trabajos antecedentes. De ese modo, hubiera logrado el Sr. Vallín mayor unidad y armonía en su obra, y muchos datos preciosos que hoy aparecen en los apéndices, hubieran encontrado más natural y oportuna cabida en el cuerpo del discurso, al cual en rigor pertenecen. De aquí que siendo tan extenso el importante estudio del Sr. Vallín, resulte demasiado rápido y compendioso en muchos puntos. Si sólo para la enumeración y juicio de nuestros autores de Botánica necesitó un volumen el Sr. Colmeiro, y dos los Sres. Maffei y Rua Figueroa para dar cuenta de los metalurgistas y mineralogistas, ¿cómo han de caber holgadamente en 300 páginas, no solamente éstos, sino por añadidura los matemáticos, los astrónomos, cosmógrafos y cartógrafos, los geógrafos y viajeros, los físicos y químicos, y los cultivadores de todas las diversas ramas de la historia natural, con más la enumeración de todas las escuelas, academias y otras instituciones de carácter científico que en el siglo XVI existieron? Por grande que sea, y lo es sin

duda, la habilidad y el juicio del autor, su trabajo no puede menos de degenerar muchas veces en inventario ó catálogo de autores y de libros, utilísimo sin duda, pero que no nos hace penetrar bastante en la intimidad de nuestros antiguos hombres de ciencia ni nos familiariza con sus métodos de investigación y enseñanza tan lejanos de los presentes, y á veces tan difíciles de comprender sin largas explicaciones.

Pero es claro que aquí no se trata de lo que el Sr. Vallín hubiera podido hacer circunscribiéndose á términos menos amplios, sino de lo que realmente ha hecho, con no poca honra propia y utilidad de todos, reuniendo en un solo libro de fácil consulta y manejo, el cúmulo de noticias sobre nuestro pasado científico dispersas en mil publicaciones heterogéneas de nacionales y extranjeros, sin omitir (á lo que creemos) ninguna de verdadera importancia, adicionándolas con mucho nuevo y no menos curioso que lo conocido, y demostrando en todo el curso de su obra pasmosa diligencia en allegar los materiales, recto juicio para aquilatarlos y clasificarlos, ardiente amor patrio, y nobilísimo entusiasmo por los progresos del espíritu humano. Todas estas alabanzas, y otras aún más encarecidas, merece el trabajo del Sr. Vallín, y si aquí no me dilato más en ellas, es, ya por la sobriedad de estilo que me propongo guardar en estas crónicas, así para el elogio como para la censura; ya por haberme precedido en juzgar el trabajo del Sr. Vallín, persona tan docta y elocuente como el Sr. D. Miguel Merino que en su magnífico discurso de contestación ha hablado de su nuevo compañero en términos que honran y enaltecen por igual al uno y al otro. Añádase á esto, que siendo la tesis del discurso del Sr. Vallín la misma que yo en insignificantes publicaciones vengo sosteniendo hace bastantes años, y habiéndose dignado el nuevo y valiente adalid de la ciencia española citar y aprovechar con más encomio del que merecen, estos ensayos míos, podría parecer interesada la alabanza que yo le tributase, como nacida de espíritu de secta ó de identidad de opiniones. Por otra par-

te, el mayor elogio que se puede hacer de este libro, es exponer brevemente su plan y contenido, como voy á hacerlo, apuntando de paso algunas observaciones que el texto de sus diversos capítulos me sugiere.

Después del elogio del académico difunto (1), entra en materia el Sr. Vallín con una especie de panegírico general de la cultura española del siglo xvi y aun de los anteriores y posteriores, enumerando los principales sabios y los principales descubrimientos. Si hemos de ser francos, este exordio (que en último caso más bien debiera ser epílogo) es lo que menos nos agrada del discurso, no sólo por el tono exageradamente ditirámico, que puede en ánimos mal prevenidos contra nuestra antigua ciencia (como por desgracia lo están la mayor parte de nuestros *científicos* modernos) producir efecto contrario al que el autor se propuso; sino porque tiene el inconveniente de adelantar gran parte de las noticias que luego reaparecen en el fondo de la disertación, quitándoles el atractivo de la novedad, y forzando al autor á muchas repeticiones. La verdadera introducción del discurso hubiera debido ser una breve exposición del desarrollo de la cultura española antes del Renacimiento; materia que el Sr. Vallín, con no buen acuerdo á mi juicio, ha relegado á una larga nota final.

El primer capítulo versa sobre las Ciencias exactas. España no posee todavía una historia de las Matemáticas, como la tiene (aunque no terminada) Italia, por la curiosa y profunda diligencia de aquel inmoral cuanto eruditísimo bibliófilo y biblio-pirata Guillermo Libri (2). Las historias generales de la ciencia, cuyos autores atienden en primer término á los

---

(1) El general de ingenieros D. Celestino del Piélago, autor de la *Teoría mecánica de las construcciones*, de la *Introducción al estudio de la arquitectura hidráulica*, y de otras obras muy estimadas. Nació en Comillas (provincia de Santander) en 1792.

(2) *Histoire des sciences mathématiques en Italie depuis la Renaissance des Lettres jusqu'à la fin du dix-septième siècle*. Halle, 1865, 4 vols. Escrita originalmente en francés por su autor.

grandes resultados y á los grandes descubrimientos, y forzosamente prescinden de toda la labor secundaria, son en este punto de una pobreza aterradora. Montucla, cuya obra ha sido clásica por tanto tiempo, escasamente cita en los cuatro volúmenes de la 2.<sup>a</sup> edición de 1802, adicionada por Lalande, más nombre de matemáticos españoles que los de Juan de Rojas, Alonso de Córdoba, Gaspar Lax (á quien, por cierto, convierte nada menos que en *Papa*), Siliceo, Pedro Juan Núñez y D. Antonio Hugo de Omerique. Bossut, en el elegante y rápido discurso preliminar de la parte consagrada á las Matemáticas en la *Enciclopedia Metódica*, habla vagamente de los árabes, y hace un notable elogio de Núñez. El compendio de Fernando Hoefer, que anda en manos de todos, cita sólo á San Isidoro, á algunos árabes, á Juan Hispalense y á Núñez. Y, finalmente, en los doce tomos de la *Historia de las ciencias matemáticas y físicas* de Maire, sólo ocho españoles logran cabida: Abén Ezra, Alfonso el Sabio, Arnaldo de Vilanova, Geber, Juan de Sevilla, Núñez, Raimundo Lulio y Miguel Servet. ¿Por qué maravillarnos de que los que sólo estudian la historia de la ciencia en estos libros generalísimos, tengan tan pobre idea del desarrollo de las disciplinas matemáticas en España? Si nosotros no nos apresuramos á llenar esa laguna, ¿cómo hemos de esperar que lo intenten aquellos á quienes nada importa? Y todavía hemos de agradecer á los extraños lo poco que han querido decirnos. Los nombres de los matemáticos españoles que han sobrenadado, y vienen rodando por los libros, lo deben casi siempre á circunstancias fortuitas, porque en general los historiadores no leen las obras de los científicos de segundo orden, y encuentran más cómodo copiarse unos á otros. Nadie sabría de Omerique sin los elogios de Newton; nadie de Jerónimo Muñoz sin los de Tico-brahe, y el nombre de Núñez vive principalmente por ir unido á un instrumento de precisión, que más ó menos modificado, está en uso todavía. ¿Qué más? Hasta libro tan importante como el del *Algorismo* de Juan de Sevilla, que marca

en rigor el principio de una nueva era científica en las escuelas cristianas, estaría de todo punto olvidado si no hubiese fijado en él su atención el eminente geómetro Chasles, demostrando contra Libri que el primer libro europeo de Algebra no es el de Leonardo de Pisa sino el de nuestro converso hispalense, anterior á él en medio siglo.

Quiere todo esto decir que aun reconocida, como lo está por todo el mundo, la relativa inferioridad de esta rama de la ciencia española respecto de otras, todavía es temerario y prematuro llegar á consecuencias decisivas, puesto que apenas está iniciado formalmente su estudio. Los libros ahí están, y, como luego veremos, han sido catalogados, á lo menos en parte: falta un trabajo pesado pero necesario: irlos leyendo uno á uno y cotejándolos con sus similares del extranjero en el mismo tiempo; y es claro que esta tarea no la puede emprender un erudito que sea extraño á las Matemáticas, ni un matemático que sea ajeno á la arqueología científica y que puede muy bien no comprender ni el tecnicismo ni el método de los libros viejos, sino un matemático que al mismo tiempo sea erudito, como Chasles y como Libri. Hoy, lo que sucede es que los matemáticos desdeñan tales libros (que ciertamente para nada sirven, desde el punto de vista positivo) y los únicos que nos cuidamos de ellos y los recogemos á título de raros y los guardamos como curiosas reliquias de la vida intelectual de nuestros antepasados, somos bibliófilos no iniciados en los misterios de Urania, y que, por consiguiente, no podemos formar juicio sobre el mérito ó demérito de esas vetustas lucubraciones.

Si los matemáticos, por consiguiente, no vienen en nuestra ayuda y se dignan iluminarnos con algo más que panegíricos generales ó anatemas en globo que por su misma generalidad y violencia nada prueban, seguiremos en la misma ignorancia, aunque á la verdad algo más se sabe que hace veinte años, y hasta parece que ha disminuido algo la crudeza de los ataques. Pero todavía es poco lo que sabemos, porque

apenas se ha pasado del conocimiento exterior y de la enumeración compendiosa. ¿Qué sabemos por ejemplo, del hispano lusitano Pedro Juan Núñez, sino casi lo mismo que supieron Montucla y Bossut, es á saber: que estudió el primero la curva loxodrómica; que resolvió un siglo antes que Bernouilli el problema de la menor duración del crepúsculo; que dió carácter científico al arte de la navegación; que dedujo una fórmula para calcular la latitud por medio de las alturas del sol y del azimut; que inventó cien años antes de Vernier el famoso aparato para medir fracciones que de su nombre se llama *nonius*; y, finalmente, que compuso en lengua castellana una Algebra, con aplicaciones á la Aritmética y á la Geometría, libro que impreso en 1567, debe de ser de los primeros de su género. Con esto basta para su gloria, pero convenría especificarlo y detallarlo más, indicar y aun transcribir á la letra los lugares clásicos de sus escritos donde consigna sus descubrimientos: penetrar en el sistema y trabazón de sus obras, estudiar en detalle sus procedimientos como geómetra, analista y astrónomo; y esto todavía no se ha hecho. Su único biógrafo, Ribeiro dos Sanctos, bastante hizo con atender á la parte personal y literaria del asunto, puesto que no era matemático, sino elegante poeta, buen humanista y jurisconsulto de profesión.

Pero aunque la historia de las Matemáticas en España esté por escribir, no puede negarse que existen ya para ella preciosos materiales, aunque muy dispersos. Abundan especialmente para la Edad Media, ya árabe, ya cristiana. Y si bien algunos extranjeros y muchos españoles que les hacen coro en cuanto se trata de deprimir las glorias de nuestra patria, quieren excluir y borrar de la historia de la cultura española todo lo que se refiere á árabes y judíos, so pretexto de que siendo gentes de diversa raza y religión nada tienen que ver con nosotros á pesar de la larga estancia que hicieron en nuestro suelo, ni podemos envanecernos con sus glorias; tal razón nos parece de las más frívolas, puesto que lo que con

el nombre de civilización árabe se designa, lejos de ser emanación espontánea ni labor propia del genio semítico, le es de todo punto extraña y aun contradictoria con él; como lo prueba el hecho de no haber florecido jamás ningún género de filosofía ni de ciencia entre los árabes ni entre los africanos, y sí sólo en pueblos islamizados, pero en los cuales predominaba el elemento indo-europeo, y persistían restos de una cultura anterior de origen clásico, como en Persia y en España, donde la gran masa de renegados superaba en mucho al elemento árabe puro, al sirio y al bereber. Y todavía pudiera excluirse de nuestra historia científica este capítulo de los árabes, si nuestros padres en la Edad Media, por fanatismo ó mal entendido celo, hubiesen evitado toda comunicación de ideas con ellos, rechazando y anatematizando su ciencia, pero vemos que precisamente sucedió todo lo contrario, y que á partir de la conquista de Toledo, la cultura científica de los árabes conquistó por completo á los vencedores, se prolongó en sus escuelas gracias al emperador Alfonso VII, al arzobispo D. Raimundo y al Rey Sabio, y por nosotros fué transmitida y comunicada al resto de Europa, y sin nuestra ilustrada tolerancia hubiera sido perdida para el mundo occidental, puesto que en el oriental había sonado ya la hora de su decadencia, de la cual nunca el espíritu de los pueblos mulsumanes ha vuelto á levantarse. La historia del primer renacimiento científico de los tiempos medios sería inexplicable sin la acción de la España cristiana, y especialmente del glorioso colegio de Toledo, y esta ciencia hispano-cristiana es inexplicable á su vez sin el previo conocimiento de la ciencia arábigo-hispana, de la cual fueron intérpretes los mozárabes, los mudéjares y los judíos. Es imposible mutilar parte alguna de este conjunto sin que se venga abajo el edificio de la historia científica de la Edad Media en España y fuera de España.

Hay que desechar, pues, los vanos escrúpulos en que suelen caer algunos por temor á que los franceses los tachen de

*chauvinisme*, y buscar los orígenes de nuestras cosas donde realmente se encuentran, es decir, en las ideas é instituciones de todos los pueblos que han pasado por nuestro suelo, y de los cuales no podemos menos de reconocernos solidarios. Si se fijan límites arbitrarios, si se toma aisladamente una época, si cada cual se cree dueño para las necesidades de su tesis de hacer empezar la historia en el punto y hora en que á él se le antoja, no tendremos nunca verdadera historia de España. Por otra parte, los mismos extranjeros que suelen motejarnos, practican en esta parte la ley del embudo, y así vemos que Libri, por ejemplo, en la historia de las Matemáticas italianas, se remonta á Arquímedes y á Pitágoras, y hasta á los etruscos.

Siendo, como realmento lo fué, toda la ciencia matemática anterior al siglo XVI mera derivación de la pobre tradición latina de Boecio y sus compendiadores, ó derivación de la cultura, incomparablemente más rica, que recogieron los árabes en las decadentes escuelas griegas ó recibieron de la India; es claro que la parte de España no sólo resulta muy gloriosa, sino en cierto modo la primera, por más que Italia pueda reclamar considerable porción de ella con Platón de Tívoli, Gerardo de Cremona y Leonardo de Pisa. Pero habiendo visitado la mayoría de ellos nuestras escuelas, y siendo de inmediato origen arábigo-hispano la ciencia que profesaban, aun esto refluye en honra nuestra, y sus viajes y sus tareas, fechadas muchas veces en España, nunca para el historiador español pueden ser indiferentes.

Cuanto sabemos de este período nos lo han dicho y enseñado los extranjeros. Quien se dedique á ilustrar especialmente esta materia, encontrará buenos datos en Sédillot (*Mémoires pour servir à l'histoire comparée des sciences mathématiques chez les grecs et les orientaux*), en la *Historia de las matemáticas entre los árabes*, de Hanckel, y en toda la riquísima colección del *Bulletino di bibliografia é di storia delle scienze matematiche*, de Buoncompagni, donde se han publicado, traducidos, muchos textos, principalmente por diligencia de

Woepke, prematuramente arrebatado á la erudición arábica y á las ciencias matemáticas, cuya historia enriqueció con preciosos documentos, que están desparramados, no sólo en el *Bulletino*, sino en las actas de la Academia Pontificia de los *Nuovi Lincei*, y en otras revistas y colecciones. A él se debe la traducción del tratado de Aritmética del español Alkalsadi, que es de los más importantes, así como á Buoncompagni hay que agradecer la publicación del *Liber Algorismi* de Juan de Sevilla (1), y á Libri la del *Liber augmenti et diminutionis* del barcelonés Savasorda, y la del famoso calendario muzárabe del obispo Harib-ben-Zeid, identificado hoy con Recemundo de Iliberis; si bien ni en uno ni en otro caso se diese cuenta bastante clara el erudito italiano del origen de lo que publicaba.

Los trabajos de la erudición española han recaído hasta ahora casi exclusivamente sobre el siglo xvi, y en esta parte poseemos una obra muy estimable, los *Apuntes para una biblioteca científica española* de D. Felipe Picatoste. Como esta obra, aunque premiada por la Biblioteca Nacional en 1869, no ha sido del dominio público hasta hace dos años, no podemos decidir con seguridad si el Sr. Vallín, que venía preparando su discurso de años atrás, ha podido consultarla antes de redactar la suya. Las coincidencias que hay pueden explicarse por el recurso á unas mismas fuentes, y nos inclinamos á creer que el Sr. Vallín sólo ha visto el trabajo del Sr. Picatoste al dar definitiva forma al suyo.

Sea como fuere, este punto de las matemáticas puras y sus aplicaciones le trata el Sr. Vallín con todo el pulso y detenimiento que podía esperarse de su largo magisterio en estas ciencias; presentando largo catálogo de autores, no menos que 72, con indicación rápida, pero bastante precisa, de sus méritos. Entre todos descuellan Pedro Ciruelo, como ordenador de una especie de Enciclopedia matemática; Sili-ceo, Gaspar Lax y Alvaro Tomás, como representantes de nuestra cultura en las aulas de París; Ortega, como trata-

(1) En los *Trattati d'aritmetica*. (Roma, 1857, tomo II.)

dista de Aritmética, conmemorado por Libri; Núñez, como algebrista; Jerónimo Muñoz, notable sobre todo por las curiosas aplicaciones que hizo del cálculo trigonométrico; los valencianos Monzó y Monllor y el complutense Segura, como restauradores de la antigua y clásica alianza entre las matemáticas y la filosofía, considerando las primeras como una especie de propedéutica para la segunda; alianza que luego tan gloriosamente renovaron en el siglo xvii Descartes y Leibnitz. Si á estos nombres se agrega el del geodesta Esquivel, el del ingenioso aventurero científico Molina Cano, cuyos *descubrimientos geométricos ó reperta mathematica* no fueron siempre infelices, y el de Juan de Herrera, no sólo insigne constructor cuyas obras revelan profunda ciencia, sino incansable propagador de los estudios matemáticos y fundador de una academia de ellos, y, finalmente, el del elegante vulgarizador Juan Pérez de Moya, que puede todavía pasar como texto de lengua, y dar á nuestros tratadistas más de una lección de aquella lúcida amenidad que hasta en las Matemáticas cabe; resulta un conjunto ciertamente modesto, pero que no es para ruborizarnos ni mucho menos.

Fácil es desdeñar á estos humildes matemáticos, oprimiéndolos bajo el peso de todos los grandes nombres de la ciencia desde Euclides y Diofanto hasta nuestros días. Pero tal paralogismo fácilmente se desvanece si reparamos en lo que eran las matemáticas puras en el siglo xvi, las matemáticas antes de Galileo, Cavalieri, Descartes, Pascal, Fermat, Newton y Leibnitz, las matemáticas antes de la invención de los logaritmos y antes del descubrimiento de los nuevos métodos geométricos. Si nuestros matemáticos de Alcalá, de Valencia ó de Coimbra, no inventaron nada que haya dejado muy profunda huella en la historia científica, á lo menos hicieron obra útil con extender y propagar la ciencia entonces conocida y exponerla clara y decorosamente, tan bien como se exponía entonces en cualquier parte, exceptuando acaso Italia, que era maestra universal en este orden de estudios. Y si es

cierto que Núñez y Muñoz no llegaron á la invención del moderno análisis, ni del cálculo infinitesimal ni del cálculo de las fluxiones, no es menos cierto que tampoco dieron con él Tartaglia, ni Cardano (que resolvieron las ecuaciones de tercer grado), ni Maurolyco, ni Commandino, ni Benedetti, ni siquiera Viète, á quien se debe positivamente el álgebra moderna, y en cuyos escritos se discernen los primeros gérmenes de la geometría analítica. Los descubrimientos, aun contando con el misterioso factor del genio que acorta y aun borra las distancias, no llegan sino en aquel punto y hora de la historia científica en que por un proceso lógico y una concatenación de causas y efectos deben llegar, y los españoles tuvimos la desgracia de que la edad heroica del genio matemático no coincidiese con nuestro siglo de oro, el XVI, sino con nuestro periodo de postración y decadencia, el XVII; y aun en honor de la verdad ha de añadirse, y el noble ejemplo de Omerique bastaría para atestiguarlo, que ya á fines del mismo siglo se hacían, especialmente en Cádiz y en Valencia, loables esfuerzos para salir de tal penuria y entrar en posesión de los nuevos métodos analíticos.

La comparación, pues, si ha de ser justa, no debe recaer aisladamente sobre los libros españoles puestos en cotejo con la historia general de la ciencia, porque esta comparación abrumadora nada de provecho puede enseñarnos; sino que ha de establecerse entre los matemáticos españoles del siglo XVI y los que simultáneamente florecieron en otras partes, imponiéndose para esto el trabajo, ciertamente no leve, pero de seguro fecundo, de leerlos uno á uno, y sincrónicamente. Creo que de este modo, sin necesidad de recurrir al procedimiento de Libri, que encontró medio de hablar en su *Historia de las Matemáticas en Italia* de todo lo humano y lo divino, podremos llegar á un resultado que siempre será útil y provechoso por muy modesto que sea. Y por lo que sabemos hasta ahora, es posible que el balance no nos resulte tan desfavorable como á primera vista pudiera creerse, aun en cote-

jo con los matemáticos de Italia, puesto que en los extraños escritos de Cardano son tantas las alucinaciones como las verdades; de Clavio sabemos que no salió bien parado de la crítica de Francisco Sánchez; y el mismo Tartaglia, creador de la nueva ciencia de artillería, sufrió no leves rectificaciones de matemáticos é ingenieros españoles como Núñez, Collado y Alava, que de un modo especial se habían dedicado al estudio del movimiento de proyección.

Aparte de esto, si de las matemáticas puras (que en el estado muy elemental en que todavía las conoció el siglo XVI, no era posible que tuvieran muchos aficionados platónicos y meramente especulativos) pasamos á las aplicaciones, cuya necesidad inmediata se imponía, las cosas cambian mucho de aspecto, y sin nota de vanagloria podemos reivindicar para Esquivel el mérito insigne de fundador de la geodesia del territorio peninsular, y para Pedro Juan Escrivá el de precursor de Tartaglia, en la que éste llamó nueva ciencia de fortificación y ataque de las plazas, enaltecida luego por los trabajos y descubrimientos de los ya citados Collado y Alava, de Ufano, Lechuga, Cristóbal de Rojas y Firrufino. Esta parte de nuestra literatura militar está afortunadamente muy estudiada, ya en el elegante *Discurso* de D. Vicente de los Ríos *sobre los autores é inventores del arte de la Artillería*, ya en numerosas publicaciones modernas, entre las cuales, si no por el bulto, á lo menos por la sustancia, quizá merezcan la palma las del malogrado coronel Mariátegui.

Y es cierto que sin el jugo de una cultura matemática bastante difundida, tampoco hubieran podido existir aquellas curiosas aplicaciones mecánicas que el Sr. Vallín con tanta diligencia cataloga: ni los grandes trabajos de hidráulica del ingeniero Antonelli; ni el proyecto de navegación del Guadalquivir desde Córdoba, que en períodos dignos de Marco Tulio defendió ante el cabildo de su ciudad natal Fernán Pérez de Oliva; ni las máquinas é ingenios de Juanelo Turriano, que si no fué español de nacimiento, en lengua castellana escribió

su libro, y en España y para España hizo sus trazas y diseños; ni el grandioso pensamiento de la perforación del istmo de Dárien; ni tantas otras imaginaciones y arbitrios que, coronados ó no por el éxito, no dejan de manifestar en el pueblo español de aquéllos días una grandeza de aspiraciones, un genio práctico é inventivo que parece haber desamparado del todo á nuestros posteriores mecánicos y proyectistas.

Sobre la Astronomía versa el capítulo segundo del libro, no discurso ni Memoria, del Sr. Vallín. También aquí, como en las Matemáticas, padecemos la desgracia de no tener historiador nacional, ni siquiera de aquel período en que, por confesión unánime de los sabios, fuimos en esta ciencia maestros de Europa. Es cierto que el primer historiador de la Astronomía, Bailly, distraído sin duda con sus novelescas lucubraciones sobre la sabiduría de aquel pueblo primitivo que él soñaba en el Asia Central, prescindió desdeñosamente de nosotros, sin duda porque no éramos pueblo fabuloso; pero también es cierto que Delambre, en su *Historia de la Astronomía de la Edad Media*, y después de Delambre otros muchos, han desagraviado plenamente de estos desdenes á la patria de Azarquiel y de Alfonso el Sabio. Toda la Astronomía que se supo en Europa desde el siglo xi hasta el xvi, desde Juan de Sevilla hasta Regiomontano, ó más bien hasta Copérnico, es ciencia de origen español: no hubo observatorios más antiguos que nuestros observatorios, ni tablas astronómicas que antecudiesen á las nuestras, ni que las desterrasen del uso científico, hasta que se abrió con el nuevo sistema del mundo el período novísimo de la ciencia. Todo esto, duro es decirlo, lo sabemos casi únicamente por libros extranjeros, y á veces hay que rastrearlo en algunos que por el título no parecen enlazados con tal materia, por ejemplo, en la excelente *Historia de la Medicina árabe*, del Dr. Leclerc, que más propiamente debiera intitularse *Historia de la transmisión de las Ciencias orientales al Occidente*. En España apenas tenemos otra cosa que las eruditas ilustraciones del Sr. Rico y Sinobas

á la edición, no terminada aún, de las obras astronómicas del rey Sabio. ¿Qué hemos de pensar del estado de la Astronomía en el siglo XVI, juzgando por los datos que el Sr. Vallín y el Sr. Picatoste, y por incidencia el Sr. Rico en algunos trabajos suyos, nos proporcionan? Ante todo, hay que hacer aquí una distinción análoga á la que en las Matemáticas hicimos, entre la Astronomía teórica, y sus aplicaciones á diversos fines, tales como la navegación ó la reforma del Calendario. Por lo que toca á la ciencia pura, Dios no concedió á España la gloria de un Copérnico ni de un Képler. Les hizo nacer en otras partes donde seguramente no había una tradición de ciencia astronómica igual á la nuestra. Pero de esto á la completa esterilidad hay larga distancia. Los 118 nombres citados por el Sr. Vallín, que de ningún modo ha pretendido agotar la materia, dan testimonio de que no se acabó en un día nuestro prestigio en esta rama de la ciencia, sino que se mantuvo honrosamente durante una centuria, inaugurada con los nombres relativamente ilustres y famosos de Abraham Zacuto y Alonso de Córdoba, y cerrado con el de Manuel Bocarro, de cuyos libros sobre el sistema del mundo no se desdeñó de ser editor el mismo Galileo, con todo y no estar conforme con su doctrina. Aun en las historias más generales de la ciencia, rara vez deja de hacerse mención de Rojas y del astrolabio ó planisferio que inventó; de los trabajos de Jerónimo Muñoz sobre los cometas; de las *Teóricas del Sol y de la Luna*, de Núñez; de las tablas de Francisco Sarsosa que Tico-Brahe tuvo en mucho aprecio, y de algunos otros libros que por excepción feliz llegaron á ser conocidos fuera de España. Pero hay hechos todavía más significativos para evidenciar el relativo desarrollo de esta rama de nuestra cultura. Estos estudios tan arduos y elevados, que ahora apenas interesan á otros españoles que á los sabios encargados de los observatorios de Madrid y de San Fernando, eran entonces cultivados con provecho por muchos que no eran astrónomos de profesión, sino meros aficionados; por hom-

bres cuya educación había sido clásica y literaria; por humanistas y gramáticos como Antonio de Nebrija, que tiene la gloria de haber medido por primera vez en España un grado del meridiano terrestre. Ni es tampoco leve indicio de general cultura en esta parte la fácil adopción del nuevo sistema del mundo, la ninguna oposición que encontró la doctrina de Copérnico, tan combatida en Italia y mirada con desdén en otras partes, y aquí, por el contrario, públicamente profesada y defendida, sin escándalo ni reparo de nadie, por Céspedes, Suárez Argüello, Vasco de Piña, y hasta por teólogos como Fr. Diego de Zúñiga. Ni puede decirse que faltara protección oficial á la Astronomía, considerada sobre todo en sus aplicaciones útiles. Es cierto que no llegó á realizarse el gran proyecto de observatorio en El Escorial, que Andrés García de Céspedes presentó á Felipe II, ni llegaron á formarse las nuevas tablas que aquel copernicano ilustre con tanto ahinco solicitaba, pero el certamen siempre abierto sobre el problema de las longitudes, al cual concurrió el mismo Galileo; el cuantioso premio, no menos que de 6.000 ducados de renta perpetua, que se ofrecía á quien le resolviese; la previsorá solicitud con que el cosmógrafo real Juan López de Velasco hacía circular hasta por ínfimas aldeas instrucciones fáciles y populares para la observación de los eclipses, prueban un generoso y simpático anhelo de contribuir á los progresos de la ciencia, al cual nada ó casi nada hallamos comparable, salvo en el pasajero renacimiento científico de la segunda mitad del siglo pasado.

Si la Astronomía teórica no hizo más progresos, si España perdió definitivamente el cetro de ella, la causa principal ha de buscarse no en el soñado influjo de la Inquisición, que no le tuvo ni bueno ni malo en estas cosas, sino en el ardor con que aun los hombres dotados de más condiciones para la ciencia especulativa como Núñez, Alonso de Santa Cruz y García de Céspedes, se dedicaron al cultivo de la astronomía práctica, que por imperiosas necesidades históricas tenía que prevalecer en

la España de aquellos días sobre el puro saber científico. Aun sin hablar de la parte memorable que cupo á Pedro Chacón y al Claustro de la Universidad de Salamanca en la corrección gregoriana del calendario, materia que dilucida muy curiosamente el Sr. Vallín con copia de nuevos documentos; basta considerar los progresos de la astronomía náutica, la creación, digámoslo así, de la nueva ciencia del pilotaje astronómico por obra de Falero, de Pedro de Medina, de Núñez, de Santa Cruz, de Martín Cortés, para comprender cuál tenía que ser el carácter predominante de nuestra ciencia astronómica después del descubrimiento del Nuevo Mundo. Lo primero era dar libros prácticos, *regimientos de navegación* y manuales de cosmografía á nuestros admirables navegantes. La especulación astronómica no podía tener ya en un pueblo empeñado en tan magna obra como la de ensanchar y completar el mundo, el carácter desinteresado y meramente especulativo que había tenido en tiempo de Alfonso el Sabio. Lo más triste es que luego nos hemos quedado sin la práctica y sin la especulación también. Pero no hay duda que es página gloriosa y brillante de nuestra historia científica esta de la astronomía náutica, ya en el siglo XVI, ya en el XVIII, conocida afortunadamente en sus principales detalles por las varias publicaciones de D. Martín Fernández de Navarrete, y por el discurso del Sr. Márquez, más seguro y exacto que Navarrete en algunas cosas. Es también de las partes mejor tratadas en el discurso del Sr. Vallín, no menos que lo relativo á los geógrafos y cartógrafos (CAPÍTULOS III y IV) materia de especial novedad, porque salvo los datos esparcidos en la *Biblioteca Náutica* de Navarrete y en las *Disquisiciones* de Fernández Duro, apenas teníamos más punto de partida que las admirables y geniales intuiciones de Humboldt en su *Examen crítico de la historia de la geografía del Nuevo Continente*, libro que nunca agradeceremos bastante, porque en él puede decirse que comienza la rehabilitación seria y formal de nuestro pasado científico.

Es admirable la diligencia con que el Sr. Vallín ilustra materia tan intrincada como ésta de las cartas geográficas y de los progresos de la navegación, y el número enorme de datos que en breve espacio, pero sin confusión, acumula. Las listas de derroteros, libros de viajes, cartas hidrográficas, tratados de construcción naval, que en los apéndices trae, son de la mayor curiosidad, y pueden prestar grandes servicios. Pero en nada de esto insistimos, porque este glorioso aspecto de nuestra civilización no ha sido negado ni puesto en duda por nadie.

No acontece otro tanto con los méritos de nuestros antepasados en Física y Química, tema del capítulo v de la obra del Sr. Vallín, y uno de los más ingeniosos y de más hábil desempeño. ¿Existían tales ciencias en el siglo XVI, ni en España, ni fuera de ella? Evidentemente que no, y por tanto es ridículo cuanto en esto se dice contra nuestros mayores, pidiéndoles un Volta ó un Lavoisier doscientos años antes de que su aparición fuera posible. No en vano se ha dicho, aunque muchos lo olviden en la práctica, que la cronología es uno de los dos ojos de la historia. Nadie, sino el genio sublime de Leonardo de Vinci, superior en esto, como en otras cosas, á los demás grandes hombres del Renacimiento, tuvo en el siglo XVI la adivinación, por vaga é imperfecta que fuese, de las grandes leyes del mundo físico: sus descubrimientos en óptica y en mecánica suspenden y maravillan, pero para sus contemporáneos fueron letra muerta, sepultados como estaban en manuscritos arrinconados y de difícil lectura: sólo la erudición de nuestros días, ha venido á reconocer que en el divino autor de la *Cena*, el genio de la invención científica igualaba ó superaba al de la invención artística. Pero esfuerzos individuales y por el momento infecundos, nada prueban como no sea para la gloria de su autor, y es cierto que la verdadera Física no podía existir cuando se ignoraban las teorías de la luz, del calor, de la electricidad y del magnetismo, y hasta las leyes del equilibrio y de la caída de

los graves, y, sobre todo, cuando el método experimental, ó se aplicaba á tientas, ó no había salido aún de los cánones teóricos. Lo que con el nombre de *Física* se enseñaba en las escuelas, y sobre lo cual se publicaban innumerables comentarios (más y mejores en España que en ninguna otra parte), no era sino la *Física* de Aristóteles, es decir, una Cosmología ó Metafísica de la Naturaleza, una concepción *apriorística* y especulativa, en que el Estagirita parece otro hombre del que se muestra en sus admirables libros de Zoología. Es verdad que en todo el cuerpo de sus obras dejó esparcidas Aristóteles semillas de ciencia experimental y aun noticia é indicación de experiencias personales suyas, pero generalmente sus comentaristas escolásticos las desdeñaron, sin más excepción importante que la de Alberto el Magno, puesto que á Rogerio Bacon, espíritu enteramente moderno y uno de los precursores del método experimental, no se le puede considerar como escolástico, ni aun como aristotélico siquiera.

Y fuera del recinto de las escuelas, ¿qué manifestaciones podía tener la verdadera ciencia física, positiva y experimental, en el siglo xvi? Dos únicamente, y el Sr. Vallín las distingue con rara sagacidad. Una en la *philosophia libera*, en los filósofos insurrectos contra Aristóteles y la Escolástica, los cuales, preconizando el método de observación y de experiencia, aunque no todos le practicasen, iban abriendo el campo á la ciencia positiva: así Vives, Gómez Pereira, Huarte, Francisco Sánchez, Miguel Servet, Alonso de Fuentes... Otra en las tentativas que sin rumbo fijo y con miras de aplicación inmediata ó de mera curiosidad y recreación científica, comenzaban á hacer algunos espíritus arrojados é inquietos, aspirando á sacar partido de fuerzas ó agentes mal conocidos aún. De este género de invenciones á medias (ni consentía otra cosa el estado de la ciencia) las hubo curiosísimas en España: la de Fernán Pérez de Oliva para que por la piedra imán se comunicaran dos personas ausentes; y las que con especial diligencia estudia el Sr. Vallín, es á saber, la máquina de vapor ideada por Juan

Escribano ó Escrivá, discípulo y adicionador de las obras de Juan Bautista Porta; y la invención, ó á lo menos fabricación de los telescopios en fecha muy anterior á ninguna de las conocidas, practicada en Cataluña por la familia de un cierto Rogete ó Roget de Gerona, aunque al parecer sin ninguna aplicación á la astronomía, que es en lo que consistió el triunfo de Galileo. Si á esto se añade la constitución de la Física del Globo, que Humboldt atribuye al P. José de Acosta; la teoría de Martín Cortés sobre el magnetismo terrestre, y la de Urdaneta sobre los ciclones, no parece que del todo quedamos malparados en período tan embrionario de la Física y de la Meteorología, las cuales apenas podían ser otra cosa que un conjunto de observaciones imperfectas.

Más distante todavía se hallaba la Química de merecer nombre de ciencia, ni en rigor lo fué hasta muy entrado el siglo XVIII. Por las singulares condiciones de su experimentación, tenía que ser la última de todas las ciencias en constituirse. Existía, sí, la falsa ciencia llamada Alquimia, y no la faltaban adeptos españoles cuyos escritos va desenterrando la mucha erudición de nuestro amigo Luanco, pero en honra del buen sentido de nuestra raza ha de decirse que fueron siempre menos numerosos que en ningún otro país, incluso Italia. De Metalurgia general se escribió algo, siendo lo más conocido y celebrado, á pesar de su poca originalidad, el libro *De Re Metallica* de Bernal Pérez de Vargas, que ha tenido la fortuna de ser citado en casi todas las historias de la Química. Pero nuestro grande, nuestro indisputable mérito estuvo en la parte esencialmente práctica, en la industria metalúrgica, principalmente en la de la plata, en los progresos incesantes del laboreo de las minas americanas, en la memorable invención, sobre todo, del procedimiento de amalgamación por medio del azogue. Si en otras partes se corría tras de la quimera de la transmutación, aquí, con exceso quizá, tras de riqueza positiva y tangible, aunque por la cuantía pareciese fabulosa. Nuestros autores más célebres en este orden no son alqui-

mistas ni teósofos, sino ensayadores y joyeros, maestros en aleaciones como Juan de Arfe, ó beneficiadores é inventores mineros como Alvaro Alonso Barba, á cuyo extraordinario libro no puede negarse, sin embargo, cierto espíritu científico general que enlaza y da valor á las múltiples experiencias y procedimientos nuevos que el autor describe, mostrándose guiado más bien por ardiente curiosidad que por el sórdido aliciente de la codicia. Esta bella página de nuestra cultura ha sido ya completamente expuesta en la *Bibliografía Minera* de los Sres. Maffei y Rúa Figueroa, á quienes sigue y extracta en lo esencial el Sr. Vallín, como no podía menos de hacerlo.

La Botánica da materia al cap. vi. Tampoco aquí nos detendremos mucho, porque esta rama de las ciencias naturales ha tenido historiador excelente en D. Miguel Colmeiro, ya en su monografía *La Botánica y los Botánicos*, ya en los prolegómenos de su magna obra *Enumeración y revisión de las plantas de la Península*. Aun los que más duramente juzgan de nuestra antigua cultura suelen hacer una excepción en esta parte, y reconocen el relativo y aun absoluto florecimiento de la Botánica y la predilección que en todos tiempos parecen haberla consagrado los naturalistas españoles desde el malagueño Aben-Beithar hasta Lagasca y Rojas Clemente. Si no se nos debe el sistema de la Botánica ni la fisiología vegetal, se nos debe la revelación y descripción de la flora americana por Oviedo, por Acosta, por Monardes, por Hernández, por Cobo; y nadie dirá que tal contribución sea pequeña. Ni tampoco que fuese la única, puesto que, aparte de la fundación de los primeros jardines, y aun no tenidos en cuenta los trabajos bastante numerosos sobre la flora peninsular, ahí está el grande espíritu de Andrés Laguna para sorprendernos, no sólo con el ingente caudal de su doctrina clásica y con el fruto de sus viajes y larguísima experiencia, sino con geniales y poderosas intuiciones sobre el sexo y modo de fecundación de ciertas plantas.

La Zoología siguió, aunque con muy desigual y más lento paso, los progresos de la Botánica, y en ella también fué nuestro principal mérito la primitiva exploración de la fauna americana, descrita casi siempre por los mismos que dieron á conocer la flora. Los libros generales de Historia Natural tienen poca importancia, exceptuando el *Plinio* de Huerta, y algún otro.

Aquí termina, en rigor, el compendio histórico de nuestra ciencia del siglo XVI, trazado con hábil mano por el Sr. Vallín, el cual, naturalmente, se concreta á aquellos estudios que pertenecen al instituto de su Academia. Por tanto, la Medicina no aparece en el cuerpo del discurso; pero en uno de los apéndices se da un catálogo de los principales autores, extractado de la obra de Morejón. Quizá hubiera convenido, no obstante, incluir entre las ramas de la ciencia pura la Anatomía y la Fisiología, que no son Medicina ni deben ser patrimonio exclusivo de los médicos, sino partes capitalísimas de la ciencia antropológica, que sirve de tránsito entre el mundo de las ciencias físicas y el de las morales. De algunos descubrimientos fisiológicos, sin embargo, como el de Servet sobre la circulación de la sangre, y el de Doña Oliva sobre el *suco nérveo*, ya da razón el Sr. Vallín en diversas partes de su trabajo, en el cual puede haber algo que sobre, pero no muchas cosas que falten.

El séptimo y último capítulo es un interesante estudio sobre las principales instituciones ó establecimientos que en el siglo XVI contribuyeron á los progresos de la ciencia, fijándose especialmente en la Casa de Contratación de Sevilla y en la Academia de Matemáticas establecida en tiempo de Felipe II.

El apéndice, todavía más extenso y erudito que el discurso, consta nada menos que de 120 páginas de impresión compacta y menudísima, y viene á constituir un nuevo libro, en que, además de copiosos inventarios bibliográficos de cada ciencia, y disertaciones sobre algunos puntos particulares, se

insertan documentos inéditos ó poco conocidos, tales como las Instrucciones dictadas oficialmente por Juan López de Velasco para las observaciones de los eclipses de 1577 y 1578; el informe de la Universidad de Salamanca sobre la reforma del Calendario, y la pragmática de Felipe II mandando observar la corrección gregoriana; el célebre capítulo en que Juan Escribano describe y dibuja su máquina de vapor, tantas veces citada desde la polémica entre Arago y Libri. Por último, y sin pretender agotar todo lo curioso y raro que hay en estos apéndices, mencionaré con el debido elogio un catálogo, el más completo que hasta ahora he visto, de los españoles que enseñaron en Universidades y otras escuelas extranjeras.

Tal es el meritísimo trabajo del Sr. Vallín, que, salvo descuidos incidentales, de que ninguna obra de tal magnitud puede salir exenta, y salvando asimismo el tono excesiva y constantemente apologético, que debe disculparse, sin embargo, como naturalísima reacción del sentimiento patrio contra la exageración opuesta, ha de estimarse como un arsenal de bien templadas armas para esta campaña de todos los días que la tradición científica española tiene que sostener más bien contra los desdenes de los propios que contra las injurias de los extraños. El Sr. Vallín, que tanto ha hecho ya, aún puede coronar su obra, cumpliendo el noble propósito que en una nota indica, de sacar de la oscuridad y reimprimir algunos libros de matemáticos españoles, tales como el *Algorismo* de Juan de Sevilla, la *Analysis Geometrica* de Omerique, y las *Instituciones Matemáticas* de Rosell.

Para la mayor difusión de este discurso, cuyo contenido á todo español interesa, convendría también hacer de él una edición más popular y en tamaño más cómodo que el de discurso, y entonces sería ocasión de corregir algunas erratas que, á pesar de lo elegante de la tipografía, se han deslizado, especialmente en los textos latinos, sin duda por la premura con que suelen imprimirse este género de diserta-

ciones. El curiosísimo texto de Sirturo sobre los telescopios de Roget, está casi ilegible, y como se trata de un libro muy raro, no está á la mano de cualquier lector el compulsarle y restituir la verdadera lección.

Y ahora voy á añadir dos palabras no más sobre el breve, pero muy bello y muy jugoso, discurso de contestación del Sr. Merino. Carezco de toda competencia para apreciar los méritos científicos del Director de nuestro Observatorio Astronómico, pero siempre le he tenido por uno de los buenos prosistas que hoy honran la lengua castellana. Sus noticias anuales de las tareas de la Academia, sus elogios de los académicos difuntos, serán un día coleccionados y leídos con el mismo agrado con que leemos hoy los de aquellos antiguos secretarios de la Academia francesa de Ciencias, Fontenelle y D'Alembert, ó los del moderno Bertrand. Pero en este discurso, como en todo lo que escribe el Sr. Merino, hay algo más que primores de estilo, hay huellas de un vigoroso espíritu crítico. El autor acepta y confirma, á lo menos en parte, la reivindicación patriótica hecha por el Sr. Vallín, presenta en apretado haz sus argumentos, dándoles nuevo realce con la viveza de su estilo, y se entrega luego á amargas y profundas consideraciones sobre nuestra penuria científica actual, puesta en cotejo con la actividad gloriosa de otros pueblos, y con la que nosotros mismos alcanzamos en otras edades. El Sr. Merino tiene razón, por doloroso que sea confesarlo : hoy, á pesar de grandes excepciones, estamos menos dentro de Europa que á fines del siglo XVIII, época que nadie tendrá ciertamente por muy envidiable y venturosa. Lo que entonces se hizo por el progreso de las ciencias nos abruma y nos humilla con la comparación. Ya no enviamos á ninguna parte con lujo y pompa regia, expediciones de astrónomos, de geodestas y de naturalistas para determinar la figura de la tierra, para difundir en América el sistema copernicano, para levantar en las regiones ecuatoriales los primeros observatorios, para revelar á Europa la flora de Méjico, la del Perú y la de Nueva

Granada. Ya no se crean parques de aclimatación zoológica como los de Orotava y San Lúcar de Barrameda. Ya no salen de entre nosotros químicos que descubran el platino, el túngsteno y el vanadio, ni matemáticos que creen nueva ciencia como Lanz y Betancurt crearon la Cinemática. Ya no es estudio de moda el de la Botánica como en tiempo de Carlos IV, cuando hasta la turba cortesana acudía á oír de los elocuentes labios de Rojas Clemente la exposición de sus arcanos. Todo esto pasó: ¡quiera Dios que vuelva, y sirvanos el conocimiento cada día más profundo de nuestro pasado, no de vanidad estéril, sino de saludable y eficaz estímulo! Nadie pretende que la actividad de nuestros hombres de ciencia se emplee meramente en un trabajo de reconstrucción histórica: queremos la renovación de la ciencia española, no su testamento. Pero para llegar á esa renovación, queremos conocer á punto fijo nuestros aciertos y nuestros errores antiguos; pues aunque la ciencia no tenga patria, la tienen los hombres que la cultivan, y nunca medra mucho un pueblo que tiene que vivir de ciencia importada, á cuya elaboración él no contribuye porque la conciencia de su propio atraso se lo veda. Pueblo de repetidores será el tal, no de analistas ni de indagadores experimentales. La historia de la ciencia es útil siempre, no sólo porque presenta en acción el método científico, sino porque de ella se desprende la consoladora enseñanza de que la ciencia es obra humana y colectiva, en que colaboran, no solamente los genios, sino los trabajadores humildes, no sólo las naciones poderosas y opulentas, sino las modestas, oscuras y abatidas. ¡Para cuántos no está Suecia en el mapa más que por ser patria de Linneo, Polonia no más que por ser patria de Copérnico! Levantémonos, pues, sin que nuestra pobreza y decadencia nos apoquen y envilezcan el espíritu, y para ello comencemos por indagar las verdaderas causas de nuestro atraso, y estudiando todo el curso de nuestra civilización, apresurémonos á plantear virilmente, pero con entero desasimiento de toda consideración que no pertenezca á la pura

ciencia, el formidable y tenebroso problema de las condiciones del genio español para la investigación científica y de las causas que retardan ó paralizan su desarrollo. De este modo, la tesis histórica toma mucho más alcance, y puede ser fecunda en enseñanzas para lo presente.

Nuestra historia científica dista mucho de ser un páramo estéril é inclemente : en la Edad Media y en el siglo XVI es hasta gloriosa : tuvo también días de gloria en la restauración científica del siglo pasado, puede volver á tenerlos : aun en los tiempos más calamitosos nunca dejó de existir, aunque fuese á título de excepción, un Omerique en matemáticas, un Salvador en botánica. Pero es cierto que esa historia, tomada en conjunto, sobre todo después de la Edad Media y de los grandes días del siglo XVI, está muy lejos de lograr la importancia ni el carácter de unidad y grandeza que tiene la historia de nuestro arte, de nuestra literatura, de nuestra teología y filosofía, no meramente de las ciencias políticas y morales, como algunos dicen, sino de la filosofía pura, de la Metafísica pura y neta, que en la patria de Vives, de Fox Morcillo y de Suárez, bien puede llamarse por su nombre sin reticencias ni subterfugios. Por el contrario, la historia de nuestras ciencias exactas y experimentales, tal como la conocemos hasta ahora, tiene mucho de dislocada y fragmentaria : los puntos brillantes de que está sembrada aparecen separados por largos intervalos de oscuridad : lo que principalmente se nota es falta de continuidad en los esfuerzos ; hay mucho trabajo perdido, mucha invención á medias, mucho conato que resulta estéril porque nadie se cuida de continuarle, y una especie de falta de memoria nacional que hunde en la oscuridad inmediatamente al científico y su obra.

Basta, sin embargo, lo que sabemos hoy por hoy para negar, *a posteriori*, la incapacidad del genio español para las ciencias de observación y de cálculo. Lo que se hizo sería poco ó mucho, y sobre el valor relativo de cada autor y de cada invención puede disputarse sin término; pero, en suma, se hizo

algo, y en algunas materias bastante más que algo. Puede no ser lo suficiente para consolar nuestro orgullo nacional, pero basta y sobra para la demostración de la tesis.

Y discurrendo *a priori*, ¿de dónde nos podía venir tal incapacidad, puesto que antropológicamente no parece que nos distinguimos en cosa notable de los demás pueblos del Mediodía y Centro de Europa? ¿Vendría por ventura de la bien notoria falta de aptitud de nuestros padres los romanos, que reducían la Geometría á la Agrimensura, que ni traducida siquiera tuvieron Aritmética anterior á la de Boecio, y que como naturalistas no han dejado más que compilaciones? Pero aun admitido el hecho en toda su plenitud, nada explica; porque ahí están nuestros hermanos mayores los italianos, mucho más latinos que nosotros, á quienes en todo el curso de la historia moderna fué concedido el don de la invención matemática y física en grado igual ó superior al de cualquier otro pueblo de Europa, como lo testifican los gloriosos nombres de Leonardo de Vinci, de Tartaglia, de Galileo, de Torricelli, de Redi, de Volta, de Mascheroni, de Lagrange...

¿Procederá por ventura ese mal sino nuestro de las gotas de sangre semítica que corren mezcladas con la ibérica? La penuria científica de los semitas propiamente dichos (exceptuando, por supuesto, los proto-semitas, que son materia de indagación más oscura) resulta casi tan probada como la de los romanos, pero para el caso presente tampoco importa nada, no sólo porque los musulmanes de España distaban mucho del puro semitismo, sino porque todo el mundo concede que entre ellos se desarrolló un grandísimo movimiento científico, que es base y fundamento de la cultura moderna en Matemáticas y Astronomía, en Botánica y Medicina. Por consiguiente, la influencia que en nuestra ciencia ejercieron fué beneficiosa, y de ningún modo adversa.

¿Sería la causa la intolerancia religiosa? ¿Habremos de acudir al desesperado recurso de echar el muerto á la Inquisición, cómodo aunque gastado tópico con que los españoles

solemos explicar todos aquellos fenómenos de nuestra historia que no entendemos ni queremos estudiar á fondo? La Inquisición española en todo el largo curso de su historia ni una sola vez se encontró en conflicto con la ciencia experimental, ni siquiera en la temerosa cuestión del sistema del mundo. En cambio, en Italia se quemó á Cecco d'Ascoli y á Giordano Bruno, y se obligó á una retractación á Galileo. Y sin embargo, ¡que historia más bella la de las ciencias matemáticas y físicas en Italia! Las hogueras y las prisiones pueden menos de lo que muchos se figuran, así como no basta la tolerancia del liberalismo vulgar para producir ciencia cuando faltan otras condiciones más hondas y de orden puramente intelectual.

Y como tampoco es cosa de seguir las huellas de aquel famoso positivista inglés que explicaba todos los males de España por lo poco que llueve, por la afición de los españoles á la vida nómada y *pastoril*, y sobre todo por la frecuencia de los terremotos, de los cuales se han aprovechado los curas y otros murciélagos alevosos, para fanatizarnos y meternos en un puño, habrá que confesar que el problema hasta ahora no ha sido ni medio resuelto.

Y, sin embargo, urge resolverlo. Pero por más soluciones que discurro, no encuentro ninguna que totalmente me satisfaga. Indicaré, sin embargo, algo que quizá no ha sido dicho, y que puede servir, á lo menos como uno de tantos puntos de vista; que nunca serán demasiados los que se tomen en tal materia.

De la historia de la ciencia española, aun conocida de la manera incompleta que hoy la conocemos, se deduce una consecuencia de las más extrañas é inesperadas para los que persisten en el falso y romántico concepto que tradicionalmente se tiene de nuestro pueblo. En este país de idealistas, de místicos, de caballeros andantes, lo que ha florecido siempre con más pujanza no es la ciencia pura (de las exactas y naturales hablo), sino sus aplicaciones prácticas, y en cierto modo uti-

litarias. Lo que más ha faltado á nuestra ciencia en los tiempos modernos es desinterés científico. Libri tiene razón en decir que la única gloria que Dios ha negado á España hasta la hora presente, es la de producir un gran geómetra, y tiene razón si por gran geómetra se entiende, como debe entenderse, un émulo de Euclides, de Leibnitz ó de Newton. Pero en cambio abundan, y son de mérito indisputable, los científicos que pudiéramos llamar *útiles*, en el sentido en que lo útil se contrapone, no sólo á lo bello, sino á la pura ciencia. Nuestros más eminentes astrónomos, aun en los tiempos modernos, son astrónomos náuticos: Ulloa, Jorge Juan, Galiano, Mendoza Ríos, Ferrer, Ciscar, Sánchez Cerquero. Los más positivos servicios de nuestros matemáticos del siglo pasado son el *Examen marítimo*, es decir, una aplicación de la Mecánica Racional á los progresos del arte de la construcción naval, y la Cinemática industrial, es decir, otra ciencia aplicada á la composición de las máquinas. Nuestros grandes botánicos, sin exceptuar al mismo Rojas Clemente, que tuvo tan altas ideas de filosofía natural, prefieren el estudio de la Ceres al de la Flora, las plantas útiles á las plantas bellas, y tanto ó más que la botánica pura cultivan la geopónica. Hemos tenido metalurgistas más bien que químicos propiamente dichos: si D. Fausto Elhúyar descubrió el tungsteno y D. Andrés del Río el vanadio, fué en los laboratorios de una escuela de Minería. El nombre más celebrado entre nuestros físicos, el de Salvá, es el nombre de un electricista. Y así en todo, para no hacer interminable esta enumeración.

Y todo esto algo quiere decir, algo que indica, no una limitación del genio nacional, sino una propensión excesiva y absorbente, que quizá importa rectificar, no sólo en beneficio del noble y desinteresado cultivo de la ciencia, sino en pro de las aplicaciones mismas, las cuales sin el jugo de la ciencia pura bien pronto se convierten en rudo empirismo. No el idealismo, sino el *utilitarismo* (¿quién lo diría?), eso que hoy, con alusión á los *yankees*, se llama *americanismo*, es, á mis ojos, una de

las principales causas de nuestra decadencia científica, después del brillantísimo momento del siglo XVI. Mientras las aplicaciones vivieron de la tradición científica recibida de la Edad Media, todo marchó prósperamente; pero cuando otros pueblos avanzaron en el camino de la investigación desinteresada, y nosotros nos obstinamos en reducir la astronomía á la náutica, y las matemáticas á la artillería y á la fortificación, y dejamos de seguir la cadena de los descubrimientos teóricos, sin los cuales la práctica tiene que permanecer estacionaria, la decadencia vino rápida é irremisible, matando de un golpe la teoría y la práctica. Una grande institución de ciencia pura, como la *Royal Society* de Londres, hubiera podido salvarnos y conservar vivo el fuego sacro, pero ni aun esto tuvimos por desgracia. La Casa de Contratación de Sevilla bastante hacía con sostener una escuela de pilotos: de la Academia de Juan de Herrera apenas tenemos más noticias que las que se deducen de los excelentes libros que de ella salieron, pero entre ellos apenas hay dos de Matemáticas puras.

Porque atribuir, como insinuó Navarrete y han repetido otros, la ruina de estos estudios al predominio que lograron en la enseñanza los jesuítas sobreponiéndose al influjo de las Universidades, y anulando esa misma Academia y otras instituciones análogas, para sustituirlas con su *Colegio Imperial*, que quisieron convertir en Universidad, es irse por las ramas y no explicar nada. Aunque yo admire mucho á la Compañía de Jesús en su gloriosa historia, no soy ciertamente partidario fanático de sus métodos de enseñanza, ni veo, como otros, en la *Ratio Studiorum*, el ideal de la sabiduría pedagógica. Fué, á mi juicio, gran lástima que el Renacimiento cayese en manos de los jesuítas para degenerar en retórica de colegio. Pero ante todo está la verdad, y sin entrar en los pormenores de la larga lucha que sostuvieron los jesuítas contra las Universidades, y en la cual, como suele suceder en contiendas análogas, nadie tenía toda la razón de su parte, es

cierto que los jesuitas no fueron autores ni fautores de nuestra decadencia científica, aunque participasen de ella como todo el mundo. Si ellos no enseñaban bien las matemáticas y la historia natural, en las Universidades del siglo XVII ya no se enseñaban ni bien ni mal, salvo en la de Valencia, que en esto como en otras cosas fué siempre excepción honrosísima. Al contrario, en honor de los jesuitas debe decirse que hicieron laudables esfuerzos para difundir el gusto por estas enseñanzas, las cuales no faltaron nunca en el Colegio Imperial: cuando no tenían profesores indígenas los traían alemanes ó flamencos, como los Padres Kresa y Tacquet: llegaron las cosas hasta el extremo de tener que valerse de jesuitas para ingenieros de nuestros ejércitos en Flandes, estado que continuó hasta que Don Sebastián Fernández de Medrano fundó en Bruselas su Academia matemática. Es más, hasta aquel tenue pero muy simpático renacimiento que comienzan á tener estos estudios en tiempo de Carlos II con Omerique y sus amigos, se debió principalmente á los jesuitas del colegio de Cádiz y á la Universidad de Valencia.

El carácter *utilitario* de nuestra restauración científica en el siglo pasado tampoco puede ocultarse á nadie. No la iniciaron hombres de ciencia pura sino oficiales de artillería y de marina, médicos y farmacéuticos. Cuando comenzaba á formarse una generación más propiamente científica, vino la nefanda invasión francesa á ahogarlo todo en gérmen, y á hacernos perder casi todo el terreno que trabajosamente habíamos ido ganando en medio siglo. Cuando en 1845 se inició la restauración de la enseñanza, creándose las facultades de Ciencias y la Academia, hubo que echar mano de los únicos elementos que existían, valiosísimos algunos, pero casi todos de ciencia aplicada. No había más químicos que los de la facultad de farmacia, ni otros matemáticos que los ingenieros, ni otros astrónomos que los oficiales de marina.

Hoy el personal ha cambiado, y en medio del desamparo

y abandono en que yace la Facultad de Ciencias, que ha sido siempre *la Cenicienta* entre nuestras facultades universitarias, hay ya en ella puros científicos, algunos de extraordinario mérito; pero ¿qué hacen nuestros gobiernos para alentarlos y darles medios de trabajo? Fuera de la Geodesia que en cierto tiempo ha sido protegida con lujo, y hasta con despilfarro, según dicen; nada, absolutamente nada. ¡Cómo estarán las cosas cuando nos vemos reducidos á envidiar los días de la privanza del Príncipe de la Paz! Aun lo poco que la enseñanza científica ha logrado en estos últimos años es precario, y está al arbitrio de cualquier remendador de presupuestos que so pretexto de economías nos deje á buenas noches, bariendo estas superfluidades, que son caras, muy caras si se han de enseñar como Dios manda. Para esto no faltaría un grande argumento, que nunca deja de encontrar eco entre los que deciden de los destinos de esta nación desventurada: «La Facultad de Ciencias está desierta.»

Y yo digo: ¡ojalá tuviese menos alumnos todavía, y fuese lo que debía ser, es decir, una escuela cerrada, de purísima investigación, cuyos umbrales no traspasase nadie cuya vocación científica no hubiera sido aquilatada con rigurosísimas pruebas, y que entrase allí no como huésped de un día sin afición ni cariño, sino como ciudadano de una república intelectual, á la cual ha de pertenecer de por vida, ganando sus honores en ella, no con risibles exámenes de prueba de curso, que en la enseñanza superior son un absurdo atentatorio á la dignidad del magisterio, sino con la colaboración asidua y directa en los trabajos del laboratorio y de la cátedra, como se practica en todas partes del mundo, sin plazo fijo para ninguna enseñanza, sin imposición de programas, con amplios medios de investigación, y con la seguridad de encontrar al fin de la jornada la recompensa de tantos afanes, sin necesidad de escalar una cátedra por el sistema tantas veces aleatorio de la oposición, que desaparecerá por sí mismo cuando el discípulo día por día se vaya transformando en maestro, pero que

ahora conviene que subsista porque todavía es el único dique contra la arbitrariedad burocrática!

Cuando tengamos una Facultad de Ciencias (basta con una) (1) constituida de esta suerte, y cuando en el ánimo de grandes y pequeños penetre la noción del respeto con que estas cosas deben ser tratadas, podremos decir que ha sonado la hora de la regeneración científica de España. Y para ello hay que empezar por convencer á los españoles de la sublime *utilidad* de la ciencia *inútil*.

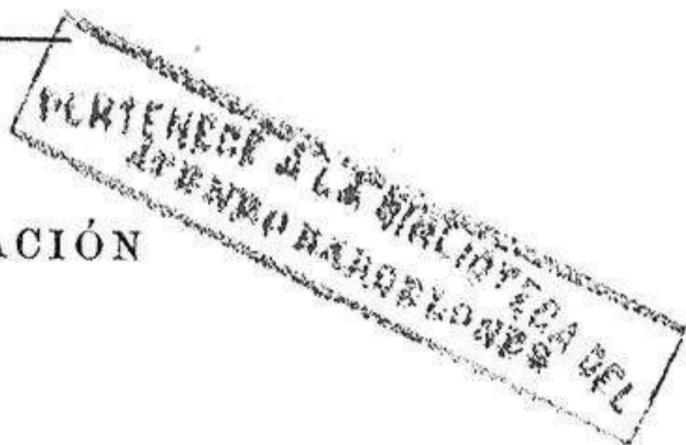
M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

---

(1) No quiere esto decir, ni mucho menos, que convenga centralizar todas las enseñanzas en un mismo punto. Al contrario, la Facultad de Ciencias, tal como yo la concibo, debe tener carácter *esporádico*, fundándose particulares centros de enseñanza en los puntos que ofrezcan condiciones más ventajosas para cada uno de los órdenes de la investigación científica. Ya en el *Laboratorio de Biología Marítima* de Santander tenemos un notable ensayo de esto.

# EL ESPAÑOL BLANCO WHITE

CONTINUACIÓN



33. Ahora bien: la proposición fundamental que establecemos, y para cuya demostración apelamos, sin temor de ser contradichos, á la práctica universal humana, es esta: que todo el sistema de nuestra conducta moral, y aun mucho de la que no es directamente moral, se apoya en la fe como contrapuesta al conocimiento, y no sólo en ese grado supremo de fe que desvanece completamente la duda, sino en todos los grados que encierran alguna parte de probabilidad relativa, aun cuando varios de ellos queden envueltos en no pequeñas dudas, según subsisten en nuestro espíritu, y aunque serían muchos más los que se prestaran á dudas serias si se sometiesen á examen reflexivo. Y esto, que en el terreno de los hechos es indiscutible, no es menos irrefragable en el terreno de la razón; de suerte que cualquier otra regla para la dirección de la vida humana, sería, no irreligiosa, sino irracional en grado sumo. Tomemos primeramente un ejemplo de la mayor certidumbre práctica. ¿Cómo sabemos que las personas que pasan por padres y hermanos nuestros lo son realmente? Es notorio que la prueba positiva que puede aducirse en cada caso dista á menudo bastante de tener un valor demostrativo; más aún; sabemos de sobra que no pocas veces se han supuesto esos vínculos sin existir en realidad, y la ilusión ha durado mucho tiempo ó siempre. Y sin embargo, por lo que

hace á ese punto, todo hombre alimenta una convicción, exclusiva en absoluto de dudas. Y los que formularasen dudas sobre el particular, por exigencias de certidumbre matemática, parecerían más á propósito para ingresar en una casa de orates que para consagrarse á la especulación filosófica. Así, pues, las convicciones y las prácticas universales de la humanidad, de donde inferimos por una legítima inducción las verdaderas leyes de nuestra naturaleza, se oponen en absoluto á los teoremas del Sr. Blanco, ó quizá más bien á la consecuencia que de ellos deduce, puesto que pide á los hombres para admitir el cristianismo más de lo que autorizan á pedir las razones en que se funda esa exigencia.

34. Pero repitámoslo; hay infinidad de casos en que existe una gran incertidumbre, y en que debemos obrar, no obstante, como si no hubiese el menor asomo de duda. Un hombre con varios hijos los prepara á todos para el porvenir, aun cuando uno ó más mueran probablemente antes de llegar á la madurez. A dice á B que está ardiendo su casa; A puede tener motivos para engañarlo, pero B, si es persona de juicio, deja todo lo que esté haciendo para ir á ver lo que sucede. Los ejemplos serían interminables; examine cada hombre su experiencia diaria, y reconocerá que de ellos está formado todo su tejido; ó, usando las palabras de aquella obra «inferior» del obispo Butler, que «la probabilidad es el verdadero guía de la vida». El Sr. Blanco hubiera podido recibir sobre este punto utilísimas lecciones de un folleto ingenioso y verdaderamente filosófico del arzobispo Whately, titulado *Dudas históricas sobre la existencia de Napoleón Bonaparte*, y en el cual demuestra hasta qué punto son susceptibles de objeciones abstractas las razones en que nos apoyamos para admitir aun los hechos de universal notoriedad.

35. Y no basta argüir que la probabilidad será suficiente para las cosas pequeñas; pero que en las grandes, y sobre todo en lo que toca á la salvación del alma, hace falta la demostración. Porque la ley de probabilidad en que se funda

nuestro proceder universal diario, se halla tan lejos de depender de la magnitud de los objetos á que se aplica como los números de la escala aritmética, que lo mismo abrazan motas que montes. Siempre que hay que admitir ó rechazar una proposición, no es á su magnitud ó pequeñez á lo que ha de atenderse, sino al cotejo de las probabilidades en pro y en contra. Cierto que cuando el asunto sea mínimo, pequeño será también el inconveniente de obrar en contra de lo probable. Pero eso demuestra que la ley obliga, no menos, sino más estrechamente, á medida que aumenta la importancia de la cuestión, porque el método mejor y más racional para evitar grandes males ó realizar grandes bienes alcanza títulos mayores á nuestra consideración y aceptación á medida de la magnitud del objetivo á que se mira.

36. Pero además, ¿puede decir con exactitud el Sr. Blanco que el cristianismo de las Iglesias exige de todos sus adeptos, en todas las fases de su desarrollo, una convicción absoluta y matemática? ¿Dónde aprendió teología tan severa? Hooker, en su sermón sobre la certidumbre y perpetuidad de la fe en el elegido—obra de doctrina nada laxa—ha demostrado que la verdadera fe no implica la exclusión de toda duda. Y aun dice, hablando de las verdades reveladas: «¿Quién no dudó de ellas alguna vez?» Para el obispo Pearson la fe cristiana es un asentimiento á lo creíble, en cuanto creíble. Pero, evidentemente, mucho de lo que es creíble en general admite un grado de duda, aunque no puede ser creíble sino cuando las pruebas á su favor predominan sobre esa duda. Entonces cabe que haya conflicto en el pensamiento, cabe que haya lucha entre dos tendencias, aunque desiguales; pero esta es la excepción, no la regla. En general, no concebimos que la fe del cristiano, aun en su nacimiento, luche seriamente con dudas sustanciales; á pesar de lo cual, esa fe, como la mayoría de los actos más racionales de nuestra vida común, no se funda ni puede fundarse en aquella plenitud de convicción filosófica, que es *de jure* condición esencial para una emancipación per-

manente y absoluta de duda. Claro es que la formación de semejante fe y el modo de proceder contra la tentación cuando se levanta en forma de duda, constituyen una parte capital de la disciplina del alma; pero es completamente erróneo, y esto es lo que importa dejar sentado, que la admisión del cristianismo suponga como cosa necesaria una absoluta certidumbre intelectual.

37. Apuntemos otro error grave que, á nuestro juicio, existe en esta parte de la filosofía del Sr. Blanco. Los grados de asentimiento y disentimiento mental son casi innumerables; pero las alternativas de conducta propuestas por la fe católica son dos solamente. Hay un camino estrecho y un camino ancho, y todo hombre *debe* seguir el uno ó el otro. No cabe decir: yo veo tal dificultad en la doctrina cristiana, y no puedo admitir esta doctrina; veo cuál dificultad en la teoría anticristiana, y tampoco puedo adoptar sus principios; esperaré sin adherirme á ninguna de las dos. He ahí una cosa que es, por lo menos, ininteligible; porque, entre tanto, la vida marcha:

*E mangia, e bee, e dorme, e veste panni* (1).

Y no sólo esas funciones. Nuestros hábitos morales se hallan también en vías de formación ó destrucción; el carácter recibe sus tendencias; hay apetitos que dirigir, hay poderes que emplear, y nada de eso puede aplazarse. El cumplimiento de nuestros deberes diarios ha de amoldarse más ó menos perfectamente, ya á la hipótesis de que tenemos un Creador y un Redentor, ya á la hipótesis de que no lo tenemos. No existe un veredicto intermedio de «no ha lugar», que deje abierta la cuestión. La cuestión se reduce á esto: ¿Existe una prueba que se imponga? Y sea lo que quiera nuestra respuesta de palabra, de hecho no puede haber más que una: sí ó no. Sólo

(1) *Inferno*, xxxiii, 141.

tenemos dos líneas de conducta, y nuestra libertad se circunscribe á elegir entre una y otra.

38. He aquí, pues, en lo que estriba para nosotros el mandato imperativo de la ley de asentimiento, aplicada á las creencias del cristianismo. En cuestiones puramente abstractas, ó que no entrañen responsabilidades morales, como la generación de la estructura actual del mundo por el fuego ó por el agua, la teoría de las vibraciones en la óptica, el sistema de Copérnico ó el sistema de Descartes, podemos encerrarnos en una suspensión de juicio, mientras no tengamos pruebas concluyentes; y si, aun teniéndolas, negamos nuestro asentimiento, el error no es de consecuencias fatales. Pero la fe que el cristianismo exige, obliga como fundamento de nuestra conducta diaria, como el molde en que deben vaciarse y á que han de ajustarse todos los actos, todos los pensamientos, todas las esperanzas, afectos y deseos. Porque, sea lo que quiera lo que enseñe tocante, v. gr., á la obra y á la persona de nuestro Señor, lo enseña, no en abstracto, sino poniendo ante nuestra vista á Aquel cuyos pasos tenemos que seguir, en quien debemos depositar toda nuestra confianza, á quien hemos de asociarnos vitalmente, y que necesitamos conocer, por lo mismo, aunque sólo sea al través de un cristal oscuro: porque ¿cómo imitar ni amar sin alguna especie de percepción, ni cómo transmitir de hombre á hombre una percepción definida, sin el auxilio del lenguaje? ¿Y qué son los credos sino la visión de Dios (en parte), según El es, traducida en palabras?

39. Asimismo, cuando la fe católica nos habla de la Iglesia, nos instruye sobre el órgano por el cual han de realizarse en nosotros esas operaciones: bien así como el niño aprende las reglas de la escuela en que ha de educarse, y el artesano las del oficio que ha de practicar. Ahora bien: por singular que parezca, tratándose de una persona del carácter y posición del Sr. Blanco, inútil es buscar en sus obras el reconocimiento, no ya de que la fe católica se relaciona efectivamente con

la práctica cristiana, pero ni siquiera de que la Iglesia afirma semejante relación, considerando la fe católica como el fundamento propio y exclusivo de la práctica cristiana. Tan cierto es esto, sin embargo, que lo que pide la Iglesia no es asentimiento á un conjunto de dogmas abstractos, sino conformidad con una nueva ley de voluntad y de vida, cuya ley nueva (como ella dice) sólo puede ser eficaz bajo el influjo de la fe y de la conducta que inspira. Es la fórmula del Evangelio, que pide atestiguar arrepentimiento hacia Dios, y con esto, pero sólo en unión indisoluble con esto, fe en nuestro Señor Jesucristo. Al discutir, pues, los títulos del cristianismo para ser aceptado ó rechazado, no hay que perder de vista que se trata de un sistema de creencias y de acción inseparablemente; y, por tanto, que si es admisible, lleva consigo la fuerza, no de una especulación, sino de una cuestión práctica, de una cuestión que ha de decidirse aquí y ahora, que no puede ser relegada á la región de la indiferencia; pues, aun queriendo abstenerse nuestro pensamiento, nuestra conducta tendría que reconocerla como verdadera ó rechazarla como falsa.

40. Contra esta parte, pues, de la doctrina de Blanco White, sostenemos que el cristianismo no requiere el más alto grado de certidumbre intelectual para ser profesado honrada y lealmente; que los mismos principios que dirigen los actos de la vida común, y que son patrimonio del sentido común, esos mismos principios, fortificados (nos atreveríamos á decir) por la gracia de Dios con notable cantidad y diversidad de testimonios, son los que piden la adhesión y obediencia á la Escritura; y que no podemos rehusar esa adhesión, so pretexto de que los testimonios son problemáticos y no concluyentes, sin rebelarnos contra las leyes fundamentales de nuestra condición terrena, según las reconoce el universal asentimiento en la conducta perpetua y unánime de la especie humana.

41. Y es muy de notar que el Sr. Blanco no niega que las

probabilidades estén en favor de la revelación cristiana. Lo patentizan los pasajes á que venimos refiriéndonos; y aun en tiempos ulteriores concedía á la revelación cristiana «cierto grado, quizá ligero, de probabilidad». Por consiguiente, de su propia afirmación se desprende que seguía lo improbable, y que, no encontrando la verdad indiscutible en ninguno de los dos caminos, elegía el más discutible; con lo cual queda destruida su doctrina por el mismo argumento en que la apoya.

42. Dejando este asunto, advirtamos ahora que el señor Blanco White profesaba la opinión, corriente en un estado de espíritu como el suyo, de que la parte moral del Evangelio puede separarse de su parte dogmática. Lo demostraremos con sus propias palabras, procurando indicar á la vez los pasos por donde llegó á esa posición y notando sus consecuencias.

Primitivamente rechazó el cristianismo en España por no encontrar la prueba de un juicio infalible en cuestiones de religión, ya que la Iglesia católica, que reclamaba ese ministerio, no lo había acreditado prácticamente. La doctrina religiosa á que se adhirieron sus sentimientos reanimados cuando vino á Inglaterra, era una doctrina que distaba mucho de la de los formularios ó de los teólogos de la Iglesia anglicana, pero que ha obtenido alguna que otra vez desde la Reforma, y en varios grados, el asentimiento del espíritu popular. Para definirla de la manera más breve, baste decir que es una doctrina que no concede ningún valor á estas palabras del artículo 20: «La Iglesia tiene autoridad en las controversias sobre la fe»; y que, después de afirmar justamente la supremacía de la Escritura, afirma erróneamente, en segundo lugar, la supremacía del individuo.

43. Pero ni entonces ni después parece haber examinado esa concepción religiosa, en cuya virtud, sin afirmar primordialmente, y aun sin afirmar de ningún modo una infalibilidad abstracta, la Iglesia, distribuida con su organización regular por todo el mundo, asume el divino encargo de guía moral é instruye al creyente con una autoridad variable según la im-

portancia del asunto, según el órgano de que el juicio proceda y según los títulos que tenga ese órgano para representar el sentir unánime y constante de la institución. Se consagró, pues, en 1814 al estudio de la Sagrada Escritura con la esperanza de encontrar: primero, una demostración casi matemática del canon; segundo, una exposición de los límites y definiciones de la fe, destinada á prevenir, punto menos que mecánicamente, todo extravío de una recta y piadosa intención. Sufrió, como es natural, un gran desencanto al ver que la misma autenticidad é inspiración de la Biblia, á semejanza del carácter de la Iglesia y de tantas otras cuestiones, eran asuntos sometidos al criterio de las probabilidades. Por lo que atañe á la Iglesia, desde el punto y hora en que no halló esa especie de enseñanza infalible, que llegaría hasta hacer inútiles la fe y la disciplina moral, perdió, para no volver á recobrarla nunca, la verdadera idea de sus funciones como madre espiritual. De modo que empezó por figurarse que la Escritura sería para él todo lo que había propuesto la Iglesia, y cuando vió defraudada su esperanza, perdió su confianza en la Escritura como documento de autoridad.

44. Comenzaron, pues, á asaltarle dudas doctrinales; su inteligencia vacilaba, y no podía contar con el auxilio externo que hubiese podido recibir de los sacerdotes y reformadores de la Iglesia anglicana si hubiese rehecho con ellos sus estudios, y si, á imitación suya, hubiera estado dispuesto á recibir, como el más eficaz testimonio del sentido de la Sagrada Escritura, la voz de la Iglesia universal. Así llegaron á desvanecerse los últimos retoños de su fe dogmática. Pero como era hombre de más sentimiento que convicción, según revelan sus obras, se aferró, naturalmente, á la enseñanza moral de la Escritura mientras conservó alguna fortaleza de ánimo. Los argumentos en pro y en contra de las doctrinas más diversas le parecían tan iguales, que creía preferible no tener ninguna opinión (1818); se figuraba que el designio de la Escritura era enseñar el espíritu de la moral cristiana, y

no establecer un código de opiniones; proponíase á sí mismo la voluntad de Dios como regla de vida (1821); teniendo dudas en punto á la providencia general y particular, relegó esta cuestión, como ¡cuestión abstracta!, al catálogo de las no esenciales (1822); y un año después, concluía que el cristianismo no se encierra en letra ninguna, y que el espíritu de que da testimonio no puede distinguirse de la razón.

45. Sin embargo, durante ese período medio de declinación, no parece que flaqueara en lo tocante á la moral del Nuevo Testamento. Tan cierto es que, así como la Iglesia es el baluarte del canon de la Escritura y de la doctrina que contiene, así esta doctrina es el baluarte del conjunto de su ley moral; y suele mediar «un breve espacio» entre el asalto de una de esas defensas por el enemigo y el ataque de la inmediata. Pero en el período en que pierde definitivamente la fe cristiana—período que principia después de 1830, y se acelera desde 1833—entonces, según el orden natural de las cosas, va siendo menos firme cada vez su adhesión á la moral de la Biblia. Empezó por sostener que debemos considerar á Cristo como nuestro Rey moral, y creer en Dios y cultivar nuestros sentimientos religiosos hacia él, con independencia de toda clase de dogmas sobre su naturaleza objetiva. Pero en 1836, dice: «El Dr. Whately ha tratado de comentar la falsa economía política de los Evangelios, y sobre todo del Nuevo Testamento, en punto á la limosna; pero la cosa no es tan fácil. Cristo y sus Apóstoles enseñan que dar algo el que puede es uno de los actos más elevados de virtud.»

46. Luego afirma que la oración, propiamente hablando, es «deseo ó anhelo», un «acto del corazón»; y añade: «convertirla en acto de los labios también puede ser *excusable* en ciertas circunstancias».

En fin, llegaba á establecer una regla para depurar el valor de pasajes particulares del Nuevo Testamento—cosa que puede parecer casi increíble en quien se había pasado la vida en una crítica perdurable.—La regla era ésta: que la

pedra de toque para tal juicio debían ser las consecuencias morales que esos pasajes hubiesen producido, y su conformidad con la razón, que él consideraba como la voz de Dios dentro de nosotros. «Apruebo en ellos lo que encuentro digno de aprobación, y rechazo lo que no veo razón ninguna para creer ó seguir.»

Por este principio, suponemos (puesto que no cita otro), rechaza en 1834 el pasaje de la mujer adúltera. La enfermedad progresa con el tiempo. En 1838 dice que Sócrates hubiese sido muy otro—queriendo significar, evidentemente, muy inferior—si hubiese padecido mala salud; y luego, en palabras que no hemos de citar (son simple expresión de un pensamiento), añade la observación blasfema de que lo mismo hubiese ocurrido probablemente con nuestro Señor. Es una idea que puede caber abstractamente en el credo del unitarismo; pero el Sr. Blanco White nos presenta aquí el unitarismo en una aplicación práctica, el unitarismo en acción, por decirlo así, con lo cual salta más á la vista.

47. Algún tiempo después ataca en sus cimientos mismos el código moral del que inauguró su gran discurso con aquellas palabras: «Bienaventurados los pobres de espíritu.» Porque, á propósito de la humildad, escribe el Sr. Blanco lo siguiente en 1840:

«La humildad no puede elevarse á la categoría de las virtudes, como no sea en sociedades compuestas principalmente de hombres degradados por la esclavitud personal, al modo como la historia nos presenta la Iglesia primitiva. Sólo esclavos se concibe que oculten la cobardía bajo capa santa de humildad: porque ésta no es el digno sufrimiento de un mal inevitable, sino bajeza destinada á aplacar la cólera de un opresor insolente. Tal sumisión no puede ser aceptada á tus ojos, ¡oh Dios! porque te iguala á los déspotas de este mundo...

»Si El (nuestro Salvador) formuló alguna vez la máxima de presentar la mejilla para recibir un segundo insulto, sería

convencido de que sólo un idiota puede no entender el estilo oriental que usaba... La fuente de esa humildad que ha rebajado el patrón de la moderna virtud ha de buscarse en la muchedumbre de esclavos que afluían como manadas á la Iglesia.»

Así, ensoberbecido con sus preocupaciones, llega á estigmatizar «la ruin ambición, el carácter bajo y degradado y las miras mundanas» de los mártires de aquel Dios «que debe ser glorificado en sus santos y admirado en los que creen»; y, como si estuviese escrito que el hombre que profería esa impiedad no podría hacerlo sin exponerse al mismo tiempo al ridículo, deplora tal doctrina, afirmando que «crear en nosotros un hábito de timidez es privarnos de esa confianza que constituye el fundamento de toda alta empresa». Y, no obstante, el sabía alguna cosa del poder de ese sistema tan debilitado y degradado por la doctrina de la humildad; porque entre las varias causas que amargaron sus últimos días, y convirtieron su vida en un tormento, figuraba la creencia, que él mismo consigna, de que, en sus últimos tiempos, y contra sus antiguas esperanzas, progresaba la ortodoxia en su patria adoptiva, en aquel mismo país que le parecía destinado á ser su sepultura.

48. Notemos, en fin, antes de dar por terminada esta parte de nuestro asunto, que el Sr. Blanco White parece haber tenido muy pobres ideas sobre la naturaleza y enormidad del pecado como una contravención de la voluntad divina. A veces habla de los pecados de su primera vida en términos de arrepentimiento; pero no vemos que la idea del pecado, como tal, suscitase en él el horror que naturalmente despierta. En su última época, la vehemencia con que habla contra la doctrina cristiana del pecado original se armoniza perfectamente con sus débiles impresiones sobre el pecado actual. Del primero no repara en decir que los que pueden creer en él están fuera del terreno de la razón. Sobre el último, amén de una burla contenida en un pasaje precedente, dice: «No hay ale-

gría pura entre nosotros. El placer toma constantemente la apariencia de pecado—*una palabra que pervierte los espíritus*—Los hebreos tenían una idea más sana de la condición del hombre. Véase las opiniones y sentimientos expresados en el libro de Salomón.»

49. Reputamos estas partes de su historia como las de mayor importancia. Confirman notablemente la conexión inseparable que existe entre la moral del Evangelio y el resto de la doctrina cristiana. Prueban que el hombre que abandona la última, camina, á sabiendas ó sin saberlo, á la pérdida de la primera, aun cuando puede suceder á menudo que sea demasiado corta la vida y demasiado numerosos los obstáculos para permitirle llegar al término de su terrible caída. Habiendo, pues, naufragado ya la fe de nuestro autor, la teoría moral tenía que irse á pique. Pero ¿qué decir de sus virtudes prácticas?

50. Al examen de una inteligencia y de una historia como las de Blanco White acompañan varios peligros graves. Podemos propender á negar la realidad de aquellas virtudes que se nos presentan sin su acompañamiento propio de fe cristiana. Y entonces no faltan quienes por salvar su ortodoxia dejen que padezcan su justificación y sus sentimientos fraternales. Porque hay algunos, que, aunque viesan testimonios de la piedad de un incrédulo, estimarían casi un deber rechazarlos de antemano á causa de la herejía. Y otros, admitiendo la realidad de las virtudes, sin poder negar la ausencia de fe católica, pueden caer en el funestísimo error de mirar el dogma cristiano como cosa separable de la conducta moral cristiana, y sostener que un hombre «puede salvarse *por* la ley que profese», que puede haber, fuera del Evangelio y de la Iglesia, una base de conducta humana adecuada á las exigencias de la virtud. Tal punto de vista, si no en cada individuo, por lo menos en todas las escuelas que lo admiten, parécenos el precursor seguro de la infidelidad.

51. O también, aun librándonos de este lazo, y sin dejar

de creer que la virtud renovadora de nuestra vida moral radica por divina disposición en las doctrinas cristianas, todavía pueden preocuparnos los ejemplos en que parece haber coexistido la piedad personal con las opiniones heréticas. Tal es el caso de Firmin, tal el de Courayer (en sus últimos años), y tales los de algunos otros cuyas negaciones, aunque heréticas, no afectaban tan palmariamente á lo fundamental. Podemos, pues, sentir tentaciones á hacer una clasificación de las varias verdades que constituyen el depósito de la fe; y, suponiendo no esenciales las rechazadas por personas que al parecer vivían con espíritu religioso, trazar un nuevo catálogo de las fundamentales, que, andando el tiempo, de seguro nos parecerían sujetas á sucesiva é indefinida reducción. Es sorprendente ver cuántos hombres serios y piadosos se han dejado seducir en mayor ó menor grado por una teoría tan superficial y resbaladiza. El proceso que esto supone, dado que empieza con un acto de pura presunción—porque ¿qué somos nosotros para analizar la fe de la Iglesia perpetua y universal, y separar sus partes orgánicas?—termina naturalmente en la nada y el vacío.

Pero, en fin, concediendo que el Sr. Blanco ofrezca á nuestra vista humana las muestras de una verdadera sumisión de la voluntad á un Dios amado y amoroso; sosteniendo al par firmemente que la fe católica es el único manantial de bienes espirituales, y entendiendo esa fe como fué entendida en Niza y en Constantinopla, cuando reinaba la unidad en la Iglesia, y ésta daba universal y consecuente testimonio de sí misma en todo su ministerio, el hecho es que nos encontramos delante de una piedad verdadera, aunque morbosa y mutilada, asociada á una completa incredulidad, no muy distante del panteísmo especulativo. ¿Cómo compaginar esto con la promesa terminante de nuestro Señor: «El que quisiere hacer su voluntad sabrá por la doctrina si viene de Dios?» El intento de explicar casos particulares como éste—podrá decirsenos—¿no se estrella contra la roca diamantina del Evangelio?

52. No podemos presumir dar una respuesta completa á la objeción formulada, porque no cabe conseguirlo sin un conocimiento de los secretos del corazón que no poseemos, ni pretendemos poseer. Pero el aspecto bajo el cual se nos presenta de suyo el caso de Blanco White no es tan dudoso como parece á primera vista. El mismo nos da en parte las claves para entenderlo, cuando dice que «se adelanta frecuentemente á su juicio el calor de los afectos sociales»; que siempre había tenido más fe práctica que convicción lógica; que había luchado mucho tiempo contra las nociones intelectuales que lo cautivaron á la postre; y que, desde que su inteligencia vaciló completamente en punto á artículos fundamentales de fe, leía todos los días el Nuevo Testamento para fortalecer sus sentimientos y hábitos religiosos, alimentaba el deseo constante de seguir la voluntad de Dios, y aun asistía á la Santa Eucaristía. Las inclinaciones y simpatías religiosas, que habían echado raíces en su espíritu, sobrevivían, en parte por lo menos, á la fe dogmática de que eran fruto y consecuencia. Cuánto tiempo hubiesen subsistido así, aisladas de su tronco, cosa es que no pretendemos juzgar; sin embargo, por algunas indicaciones de su vida postrera, no parece que encontraran gran apoyo, ni era fácil, en su último credo.

53. Pero aunque esta explicación pueda contribuir á resolver, ó, por lo menos, á despejar de algunas de sus complicaciones, una parte del problema — especialmente la coexistencia de sentimientos religiosos con la ausencia de fe y con ideas casi impías — sin embargo, más bien agrava el otro aspecto de la dificultad, á saber: «Si estaba tan resuelto á hacer la voluntad de Dios, ¿cómo llegó á perder el fruto de aquella promesa de que la voluntad será rectamente ilustrada, de que la rectitud de la intención será guía que conduzca á la verdad del conocimiento?»

Nótese que el mismo Sr. Blanco nos habla de su carácter impresionable; y es de suponer que conservó siempre hacia la Iglesia romana, como causa original de sus sinsabores, un

resentimiento poco á propósito para que mirara con verdadero desapasionamiento cualquier punto de su doctrina; y ya hemos visto que sentía esa antipatía realmente. Sus obras prueban también que tenía una sensibilidad enfermiza, y, por otra parte, no hay ningún motivo para pensar que él llegase nunca á esa altura y disciplina de espíritu que hubiesen garantizado la inmediata y perentoria aplicación de la citada promesa al caso suyo. Y su caso era el de un hombre que buscaba la verdad con rectitud, humanamente hablando, pero que erraba el camino casi del todo. Nosotros nos inclinamos á creer que la solución de este conflicto estriba en el hecho de que el Sr. Blanco White sufrió en sus primeros años una dislocación no corregida nunca, y por cuya virtud llegó á perturbarse violenta y fundamentalmente la relación entre su vida especulativa y su vida práctica. Ahora bien: toda afirmación de la Escritura tocante á la influencia que una parte de nuestra constitución humana ha de ejercer sobre la otra — la voluntad sobre el pensamiento — debe entenderse con respecto á los casos que permanecen fundamentalmente inalterables: las leyes de nuestra naturaleza.

54. Pero, así como la flecha rectamente disparada yerra el blanco, si algo altera su trayecto, así también fallará necesariamente tal promesa cuando, antes y después del período de libre despliegue de la actividad, no sólo se ha relajado, sino que se ha roto deliberada y sistemáticamente la ordenada relación que debe existir entre el pensamiento y la conducta. Pues bien: eso sucedió al Sr. Blanco al abrazar la carrera eclesiástica, y á eso lo llevaron igualmente las fatales consecuencias de su falsa posición. Siguió ese camino, como hemos visto, porque era la única llave que podía abrirle los dorados tesoros de la literatura por los cuales suspiraba. La artificiosa piedad de su madre ó de los consejeros de su madre, en vez de apelar á la fuerza pura, puso en práctica el principio del freno, el sistema de atar corto. La cuestión era conquistarlo mediante él mismo. Nadie lo obligaba á hacerse cura. ¡Oh, no! Abierto tenía el

escritorio. Y ya se sabía que su odio á esta última profesión suplía su falta de inclinaciones á la primera, máxime estando de por medio el acendrado cariño á su madre y su temperamento sensible. No nos toca á nosotros condenar á los que así lo empujaron hacia las sagradas órdenes: hay mil pruebas de que los motivos de su madre eran elevados y puros. La falta de respeto á las inclinaciones naturales es demasiado común para causar extrañeza; pero el caso presente es de los que obligan á llamar enérgicamente la atención sobre su funesto influjo.

55. No es sólo que se le arrancase una decisión á viva fuerza, sino que eso se hacía en un asunto donde la decisión era irrevocable: porque el día en que recibió las órdenes rompió para siempre con la vida doméstica. Y como tal vida puede decirse que formaba parte integrante de su vocación natural, resulta que se vió colocado en una situación á que no prestaban ningún apoyo sus convicciones íntimas. Verdad es que tuvo en su abono una gran excitación religiosa; pero, como hemos visto antes, él mismo declara que no pudo dominar nunca cierto sentimiento de aversión hacia los ejercicios devotos. Se le había apartado violentamente de la naturaleza, y él tomó su desquite volviendo á ella. El conocimiento de la verdad física había colocado al joven en oposición con sus maestros á la edad de catorce ó quince años; y como toda la instrucción que había recibido ostentaba un carácter uniforme y llevaba impreso el mismo sello de autoridad, no era sorprendente que, al ver flaquear una parte de la misma, pudiese el resto en tela de juicio. Una sola cuestión—la de si la Iglesia, es decir, la Iglesia de Roma, se engañó alguna vez—comprometió toda la fábrica de sus creencias. El no había llegado á asimilarse estas últimas íntimamente. Los testimonios internos y experimentales que la vida diaria sugiere, y la arraigada convicción que engendra, no existían á sus ojos. Y si se recuerda que, cuando era ya un incrédulo, parece haber vivido satisfecho como teólogo, predicador y confesor, y que conservó su pureza de conducta durante algún tiempo

después de recibir las sagradas órdenes, todo esto nos revela claramente el gran vacío que dentro de él existía, la absoluta falta de motivos morales en la determinación de su conducta y el desacuerdo fundamental resultante entre su posición y su espíritu.

56. No era de ley que ese desacuerdo temporal hubiese de ser perpetuo é incurable; pero, como acontece de ordinario, el error engendró el error. Se encontró siendo á un tiempo junto sacerdote y ateo. Cuando en tan tremenda situación empezó á buscar guía y ayuda tanteando tímidamente el espíritu de otros sacerdotes amigos suyos, vió que «se asociaban á él en terrible armonía», que reproducían la misma nota de su completa incredulidad. Nosotros estamos conformes, por supuesto, con la afirmación de que debió abandonar á todo evento la posición que ocupaba en la Iglesia. Pero añadamos, como circunstancia atenuante, que, á nuestro juicio, pocos lo hubieran hecho, ni aun quizá entre aquellos que lo digan, á encontrarse en sus mismas circunstancias. En primer término, un hombre no puede justificadamente subvertir toda su existencia y perturbar de un modo violento la sociedad en que vive, á menos de una plena y madura convicción. Esta no puede formarse y experimentarse sino con el tiempo; y, dadas las sinuosidades del trabajo introspectivo, no es fácil señalar el instante en que se afirma suficientemente una convicción que entraña tan terribles consecuencias. Pero supongamos que haya llegado ese instante: dar testimonio de una verdad positiva, de un principio de vida, no es sólo un deber, sino una idea noble y animadora; no es lo mismo tener que dar testimonio de una negación escueta, vana y universal, tener que privar á los hombres, moralmente hablando, del vestido que los cubre, de la casa que los cobija, del alimento que los sustenta, y presentarles, en cambio, el gran *Nil*. Tal era el caso del Sr. Blanco White; y, aunque otros pudiesen no llegar á idénticos extremos, sin embargo, ya hemos visto que ejemplos en que apoyarse no le faltaban.

57. Y no es que se limitase á seguir una mala corriente. Para él había dos clases de sacerdotes: unos enseñaban lo que creían falso; otros sostenían y enseñaban lo mismo bajo la fe de una autoridad que él no estimaba válida, y no toleraban que nadie enseñase otra cosa. Aparte de los que predicaban lo que no creían, y de los predicadores que creían sólo por sumisión á la Iglesia de Roma, no había una tercera clase, no había ningún sitio adonde él pudiese buscar refugio. Además, los grandes hombres de la antigüedad pagana, que podían ofrecerse como modelos para un caso como el suyo, habían disimulado más ó menos en materias de religión. Y es de advertir, que el deber de dar testimonio de nuestras convicciones personales, preconizado entre nosotros á veces hasta con detrimento de otros deberes, no ocupaba igual puesto en el sistema bajo el cual él vivía. En cambio, confesando su incredulidad, hubiese desafiado á la Inquisición, y, lo que era más aún, hubiese causado honda aflicción á sus padres. Su disimulo era una falta á que bien pocos se hubiesen sustraído entre los que fuesen capaces de caer en su error.

58. Pero, hechas todas estas salvedades, no es menos patente la magnitud y gravedad del mal. El hecho de sostener una profesión cristiana durante diez años sobre una base de ateísmo, teniendo el Breviario encima de la mesa, y en lugar oculto los escritores anticristianos de Francia, debió ejercer un funesto influjo moral en su vida interior. Precisamente en la época en que el espíritu da, por decirlo así, la última mano á la formación de su carácter—especialmente, de los veinticinco á los treinta y cinco años—tuvo la desgracia de ejercer primero todos los oficios y de amoldarse al fin á la profesión de sacerdote, sabiendo que había dejado de ser cristiano interiormente. A la verdad, después de tan largo período de un contraste violentísimo; después de contraídos y arraigados los hábitos intelectuales consiguientes á tal situación, y arraigados con la fuerza que es de suponer en un período de tiempo tan considerable; después de divorciarse tan prolongada y tan

completamente los propósitos y la conducta general de las convicciones íntimas, no es mucho decir que era demasiado tarde para restablecer las naturales relaciones entre unos y otras. No se puede jugar así impunemente con la delicada y maravillosa organización de nuestro ser espiritual. Después de esto no cabe que subsista rectitud de intenciones, sino en un sentido imperfecto y limitado. Puede haber rectitud en lo que dependa de la voluntad del momento, pero entorpecida y dificultada por las reliquias embarazosas de la antigua doblez, y sin poder reportar más que una escasa parte de los beneficios que acompañan á una virginal rectitud. Así, del propio modo que las promesas hechas al penitente tórnanse dudosas y acaban por ser infecundas á compás del endurecimiento del corazón, de igual suerte las promesas de dirigir la voluntad deben referirse, no á la simple inclinación del momento, sino á la tendencia del carácter, según resulta modificada por la conducta primitiva, y á esas *ὑφ' ἑσθ' νόμος*, á esas supremas leyes de retribución moral, que por la estructura de nuestro espíritu podemos volver contra nosotros.

59. A veces, al leer esta biografía, la intensidad de los sufrimientos que pinta el escritor, y el abatimiento que producen, nos recuerdan la melancolía ó locura religiosa de ese Cowper, cuyo nombre debe ser siempre caro para nosotros, de ese Cowper «arrastrado por impetuoso torrente á un proceloso mar». No sabemos si es absurdo creer que los padecimientos corporales pueden haber sido en mayor ó menor grado la fuente de las especulaciones enfermizas de Blanco White, y que los rigores de su existencia entorpeciesen el libre ejercicio de sus facultades. Dejemos estas cuestiones al que todo lo sabe y juzga, y sirvan sólo para refrenar las impacencias que tan frecuentemente nos precipitan en juicios prematuros é inmotivados sobre los méritos personales del prójimo.

Pero sea poco ó mucho el fundamento de tal suposición, confesamos que, á nuestro juicio, las prolongadas contradicciones entre su conciencia y su conducta en la primera época

explican suficientemente el hecho de que, á pesar de su anhelo ulterior de alcanzar la verdad, errase la estrecha senda que conduce á sus excelsos palacios.

60. Quizá, no obstante, haya personas inclinadas á las opiniones del Sr. Blanco White, que nos reputen injustos hacia él, y más aún hacia esas opiniones, al decir que los últimos periodos de su vida fueron profundamente desgraciados. Cabe argüir que todos los síntomas de su situación pueden atribuirse perfectamente á sus prolongadas y á veces agudas dolencias, y á su frecuente soledad. Pero los que siempre hayan dado testimonio de los triunfos de la fe en el lecho del dolor, y todos los observadores sinceros, no encontrarán en las circunstancias del Sr. Blanco White fundamento bastante para ese notable predominio de pensamientos tétricos que caracteriza su diario. Hay, sin duda accidentalmente, pasajes que revelan confortación, y aun más que confortación á veces, en transportes momentáneos de su pensamiento. No obstante, sus memorias son como aquella «arpa de Innisfail», que solía «emitir notas alegres, pero que más á menudo modulaba un canto de suprema tristeza». Siempre que describe el tono general de su vida, nos lo pinta con colores sombríos. Ya á fines de 1831, dice que «en los últimos diez y ocho años no ha gozado de un día de existencia tolerable». En 1835 se hallaba, si así puede decirse, en la luna de miel de su unitarismo. Pues en 1836 solía desear la muerte, y la muerte tenía para él una terrible significación. Ultimamente parecía que encontró su mayor consuelo en la literatura: «mi único goce lo debo á mis libros». En 1838 sus lamentos son casi incesantes. A veces se truecan de lastimosos en terribles. Entre tanto asegura que sus convicciones religiosas, como eran menores en número, eran más firmes que nunca. Tal es generalmente el sentir de aquellos que desechan lo que estiman falso con respecto á los que siguen sosteniéndolo; y esa era frecuentemente su actitud. Pero sus mismas páginas prueban con sobra de pormenores tristes que semejantes convicciones eran impo-

tentes para prestar alegría ni aun tranquilidad á su existencia, y que los años bonancibles que nos pinta eran años de habituales sufrimientos, mitigados sólo por momentáneos y parciales alivios.

61. Hemos visto, pues, cuán escasas eran en los últimos días de este hombre desgraciadísimo las reliquias de lo que había sido hasta cierto punto en otra época, la forma augusta de la fe cristiana. ¿No era como la piedra aislada que queda cual único recuerdo de un templo poderoso donde tuvo su puesto señalado, pero que ahora aparece removida de su base, sin sostener nada y sin que nada la sostenga, sucumbiendo bajo la acción de los despiadados elementos? Sucumbiendo, es de temer, con harta presteza, á menos de un favor de lo alto que detuviese la marcha destructora. Parece, en efecto, que permaneció así estacionario durante los tres ó cuatro años últimos de su vida, que se vió detenido cuando llegaba ya á un estado de completa negación y desolación. La debilidad y el entorpecimiento, cuando no agudos y angustiosos dolores, se enseñorearon de esta parte de su vida hasta el punto de parecer interrumpir la continuidad de la acción de su espíritu, y de que sus esfuerzos por la especulación fuesen como vanas tentativas por levantarse de un hombre que hubiese perdido sus miembros; de modo que lo que él hubiese llamado progreso, venía á hacérsele imposible.

62. De ahí quizá que el rápido y precipitado descenso de varios años acabase en una especie de llanura. Porque no se diga que la razón de su estacionamiento era que había llegado al puerto de su reposo especulativo, á una filosofía de religión consistente, sólida é indestructible. Los fragmentos dispersos de creencias que conservaba, estaban por fuerza tanto más expuestos á disolverse cuanto más se hubiese relajado su principio de cohesión. Pero eso, se dirá, se asemeja mucho á las afirmaciones gratuitas que son abonadas para hacer los siervos de un credo. Pues yo diré, y trataré de probar, que la concepción, el punto de vista, la idea, ó como quiera que se

llame lo que sustituyó en la mente del Sr. Blanco á la forma de «religión» rechazada, no tenía siquiera aquella unidad y aquella independencia de causas intrínsecas de alteración que no hubieran dejado de garantizarle, si hubiesen podido garantizar alguna cosa, su frío, desnudo y árido sistema y las pocas afirmaciones que sentaba.

63. El dogma en torno del cual giraba su inteligencia, y á que creemos que se asían sus sentimientos con menos desconfianza, era el de la existencia de Dios. El presente era mísero, el porvenir intolerable, según él, en tanto que asociado á la idea de una existencia personal continua, y sólo mitigado en parte por el hecho de quedar en una oscuridad completa—con lo cual queda abierto el campo á la esperanza de una existencia vacía é informe, de una existencia impersonal.—El no llegaba, por otra parte, á la doctrina contraria de la absorción: su espíritu se cernía, si se cernía en algún punto, en una región más vacía y quimérica y mucho menos risueña que la del canto de Ariel. Tal era el resultado á que lo conducía su pensamiento de que la virtud debe ser amada por sí misma, y de que los fundamentos de la moral son independientes de la esperanza en una vida futura. Así llegó á desligar su creencia en la existencia de Dios de todos los puntos de apoyo secundarios. La resignación que proclamaba era tanto más meritoria, cuanto que la proclamaba en condiciones terribles para él.

64. Poco antes de morir escribía estas admirables y conmovedoras palabras, que están muy por encima del tono ordinario de su última época:

«Esto se acaba, querido amigo: lo dejo á V. muy pronto. No he llegado á formar ideas definitivas sobre la naturaleza de una vida futura como las que muchos tienen, pero confío en el que me ha asistido hasta aquí. Confiaría en un amigo, ¿y no he de confiar en *El*? No hay en mi espíritu posibilidad de duda.»

Otra vez exclama con angustia suprema:

«¡Oh Dios mío, Dios mío! Yo sé que Tú no desdeñas á ninguna de tus criaturas, que no me desdeñas á mí. ¡Qué tortura

matar un gusano! ¡Ten compasión de mí, oh Dios, ten compasión de mí! Yo clamo á Ti, sabiendo que no puedo alterar tus vías. No puedo, aunque quisiera, y *no quiero, aunque pudiese. Si una palabra pudiera cortar estos sufrimientos, no la pronunciaría.*»

Pero ¿podía continuar tal situación, á menos de inconsecuencia? ¿Había llegado á un término la marcha desastrosa de sus llamadas investigaciones? Después de reducir su suelo firme desde el ancho campo del creyente á un palmo de terreno, ¿podía permitirle descansar allí el desasosiego de su inteligencia discursiva, á no paralizarla el sufrimiento y la extenuación? Al contrario: en las páginas de su vida aparecen planteados, pero no resueltos, dilemas sobre los cuales debió inducirlo á seguir especulando su idea del deber fundamental, aunque sin poder llegar nunca á una decisión afirmativa, supuestas las premisas que sentaba.

65. La última forma de su doctrina sobre el Ser Supremo era que no existía ni podía existir revelación; que, aunque hubiesen podido efectuarse milagros realmente, no había medio de que llegaran á nuestras percepciones de tal modo que fuera racional su creencia; que el testimonio más poderoso no llegaría á probar ninguno. Y más adelante:

«Es vano empeño buscar el conocimiento de la Divinidad en ninguna parte, si no es dentro de nosotros mismos. Definir á Dios es negarlo: porque *definición* es limitación, y El es infinito. Todos los argumentos de teología natural son inútiles, ó algo peor que inútiles, si hemos encontrado previamente en nuestras almas la prueba de la existencia de Dios. La idea del espíritu eterno é infinito debe proceder de la conciencia del espíritu temporal y limitado; nosotros nos reconocemos á nosotros mismos como este espíritu limitado, y sabemos que no nos hemos dado la existencia; debe existir, por consiguiente, otro espíritu, del cual dependan la naturaleza y limitación del nuestro. Lo finito demuestra lo infinito; de otro modo, ¿qué hubiera puesto los límites?»

66. Ahora bien; en otra parte sostiene que «la religión no consiste en historia, crítica ni metafísica»; que no puede depender de ninguna investigación á que sea ajena la masa de los hombres; y, por extraño que parezca, dice que basta «un *pequeño* grado de reflexión» para que el espíritu forme la idea de la Divinidad, la cual surge del reconocimiento de que «lo finito demuestra lo infinito; porque, de otro modo, ¿qué hubiera puesto los límites?» En varias ocasiones censura que se pervierta la inteligencia de los niños con prejuicios religiosos; querría él que esperasen hasta que pudiesen reconocer que «lo finito demuestra lo infinito; porque, de otro modo, ¿qué hubiera puesto los límites?» Tal hubiera sido, según él, el único modo de mostrar á los jóvenes, al corazón de las mujeres, á los pobres, á los enfermos, á los escépticos, el Dios en que viven y se mueven y á quien deben su existencia. Por nuestra parte, estamos lejos de poner ningún reparo á que se saque un argumento en pro de la existencia de Dios de la conciencia íntima de nuestras almas, aunque sí protestamos contra su exclusión de otros argumentos, y, con mayor energía aún, contra la hipótesis gratuita de que la estructura de la religión descansa en ninguna especie de razonamiento metafísico á que sea habitualmente inaccesible una gran parte de la humanidad. Pero lo que deseamos consignar ahora es que, aun en lo tocante á las menguadas reliquias de sus creencias, hallábase en irremisible contradicción consigo mismo. En el pasaje que hemos citado, la característica esencial de Dios es la infinitud. Pero al propio tiempo nos dice:

«Dada la constitución de nuestra mente, el conocimiento que tenemos de nosotros mismos y del mundo exterior, nos lleva á inferir *con necesidad absoluta*, que si el mundo fué creado por un acto libre de un Ser consciente, ese Ser debe ser limitado en poder ó en bondad. Ninguna filosofía ni teología puede sacar de este dilema á un espíritu pensador, libre de supersticiones.»

(*Concluirá.*)

W. GLADSTONE.

## OBRAS NUEVAS

- Aguilar Esteve (J.)—Tablas alcoholométricas y cálculos prácticos para la contratación de alcoholes. En 12.º, 24 páginas.—0,50 pesetas.
- Almanaque de la Revista de estudios psicológicos *La Irradiación* para 1894. En 8.º, 224 páginas y varios retratos.—1,50 pesetas.
- Almanaque del empleado para el año de 1894. En 8.º, 240 páginas.—1 peseta.
- Almanaque y guía matritense. En 12.º, 159 páginas.—En rústica, 0,50 pesetas, en tela, 1.
- Amor Meilán (M.)—El último hijo-dalgo. En 8.º, ix-205 páginas.—3 pesetas.
- Ansorena (L.)—Versos. En 8.º menor, 62 páginas.—1 peseta.
- Anuario de obras públicas: año de 1891. En 4.º mayor, 429 páginas y 3 mapas de España plegados.—No se ha puesto á la venta.
- Archivo (El.)—Revista de ciencias históricas. Tomo VII, cuaderno 6. Valencia. En 4.º (páginas 285 á 324).—Un tomo ó año, 8 y 9 pesetas.
- Arias Bayón (J.)—Tila y mostaza; genialidades poéticas. En 8.º, 129 páginas.—2 pesetas.
- Arniches (C.) y López Silva (J.)—Los descamisados: sainete lírico en un acto, en prosa, original. En 8.º, 39 páginas.—1 peseta.
- Arniches (C.) y Lucio (C.)—El brazo derecho: juguete cómico en un acto y en prosa, original. En 8.º, 34 páginas.—1 peseta.
- Arnold (M.)—La crítica en la actualidad: obra escrita en inglés por Mateo Arnold. En 8.º, 323 páginas.—3 pesetas.—Volumen 114 de la «Colección de libros escogidos».
- Audibert (J. F.)—Arte de hacer vino con pasas de uva. En 4.º, 318 páginas.—5 pesetas.
- Ayllón y Altolaguirre (E.)—El comercio y la hipotecanaval. En 4.º, 294 páginas y 4 hojas de índice.—5 pesetas.
- Balzac (H.)—César Birotteau. Madrid. En 8.º, 352 páginas.—3 pesetas.—Tomo 111 de la «Colección de libros escogidos».
- La quiebra de César Birotteau, por H. Balzac. En 8.º, 317 páginas.—3 pesetas.—Tomo 112 de la «Colección de libros escogidos».
- Campión y Jaimerón (A.)—La batalla chica del Sr. Necedal. En 4.º, 91 páginas.—1 peseta.
- Codera (F.)—Alimentación razonada del hombre y de los animales domésticos. En 8.º, 69 páginas.—No se ha puesto á la venta.
- Colección de documentos inéditos para la Historia de España, por el Marqués de la Fuensanta del Valle. Tomo 108. En 4.º, iv-511 páginas.—12 pesetas.—Contiene: Correspondencia diplomática del Marqués de Almodóvar, ministro plenipotenciario cerca de la corte de Rusia, 1761-1763. (*Archivo general de Simancas, Secretaría de Estado.*) — Correspondencia diplomática del conde de Aranda, embajador cerca del rey de Polonia, 1760-1762. (*Archivo general de Simancas. Secretaría de Estado.*)
- Colom y Beneito (D. F.)—Guía civil, comercial y política. *El préstamo*. En 8.º, 216 páginas.—2 pesetas.
- Conferencias (12), leídas en el Ateneo Barcelonés con ocasión del Centenario del descubrimiento de América. Estado de la cultura española y particularmente catalana en el siglo xv, por los señores

- Ixart, Coroleu, Pedrell, Rouviere, Suárez Bravo, Blanchet, Casellas, Ricart y Giralt, Sanpere y Miquel, Perés y Perés, Balaguer y Oromi. En 4.º, 451 páginas.
- Cosa (J. de la).—Percances de la vida á bordo y algunas memorias viejas. En 4.º, 199 páginas.—2,50 pesetas.
- Cuevas (D).—Recuerdos de antaño. En 8.º, VIII-159 páginas.—1,50 pesetas.—Tomo 1.º de la Biblioteca de Ferrocarriles.
- D'Ayot (M. L.).—La Iberiada; poema en prosa, original.—Canto 1.º. En 8.º, 39 páginas.—0,50 pesetas.
- Diccionario enciclopédico hispanoamericano de literatura, ciencias y artes, etc.; edición profusamente ilustrada. Cuadernos 296 á 321.—Cada cuaderno 1 peseta.
- España Moderna (La).—Revista ibero-americana. Director J. Lázaro. Diciembre de 1893. Madrid. En 4.º, 208 páginas.—3 pesetas.—Sumario: La dicha en el crimen (novela), por J. Barbey d'Aureville.—A una fuente (soneto), refundición de Góngora, por M. A. Caro.—La arqueología criminal, por G. Tarde.—Recuerdos de mi infancia, por el conde León Tolstoy.—Las aventuras de una mariposa y de una cochinilla (cuento), por Alfonso Daudet.—Los generales y el Mujik (cuento), por Chechedrine.—Madama Durás, por C. A. de Sainte-Beuve.—La influencia literaria de las Academias, por Mateo Arnold.—La partida de chaquete, por Próspero Mérimée.—Crónica internacional, por Emilio Castelar.—Impresiones literarias, por F. F. Villegas.—Índice del año 1893.
- Espina y Capo (A.).—Tratamiento de las complicaciones de la tuberculosis laringo-pulmonar. En 8.º mayor, XVI-307 páginas.—6 pesetas.
- Flammarion (C.).—El fin del mundo. En 8.º, 306 páginas.—4 pesetas.
- Freixa y Rabasó (E.).—Guía completísima del impuesto especial sobre el alcohol, con la colaboración de D. Luis Falcato. Novísima edición. En 8.º mayor, 96 páginas.—1 peseta.
- Galán (G.).—Notas para el estudio del triángulo infinitesimal. En 4.º menor, 65 páginas.—2 pesetas.—Estudio analítico geométrico de las funciones hiperbólicas, con una nota de D. Eduardo Torroja. En 4.º menor, 60 páginas.—2 pesetas.
- Galante y Rupérez (A.).—Impuesto especial sobre el alcohol. En 4.º mayor, 36 páginas á dos columnas.—0,75 pesetas.
- Guía oficial para los viajeros de los ferrocarriles de España, Francia y Portugal, y los servicios marítimos. Año XXVIII. Diciembre de 1893. En 8.º, 24-12-x-143 páginas, un mapa y CVI páginas de anuncios.—0,50 pesetas.
- Herrera (F. de).—L'hymne sur Lépante, par Fernando de Herrera, publié et commenté par Alfred Morel-Fatio, directeur adjoint à l'Ecole pratique des hautes études. Paris. A. Picard et fils, libraires-éditeurs. 1893. En 4.º, 37 páginas.
- Indicador oficial de los caminos de hierro, publicado bajo la dirección de don Enrique Latorre. Año XXIV. Diciembre de 1893. En 8.º, xv-194 páginas, un mapa y anuncios.—0,50 pesetas.
- Jaksch (R. V.).—Diagnóstico de las enfermedades internas por los métodos bacteriológicos, químicos y microscópicos. En 4.º, XVI-547 páginas con grabados en negro y colores.—16 pesetas.
- Kneipp (S.).—Almanaque-Kneipp para 1894. En 8.º, 194 páginas con grabados y retrato del autor. 1 peseta.
- Larbalétrier (A.).—Tratado práctico de jabonería y perfumería. En 8.º, VII-264 páginas con 38 grabados explicativos.
- Larrosa (F.).—Prosa barata (cuentos de mi cosecha). En 8.º, 103 páginas.—1 peseta.
- Lecorché (E.).—Tratamiento de la diabetes sacarina, por el Dr. E. Lecorché. En 8.º, 251 páginas.—3,50 pesetas.
- López Lapuya (I.).—El consultor de negocios, que contiene nociones

- legales y modelos de documentos necesarios para dirigirse en los negocios, bien sean de carácter civil ó bien de carácter comercial, en las repúblicas hispano-americanas. En 8.º, iv-400 páginas.
- López Peláez (A.)—El Pontificado y el actual Pontífice. Libro escrito con motivo del jubileo episcopal de León XIII. En 4.º, xxxi-703 páginas y 3 hojas sin numerar.—6 pesetas.
- López Valdemoro (J.)—Chavala. (Historia disfrazada de novela). En 8.º, 254 páginas.—3 pesetas.
- Macaya y Anguera (R.)—Legislación y jurisprudencia sobre la materia y el procedimiento contencioso administrativo. En 4.º, viii-592 páginas.—10 pesetas.
- Marti Miquel (J.)—La leyenda del trovador. En 8.º, 256 páginas.—3 pesetas.
- Matheu (J. M.)—La gran nodriza. En 8.º, 360 páginas.—3 pesetas.
- Millares (A.)—Historia general de las islas Canarias. En 4.º, x-278 páginas y una hoja de índice.—3,50 pesetas.
- Miralles (S. L.)—El juego de pelota. En 8.º, 84 páginas.—2 pesetas.
- Navarro Gonzalvo (E.) y Ramos (A.)—El ramillete: juguete cómico lírico en un acto y en prosa, original. En 8.º, 25 páginas.—1 peseta.
- Navarro y Ortiz (E.)—Elementos de medicina legal, militar y naval. En 4.º, 12 hojas de preliminares é índice y 647 páginas.—25 pesetas.
- Navarro y Rodrigo (C.)—Notas dispersas. (Prosa y verso.) En 4.º menor. xv-358 páginas.—4 pesetas.
- Ortiz de la Torre (A.)—Amores de verano.—María de las Nieves.—Hojas de un libro de memorias. En 8.º, 211 páginas.—2 pesetas.
- Polinous.—Interpretación del Quijote, por Polinous. Primera parte. En 4.º, 530 páginas.—5 pesetas.
- Posada (A.)—Tratado de derecho político, por D. Adolfo Posada. Tomo II. En 8.º, 4 hojas de preliminares y 630 páginas.—7 pesetas.
- Pulido (A.)—El gran pueblo. En 8.º, xiii-317 páginas y retrato del autor.—3 pesetas.
- Ribera (J.)—Discurso leído en la Universidad de Zaragoza. En folio, 199-x páginas y una hoja de índice.—5 pesetas.—Tema: La enseñanza entre los musulmanes españoles.
- Sánchez de Ocaña (R.)—Organización judicial vigente. En 8.º, xxxviii-816 páginas.—6 pesetas.
- Sanz y Gómez (T.)—Tratamiento de la locura. En 8.º, 32 páginas.—1 peseta.
- Sociedad Colombina Onubense. Memoria correspondiente al año de 1892. En 4.º, lviii-246 páginas.—No se ha puesto á la venta.
- Spencer (H.)—La Beneficencia, por Herbert Spencer. Traducción directa del inglés, por Miguel de Unamuno, profesor en la Universidad de Salamanca. En 4.º—6 pesetas.
- Taine (H.)—Viaje á Italia. Florencia, Siena, Pisa, Bolonia, por H. Taine. En 8.º—3 pesetas.—Tomo 106 de la «Colección de libros escogidos».
- Tenreiro (L.)—Protección ó libre cambio (estudio de hechos). En 4.º, 38 páginas.—1 peseta.
- Tolstoy.—Recuerdos de mi infancia, por el Conde León Tolstoy. En 8.º, 330 páginas.—3 pesetas.—Volumen 113 de la «Colección de libros escogidos».
- Tosmae.—Luna de miel. En 8.º, 79 páginas.—3 pesetas.
- Ulzurrun y Orue (C. D. de).—Tratado legal de las obligaciones y contratos. En 8.º, 722 páginas.—4 pesetas.
- Uranga (N.)—Cristianismo laico. Sus puntos capitales. En 4.º, 113 páginas.—1 peseta.
- Vélez (B.)—Descubrimiento precolumbino de la América. En 8.º, xix-117 páginas.

## ÍNDICE

---

	<u>Págs.</u>
<i>Adán y Eva</i> , novela (continuación), por Emilia Pardo Bazán.....	5
<i>Humoradas</i> , por Ramón de Campoamor.....	48
<i>Historia contemporánea.—Amores del rey D. Alfonso XII</i> , por Antonio Pirala.....	49
<i>Los Explosivos</i> , II, por José Echegaray.....	59
<i>Torquemada en la cruz</i> , por el Licenciado Pero Pérez.....	66
<i>El Jurado médico y la causa de Varela</i> , por Rafael Salillas.....	88
<i>El Estandarte y el arcón de Oquendo</i> , por Cesáreo Fernández Duro.....	99
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	106
<i>Impresiones literarias</i> , por F. F. Villegas.....	122
<i>Revista crítica</i> , por M. Menéndez y Pelayo.....	138
<i>El Español Blanco White</i> (continuación), por W. Gladstone.....	179
<i>Obras nuevas</i> .....	203



## BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA FILOSOFÍA É HISTORIA

- La Nueva Ciencia Jurídica*, por varios autores, dos grandes volúmenes con grabados, 15 pesetas.  
*La Génesis y la evolución del Derecho civil*, por D'Aguanno, 15 pesetas.  
*La Criminología*, por Garofalo, 10 pesetas.  
*Indemnización á las víctimas del delito*, por Garofalo, 4 pesetas.  
*Derecho administrativo*, por Meyer y Posada, dos volúmenes, 10 pesetas.  
*La Justicia*, por Spencer, 7 pesetas.  
*La Moral*, por Spencer, 7 pesetas.  
*La Beneficencia*, por Spencer, 6 pesetas.  
*Las Instituciones eclesiásticas*, por Spencer, 6 pesetas.  
*Derecho internacional público*, por Neumann, 6 pesetas.  
*Derecho internacional privado*, por Asser y Rivier, 6 pesetas.  
*Origen de la familia, de la propiedad y del Estado*, por Federico Engels, 6 pesetas.  
*Novísimo concepto del Derecho*, por Alfredo Fouillée, 7 pesetas.  
*Crítica penal. Estudio de Filosofía jurídica* por Carnevale, 5 pesetas.  
*Las Transformaciones del Derecho*, por Tarde, 6 pesetas.  
*El Duelo y el delito político*, por Tarde, 3 pesetas.  
*La Criminalidad comparada*, por Tarde, 3 pesetas.  
*Estudios penales y sociales*, por Tarde, 3 pesetas.  
*Antropología y psiquiatría*, por Lombroso, 3 pesetas.  
*El Hipnotismo*, por Lombroso, 3 pesetas.  
*Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal*, por Lombroso, 3 pesetas.  
*Antropología criminal*, por Ferry, 3 pesetas.  
*Nuevos estudios de antropología criminal*, por Ferry, 3 pesetas.  
*El Visitador del preso*, por C. Arenal, 3 pesetas.  
*El Derecho de gracia*, por C. Arenal, 3 pesetas.  
*El Delito colectivo*, por C. Arenal, 1,50 pesetas.  
*Estudios jurídicos*, por Macaulay, dos tomos, 6 pesetas.  
*La Pena de muerte*, por Carnevale, 3 ptas.  
*La Casa de los muertos (La cárcel)*, por Dostoyusky, 3 pesetas.  
*La Novela del presidio (La vida penal)*, por Dostoyusky, 3 pesetas.  
*El Suicidio y la civilización*, por Caro, 3 pesetas.  
*Mi infancia y mi juventud*, por Renán, 3 pesetas.  
*Memorias íntimas*, por Renán, dos tomos, 6 pesetas.  
*Mis memorias*, por Stuart Mill, 3 pesetas.  
*El Pesimismo en el siglo XIX*: Leopardi, Schopenhauer, Hartman, por Caro, 3 pesetas.  
*Filosofía del arte*, por Taine, 3 pesetas.  
*La Pintura en los Países Bajos*, por Taine, 3 pesetas.  
*El Arte en Grecia*, por Taine, 3 pesetas.  
*El Ideal en el arte*, por Taine, 3 pesetas.  
*Viaje á Italia*, por Taine, seis tomos, 18 pts.  
*Historia de América*, por Campe, dos tomos, 6 pesetas.  
*Pinzón*, por Asensio, 3 pesetas.  
*Estudios escogidos*, por Schopenhauer, 3 pts.  
*La Conquista del pan*, por Kropotkin, 3 pts.  
*La Vida dichosa*, por Lubbock, 3 pesetas.  
*Placeres viciosos*, por Tolstoy, 3 pesetas.  
*El Dinero y el trabajo*, por Tolstoy, 3 pts.  
*El Trabajo*, por Tolstoy, 3 pesetas.  
*Mi confesión*, por Tolstoy, 3 pesetas.  
*Los Hambrientos*, por Tolstoy, 3 pesetas.  
*¿Qué hacer?*, por Tolstoy, 3 pesetas.  
*Lo que debe hacerse*, por Tolstoy, 3 pesetas.

## OBRAS DE INMINENTE PUBLICACIÓN

- Tratado de las pruebas*, por Ricci.  
*Economía política*, por Neumann, Kleinwachter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.  
*Hacienda pública*, por Adolfo A. Buylla.  
*Derecho internacional*, por Martens.  
*Derecho penal*, por Merkel.  
*Derecho político filosófico*, por Gumplowicz.  
*La Lucha de las razas*, por Gumplowicz.  
*Instituciones sociales*, por Spencer.  
*Instituciones políticas*, por Spencer.  
*La Reforma integral de la legislación civil*, por D'Aguanno.  
*El Derecho antiguo*, por Sumner-Maine.  
*Historia del Derecho*, por Sumner-Maine.  
*Historia de las instituciones primitivas*, por Sumner-Maine.  
*Derecho internacional (La Guerra)*, por Sumner-Maine.  
*La Ciencia social contemporánea*, por A. Fouillée.  
*La Educación y la herencia*, por Guyau.  
*Sentido económico de la historia*, por Thorold Rogers.  
*Filosofía del Derecho privado*, por Luis Miraglia.  
*La Legítima defensa*, por Fioretti.  
*La Escuela criminalista positiva*, por Lombroso, Ferri, Garofalo y Fioretti.  
*Teoría de los cambios extranjeros*, por Goschen.  
*Derecho Mercantil*.  
*Derecho Canónico*.

## PERSONAJES ILUSTRES

- |  |  |  |
|--|--|--|
| <ol style="list-style-type: none"> <li>1. Jorge Sand, por Zola, 1 pta.</li> <li>2. Víctor Hugo, por ídem., íd.</li> <li>3. Balzac, por íd., íd.</li> <li>4. Alfonso Daudet, por íd., íd.</li> <li>5. Sardou, por íd., íd.</li> <li>6. Dumas (hijo), por íd., íd.</li> <li>7. G. Flaubert., por íd., íd.</li> <li>8. Chateaubriand, por íd., íd.</li> <li>9. Goncourt, por íd., íd.</li> <li>10. Musset, por íd., íd.</li> <li>11. El P. Coloma, por E. Pardo Bazán, 2 pts.</li> <li>12. Nññez de Arce, por M. y Pelayo, 1 pta.</li> <li>13. Ventura de la Vega, por Valera, íd.</li> <li>14. Teófilo Gautier, por Zola, íd.</li> </ol> | <ol style="list-style-type: none"> <li>15. Hartzzenbusch, por Guerra, ídem.</li> <li>16. Cánovas, por Campoamor, ídem.</li> <li>17. Alarcón, por E. P. Bazán, íd.</li> <li>18. Zorrilla, por Fernán-Flor, ídem.</li> <li>19. Stendhad, por Zola, íd.</li> <li>20. M. de la Rosa, por M. y Pelayo, íd.</li> <li>21. Ayala, por J. O. Picón, íd.</li> <li>22. Tamayo, por Fernán-Flor, ídem.</li> <li>23. Trueba, por Becerro de Ben- goa, íd.</li> <li>24. Lord Macaulay, por Glads- tone, íd.</li> </ol> | <ol style="list-style-type: none"> <li>25. Sainte-Beuve, por Zola, íd.</li> <li>26. Concepción Arenal, por Pe- dro Dorado, íd.</li> <li>27. Heine, por Teófilo Gautier, ídem.</li> <li>28. Ibsen, por L. Passarge, íd.</li> <li>29. Taine, por Bourget, 50 cén- timos.</li> <li>30. Bretón, por Molins, 1 pta.</li> <li>31. Campoamor, por E. Pardo Bazán, íd.</li> <li>32. Fernán-Caballero, por Asen- sio, íd.</li> <li>33. E. Zola, por Maupassant y Alexis, íd.</li> <li>34. Mouton (Mérimé), por Ber- geret, íd.</li> </ol> |
|--|--|--|

## COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS Á TRES PESETAS TOMO

- |   |  |  |
|---|--|--|
| <ol style="list-style-type: none"> <li>1. Tolstoy, La Sonata de Kreutzer.</li> <li>2. Barbey d'Aurevilly, El Cabecilla.</li> <li>3. Tolstoy, Marido y mujer.</li> <li>4. Wagner, Recuerdos de mi vida.</li> <li>5. Tolstoy, Dos generaciones.</li> <li>6. Goncourt, Querida.</li> <li>7. Tolstoy, El Ahorcado.</li> <li>8. Turgeneff, Humo.</li> <li>9. Zola, Las Veladas de Mé- dan.</li> <li>10. Tolstoy, El Príncipe Nekhli.</li> <li>11. Goncourt, Renata Mau- perin.</li> <li>12. Barbey, El dandismo.</li> <li>13 y 14. Daudet, Jack.</li> <li>15. Tolstoy, En el Cáucaso.</li> <li>16. Turgenef, Nido de hidal- gos.</li> <li>17. Zola, Estudios literarios.</li> <li>18. Cherbuliez, Miss Rovel.</li> <li>19. Renán, Mi infancia y mi juventud.</li> <li>20. Tolstoy, La Muerte.</li> <li>21. Goncourt, Germinia La- certeux.</li> <li>22. Daudet, La Evangelista.</li> <li>23. Zola, La Novela experimen- tal.</li> <li>24. Flaubert, Un corazón sen- cillo.</li> <li>25. Turgenef, El Judío.</li> <li>26. Cherbuliez, La Tema de Juan Tozudo.</li> <li>27. Stuart Mill, Mis memorias.</li> <li>28 y 29. Macaulay, Estudios jurídicos.</li> <li>30. Zola, Mis odios.</li> <li>31. Dostoyuski, La Casa de los muertos.</li> <li>32. Zola, Nuevos estudios lite- rarios.</li> <li>33. Dostoyuski, La Novela del presidio.</li> <li>34. Tolstoy, El Sitio de Sebas- topol.</li> <li>35. Zola, Estudios críticos.</li> <li>36 y 37. Campe, Historia de América.</li> <li>38. Daudet, El Sitio de París.</li> <li>39. Asensio, Pinzón.</li> </ol> | <ol style="list-style-type: none"> <li>40. Cherbuliez, Amores frági- les.</li> <li>41. Heine, Memorias.</li> <li>42. Ferri, Antropología cri- minal.</li> <li>43. Ibsen, Casa de muñeca.</li> <li>44. Goncourt, La Elisa.</li> <li>45. Lombroso, Antropología y psiquiatría.</li> <li>46. Daudet, Novelas del lunes.</li> <li>47. Turgenef, El Rey Lear de la Estepa.</li> <li>48. Tolstoy, Los Cosacos.</li> <li>49. Sainte-Beuve, Tres mu- jeres.</li> <li>50 y 51. Zola, El Naturalismo en el teatro.</li> <li>52. Tolstoy, Iván el Imbécil.</li> <li>53. Ibsen, Los Aparecidos.</li> <li>54. Balzac, Eugenia Grandet.</li> <li>55. Ramillete de cuentos.</li> <li>56 y 57. Renán, Memorias ín- timas.</li> <li>58. Caro, El Pesimismo en el siglo XIX.</li> <li>59. Daudet, Cartas de mi mo- lino.</li> <li>60. Turgenef, Un Desespe- rado.</li> <li>61. Goncourt, La Faustín.</li> <li>62. Balzac, Papá Goriot.</li> <li>63. Tolstoy, El Canto del cisne.</li> <li>64. Coppée, Un idilio.</li> <li>65. Caro, El Suicidio y la civi- lización.</li> <li>66. Taine, Filosofía del arte.</li> <li>67 y 68. Zola, Los Novelistas naturalistas.</li> <li>69. Campoamor, Ternezas y flores.—Ayes del alma.—Fá- bulas.</li> <li>70. Sofía Gay, Salones céle- bres.</li> <li>71. Tolstoy, El Camino de la vida.</li> <li>72. Lombroso, El Hipnotismo.</li> <li>73. Ferri, Nuevos estudios de antropología.</li> <li>74. Taine, La Pintura en los Países Bajos.</li> <li>75. Tolstoy, Palceres viciosos.</li> <li>76. Balzac, Ursula Mirouet.</li> <li>77. Tolstoy, El Dinero y el trabajo.</li> </ol> | <ol style="list-style-type: none"> <li>78. Shopenhauer, Estudios es- cogidos.</li> <li>79. Campoamor, Doloras y hu- moradas.</li> <li>80. Turgenef, Primer amor.</li> <li>81. Tolstoy, El Trabajo.</li> <li>82. Tesoro de cuentos.</li> <li>83. César Lombroso, Aplica- ciones judiciales y médicas.</li> <li>84. Sardou, La Perla negra.</li> <li>85. Tolstoy, Mi confesión.</li> <li>86 y 87. Zola, El Doctor Pas- cual.</li> <li>88. Kropotkin, La Conquista del pan.</li> <li>89. Turgenef, Aguas prima- verales.</li> <li>90. Tolstoy, Los Hambrientos.</li> <li>91. Cherbuliez, Paula Meré.</li> <li>92. Ferrán, Obras completas.</li> <li>93. Cherbuliez, Meta Holdenis.</li> <li>94. Tolstoy, ¿Qué hacer?</li> <li>95. Idem, Lo que debe hacerse.</li> <li>96. Taine, El Arte en Grecia.</li> <li>97. Turgenef, Demetrio Ru- din.</li> <li>98. Gautier, Las Bombas pru- sianas.</li> <li>99. Lubbock, La Vida dichosa.</li> <li>100. Daudet, Tartarín en los Alpes.</li> <li>101. Taine, El Ideal en el arte.</li> <li>102. Caro, Costumbres litera- rias.</li> <li>103. Taine, Nápoles.</li> <li>104 y 105. Idem, Roma.</li> <li>106. Idem, Florencia.</li> <li>107. Idem, Venecia.</li> <li>108. Idem, Milán.</li> <li>109. Tarde, Estudios penales y sociales.</li> <li>110. Barbey d'Aurevilly, Ven- ganza de una mujer.</li> <li>111. Balzac, César Birotteau.</li> <li>112. Idem, La Quiebra de Cé- sar Birotteau.</li> <li>113. Tolstoy, Mi infancia.</li> <li>114. Idem, Mi juventud.</li> <li>115. Id., Fisiología de la guerra.</li> <li>116. Varios autores, Cuentos escogidos.</li> <li>117. Tolstoy, La Escuela de Yas- naja Poliana.</li> <li>118. P. Merimée, Colomba.</li> </ol> |
|---|--|--|